



ABRAZA MI OSCURIDAD

ISABEL KEATS

Finalista del III Premio Vergara
El Rincón de la Novela Romántica



Cuando Ana Alcázar acude a comisaría a denunciar el asesinato de una adolescente bajo su tutela y explica que está segura de ello porque ha tenido una visión, el inspector jefe, Nuño Macnamara, la toma por una lunática.

Sin embargo, a medida que la conoce mejor, el policía se da cuenta de que la señorita Alcázar no solo puede ver cosas que a los demás les están vedadas, sino que una amenaza muy real se cierne en torno a ella.

Mientras investiga el asesinato, el inspector empieza a desentrañar también los misteriosos orígenes de esa mujer que siendo tan solo un bebé fue abandonada y creció en un centro de menores, a donde era devuelta, una y otra vez, por sus familias de acogida.

Macnamara sospecha que lo ocurrido está directamente relacionado con el pasado de Ana y no parará hasta averiguar todos los detalles de su vida. Muy a su pesar, el rudo policía que juró cuando era niño que nunca caería en la trampa del amor se siente cada vez más atraído por ella y hará todo que esté en su mano para salvarla. A cambio, conseguirá que Ana, a su vez, lo libere de sus propios demonios.

Isabel Keats

Abraza mi oscuridad

ePub r2.0

Titivillus 21.03.16

Título original: *Abraza mi oscuridad*
Isabel Keats, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nada es seguro y todo es posible

De la película *V de Vendetta*

1

—Ya está otra vez aquí la tipa rara esa.

Como de costumbre, Morales entró en el despacho sin molestarse en llamar con un vaso de plástico lleno de café solo en cada mano.

—Gracias —el inspector jefe Nuño Macnamara tomó el vaso que le tendía su compañero y le dio un trago, saboreando con placer el líquido oscuro y caliente. En el fondo, se alegraba de que Morales hubiera interrumpido la aburrida tarea que suponía elaborar el informe de la última operación; llevaba tres días encerrado en el despacho y ya empezaba a sentir claustrofobia—. ¿De quién hablas?

—Esa que está ahí —su amigo señaló con disimulo a una joven rubia con cara de cansancio que esperaba, paciente, sentada en una de las deterioradas sillas de plástico de la sala de espera.

La Brigada Central de Delitos contra las Personas (BCDP) ocupaba una planta entera de un destartado edificio de hormigón, fiel exponente de la maciza arquitectura franquista. El espacio era diáfano en su mayor parte y hasta las paredes de los pocos despachos eran de cristal, así que se podía observar lo que ocurría alrededor en todo momento. Cuando el inspector jefe necesitaba un poco de intimidad, no le quedaba más remedio que recurrir a una desvencijada persiana de lamas que alguna vez fue blanca.

—Parece una mujer bastante normal —Macnamara examinó el pálido rostro sin maquillaje, las anticuadas gafas de concha, y el cabello recogido en un moño tirante y fue incapaz de decidir si le parecía guapa o fea.

—Es una mujer muy extraña, créeme, es la tercera vez que viene. Ha denunciado la desaparición de una alumna suya o algo así. Traté de ser amable con ella, pero en cuanto eché un vistazo al historial de la pájara de la niña le dije que era el típico perfil de adolescente que se fuga de casa, y que lo más probable era que en ese mismo instante estuviese esnifando coca con algún muchacho en un callejón oscuro de cualquier ciudad española. Pero la tía, que no; está empeñada en que alguien la ha asesinado —Morales se derrumbó sobre la silla que había frente a la mesa y su barriga, cada día más prominente, amenazó con reventar un par de botones de la arrugada camisa beige que llevaba puesta—. Dice que la ha visto en un sueño o en una visión o en algún otro lugar igualmente siniestro. A pesar de ese aspecto modosito, no cabe duda de que es una auténtica pirada.

—Igual dice la verdad, la mente humana es una máquina poderosa de la que aún desconocemos bien el funcionamiento —la sonrisa de Macnamara era irónica; creía en las visiones y en los temas paranormales casi tanto como en los Reyes Magos.

—Si claro, listo, pues por gracioso te vas a cagar. Le voy a decir que pase, que tú la atenderás —el inspector Morales esbozó una mueca maliciosa y se levantó en el acto.

—¡No jodas, Pedro, no la traigas aquí! Todavía tengo que terminar el informe del caso Valinsky y empezar con el del cadáver que apareció el otro día en Valdemingómez...

Pero sin hacerle el menor caso, Pedro Morales salió del despacho y se dirigió hacia donde esperaba la chica. Impotente, Nuño observó que hacía un gesto con la cabeza indicándole que le siguiera y la condujo a su despacho.

—Señorita Alcázar, le presento al inspector jefe Macnamara, uno de los hombres más brillantes de la brigada —Morales ignoró la mirada asesina que le dirigió su amigo y siguió hablando—: Si hay alguien en la sección de homicidios y desaparecidos que pueda ayudarle, es él, créame.

A Ana no se le escaparon las miradas que cruzaron los dos; sin embargo, se encogió de hombros en un gesto ligero que pasó desapercibido. Estaba acostumbrada a que la gente no la tomara en serio, así que no se amilanó y, decidida, se enfrentó al hombre que acababan de presentarle. Había algo en el tal Macnamara que le pareció inquietante. Tal vez era su tamaño amenazador,

demasiado alto, en su opinión —ella no le llegaba ni siquiera a la barbilla—, y de hombros muy anchos; o quizá fuera, simplemente, el hecho de que era policía. A Ana nunca le habían gustado los polis. A pesar de todo, trató de hacer esa incómoda sensación a un lado; necesitaba la ayuda de ese hombre y estaba decidida a hacer todo lo que estuviera en su mano para conseguirla.

El policía la miró con fijeza y Ana se dio cuenta de que él había notado su inquietud. Nada parecía escaparse a esos observadores y arrogantes ojos color castaño oscuro.

—Buenos días, inspector. Imagino que su compañero le ha informado ya de por qué estoy aquí.

—Buenos días, señorita Alcázar. En efecto, el inspector Morales me ha dicho que busca a una joven *desaparecida*. —una vez más, a Ana no se le escapó el énfasis irónico que inyectó en la palabra, pero le contestó sin perder la calma.

—No solo ha desaparecido, inspector Macnamara, estoy segura de que ha sido asesinada.

A Macnamara le sorprendió la dulzura de la voz femenina y su tono sereno. Tenía que reconocer que la señorita Alcázar no parecía una loca. Sus ojos, de un color que no podía apreciar bien tras los cristales de las gafas, lo miraban con aplomo; estaba claro que creía a pie juntillas todos los despropósitos que acababa de contarle. El inspector recorrió de arriba abajo su cuerpo menudo con curiosidad. El amplio chaquetón de color marrón que llevaba impedía adivinar sus formas, y lo único que asomaba por debajo eran unos vaqueros negros y unas viejas zapatillas de deporte. En resumen: el atuendo propio de una mujer insignificante que no le da la menor importancia a su aspecto físico. No obstante, no sabía por qué, algo en la apariencia de la señorita Alcázar no parecía encajar y él, Nuño Macnamara, siempre se fiaba de su instinto.

—¿Y por qué está tan segura? —Macnamara volvió de nuevo su atención al pálido rostro que se alzaba hacia él.

—Verá, soy la directora de un pequeño centro de acogida para jóvenes con problemas. Hace dos noches que Natalia no regresa a dormir. La primera vez que no vino, puse una denuncia a la mañana siguiente en el cuartel de la Guardia Civil del pueblo más cercano, pero al igual que su compañero —hizo un gesto despectivo con la mano señalando a Morales—, en cuanto los agentes

leyeron el historial de Natalia no le dieron la menor importancia. Esa misma noche...

Al ver que interrumpía de pronto su explicación, el inspector Macnamara se limitó a alzar las cejas, impaciente, invitándola a continuar.

—Verá... —por un instante Ana vaciló, pero se recuperó en el acto y mirándolo a los ojos con entereza declaró—: He tenido una visión de Natalia. Muerta.

—¿Una visión? —preguntó el inspector muy serio, procurando no mirar a su compañero que, a espaldas de la chica, se llevaba un dedo a la sien y ponía los ojos en blanco.

—Ya sé que es difícil de creer —la melodiosa voz continuo su explicación—. De hecho, soy consciente de que el inspector Morales piensa que estoy completamente loca, pero le juro que no es así. Desde pequeña, he sido capaz de percibir cosas que otros no ven...

—Así que lo que viene a decirme es que el espíritu de esa tal Natalia se le apareció para decirle que estaba muerta —en el despacho se escuchó el sonido inconfundible que hace una persona al reprimir una carcajada—. Mire, señorita Alcázar, en este momento estoy muy ocupado con varios asesinatos muy reales y no tengo tiempo para apariciones.

Ana se mordió el labio inferior con frustración; era evidente que tampoco aquel desdeñoso policía iba a creer nada de lo que dijera. Le entraron ganas de darse media vuelta y largarse de ahí sin despedirse de esos dos estúpidos individuos que la trataban como a una lunática, pero estaba en juego algo mucho más importante que un ataque de amor propio.

—Yo no veo espíritus, inspector, le he dicho que he tenido una visión de Natalia, muerta. Hay sangre por todos lados y una gran superficie de agua cerca. No parece un río, más bien una laguna o un pantano. Creo que lo cruza un camino o... En este punto la visión no es muy nítida, distingo una construcción de gran tamaño, pero no sé qué es exactamente.

La seguridad con la que la joven describía los detalles le hizo sentir incómodo. Pedro tenía razón, se dijo Macnamara; a pesar de su aspecto, tan normal, la tía estaba como una regadera. No obstante, no quería ser brusco con ella; de alguna manera, la señorita Alcázar, con su aspecto frágil y desamparado, despertaba en él un extraño instinto protector que le

desconcertaba.

—Verá, señorita Alcázar...

—Llámeme Ana, por favor —lo interrumpió la chica.

Como si no la hubiera oído el inspector repitió:

—Verá, señorita Alcázar, me imagino que comprende que los datos que nos da son escasos y poco concretos. Es imposible que la policía inicie una investigación con semejante material.

—Créame que lo comprendo, inspector, pero cuanto más tiempo pase más difícil será dar con el asesino. Podrían tratar de averiguar los movimientos de Natalia el día que desapareció..., quién fue la última persona que la vio con vida, yo... yo intentaré darles más datos... —su tono era apremiante y, por primera vez, el policía tuvo la sensación de que la joven estaba a punto de perder algo de su férrea calma, así que alzó la mano con un gesto hastiado y observó con ojos entornados el esfuerzo que hacía ella para controlarse.

—No se embale, señorita Alcázar, le diré lo que haremos. Déjeme el nombre de la muchacha, alguna foto y toda la documentación que pueda aportar y veré si puedo hacer algo —al ver que el rostro femenino se iluminaba, esperanzado, Nuño se sintió incómodo de nuevo y se vio obligado a añadir en un tono seco—: Pero debo advertirle que no se haga ilusiones. No le prometo nada.

—Lo entiendo, de verdad, inspector. Tome, he metido dentro todo lo que he pensado que podría ayudarlo.

Ana le entregó un abultado sobre marrón que sacó del enorme bolso que llevaba colgado en bandolera. El inspector Macnamara lo cogió y, con un indolente giro de muñeca, lo arrojó sobre la desordenada mesa de su despacho.

—Ya no le molesto más, inspector Macnamara. Le agradezco mucho el tiempo que me ha dedicado —el hombre miró la delicada mano, de dedos largos y delgados y uñas muy cortas, que la joven le tendía y la estrechó en su manaza, con cuidado de no apretarla mucho. La delicada señorita Alcázar le producía la perturbadora sensación de que podría quebrarla en cualquier momento; sin embargo, el inspector no estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. Tocarla fue como agarrar un cable de alta tensión. Un violento calambre lo recorrió desde los dedos hasta el hombro, dejándole el brazo

paralizado. Al instante, Macnamara bajó la mirada hasta el rostro de Ana, que parecía levemente ida, y apenas pudo descifrar la exclamación que brotó de aquellos labios llenos, ahora sin apenas color.

—¡Cuidado con el dragón!

Un rápido parpadeo, y las pupilas vidriosas lo enfocaron de nuevo. Al percatarse de lo que acababa de ocurrir, la señorita Alcázar soltó su mano como si quemara, y una ola de rubor subió desde su cuello y tiñó por completo su pálida tez. Con rapidez, Ana se despidió de ambos y abandonó el despacho a toda prisa.

—Tío, te has quedado blanco, ¿qué coño te ha dicho esa bruja de pacotilla?

Nuño sacudió la cabeza, todavía perturbado.

—Me ha dicho: «Cuidado con el dragón».

—¡Jarl, el dragón! ¡Cuidadín! —Morales empezó a dar pasitos cortos para delante y para atrás, en una mala imitación de Chiquito de la Calzada.

—¡Basta, payaso! —Macnamara no pudo evitar una carcajada.

—¿Por qué le has dicho que verías lo que puedes hacer? —prosiguió su amigo—. ¿Te has vuelto loco tú también? Creo que te ha dejado *agilipollao* con uno de sus hechizos, y eso que no es el tipo de piba que a ti te suele poner... demasiado delgada y demasiado plana para tu gusto. Además, a pesar de estar como una cabra no parece tonta.

—Mira, Morales, no voy a discutir contigo sobre mi arquetipo de mujer y no digas *agilipollao*, que suena fatal.

—¡Ay, inspector jefe Macnamara, cómo se nota que vienes de la escala ejecutiva! Los pobres diablos que hemos ido trepando por la básica carecemos de ese maravilloso dominio del lenguaje —Morales lo miró con fingido arrobo, mientras retorció con dos dedos uno de los extremos de sus enormes mostachos. Dejarse bigote había sido su particular venganza cuando los dioses decidieron que su cráneo estaba destinado a relucir como una bola de billar.

—Pues ya sabes, a ver si empiezas a leer algo que no sea el *Marca* —replicó Macnamara, pero, casi al instante, recuperó la seriedad—. La verdad es que no sé por qué demonios lo he dicho. De repente, me ha dado lástima verla tan convencida de las tonterías que estaba diciendo.

—Amigo Nuño, antaño conocido como el *mayorcapulloquejamáspasóporlabrigada*, tienes un corazón demasiado grande —respondió su compañero, palmeándole la espalda con fingida conmiseración—. Me voy a dar una vuelta por ahí, a ver si me entero de algo nuevo sobre el fiambre del vertedero.

—Qué envidia me das, Pedrito. A mí todavía me quedan varias horas aquí encerrado. Creo que fue un error aceptar el ascenso a inspector jefe. Me da la sensación de que llevo años lejos de la verdadera acción —Nuño Macnamara se pasó una mano por su revuelto pelo castaño con reflejos cobrizos y se sentó de nuevo tras el escritorio.

—No llores tanto, nenaza —se burló su amigo antes de salir del despacho—. Recuerda que mañana vas a tener toda la acción que tú quieras en cuanto entremos por fin en el chalé de Galapagar.

A las ocho, Nuño acabó por fin de redactar los informes que tenía entre manos. El teléfono no había dejado de sonar en todo el día y no le había resultado fácil concentrarse. Estaba a punto de recoger y marcharse a su casa cuando, por el rabillo del ojo, advirtió una esquina del sobre que le había dejado la señorita Alcázar medio escondido bajo un montón de documentos.

Alargó la mano y lo cogió sin decidirse a abrirlo. Después de dudar unos instantes, suspiró y, por fin, rasgó la solapa. Lo primero que cayó sobre su escritorio fue la foto de una adolescente de unos dieciséis años que sonreía alegre a la cámara. Era una chica bonita —como la mayoría de las jóvenes a esa edad—, con una larga melena que caía lisa a ambos lados de su rostro. En cuanto vio la mirada llena de vida de la muchacha, Nuño supo que había cometido un grave error: después de conocer los rasgos de la presunta víctima, ya no le sería tan fácil hacerla a un lado.

Enfadado consigo mismo, tecleó unas palabras en el ordenador y enseguida apareció en la pantalla el historial que buscaba. Mientras leía, no pudo evitar soltar un silbido silencioso; era increíble lo mucho que podían dar de sí dieciséis añitos, se dijo. Malos tratos, fracaso escolar, drogas, prostitución... El expediente de Natalia Molina era el perfecto manual de cómo fabricar un delincuente juvenil. No le extrañaba que ni los agentes del

pueblo de la sierra, ni Pedro Morales le hubieran prestado mucha atención a su desaparición. Continuó leyendo y, varios párrafos más abajo, descubrió que la joven Natalia llevaba casi dos meses en el centro de acogida que dirigía Ana Alcázar.

Siguiendo un impulso, Macnamara introdujo aquel nombre en la base de datos y, sorprendido, observó como se abría otro extenso historial. En teoría, esa información debería haber sido borrada hace años, pero al parecer nadie se había tomado la molestia de hacerlo. Ahí estaba una jovencísima Ana Alcázar mirando a la cámara, desafiante. A pesar de la mala calidad de la fotografía, Nuño pensó que era una de las adolescentes más bonitas que había visto en su vida. Intrigado, empezó a leer. Varios padres de acogida que por algún motivo decidieron devolverla a la custodia estatal, fugas de algunos de esos hogares, numerosas condenas por hurto que acabaron en continuas entradas y salidas del centro de menores... La señorita Alcázar era una caja de sorpresas; tras ese aspecto de mosquita muerta, se escondía una auténtica Bonnie Parker. Con perezosa curiosidad, Macnamara se preguntó si habría también un Clyde Barrow a su lado.

Nuño siguió leyendo con interés. Por causas desconocidas, la vida de Ana Alcázar había dado un giro de ciento ochenta grados al cumplir los dieciocho. Licenciada en psicología con unas notas excelentes, se doctoró con honores dos años más tarde y el tema de su tesis fue: *El tratamiento de la ansiedad por maltrato infantil y conductas autodestructivas en adolescentes*.

—Desde luego, no me extraña que se sacara el doctorado con semejante rapidez, debe ser toda una experta en el tema —comentó en voz alta, socarrón.

Estuvo leyendo casi una hora más y después se marchó a su casa. Sentado frente al televisor en su sofá favorito y con los pies en alto, se comió los dos grasientos bocadillos que había comprado en el bar de abajo, sin apenas prestar atención al programa de cocina que había elegido al azar. El intenso y sorprendente pasado de la señorita Alcázar no se le iba de la cabeza.

2

... Camina con rapidez. El cielo apenas esta iluminado por el leve resplandor del sol que acaba de esconderse. Desde hace rato, tiene la inquietante sensación de que alguien la observa. Le parece escuchar un ruido a su espalda: tal vez una pisada, acaso una rama que se rompe, probablemente algún pequeño animal, quizá... Acelera el paso; solo le quedan unos metros para llegar a la curva del camino desde la que se divisa la casa. Aliviada, suelta el aire que ha estado reteniendo durante el último minuto y, en ese preciso momento, una mano enorme se posa sobre su boca, impidiéndole gritar, al tiempo que un brazo de hierro se aferra a su cintura y la lleva en volandas en dirección contraria. Ella se retuerce y pateo en el aire con todas sus fuerzas, tratando de golpear a quien la tiene cautiva; pero es como luchar contra un monstruo de seis brazos y con el vigor de seis hombres. Aterrorizada, nota las lágrimas correr sin control por sus mejillas, sin embargo, a pesar de todo, sigue peleando hasta que un puño se estrella con saña contra su mandíbula y pierde el conocimiento...

Eran las seis de la mañana y empezaba a amanecer. Alrededor del pequeño chalé se habían desplegado en silencio los efectivos de la BCDP, que permanecerían escondidos hasta que les dieran la orden de entrar.

—¿Estáis listos? —susurró Macnamara en el pequeño *walkie-talkie*.

Tras unos segundos de ruido estático recibió la respuesta:

—¡Listos!

—¡Adelante! —ordenó.

Los miembros de la unidad, con los chalecos antibalas en su sitio, se acercaron con precaución a la casa algo apartada del centro urbano de Galapagar. Desde hacía días, tenían fundadas sospechas de que en ese lugar se encontraba retenido Mario Velázquez, un conocido empresario de la construcción que había sido secuestrado hacía dos semanas y por el que los delincuentes habían pedido un rescate millonario.

El inspector Macnamara dirigía el operativo *in situ*. Podría haberlo hecho tranquilamente desde su despacho, pero él prefería estar en primera línea, como si la adrenalina que segregaba en este tipo de operaciones diera sentido a su vida.

Varios de sus hombres rompieron la puerta de madera con un ariete especial y, al grito de «¡Policía!», entraron a toda prisa en el interior de la vivienda. Encontraron a dos de los secuestradores en calzoncillos en uno de los dormitorios. Aún estaban medio dormidos y no les dio tiempo a reaccionar; cuando se quisieron dar cuenta, estaban tirados en el suelo con las manos esposadas detrás de la espalda. Macnamara salió del dormitorio y, con precaución, fue abriendo las puertas de todas las habitaciones que encontraba a su paso sin dejar de empuñar su arma con las dos manos.

—¡Despejado! —gritó pero, justo en ese instante, un hombre salió de un pequeño armario al fondo del pasillo, perfectamente camuflado en la pared, y vació el cargador de su arma sobre él. En respuesta a un instinto atávico de supervivencia, Nuño se arrojó al suelo en el acto, mientras un dolor abrasador se extendía a lo largo de su cráneo.

El inspector Morales, que marchaba detrás de él, aprovechó para disparar a su atacante y dejarlo tendido, inmóvil, en el suelo.

—Nuño, ¿estás herido? —Morales le dio la vuelta y se asustó al ver la cantidad de sangre que resbalaba por un costado de su rostro.

—Por fortuna, no demasiado —Macnamara se incorporó despacio, se llevó una mano a la cabeza y la sacó empapada de sangre—. No es más que un rasguño en el cuero cabelludo.

—Cojones, tío, no hace falta que montes estos numeritos para llamar la

atención —su compañero lo agarró del brazo y lo ayudó a ponerse en pie, al tiempo que secaba el sudor de su rostro carnoso con la manga de su chaqueta.

—¡Ay, Pedrito, es que últimamente no me haces ni caso! —Bastante mareado, Nuño trató de bromear, mientras taponaba la herida con un pañuelo no muy limpio que su amigo había sacado de su bolsillo—. Joder, la verdad es que duele como si me hubiera atravesado el cerebro de lado a lado con un obús.

Sin dejar de ejercer presión sobre la herida, Macnamara se acercó al hombre que yacía en el suelo y colocó dos dedos sobre su cuello buscándole el pulso, pero en seguida se dio cuenta de que era inútil. El tipo estaba muerto. De pronto, miró la camiseta que cubría la gruesa panza de su agresor y se estremeció.

¡Cuidado con el dragón!

En su cerebro volvió a escuchar la dulce voz de Ana Alcázar previniéndole del peligro. Aunque al principio el dibujo serigrafiado en el frente de la prenda le había parecido un batiburrillo de líneas de aire oriental, al examinarla con detenimiento era fácil distinguir el contorno de un dragón echando fuego por las fauces. Notó que Morales dirigía una mirada desconcertada de la camiseta a él y viceversa, así que Nuño se encogió de hombros con fingida indiferencia y respondió a su pregunta no formulada:

—Pura casualidad.

Pero él creía en las casualidades casi tanto como en las visiones...

—¡Ana, hay un hombre en la puerta que pregunta por ti! —gritó Pablo, el pequeño de la casa, desde el vestíbulo sin dejar de vigilar al extraño de imponente tamaño que, parado al otro lado del umbral, lo miraba con curiosidad.

—¡Ya voy!

Ana, que en ese momento estaba ayudando a Julia a preparar la comida, se acercó a la puerta limpiándose las manos en el delantal floreado que llevaba atado a la cintura.

—¡Inspector Macnamara! —exclamó la chica, asombrada—. No esperaba verlo por aquí.

—¿Llego en mal momento? —preguntó el inspector, observándola con atención.

En esta ocasión, la señorita Alcázar no llevaba las gafas puestas. Varios mechones de suave pelo rubio habían escapado del improvisado moño que se había hecho con un bolígrafo y sus mejillas estaban sonrojadas por el calor de la cocina. A Macnamara, le pareció muy distinta de la mujer que se había presentado en la comisaría dos días atrás.

—No se preocupe, estaba ayudando a preparar la comida... —Ana se detuvo y frunció el ceño, con los ojos clavados en la gasa que cubría su cráneo cerca de la sien derecha—. ¿Qué le ha ocurrido?

Nuño se llevó una mano a la cabeza y rozó el vendaje; se había olvidado por completo de la cura que le habían hecho en el mismo centro de salud de Galapagar después de la refriega.

—No es nada —respondió encogiéndose de hombros y, al instante, cambió de tema—. Verá, señorita Alcázar, quería hablar con usted. No le importa que entre, ¿verdad? No la entretendré mucho.

Sin esperar su respuesta, Macnamara se metió adentro, mientras lo examinaba todo con curiosidad. A pesar de las ganas que tenía de mandar a paseo a ese tipo insolente, Ana se mordió la lengua y lo condujo hasta el salón.

—Por supuesto que no me importa, inspector, siéntase como en su casa — el velado sarcasmo que imprimió a sus palabras no le pasó desapercibido y Nuño frunció los labios para contener una sonrisa—. ¿Quiere algo de beber?, ¿una Coca-Cola?, ¿una cerveza...?

—Si no le importa, ¿no tendrá usted paracetamol o ibuprofeno? Me duele un poco la cabeza.

—Enseguida se lo traigo —se apresuró a decir Ana y salió de la habitación.

El inspector prosiguió su inspección sin ningún tipo de embarazo, examinando un objeto aquí y una foto allá. El salón estaba decorado de forma sencilla y acogedora; no era, en absoluto, la idea que él tenía de un centro de menores. Por fin, se sentó en uno de los cómodos sofás, iluminado por el agradable sol de mediados de noviembre que entraba por el ventanal y cerró los ojos. La cabeza le latía como si el pico de un minero excavara una galería

dentro de ella. A los pocos minutos, Ana estaba de vuelta con un vaso de leche y una caja de ibuprofeno.

—Muchas gracias —Macnamara alzó el vaso dubitativo, no bebía un vaso de leche desde que su madre le preparaba la merienda al volver del colegio. Como si adivinara sus pensamientos, ella comentó:

—Ya sabe que no es bueno tomar pastillas con el estómago vacío.

Tras haber leído la agitada historia de su vida, al inspector le hizo gracia la actitud maternal de la psicóloga, pero contuvo a tiempo el comentario irónico que subía a sus labios y se limitó a sacar dos pastillas de la caja, que se tragó con ayuda de la leche.

«Después de todo, no está tan mal», se dijo.

—Señorita Alcázar...

—Llámeme Ana, por favor —repitió sentándose en el otro sofá, al tiempo que cerraba los ojos y se frotaba el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—¿Está cansada? —preguntó Macnamara, al tiempo que examinaba las sombras oscuras bajo sus ojos—. ¿Acaso ha tenido más... ejem, visiones?

Ana abrió los párpados en el acto y lo miró desafiante.

—Pues la verdad es que sí, inspector Macnamara. Aunque a usted le cueste creerlo, llevo varias noches durmiendo muy mal por culpa de *mis visiones* —recalcó las palabras con retintín.

—Ahora no importa lo que yo crea o deje de creer; está claro que usted está convencida de que lo que dice es cierto, pero yo soy un hombre pragmático. Necesito hechos.

—Pues eso es algo que yo no puedo ofrecerle, inspector —interrumpió ella mostrándole las palmas de las manos, como si con ese gesto, quisiera manifestar la sinceridad de sus palabras.

—Lo sé. He venido hasta aquí porque quería preguntarle por el estanque del que me habló. ¿Recuerda algo más de lo que me contó?

—Le dije que era una superficie de agua bastante grande, no sé si una laguna, un pantano... Me es imposible ser más precisa. Como ya le conté, había algún tipo de estructura de hormigón cerca.

—¿Cree que si viera una fotografía podría reconocer el lugar?

—No sé... quizá —respondió, insegura.

Macnamara se levantó y fue a sentarse a su lado, le tendió un iPad y le

mostró cómo se pasaban las fotos con el dedo.

—Tómese su tiempo.

Mientras Ana miraba cada una de las fotografías con detenimiento, los ojos del inspector se posaron en los mechones rubios que escapaban de su moño y le dieron ganas de enrollar una de esas guedejas alrededor de su dedo y comprobar si eran tan suaves como parecían. Sus pupilas siguieron el recorrido por la cremosa piel de su mejilla y por la delicada oreja, como una concha perfecta, que quedaba a la vista. No llevaba pendientes y no había rastro de agujeros. De pronto, le asaltaron unas ganas poderosas de inclinarse sobre ella, introducir ese immaculado lóbulo en su boca y saborearlo con fruición.

—¡Se parece mucho a este lugar! —La voz excitada de Ana lo devolvió de golpe a la realidad.

Macnamara se acercó un poco más a ella para echar un vistazo y, de pronto, el perfume sutil que emanaba de ella se introdujo en sus fosas nasales y le provocó una violenta arremetida de deseo. Asombrado por su extraña reacción, el policía se llamó al orden. No entendía esa imprevista exaltación de su libido. Hasta ese momento, a él siempre le habían atraído las mujeres con más tetas que cerebro y, a juzgar por su expediente académico y por lo poco que podía apreciar bajo la holgada camiseta que cubría el pecho femenino, ese no era el caso de la señorita Alcázar. Disgustado consigo mismo, Nuño trató de concentrarse en la fotografía que señalaba la joven.

—El pantano de Valmayor.

—¡Estoy casi segura de que se trata de este lugar! La estructura de la que le hablé me recuerda mucho a este puente que lo cruza —Ana apenas podía reprimir su entusiasmo.

—Es el viaducto de la M-505... sí, podría ser. Está bien, pediré un perro y echaré un vistazo —inquieto, se puso en pie; estar tan cerca de esa mujer le estaba poniendo nervioso.

—Inspector Macnamara, me gustaría hacerle una pregunta —Ana se había levantado a su vez del sillón y tuvo que alzar bastante la cabeza para mirar ese rostro, agresivamente masculino, de mandíbula cuadrada, nariz ligeramente aguileña y labios severos, que parecía cincelado en piedra.

—Pregunte lo que quiera —en ese momento, con los rayos de sol

incidiendo de lleno sobre sus ojos, Nuño descubrió que los iris de la señorita Alcázar eran de un insólito tono gris que, según la luz, fluctuaba entre un matiz casi negro y uno acerado.

—Me gustaría saber qué es lo que ha ocurrido para que, de repente, usted haya decidido tomarme en serio.

Definitivamente, pensó Macnamara, las mujeres más listas de lo normal no eran lo suyo. Molesto por su aguda percepción, contestó, sarcástico:

—¿Quién le ha dicho que la tomo en serio? Lo que ocurre es que no me gustaría que luego fuera diciendo por ahí que la policía no hace su trabajo — los sensuales labios de Ana esbozaron una mueca burlona, dando a entender que sabía que había algo más de lo que él quería confesar. Al verla, Macnamara se sintió aún más irritado y se despidió con brusquedad—: Ahora me voy, tengo mucho trabajo. Mañana pasaré a buscarla a las diez. Sería conveniente que sacara la *ouija* del desván, a ver si le da una idea más precisa de por dónde debemos empezar a buscar.

«Capullo», pensó la chica.

Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza sin manifestar hasta que punto le molestaba su altanería, al fin y al cabo, se dijo Ana, había conseguido lo que quería.

3

A pesar de la poca antelación, Ana consiguió cuadrar su agenda, así que, cuando a la mañana siguiente apareció el inspector Macnamara a las diez en punto conduciendo un Jeep *Wrangler* de color negro, estaba lista.

El hombre la saludó con un lacónico «buenos días» y luego no volvió a despegar los labios durante la mayor parte del trayecto. A pesar de que el aire era fresco, no había puesto la capota y Ana disfrutó de la estimulante sensación de rodar a toda velocidad por la carretera, mientras notaba los débiles rayos del sol otoñal sobre su rostro. Miró de reojo las manos, grandes y nervudas, del inspector que sujetaban el volante con seguridad y pensó que eran de las pocas cosas que le gustaban de él. Por lo demás, era el prototipo de hombre que siempre le había desagradado: arrogante y demasiado seguro de sí mismo. Resultaba milagroso que, de pronto, hubiera decidido prestarle atención.

Una vez más, Ana se preguntó si ese cambio de actitud estaría relacionado de alguna manera con la herida de su cráneo. Hoy se había quitado el apósito y en el cuero cabelludo resaltaba una línea púrpura donde antes crecía más de ese pelo leonado castaño cobrizo. Distraída, se dijo que el inspector Macnamara debía de tener algún ancestro irlandés o escocés; desde luego, su tamaño, muy por encima de la media española, y el color de su pelo resultaban bastante poco corrientes.

—Por cierto, ¿ha conseguido averiguar algo más del lugar en el que, según usted, está Natalia? —preguntó el inspector de sopetón.

—Por desgracia, mi *ouija* se quedó sin gasolina —respondió Ana con ironía. No sabía por qué, aquel hombre sacaba a relucir lo peor de ella.

—Ja, muy graciosa. Apreciaría un poco de colaboración, señorita Alcázar. Me estoy jugando mi reputación en esta historia demencial —la miró airado y, enseguida, volvió la vista hacia la carretera.

Ana contempló su perfil de rasgos muy marcados, en especial, la nariz aguileña que le daba a su rostro un toque despiadado.

—Disculpe, inspector Macnamara, tiene razón. Quiero que sepa que le estoy muy agradecida por lo que está haciendo —con suavidad la joven posó la mano sobre su antebrazo y, aunque esta vez Nuño no sintió ningún calambre, el calor de esos dedos esbeltos pareció traspasar la tela de su cazadora.

—Ya puede estarlo, voy a ser el hazmerreír de toda la comisaría —gruño, algo más calmado.

Ana se prometió a sí misma que ese malhumorado gigante no conseguiría sacarla de sus casillas, así que volvió la vista hacia los montes cubiertos de robles veteados en una cálida gama de color que iba del marrón al amarillo y recorrieron en silencio el resto de los pocos kilómetros que separaban el chalé de la sierra de su destino. Cuando por fin llegaron al embalse de Valmayor, Ana no pudo evitar que se le escapara un suspiro de desaliento. El pantano era enorme y con los escasos recursos con que contaban —dos agentes y un *golden retriever* que les esperaban en una explanada de tierra—, tuvo la impresión de que encontrar alguna pista iba a resultar una misión imposible. Al oír el suspiro, Nuño se volvió hacia ella, divertido.

—No se venga abajo, señorita Alcázar, Mika es una de las mejores rastreadoras que tenemos en el cuerpo.

—Siento ser tan transparente —ligeramente avergonzada, Ana le dirigió una dulce sonrisa, pero al ver que el hombre fruncía de nuevo el ceño, se alejó un poco y miró a su alrededor.

A pesar de su repentino abatimiento, Ana contempló maravillada el imponente paisaje y pensó que era increíble que pudiera estar tan cerca de una inmensa capital como Madrid. A lo lejos, los picos azulados, espolvoreados por las primeras nieves, se elevaban majestuosos contra el cielo, donde unas pocas nubes blancas realzaban aún más el intenso tono lapislázuli, que se reflejaba a su vez en las tranquilas aguas del embalse.

—¡Bueno, a trabajar! —La voz profunda de Macnamara la sacó de su ensoñación—. ¡López, Segura, dirigiremos la búsqueda cerca de los pilares del viaducto! ¿Ana, ha traído lo que le pedí? Démelo.

Ana se dijo que en el vocabulario de ese individuo la palabra «por favor» no debía existir; sin embargo, sacó de su bolso una camiseta y se la tendió, obediente.

—No está lavada, creí que sería mejor...

—¡Vamos! —Macnamara la interrumpió sin miramientos, al tiempo que le arrebató la prenda y se acuclilló junto a la perra para que la oliera.

Ana tuvo que contar hasta diez para no estallar. Luego, algo más calmada, se acercó un poco y, con el corazón latiéndole a toda velocidad en el pecho, observó cómo Mika salía disparada, husmeando aquí y allá.

—Parece que ha olido algo —comentó, notando que se le aceleraba la respiración.

—Aún es pronto —respondió, lacónico, su interlocutor y, sin prestarle más atención, corrió detrás de la perra y de los agentes.

Ana permaneció donde estaba y se sentó a esperar en una roca no demasiado grande. Despacio, miró a su alrededor tratando de descubrir algún detalle que le resultara familiar, mientras escuchaba cómo el ruido de la búsqueda se iba haciendo cada vez más lejano. Sin saber muy bien por qué, se puso en pie de nuevo y empezó a caminar en dirección contraria a la que había tomado la cuadrilla. Trató de no pensar en nada mientras sus pies, como si tuvieran voluntad propia, la conducían por un estrecho sendero abierto por años de tránsito del ganado que pastaba suelto por la zona. Después de un rato deambulando sin rumbo, Ana llegó a un bosquecillo de sauces y fresnos, se internó en él y, a la sombra de las hojas naranjas y amarillas que permanecían aún en precario equilibrio sobre las ramas de los árboles, sintió frío. La joven siguió andando hasta detenerse junto a un vigoroso árbol que crecía algo apartado de los demás y apoyó la palma de la mano en su tronco rugoso. De inmediato, notó que se le congelaba el aliento y se quedó inmóvil.

... Ras, crac, las hojas y las ramitas secas crujen a su paso y se enganchan en su cazadora, intentando atraparla. No tiene ni idea de hacia dónde corre, solo sabe que tiene que escapar como sea. El

sonido de su respiración silba, amplificado, en sus oídos y su aliento se desboca en ráfagas que se vuelven humo ante sus ojos. Sigue corriendo, mientras escucha el ruido de otros pasos que se acercan a toda velocidad. Le arde el pecho pero, sobre todo, le arde la herida del costado de la que no cesa de manar sangre. Sus movimientos se hacen cada vez más lentos, más pesados. Solo la fuerza de voluntad la impulsa a seguir adelante. De pronto, se le nubla la visión y no le queda más remedio que detenerse un segundo. Apoya la mano que lleva al costado sobre un árbol y, como si se tratara de algo ajeno a ella por completo, observa la huella ensangrentada que dejan sus dedos en el tronco. Las pisadas de su perseguidor se acercan más y más y, aterrorizada, emprende de nuevo la huida...

Macnamara seguía de cerca a la perra que había vuelto sobre sus pasos y olfateaba lo que parecía ser un rastro nítido, cuando un grito agudo desgarró la placidez del paisaje.

—¡Ana! ¡Ana, ¿qué ocurre?!

El policía sintió que se le subía el corazón a la garganta y salió corriendo en dirección a donde había brotado aquel lacerante sonido. Enseguida llegó a un pequeño bosquecillo que crecía cerca del agua y, pocos metros después, halló a la joven hecha un ovillo a los pies de un árbol. Macnamara se arrojó al suelo junto a ella, cogió su cara entre sus manos y la obligó a levantar la mirada hacia él. Del rostro de Ana había desaparecido cualquier vestigio de color y su cuerpo temblaba de forma incontrolable. Sus ojos, en los que brillaba un terror desnudo, lo miraban sin ver.

—¡Ana! ¿Qué ha ocurrido? —El policía la sacudió sin miramientos—. Soy yo, Macnamara.

Las palabras del inspector parecieron penetrar la gruesa capa de horror que la paralizaba y Ana parpadeó un par de veces, en un intento de enfocar sus pupilas sobre ese hombre que agarraba su cabeza de aquella manera tan dolorosa. Al ver su gesto de dolor, Nuño aflojó el apretón y trató de suavizar el tono antes de volver a preguntar:

—Cuénteme, ¿por qué ha gritado?

—La persigue... —las palabras parecían trepar por su garganta reseca con

dificultad y Ana tragó saliva, tratando de aclararla—. Corre..., trata de escapar, pero sus pasos suenan... suenan cada vez más cerca...

El tono de su voz se hizo más agudo y Nuño notó que hacía un esfuerzo sobrehumano para no perder el control de sus nervios. Sus ojos grises, algo más lúcidos ahora, seguían reflejando un pánico infinito.

—¿Quién la perseguía? ¿Era un hombre?

—No sé, no puedo verlo..., solo siento el terror que la empuja a escapar, pero le duele, le duele mucho... —Ana se mordió con fuerza el labio inferior, como si fuera ella la que sintiera ese intenso dolor.

—¿Qué le duele? ¿Está herida?

—No puede seguir, se para. Está exhausta. Apoya la mano en el árbol... hay sangre, mucha sangre en sus dedos... ahora el tronco está rojo —la joven había cerrado los párpados y hablaba en susurros.

Sin saber qué pensar, Macnamara alzó los ojos por encima de la cabeza de Ana y le pareció percibir algo en el árbol. Con agilidad, se incorporó y examinó con detenimiento el tronco del fresno a cuyos pies Ana Alcázar seguía acurrucada. Sobre la corteza arrugada había unas manchas como de óxido que tanto podrían ser líquenes, como la huella ensangrentada de una mano. En ese momento, uno de los agentes exclamó:

—¡Mika ha encontrado algo!

Nuño se puso en cuclillas junto Ana y, con suavidad, alzó su barbilla.

—¡Quédese aquí! —ordenó clavando sus pupilas en las angustiadas pupilas femeninas.

Ella asintió en silencio y, al ver su expresión indefensa y asustada, Macnamara sintió unas ganas intensas de estrecharla contra su pecho para tranquilizarla. Arrepentido de su estúpido impulso, se incorporó con rapidez y se dirigió hacia donde se escuchaban los alegres ladridos de la perra. A unos trescientos metros del árbol donde se había detenido la joven había una pequeña hondonada y el inspector descendió con cuidado de no resbalar con las escurridizas hojas que alfombraban el suelo.

—¿De qué se trata, Segura?

—Hay algo debajo de esas piedras —el policía señaló un montículo de rocas de buen tamaño que el otro agente ya había empezado a quitar, una a una.

Las piedras eran lo suficientemente pesadas para que un animal no pudiera

moverlas, sin embargo, para un hombre sano desplazarlas no constituía ningún problema. Minutos después, entre los tres habían conseguido apartar la mayor parte de las rocas.

—¡Joder! —exclamó el agente López al ver lo que había en el fondo de ese hoyo poco profundo, al tiempo que se tapaba la nariz y la boca con una mano.

—Sí, joder —el semblante de Macnamara era un poema.

El inspector regresó al lugar donde había dejado a Ana y la encontró sentada en el mismo sitio, con los brazos rodeando sus piernas dobladas y la frente apoyada sobre sus rodillas. Al oírlo llegar, la joven se incorporó con rapidez, apoyándose en el tronco del árbol, y su pálido rostro se alzó hacia él en una muda pregunta.

—¿Reconoce esto? —Con un semblante completamente inexpresivo, a pesar de que un pequeño músculo traidor latía en su mandíbula desmintiendo su aparente indiferencia, Macnamara alzó una mano de la que colgaba un llavero acabado en una pequeña zapatilla Converse de color rosa. Al verla fue como si a Ana le desconectarán la corriente. Sin hacer ningún ruido, se desmayó y hubiera caído al suelo si los rápidos reflejos del inspector no lo hubieran impedido. Macnamara estrechó la figura exánime contra su pecho y miró a su alrededor sin saber muy bien qué hacer. Con un gruñido, alzó el ligero cuerpo entre sus brazos y se dirigió hacia el coche.

—¿Le ayudo, señor?

—No es necesario, Segura.

Antes de llegar al vehículo, Ana recobró el conocimiento y con él el recuerdo de lo ocurrido. Aunque más tarde se sentiría tremendamente avergonzada al recordarlo, se aferró al cuello del hombre que cargaba con ella, ocultó la cara en la base de su garganta y empezó a llorar como si la angustia acumulada en los últimos días hubiera roto todas las compuertas.

Nuño Macnamara sintió la humedad de sus lágrimas empapando el cuello de su camisa y, a pesar de que hubiera sido más propio de él soltarla de golpe y alejarse de ella a toda velocidad, la apretó con más fuerza y empezó a emitir sonidos tranquilizadores, como si tratara de consolar a un niño pequeño.

Cuando llegaron a donde estaba el coche, Ana alzó la cabeza por fin y, algo más serena, rogó abochornada:

—Ya puede soltarme, inspector, siento mucho el espectáculo.

Con mucho cuidado, Macnamara la depositó en el suelo y clavó la mirada en su pálido rostro, uno de los pocos, pensó, que no se ponían horribilmente abotargados con el llanto.

—Voy a organizar el levantamiento del cadáver y luego iremos a un centro de salud. Me gustaría que la viera un médico —anunció con el ceño fruncido.

—No es necesario, inspector, en serio. Estoy bien. Por favor, le ruego que me lleve a mi casa —a pesar de que parecía serena, el policía detectó un matiz de ansiedad en su voz y decidió ceder.

—Muy bien. Métase en el coche y enseguida estoy con usted.

Ana le obedeció y desde el interior del vehículo lo observó, aturdida, mientras él hacía varias llamadas. Finalmente, el inspector indicó a los agentes que esperaran al resto de los efectivos y se encaminó hacia el coche. Durante el trayecto de vuelta, el cansancio y la tensión hicieron mella en la joven y se quedó dormida.

El inspector condujo despacio, pensando en todo lo ocurrido. Miró el rostro dormido de la mujer y percibió que, bajo las largas pestañas oscuras posadas sobre sus pálidas mejillas, unas profundas ojeras subrayaban su agotamiento. Estaba claro que las noches resultaban de todo menos plácidas para la señorita Alcázar.

Macnamara se sentía incapaz de procesar los acontecimientos de la mañana. En dos ocasiones, había sido testigo de algo en lo que jamás había creído y, a pesar de ello, seguía dando vueltas al asunto en su cabeza, en un vano intento de encontrar alguna explicación lógica a lo ocurrido. Su mente racional no podía aceptar que la delicada joven que en ese momento descansaba, exhausta, en el asiento del copiloto de su coche fuera una bruja o una médium o como demonios se llamaran a esas personas que veían espíritus; si lo hiciera sería como abrir la mente, de par en par, a nuevas e inciertas arenas movedizas donde podría acabar hundiéndose. Sin embargo, la única alternativa para explicar el enigma era que hubiera sido la propia Ana Alcázar la que hubiera asesinado a la muchacha, y eso, no sabía por qué, no podría creerlo ni en un millón de años. Irritado y frustrado consigo mismo por la

confianza ciega que al parecer le merecía una mujer a la que no conocía en absoluto, decidió que lo mejor sería andarse con mucho ojo y no bajar la guardia con la, en apariencia, inocente señorita Alcázar.

4

Un amplio jardín en el que crecía algún que otro pino solitario, rodeaba la pintoresca construcción serrana de los años sesenta, edificada con piedra y madera, y enmarcada por el maravilloso espectáculo de Siete Picos. En cuanto el inspector detuvo el coche delante de la puerta del chalé, Ana abrió los ojos; se sentía como una alfombra a la que alguien hubiera sacudido hasta arrancarle la última mota de polvo. Miró al hombre que estaba a su lado y, como de costumbre, notó los profundos surcos que se marcaban en su entrecejo. Por unos segundos, la mente de Ana empezó a divagar y se preguntó por qué el inspector Macnamara parecía perpetuamente enojado con el mundo. Esbozó una sonrisa desgana y se recordó a sí misma que, al fin y al cabo, a pesar de su aspecto hosco, el policía había ido contra sus convicciones más íntimas y era el único que le había dado algo de crédito.

«A lo mejor», pensó bajando del coche, «en algún lado de ese armario que tiene por pecho, alberga un tierno corazón... aunque lo dudo mucho, la verdad».

—Bueno, señorita Alcázar, que descanse.

—¿No quiere quedarse a comer, inspector? Seguro que ha sobrado algo, Julia siempre hace comida para un regimiento.

Nuño echó un vistazo a su reloj. Eran las cuatro. Nunca prestaba mucha atención a sus comidas; normalmente, picaba cualquier cosa en algún bar cuando le sobraban unos minutos. Además, sentía que necesitaba alejarse de la inquietante cercanía de esa mujer para pensar un poco. Sin embargo, se

sorprendió al escuchar su propia voz contestando:

—Muy bien, gracias.

Ana buscaba las llaves en su bolso cuando la puerta se abrió de repente y un chico moreno de unos diecisiete años la recibió con un alegre saludo.

—¡Hola, Diego, gracias! Qué pronto has vuelto hoy.

—El jefe tenía cosas que hacer en Madrid y me ha dado la tarde libre, si quieres puedo tratar de arreglar el grifo del baño de las chicas —en ese instante, el muchacho reparó en el hombre que permanecía en pie al lado de Ana y una expresión huraña cubrió su atractivo rostro que, hasta ese instante, había lucido una ancha sonrisa.

—Hola, soy el inspector Macnamara —algo incómodo, Nuño tendió la mano a ese arisco adolescente, alto y delgado, que lo miraba con desconfianza, pero Diego miró la mano tendida sin hacer el menor amago de estrecharla.

—No hace falta que me lo diga, puedo oler a la pasma a cien metros.

—Venga Diego, no seas borde. El inspector Macnamara está llevando el caso de Natalia y... será mejor que vengas un momento, tengo que hablar contigo. Perdona un segundo, inspector.

Ana agarró la mano del chico y ambos se alejaron en dirección a un viejo columpio oxidado que quedaba a varios metros de la puerta. A pesar de que Macnamara no podía escuchar lo que decían, el lenguaje corporal de ambos era inconfundible. En un momento dado, la joven lo estrechó entre sus brazos con una expresión de profundo dolor reflejada en su rostro. El muchacho permaneció inmóvil con la cara escondida en el hombro femenino, pero, pocos segundos después, se apartó de ella, se dio la vuelta y se alejó a toda prisa en dirección al pinar que rodeaba la casa. Nuño notó como la señorita Alcázar se secaba los ojos con los dedos y apartó la vista discretamente. Cuando recobró algo de su perdido equilibrio, Ana regresó a su lado.

—Pase por favor —la agradable voz de la joven le invitó a entrar mientras sostenía la puerta abierta—. Espero que no le importe comer en la cocina.

—Por supuesto que no.

La cocina era muy amplia y, a esas horas, la luz entraba a raudales por las dos ventanas de cuarterones. La gran mesa de madera sin desbistar, rodeada de sillas que no hacían juego entre sí, ocupaba la mayor parte del espacio y

creaba un ambiente acogedor. En un rincón de la estancia, una mujer de mediana edad, bajita y regordeta, se desataba en ese mismo instante el delantal que llevaba atado a la cintura.

—¡No me digas que vienes a comer a estas horas! —Fue el saludo de la mujer.

—Lo siento, Julia, ya sabes que de vez en cuando surgen imprevistos — Ana le dirigió una débil sonrisa.

—Imprevistos, imprevistos —gruñó la cocinera—. ¿Y este quién es? ¿No será tu novio?

Sus ojillos oscuros, brillantes como canicas de cristal, miraron a Macnamara de arriba abajo con curiosidad y, a pesar de todo lo ocurrido, Ana no pudo reprimir una carcajada que, sin saber por qué, a Nuño le pareció irritante.

—¡No, por Dios! —negó, divertida—. Julia, te presento al inspector Macnamara. Está investigando la desaparición de Natalia.

—Hmm. Una pena, no está mal el muchacho. Grandote, como a mí me gustan... —por primera vez en su vida, Nuño sintió que se ponía colorado; además, la burla que detectó en los expresivos ojos grises no contribuyó a aligerar su incomodidad—. Bueno, ha sobrado bastante estofado y un poco de arroz, caliéntalo en el microondas, pero no mucho rato, ya sabes, que luego se reseca la carne.

—Sí, Julia, sí. Anda, vete ya, que seguro que tu marido está de los nervios esperándote.

—Ese pesado —resopló la gruesa mujer—, no sé qué va a hacer sin mí cuando yo me muera. Hazme caso, Ana, nunca te cases con un hombre que no sepa prepararse ni una tostada —se volvió de repente hacia el inspector y preguntó a bocajarro—: ¿Usted sabe hacer una tostada?

—Cuando me pongo, soy capaz de cocinar una paella para chuparse los dedos —respondió Nuño muy serio.

La mujer lo miró con aprobación:

—Este chico te conviene, Ana, no seas tonta. Si sigues sin hacerle caso a ninguno te vas a quedar para vestir santos...

Ahora fue Macnamara el que dirigió una mirada burlona al rostro sonrojado de la joven.

—Bueno, os dejo. Espero que le guste el estofado, inspector.

—No tengo la menor duda de que me va a encantar, Julia. Tiene usted pinta de ser una cocinera estupenda —halagada, Julia le dirigió una amplia sonrisa y se marchó.

—Caramba, inspector, nunca pensé que un tipo como usted fuera capaz de encandilar en cinco minutos a una mujer como Julia —una mueca maliciosa bailaba en los sensuales labios de Ana y, una vez más, Nuño se puso a la defensiva ante ese encanto que, de alguna manera, sentía como una peligrosa amenaza.

—Eso es porque no me conoce, le advierto que soy un gran conquistador —respondió con una mirada enigmática que hizo que Ana esbozara una ligera sonrisa:

—No lo dudo inspector, pero estoy segura de que suele dirigir sus atenciones a otro tipo de mujer, imagino que a uno que no le dé muchos problemas...

—¿Está poniendo en práctica sus superpoderes conmigo, señorita Alcázar? Le agradecería que no lo hiciera —comentó, desagradable, haciendo que su sonrisa se borrara de golpe.

—Le recuerdo que soy psicóloga y tengo buen ojo para juzgar a las personas —respondió ella con sequedad, mientras empezaba a calentar la comida.

Algo avergonzado por su actitud agresiva, Nuño preguntó:

—¿Puedo ayudarla?

—Puede poner la mesa, encontrará lo necesario en esa alacena.

Cuando todo estuvo dispuesto empezaron a comer en silencio, hasta que Ana preguntó por fin lo que llevaba tiempo rondando en su cabeza:

—¿Ahora qué va a pasar?

—Por supuesto, habrá una investigación —respondió Macnamara poniéndose más estofado en su plato—. Llevamos unos días de retraso, pero espero que todavía queden indicios suficientes para poder encontrar al asesino.

—Hay una cosa que me sorprende —continuó la joven, era evidente que no había parado de darle vueltas al asunto desde que habían encontrado a la muchacha—. ¿Por qué el asesino no se deshizo de Nat... del cuerpo tirándolo

al pantano? Al enterrarlo corría un riesgo mucho mayor de que fuera descubierto.

—Es evidente que quería que encontráramos el cadáver —Macnamara contempló los enormes ojos grises que lo miraban perplejos.

—¿Por qué? No tiene sentido.

—Los asesinos, como el resto de los mortales, no siempre se mueven por parámetros lógicos. Quizá quiere que sirva de aviso para alguien, tal vez le apetece salir en las noticias... puede ser cualquier cosa.

—¿Desea un café? —preguntó Ana, después de que el inspector le hubiera ayudado a recoger la cocina.

—Debería volver a la comisaría, pero no todos los días tengo la oportunidad de darme un homenaje semejante —por primera vez, Ana lo vio sonreír y no le quedó más remedio que admitir que el inspector Macnamara era un hombre muy atractivo.

—Vaya al salón, lo tomaremos allí.

Cuando la joven regresó con la bandeja, Macnamara estaba sentado sobre el sillón con los párpados entornados sintiendo el agradable calor de los rayos de sol en su rostro, pero al oírla se levantó para ayudarla; un gesto caballeroso que la sorprendió.

—Dígame, Ana, ¿desde cuándo tiene esas visiones? —preguntó el inspector mientras revolvía su café con la cucharilla.

—Desde que tengo memoria —suspiró ella, llevándose la taza a los labios.

—¿Influyó ese asunto en el hecho de que pasara por tantas familias de acogida?

Ana le dirigió una mirada insondable y respondió, serena:

—Veo que se ha puesto al día con mi expediente.

—Bueno, al fin y al cabo soy policía ¿no? —Macnamara se encogió de hombros, sin inmutarse e insistió—: Por favor, contésteme.

—Pues sí, influyó mucho —respondió al fin con una mueca de amargura—. Pero claro, hay que entender que a nadie le gusta tener en su casa a una niña rara, que entra en trance cada dos por tres, para luego anunciar que te va a atropellar un coche o que la lámpara del comedor se caerá en mitad de la cena.

—¿Sabe algo de sus padres biológicos? —Ana se sintió como un criminal en la sala de interrogatorios, pero a pesar de ello siguió contestando a las preguntas del policía con calma.

—Nada en absoluto. Me encontraron hace treinta años, el día de San Joaquín y Santa Ana, envuelta en una manta en mitad del puente de piedra por el que se entra al alcázar de Segovia. De ahí mi apellido.

A pesar de que la chica hablaba sin amargura, Macnamara sintió el repentino impulso de estrecharla contra su pecho. Era increíble cómo algunas personas podían entrar en la vida con mal pie; sin embargo, aún resultaba más sorprendente que la señorita Alcázar hubiera llegado a donde había llegado con semejantes inicios. De pronto, a Nuño le embargó una corriente de admiración hacia esa mujer luchadora de aspecto engañosamente frágil, pero, acto seguido, se regañó a sí mismo con dureza. No había sido sintiendo ternura por mujeres casi desconocidas, como había logrado mantener su corazón incólume durante treinta y ocho años, se recordó, así que sería mejor que se anduviera con ojo. El policía decidió seguir con el interrogatorio, al fin y al cabo, aún no había terminado su horario de trabajo.

—¿Ha ocurrido algo en los últimos tiempos que piense que debería contarme? ¿Alguien del centro ha recibido alguna amenaza, un suceso que se salga del orden natural del día...? —La observó jugar con el azucarero como si hubiera algo que no se decidiera a contarle—. Señorita Alcázar, es fundamental que confíe en mí si quiere que esta investigación llegue a buen puerto —el tono incisivo que utilizó el inspector le hizo dar un respingo y Ana alzó sus suaves ojos grises hacia él en una muda disculpa.

—Tiene razón, inspector Macnamara, le contaré mis sospechas. Hace unas semanas tuve que despedir a un hombre que había contratado para que se ocupara del jardín y para hacer las chapuzas que, de cuando en cuando, son necesarias en la casa. Tuvimos...

—Siga —ordenó el inspector al ver que titubeaba.

—Tuvimos unas palabras y me amenazó.

—¿Qué tipo de amenaza?

—Del tipo: «Zorra, te vas a arrepentir de esto». Creo que esas fueron sus palabras exactas. Verá, el hombre había estado en la cárcel...

—¡Un expresidiario! ¡No sé si es usted increíblemente buena o

increíblemente estúpida! —La interrumpió el policía, furioso.

—Le ruego que no me insulte, inspector. No sé si ha oído hablar de las segundas oportunidades. A mí me dieron una en su día y este lugar —continuó, señalando con un gesto lo que la rodeaba— es un ejemplo de ello. Todos los chicos que pasan por aquí arrastran a sus espaldas un pasado que dista mucho de ser bonito, pero si alguien no se arriesga por ellos están condenados de antemano, y nadie merece eso.

A pesar de que Ana mantenía un tono calmado, sus pupilas brillaban con el fervor del fanático y sus mejillas estaban teñidas con un leve rubor y, a regañadientes, el inspector tuvo que reconocer que la señorita Alcázar se ponía preciosa cuando se enfadaba.

—Bueno, bueno, no me venga con mítines sentimentales —Macnamara la observó apretar los puños con fuerza, como si tratara de reprimirse para no lanzarle un directo en la mandíbula, y escondió una sonrisa. Resultaba divertido sacar de sus casillas a esa mujer, siempre tan comedida.

—Es inútil, no voy a intentar convencerlo de nada, no merece la pena. Es usted un hombre de mente estrecha y lleno de prejuicios —Ana se levantó con brusquedad del asiento y recogió la bandeja del café. Cuando regresó de la cocina había recuperado el dominio de sí misma y Macnamara sintió cierta tristeza; pero bueno, se dijo, malévolo, ya encontraría una nueva ocasión para hacerla perder los estribos.

—Hablábamos del expresidiario —Nuño retomó la conversación como si, entremedias, no hubiera habido ningún acalorado intercambio de pareceres—. Quiero saber cuánto tiempo estuvo trabajando para usted y por qué lo echó.

—Estuvo aquí unos tres meses. No era un tipo simpático, la verdad. Introvertido, brusco en sus contestaciones y, para más inri, tenía la desagradable manía de acercarse a mí de una manera sigilosa que me daba unos sustos de muerte. Pero no vas a despedir a una persona simplemente porque te caiga mal ¿no? —El inspector elevó los ojos al cielo, como pidiendo paciencia, y a Ana no se le escapó su gesto—. Bueno, seguro que usted sí que sería capaz de echar a alguien por estornudar a destiempo. De todas formas, y aunque se empeñe en creer lo contrario, no soy del todo estúpida, así que le pedí a Diego que lo vigilara con disimulo y, créame, yo también me mantuve alerta. A pesar de todo, durante esos tres meses

desaparecieron un cenicero de plata, el reloj de Julia, que siempre se quitaba al cocinar, y un portátil que yo guardaba en mi despacho.

—¿Y no lo denunció? —Ana desvió la mirada, sin contestar, y él mismo respondió a su pregunta—: Entiendo. No estaba segura de si el autor de los robos era el jardinero o alguna de las «prendas» que cobija en su casa...

La sangre que afluyó en tromba a las mejillas femeninas le dio la respuesta.

—Pero unos días después de que robaran el ordenador, Diego lo pilló espiando por la ventana del dormitorio de las niñas y lo despedí al instante. No ha vuelto a haber más robos —anunció con un orgullo que le enterneció.

—¿Y ha sabido algo más de él desde que lo despidió? —siguió preguntando el inspector.

—No lo he vuelto a ver, pero hace tres semanas murió Machín, un enorme mastín que heredé con la casa —la voz de la joven se quebró ligeramente al recordar a su perro—. Al principio pensamos que murió de viejo, pero cuando vino el veterinario y vio la boca llena de espuma sospechó que la muerte podía no ser natural y, tres días después, nos lo confirmó.

—Un perro envenenado y una muchacha asesinada. Parece que nuestro hombre se está viniendo arriba —pensó Macnamara en voz alta.

—Inspector, le ruego que sea más delicado con sus comentarios. No está hablando de fútbol con sus amigotes —el tono de Ana subió unos cuantos decibelios, mientras los ojos grises despedían relámpagos plateados. En ese preciso momento, Diego se asomó a la habitación y, mirando a Nuño con manifiesta hostilidad, preguntó:

—Ana, ¿necesitas ayuda? —A Macnamara le resultó evidente que el muchacho había estado escuchando detrás de la puerta y se volvió hacia él, irritado.

—Esto es un tema policial y no me gustan los fisgones —declaró, amenazador, al tiempo que se levantaba del sofá y clavaba la vista en el chico con frialdad. Sin embargo, Diego no se acobardó y se enfrentó a él, desafiante, a pesar de que el inspector casi le sacaba una cabeza.

—Esta es mi casa y usted no es bienvenido.

—¡Basta! —exclamó Ana, interponiéndose entre los dos—. No me gustan las escenas, Diego, ya lo sabes. De todas formas, el inspector se va ya. Creo

que ha conseguido toda la información que necesitaba. ¿No es así, inspector?

Irritado por la forma tan poco sutil que la señorita Alcázar tenía de despedirlo, el policía respondió sin apartar sus pupilas de los iris negros del chico.

—Está bien, me voy. Pero volveré —avisó, entornando los ojos.

En ese momento, Macnamara captó la mirada de cachorro enamorado que el muchacho dirigió a Ana y sintió que se le revolvía el estómago.

¡A esa mujer le gustaba jugar con fuego!

5

... La oscuridad es tan densa que casi la puede tocar. Algo revolotea en la insondable negrura, muy cerca de ella, y roza su pelo. La piel se le eriza como si tuviera sarpullido y, temblando de miedo, se clava los dientes en la mano para no gritar. Su respiración agitada resuena en el silencio que la rodea como el tañido de una campana que toca a difuntos, así que intenta calmarse, aprieta las piernas contra su pecho y hunde la cabeza entre sus rodillas. En esa postura fetal, se pregunta si esa humedad, fría y oscura, es la misma que la rodeó cuando estaba en el útero de su madre; pero la sensación no es cálida y acogedora, y ella dista mucho de sentirse un bebé feliz que da vueltas y vueltas dentro de la placenta materna. No quiere pensar en lo que la acecha en la oscuridad, pero sabe que está ahí, esperando un movimiento que la delate...

Ana se despertó, sobresaltada. Sin fuerzas para abrir los párpados, se preguntó si las imágenes que aún poblaban su mente eran fruto de una pesadilla o quizá una nueva visión.

«Pero no», se dijo. «No es Natalia la criatura aterrorizada de mis sueños. Soy yo la que estoy muerta de miedo y trato de escapar de una amenaza desconocida».

El silencio reinante le hizo saber que aún era temprano. Si hubiera sido la hora de levantarse ya estarían Diego y Pablo peleando, como de costumbre, y

Miriam entonaría a voz en grito una de esas espantosas canciones de rock a las que era tan aficionada. Notaba las sábanas enredadas en torno a su cuerpo como un sudario sofocante y sospechó que debía haberse agitado bastante durante aquel sueño.

De repente, un sonido apenas perceptible hizo que se le secase la boca, mientras el corazón empezaba a latir acelerado en sus oídos. La temperatura de su cuerpo descendió varios grados, pero, sin embargo, empezó a sudar. Algo le decía que no estaba sola en la habitación. Ana permaneció muy quieta y procuró mantener una respiración regular, de forma que quienquiera que estuviese en su dormitorio no se percatara de que ya no dormía. Los segundos transcurrieron con aplastante lentitud, mientras ella agudizaba sus sentidos al máximo, en un vano intento de distinguir el menor sonido que pudiera confirmar que, en efecto, había alguien más en su cuarto. Por ello, cuando notó el suave roce de un dedo acariciando sus labios con delicadeza, estuvo a punto de gritar. Aterrorizada, empezó a rezar en silencio con toda su alma:

—Por favor, por favor, Dios mío —eran las únicas palabras que repetía en su mente una y otra vez.

Estaba tan concentrada en sus oraciones y en no traicionar que estaba despierta, que no supo cuando esa presencia intuida abandonó su dormitorio. Unos minutos después, se dio cuenta de que volvía a estar sola. Muerta de miedo, abrió por fin los ojos y miró a su alrededor. A la exigua luz de la lámpara nocturna, que nunca olvidaba encender al irse a acostar, apenas podía distinguir el contorno de los muebles. Así que hizo acopio de todo su valor, alargó una mano y pulsó el interruptor del flexo que estaba sobre la mesilla de noche.

Nadie.

Ana trató de convencerse de que lo más probable era que todo hubiera sido parte de su pesadilla, pero fue incapaz de engañarse a sí misma. De alguna manera sabía, sin lugar a dudas, que alguien había estado en su habitación unos minutos antes. Aún temblando, se puso la bata y las zapatillas de dormir, cogió una linterna que tenía siempre en el cajón de la mesilla —los cortes de luz eran frecuentes en esa zona de la sierra, en especial, cuando había tormenta— y con la otra agarró por el cuello un jarrón de grueso cristal. Armada de esa guisa, hizo un recorrido por toda la casa.

Primero entró en la habitación de los niños. Ambos dormían ajenos a todo y de la boca de Diego surgían suaves ronquidos. Luego fue a la habitación que hasta hacía pocos días habían compartido Natalia y Miriam. La pequeña estaba hecha un ovillo bajo el grueso edredón. Con cuidado de no hacer ningún ruido, bajó al piso inferior pero, a pesar de llevar a cabo un minucioso reconocimiento, no encontró nada fuera de lugar y la puerta principal —el único acceso a la casa además de las ventanas que ya había revisado— estaba cerrada con llave. El reloj del vestíbulo marcaba las cuatro y diez de la madrugada, así que decidió ir a la cocina para prepararse algo que le permitiera conciliar el sueño, aunque sabía bien que sería incapaz de dormirse de nuevo. Preparó una tisana de valeriana y regresó a su habitación. Al entrar, vio un objeto extraño que brillaba sobre la alfombra, al lado de la cama. Con cuidado, dejó la taza en la mesilla y se agachó a recogerlo. Se trataba de un pequeño punzón metálico acabado en un tosco mango de madera, una herramienta que Diego utilizaba de forma habitual en el taller de carpintería al que acudía como aprendiz. Ana se mordió el labio, pensativa, mientras lo hacía girar entre sus dedos.

De una cosa estaba segura: esa cosa no estaba allí cuando ella se fue a acostar.

Macnamara acababa de colgar el teléfono tras hablar con el forense cuando Morales entró en su despacho sin molestarse en llamar.

—¡Yuju! ¿Se puede? —pidió permiso, a pesar de que ya estaba frente a la mesa del policía; como de costumbre, traía el café.

—Ya estás dentro, ¿no? Me imagino que te habrás enterado de las novedades.

—Aún no me lo creo —respondió su rechoncho compañero, moviendo la cabeza perplejo—. Quién nos iba a decir que la chica no estaba completamente chiflada después de todo.

El inspector se pasó una de sus fuertes manos por su desordenada cabellera revolviéndola aún más. Era evidente que no había dormido mucho; estaba pálido, tenía ojeras y se abalanzó sobre el café más deprisa que un heroinómano sobre una papelina.

—Natalia Molina fue vista por última vez el viernes 24. Salió del instituto al que acudía a diario y dijo que se iba a su casa a arreglarse, ya que había quedado un poco más tarde con unas compañeras para ir a tomar algo en la hamburguesería del pueblo —Macnamara leía en voz alta las notas que había garabateado en una pequeña libreta de espiral—. Su rastro se pierde en la carretera, justo antes de tomar el atajo que atraviesa el bosque, a aproximadamente un kilómetro del pueblo. Un ganadero de la zona la vio caminar en dirección a su casa y la saludó desde el coche. Es el padre de una de sus compañeras.

—Igual el tipo ese la obligó a subir al coche y se la llevó para hacerle un completo; osea, violación, asesinato y enterramiento del cuerpo... —sugirió su colega, mientras sus dedos gordezuelos jugueteaban sin cesar con un bolígrafo que había cogido de la mesa.

—No. He investigado al hombre. Está limpio. Pasó el resto del día y la mayor parte de la noche en una barbacoa familiar a la que le había invitado su cuñado. Además, he hablado con el forense y me ha dicho que, a pesar del tiempo transcurrido hasta que encontramos el cuerpo, no hay ninguna evidencia de que Natalia fuera violada.

—¿El arma del crimen?

—Desconocida.

—¿Desconocida? —Morales frunció el ceño, confuso—. ¿Desconocida porque no la han encontrado?

—El arma no estaba en la escena del crimen, pero el forense desconoce qué utilizó el asesino, exactamente, para matarla. La chica fue apuñalada hasta morir con un arma blanca, pero las heridas no son las típicas de una navaja; son más parecidas a zarpazos realizados con una cuchilla de un solo filo. El forense ha contado más de veinte cortes.

—Joooder, ¿un psicópata?

—Vete tú a saber. Quizá alguien que quiere que pensemos eso, precisamente —una vez más, Macnamara introdujo sus largos dedos en su flequillo, como si ese gesto le ayudara a pensar con más claridad.

—¿Se lo has dicho ya a tu amiga? —preguntó Morales y lo miró con curiosidad.

—La señorita Alcázar no es mi amiga, y no, no se lo he dicho todavía —

respondió Nuño, irritado.

En ese momento sonó el teléfono que estaba sobre la mesa y el inspector lo cogió con un gesto de fastidio.

—¡Macnamara!

—Buenos días, cariño. ¿Qué te pasa, estás de mal humor?

El inspector puso los ojos en blanco. La que faltaba...

—Joder, Vanessa, te he dicho mil veces que no me llames al trabajo — Nuño miró a su amigo por el rabillo del ojo y, a juzgar por su actitud, se hizo evidente que no solo no estaba dispuesto a retirarse con discreción mientras él atendía a su llamada, sino que se disponía a pasar un buen rato escuchándolo todo—. ¿Qué demonios quieres?

—Verás me han invitado a esta fiesta en Pachá a la que van a ir un montón de famosos y quería preguntarte si te apetecería venir conmigo.

—Mira, Vanessa, sabes que no me gustan las fiestas.

—Pero, cariñito —lo interrumpió ella poniendo voz de niña pequeña. Nuño casi podía verla haciendo un mohín provocativo con los labios—, me hace ilusión que vengas conmigo, quiero que mis amigos conozcan de una vez a mi novio policía.

La risita tonta le atravesó el tímpano a través del auricular y, haciendo honor a su fama de conquistador sin corazón que alimentaba las leyendas de la comisaría, Macnamara contestó de manera cortante:

—Nosotros no somos novios. Nos hemos acostado unas cuantas veces. Punto. Así que no vuelvas a llamarme a la comisaría, ¿entendido?

—¡Eres un pedazo de cabrón! ¡No te preocupes que no te volveré a llamar en tu puta vida! —La mujer colgó el teléfono con brusquedad y Macnamara se volvió hacia su compañero, como si se hubiera tratado de una interrupción sin importancia.

—¿Por dónde íbamos?

—¡Tío, eres mi héroe! Tu lema debe ser aquí te pillo, aquí te... ejem y, luego, si te he visto, no me acuerdo. Qué forma tan sutil de deshacerte de Vanessa, la de los pechos divinos —Morales le guiñó un ojo con complicidad.

—No seas bestia Pedro, no me gusta hablar mal de las mujeres que han pasado por mi vida —el inspector cogió el teléfono y llamó a la recepcionista de la comisaría—. Teresa, no vuelvas a pasarme llamadas de Vanessa.

—No me digas que hay una nueva mujer en tu lista negra, inspector — preguntó Teresa, burlona—. A este paso, voy a tener que utilizar un cuaderno entero para ti solito.

—Ja, ja, Teresa, eres la monda —Macnamara cortó la comunicación y se volvió de nuevo hacia su amigo—. En resumen: Natalia desapareció un viernes por la tarde en el trayecto del colegio a su casa; unos dos kilómetros si vas campo a través. No hay signos de que fuera violada. Alguien la apuñaló hasta morir con un tipo de arma que, por ahora, desconocemos y la hora de la muerte tampoco está clara...

El timbre del teléfono lo interrumpió una vez más.

—¡Macnamara! —contestó de malos modos.

—Inspector, hay otra mujer que pregunta por ti, pero antes de pasarte la llamada quería asegurarme que no forma parte de las descartadas. No quiero meter la pata —estaba claro que la recepcionista se lo estaba pasando en grande con todo el asunto.

—¿Quién demonios es?

—Es una tal Ana Alcázar, no la tengo en la lista, pero nunca se sabe...

—Pásamela, rápido —la interrumpió, cortante.

—¿Inspector Macnamara? —La voz, cálida y dulce, en su oreja le provocó un estremecimiento.

—Soy yo. Buenos días, señorita Alcázar.

—Buenos días. Verá, esta noche... —Titubeó y Nuño no pudo evitar preguntarle, socarrón:

—¿Más visiones, eh? Sus noches deben ser como un cine de sesión continua.

Al otro lado del hilo, Ana tuvo que hacer un esfuerzo para no colgar de golpe. ¡Ese estúpido la ponía de los nervios! Sin embargo, tomó aire y contestó con calma:

—No, esta vez no ha sido una visión. Esta noche había alguien en mi cuarto, alguien de carne y hueso.

Cualquier atisbo de pitorreo en la actitud del policía se desvaneció en el acto. El inspector se irguió en la silla muy atento a sus palabras y su amigo Morales no pudo evitar comparar esa actitud con la que había adoptado al hablar con la pobre Vanessa unos minutos antes.

—¿Está segura? Quizá alguno de sus protegidos tuvo una pesadilla y fue a su habitación asustado, buscando consuelo —sugirió Macnamara, a pesar de intuir que la respuesta sería negativa.

—Les he preguntado y todos lo han negado. Además, después de que mi *visita* se marchó, revisé la casa de arriba abajo y los chicos dormían —a pesar de su tono sereno, era evidente que estaba asustada. Macnamara sabía, aunque desconocía por qué estaba tan seguro de ello, que Ana Alcázar no lo llamaría por una tontería.

—Haremos una cosa. Hoy es viernes; esta tarde subiré para hacerle una visita y me contará lo ocurrido con detalle. ¿Sabe si hay algún hotel en el pueblo?

—Hay un pequeño hostel, no es gran cosa, pero conozco a la mujer que lo lleva y le garantizo que está limpio y no se come mal.

—Perfecto. Me quedaré el fin de semana y así aprovecharé para hacer unas preguntas aquí y allá y, si no tiene inconveniente, llamaré ahora a un amigo mío que tiene un negocio de alarmas para que suba el sábado sin falta a instalarle una. También tendrá que cambiar la cerradura.

Al escuchar su tono autoritario, Ana se sintió dividida entre dos sentimientos contrapuestos; por un lado, le molestaba que ese hombre dominante se tomara tantas atribuciones en algo que no le concernía en absoluto, pero, por otro, se alegraba de que, por una vez en su vida, no tuviera que ser ella la que tomara todas las decisiones. Su propuesta era sensata, así que no le quedó más remedio que decir que sí y al colgar el teléfono se sintió algo más relajada.

—Así que te vas a la sierra a pasar el finde, ¿eh? —Pedro le guiñó un ojo—. A ti te gusta la bruja esa ¿a que sí? Eres un pillín...

—¡No vuelvas a llamarla así! —Incluso a él le sorprendió la violencia de sus palabras y, avergonzado, Nuño pidió disculpas a su amigo—: Perdona, Morales, pero empiezo a pensar que sus visiones son reales y, créeme, dudo que sea agradable revivir en tu mente el momento en que una joven, casi una niña a la que conoces bien, es perseguida por alguien que va a asesinarla.

—Tienes razón, Mac. Ha sido una broma de mal gusto. De hecho, la señorita Alcázar me cae bien y puedo entender que te guste, incluso a pesar de esa especie de disfraz que lleva me parece que está muy buena.

Otro que pensaba que la señorita Alcázar se vestía para pasar lo más desapercibida posible, se dijo Macnamara. Aunque se alegró de ver corroboradas sus sospechas, el comentario de su compañero no le hizo maldita la gracia. Por unos segundos se preguntó si estaba celoso y, al instante, descartó esa idea como algo absurdo. Cierto que había algo en Ana Alcázar que hacía que sintiera una poderosa atracción física hacia ella, pero pensar que hubiera algo más resultaba descabellado.

Ana pasaba consulta a diario hasta las tres de la tarde en un centro de menores en Madrid, así que, por lo general, a las cuatro estaba de vuelta en la sierra; justo a tiempo para recibir a los más pequeños que volvían del colegio y someterlos a unas sesiones cada vez más cortas de terapia. Mientras esperaba la llegada de la camioneta de reparto que hacía las veces de autobús escolar, Ana se mecía con desgana en el oxidado columpio del jardín.

Ese no había sido uno de sus mejores días. A pesar de que había tratado de concentrarse en su trabajo, sus pensamientos volvían una y otra vez a lo ocurrido en su dormitorio. Además, era consciente de que no podía esperar más tiempo para contarles a Miriam y a Pablo lo ocurrido con Natalia, pues corría el riesgo de que se acabaran enterando por algún compañero de clase, así que llevaba toda la mañana dándole vueltas a las palabras que debía a emplear.

El ruido de neumáticos sobre la gravilla del camino le hizo alzar la vista pero, en vez de la furgoneta del colegio, un lujoso todoterreno se detuvo frente a la casa. Ana bajó del columpio y se dirigió hacia el recién llegado con una amplia sonrisa.

—¡Hola, Ricardo! No esperaba verte hoy por aquí, pensé que seguías en Valencia.

Un hombre de unos treinta y cinco años, no muy alto, con el oscuro cabello engominado bien retirado de sus atractivas facciones, bajó del vehículo y le dio dos besos.

—Hola, preciosa. He regresado antes de lo previsto, ya sabes que no puedo vivir sin ti —bromeó, sonriente, y sus dientes, muy blancos, resaltaron contra la atezada piel de su rostro.

—No me extraña, lo entiendo perfectamente —respondió Ana con buen humor—. Estoy esperando a los niños, ¿te quedas a merendar?

—¿Qué me ofreces? ¿Un vaso de leche con Cola Cao y galletas?

—Eso o un bocadillo de chorizo y una Coca-Cola.

—Es una invitación a la que no puedo resistirme, así que, muchas gracias, estaré encantado de merendar con vosotros —Ricardo se inclinó en una aparatosa reverencia que provocó la risa de Ana.

En ese momento, la furgoneta escolar enfiló por el estrecho camino sin asfaltar. Ana saludó alegre al conductor y enseguida bajaron Pablo y Miriam, que corrieron a abrazarla.

—¡Ana, he sacado un ocho en historia!

—¡Hemos ganado a los de Los Molinos cuatro a tres!

Los dos hablaban a la vez, en una especie de eterna competición a ver quién gritaba más para hacerse oír.

—Calma, chicos, de uno en uno. Me alegro de que lleguéis con tan buenas noticias; id a lavaros las manos. Daos prisa, vamos a merendar aquí afuera, hoy no se está mal al sol. Ricardo nos acompañará.

Los niños salieron disparados hacia el interior de la casa y, mientras Ricardo sacaba la mesa y las sillas de resina blanca del cobertizo donde se guardaban las herramientas, Ana fue a la cocina a preparar la merienda. Casi habían terminado cuando apareció Diego, así que le hicieron un hueco en la mesa. El chico se mostraba taciturno, lo que contrastaba con la alegría general, y Ana se preguntó una vez más en qué estaría pensando. Cuando le devolvió el punzón esa mañana, Diego lo había cogido con naturalidad y sin dar explicaciones, y ella se preguntó, una vez más, si habría sido él el que lo había dejado caer junto a su cama.

En ese momento, el rugido de una potente motocicleta acalló la conversación y todos dirigieron la mirada hacia el camino y aguardaron en silencio, mientras el conductor aparcaba junto al todoterreno de Ricardo y se bajaba de la moto. A pesar de que aún llevaba el casco puesto, Ana reconoció al instante la espléndida figura del inspector Macnamara, realizada por la ajustada cazadora de cuero negro. Curiosa, se preguntó si el sueldo de policía daba para tanto vehículo de gama alta. El inspector se quitó el casco y sacudió su cabellera leonina de la que los últimos rayos de sol arrancaron reflejos

llameantes, lo dejó sobre el asiento y se acercó a ellos con esas zancadas, largas y decididas, que lo caracterizaban. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Miriam y Pablo se levantaron al mismo tiempo y corrieron a inspeccionar la moto, entre exclamaciones de admiración.

El inspector dirigió un rápido saludo con la cabeza a Diego, que este no se dignó responder y, a fin de evitar una situación incómoda, Ana se apresuró a hacer las presentaciones pertinentes, sin poder evitar pensar en lo distintos que eran ambos hombres. Su amigo Ricardo, elegante y desenvuelto, saludó con cordialidad al recién llegado, en tanto que el policía, vestido con unos descoloridos vaqueros oscuros y sus polvorientas botas cubanas de costumbre, frunció el ceño y, sin tomarse la menor molestia por parecer simpático, apenas le contestó con unas pocas palabras. De nuevo, Ana se vio obligada a intervenir:

—Verás, Ricardo, como estabas en Valencia me imagino que no te habrás enterado. El inspector está aquí para investigar el... la... —un nudo gigantesco se formó en su garganta y fue incapaz de continuar.

—Estoy investigando el asesinato de Natalia Molina —declaró el inspector sin rodeos.

A Ana no le pasó desapercibido el respingo de Diego, que estaba sentado a su lado. Enojada, pensó que pocas veces se había encontrado con un hombre más insensible y más desagradable que el inspector Macnamara y eso, se dijo, que había conocido unos cuantos tipos insensibles y desagradables a lo largo de su vida. El rostro de Ricardo también pareció perder de golpe algo de su saludable color.

—Asesinato... —fue la única palabra que consiguió articular.

—En efecto. Ahora, si no le importa, me gustaría hablar a solas con la señorita Alcázar.

—Por supuesto —Ricardo se giró hacia Ana con una encantadora sonrisa en sus labios— creo que tengo que irme. Espero verte pronto, Anita.

—Pásate por aquí cuando quieras, Ricardo, ya sabes que Julia siempre tiene un plato listo para ti —a Macnamara no le hizo ninguna gracia el diminutivo, ni la deliciosa sonrisa que la señorita Alcázar dirigió a aquel hombre; a él nunca le había dirigido una sonrisa semejante.

Nuño estudió con atención al amigo de Ana, sin que su rostro impasible

dejara traslucir sus sentimientos. Ricardo Daroca pertenecía a esa clase de hombres que tienen éxito con las mujeres; era guapo, elegante y encantador, y el inspector desconfiaba por principio de los tipos encantadores. Sabía bien que, a pesar de que algunas mujeres parecían encontrarlo atractivo, ninguna de ellas, ni siquiera remotamente, se referiría a él, Nuño Macnamara, como a un hombre encantador. Más bien lo contrario; en la comisaría le consideraban un individuo arisco y tenía una fama, casi legendaria, de levantar ampollas con sus incisivos comentarios. Sin embargo, eso era algo que no le quitaba el sueño.

Daroca se despidió de Ana con un beso en la mejilla, sin abandonar ni un segundo su irritante sonrisa llena de dientes blancos y Nuño tuvo que reprimir las ganas de partírselo unos cuantos de un puñetazo.

«¿Se puede saber qué coño te pasa?», se preguntó el policía, asombrado por la violencia de sus sentimientos, mientras apretaba con fuerza los puños que tenía metidos en los bolsillos en un intento de tranquilizarse.

6

Cuando el ruido del motor del coche de Ricardo Daroca se convirtió en un rumor lejano, el inspector se volvió hacia Diego.

—Te agradecería que nos dejaras solos —le dijo, seco.

—Solo me iré si me lo pide Ana —el joven se acomodó mejor en la silla con una mirada desafiante y a Ana le recordaron a dos gallitos de pelea, disputándose el mando del gallinero.

—Perdona, Diego, pero tengo que hablar con el inspector de ciertos asuntos confidenciales —Ana colocó su mano sobre el antebrazo del joven en un intento de confortarlo, pero el chico se apartó con brusquedad y se levantó de la silla con tanta violencia que estuvo a punto de derribarla.

—Me parece que le consiente demasiadas cosas a ese chaval —comentó Macnamara con desaprobación, mientras observaba alejarse con rapidez la delgada figura del muchacho, que iba asestando violentas patadas a todas las piñas que encontraba a su paso.

—Inspector, no voy a permitir que me diga cómo debo tratar a los chicos que viven bajo mi techo, así que, por favor, guarde sus consejos para otras personas más receptivas —a pesar de que se le notaba que estaba molesta, el tono de la psicóloga era sereno y al policía le sorprendió una vez más el autocontrol del que hacía gala.

—He hablado con mi amigo —Macnamara decidió cambiar de tema—. Me ha asegurado que mañana por la mañana vendrá sin falta a instalarle la alarma. Dice que le hará un buen precio.

—Muchas gracias, inspector.

Nuño miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía y se sentó en una silla. Sin pedir permiso, cogió una de las galletas del paquete que había sobre la mesa y le dio un mordisco.

—Hmm. Rica. Y ahora cuénteme qué es lo que ha pasado, espero que no haya sido una pesadilla producida por una cena abundante...

El inspector Macnamara se comportaba como un arrogante hijo de perra y a Ana le entraron ganas de mandarlo a paseo, pero se contuvo y, con el mismo aire indiferente que había adoptado él, le contó lo ocurrido la noche anterior. Mientras hablaba, el inspector mantuvo sus penetrantes pupilas clavadas en ella de una manera que hacía que Ana se sintiera cada vez más incómoda. Cuando la joven acabó su relato, se hizo un pesado silencio que Macnamara fue el primero en romper:

—Le agradecería que me lo contara *todo* —sus palabras sonaron hastiadas, como si ya estuviera harto de tonterías.

Las mejillas de Ana enrojecieron y lo miró turbada:

—No sé qué quiere...

—Mire, señorita Alcázar, no estoy aquí para perder el tiempo. Sé que hay algo más en esta historia que no me ha contado, así que, si no está dispuesta a ser sincera, le deseo buenas tardes —Nuño cogió otra galleta y se levantó de la mesa.

—Espere —Ana lo detuvo con un gesto—. Perdóneme, tiene razón.

Nuño se volvió a sentar, pensando que la señorita Alcázar era una ingenua si creía que a esas alturas del partido no sabía cuando un sospechoso no le contaba toda la verdad. Observó como se sujetaba uno de los suaves mechones que habían escapado de su moño detrás de la oreja y ese sencillo gesto, tan femenino, le provocó un pinchazo en la ingle. Hoy tampoco llevaba gafas; estaba claro que no consideraba necesario su disfraz cuando estaba con el tal Ricardo. Macnamara se preguntó qué sería ese hombre para ella: un amigo, su amante... A juzgar por la complicidad que había entre ellos podía ser cualquiera de las dos cosas. Irritado por sus pensamientos, su gesto se tornó feroz y se dirigió a ella con brusquedad:

—Ya sé que tengo razón, señorita Alcázar, no crea que una exdelincuente juvenil me va a engañar así como así.

—Es usted... —Ana enrojeció, mientras sus ojos grises centelleaban de ira y Nuño se regocijó pensando que no se había equivocado con la, en apariencia, imperturbable señorita Alcázar; bajo ese aire sereno y controlado, de alguna manera seguía viva la adolescente rebelde que un día fue.

—Ahórrese los insultos, sé muy bien cómo soy —respondió. Y añadió cortante—: Todavía estoy esperando.

Ana tuvo que hacer un par de inspiraciones profundas, para intentar tranquilizarse y no mandarlo al infierno. Por fin, consiguió hablar sin que le temblara la voz:

—Encontré un punzón al lado de mi cama.

—¿Lo tiene aún? —Al ver que Ana negaba con la cabeza, ordenó—: Descríbame.

—Pequeño, punta metálica y mango de madera.

—¿Qué ha hecho con él? —Macnamara vio como la señorita Alcázar se mordía el labio y titubeaba una vez más—. La verdad.

Ana se miró las manos que mantenía apoyadas, inmóviles, encima de la mesa:

—Le pregunté a Diego si era suyo y me dijo que sí.

—¿Qué cara puso cuando se lo preguntó? —Ana odiaba cada vez más las preguntas cortas y precisas que formulaba aquel hombre, como si estuvieran en una sala de interrogatorios y ella fuera sospechosa de algún crimen horrendo.

—Se alegró de recuperarlo y me dio las gracias.

—Ya veo —el inspector se recostó sobre la silla de plástico con una expresión indescifrable.

—Estoy segura de que no ha sido Diego. Quizá vino a mi cuarto aún medio dormido y no se dio cuenta. No pensará que Diego quiere hacerme daño, ¿verdad?

—La persona que estuvo en su habitación, ¿se acercó a usted? ¿La tocó de alguna manera?

De nuevo Ana se sonrojó y las grandes manos de Macnamara apretaron con fuerza los brazos de la silla.

—Me... me rozó los labios con un dedo —la mirada del inspector se clavó en esa boca provocativa, con un labio superior ligeramente prominente que le daba una engañosa apariencia de niña consentida y que, no sabía por

qué, le había llamado la atención desde el principio. Aunque eso era el eufemismo del año; desde que lo había visto, había deseado chuparlo y morderlo hasta hacerla gritar.

—Me imagino que no es tan tonta como para ignorar que el cachorro está enamorado de usted —preguntó, de pronto, en tono desdeñoso.

A Ana le desagradó sobremanera su forma de hablar y en esta ocasión no se quedó callada:

—Y yo imagino que usted tampoco ignora que nunca ganará el premio al «Hombre Agradable del Año» —al escuchar su irónica respuesta, Macnamara no pudo contener una carcajada que le marcó unas profundas arrugas en las mejillas, y Ana cayó en la cuenta de que era la primera vez que lo veía reír con ganas. Hasta ese momento, no había hecho más que esbozar alguna que otra sonrisa sarcástica y le dio rabia encontrarlo tan atractivo. La joven le lanzó una mirada desdeñosa y prosiguió—: Diego no ha encontrado muchas personas en su vida que le hayan tratado con auténtico cariño. Su enamoramiento es una reacción de manual; cualquier tratado básico de psicología lo explica. No es más que una fase que superará en cuanto pase un poco de tiempo.

—¿Qué me dice del tipo que estaba aquí? —Macnamara no estaba dispuesto a dejar escapar la ocasión.

—¿Ricardo? —preguntó Ana, perpleja—. ¿Qué tiene que ver él en este asunto?

—¿Está enamorado de usted?

Los ojos grises echaban chispas al responderle:

—Y a usted, ¿qué puede importarle? Eso no forma parte de la investigación.

—Seré yo el que juzgue qué es lo que forma parte o no de la investigación, señorita Alcázar. Si se lo pregunto no es porque me interesen lo más mínimo sus asuntos amorosos, sino porque tengo que saber cómo son y de qué pie cojean las personas que se mueven en su círculo más cercano —afirmó, cortante.

Al policía le pareció detectar una mirada de odio en las pupilas femeninas, pero enseguida desapareció.

—Está bien —a pesar de que el pecho femenino subía y bajaba, agitado,

bajo su holgado jersey, su voz sonó calmada. Una vez más, la señorita Alcázar controlaba la situación—. Ricardo y yo somos buenos amigos. Él tiene una pequeña empresa de construcción y me ayudó mucho con la reforma de esta casa. Creo que alguna vez sintió algo por mí, pero en aquella época no tenía nada que hacer, y de eso hace ya mucho tiempo. —A Nuño no se le escaparon sus enigmáticas palabras y las archivó en su cabeza para darles una vuelta más tarde—. Nos conocemos desde que éramos adolescentes. Los dos tuvimos nuestros más y nuestros menos con la autoridad pero, hoy por hoy, ambos estamos en el lado correcto de la ley. ¿Satisfecho?

Una vez más, el inspector cambió de asunto de forma abrupta:

—¿Ha tenido más visiones? —Por la expresión de incomodidad que sorprendió en el rostro de la señorita Alcázar no era necesaria una respuesta—. Me doy cuenta de que sí. Dígame, ¿alguna vez ha tratado de localizar a sus padres? —De nuevo, un desconcertante cambio de tema.

—Jamás. Creo que dejar a un bebé abandonado en la calle es una prueba evidente de que mis padres no tenían mucho interés en saber de mí. Y dígame, inspector, ¿ha acabado ya el interrogatorio? O aún necesita husmear más cosas sobre mi vida, que no veo qué relación pueden tener con la muerte de Natalia —la ironía de Ana era patente y sus pupilas lanzaban peligrosos destellos.

—He terminado con mis preguntas, señorita Alcázar. Por ahora —matizó, al tiempo que se levantaba de la silla y empezaba a abrocharse la cazadora.

Ana luchó un rato consigo misma y al final dijo:

—Si lo desea puede quedarse a cenar.

—Muchas gracias, señorita Alcázar, pero soy consciente de que está usted deseando perderme de vista —los ojos masculinos brillaban burlones y, muy a su pesar, Ana fue incapaz de reprimir una carcajada.

—¿Se nota mucho?

—Bastante, sí. Pero no me extraña, me ocurre a menudo —a Ana le sorprendió descubrir que aquel hombre, al que en su interior había catalogado como «ese arrogante bastardo de ego inabarcable», tenía sentido del humor—. Nos vemos mañana. Esta noche asegúrese de que las puertas y las ventanas quedan bien cerradas. Le recomiendo que duerma con el móvil debajo de la almohada. Si ocurre algo o recibe una nueva visita nocturna, no dude en llamarme —le tendió una tarjeta que Ana guardó en el bolsillo trasero de su

pantalón.

—Gracias, inspector. Hasta mañana.

Ana permaneció observando a Macnamara mientras se ponía el casco, arrancaba la moto y desaparecía por el camino a más velocidad de la debida, perseguido por una estela de polvo. Después, regresó a la casa caminando despacio.

La persiana de su habitación no cerraba bien y uno de los rayos más madrugadores se clavó sobre el rostro de Macnamara y lo despertó. A pesar de que los pies se le salían de la cama, Nuño había dormido bien. Desde luego el hostel no era muy lujoso, pero como le había dicho Ana Alcázar estaba escrupulosamente limpio. Con un enorme bostezo Nuño se dirigió a la pequeña ducha y, pocos minutos después, ya estaba listo para salir a la calle. Miró el reloj; las ocho y media. Aún era pronto, así que decidió ir a desayunar a la cafetería del hostel, que también hacía las veces de bar del pueblo.

Mientras desayunaba, consultó la ajada libreta en la que lo anotaba todo. Se había jurado más de una vez que empezaría a apuntar las cosas en la agenda de su *smartphone*, pero al final siempre echaba mano de su vieja libreta, que sustituyó a una más decrepita aún y que a su vez sería sustituida en unos meses por otra un poco más nueva. Ciertas cosas no cambiaban nunca.

Ahí estaba; Dionisio Fuentes. El sujeto vivía en un pueblo a unos quince kilómetros de allí, tenía numerosos antecedentes por robo y había pasado tres años en la cárcel por darle una paliza a un compañero de fatigas, hasta dejarlo al borde de la muerte. Todavía no lograba entender cómo a la señorita Alcázar se le había podido ocurrir contratar a semejante pájaro.

Al pensar en Ana no pudo evitar fruncir el ceño. Esa mujer le hacía sentir cosas a las que no estaba acostumbrado y eso le fastidiaba. Mucho. El día anterior había estado a punto de sacarla de sus casillas pero, como de costumbre, ella se había controlado. Ana Alcázar era un misterio y él no iba a perder la ocasión de desentrañarlo; cuando regresara a Madrid haría un par de visitas, se prometió. Terminó su café, se abrochó bien la cazadora y salió afuera poniéndose el casco. Un cuarto de hora después, apagaba el motor de su Honda frente a una oxidada verja de hierro que conducía a una destartalada

vivienda. En el pequeño jardín que rodeaba la casa, además de malas hierbas, había enormes pedazos de chatarra, neumáticos viejos y escombros varios, diseminados por todas partes.

Macnamara se bajó de la moto, soltó el trozo de cuerda despeluchada que mantenía cerrada la cancela y caminó los pocos metros que le separaban de la puerta principal. No había ningún timbre a la vista, así que golpeó la madera con el puño varias veces. Nadie salió a abrir. Repitió la operación aporreando más fuerte y, por fin, escuchó unos pasos pesados al otro lado, y el sonido peculiar que se produce al echar una cadena de seguridad.

—¿Qué quiere? —preguntó una bronca voz masculina a través de la puerta entreabierta.

—¿Dionisio Fuentes?

—¿Quién lo busca?

—Soy el inspector Macnamara. Desearía hacerle unas preguntas.

—¡Ándese a la verga! No dejaré que un maldito *chapa* ponga un pie en mi casa sin una orden de registro —declaró el desagradable individuo.

—No creo que sea necesaria una orden, señor Fuentes. Si no quiere que entre, salga usted a hablar aquí afuera o me temo que me veré obligado a llevarlo al cuartelillo más próximo.

La puerta se cerró de golpe; se oyó un nuevo chasquido —el que hizo el hombre al soltar la cadencia— y se volvió a abrir con brusquedad. Un individuo fornido de unos cuarenta y tantos años, no muy alto, apareció en el umbral rascándose la entrepierna. Sus hombros eran anchos y estaban cubiertos por una densa mata de vello oscuro, salpicado de canas, mientras que la sucia camiseta de tirantes que llevaba apenas tapaba su considerable panza.

—¿Qué cojones quiere? —Los diminutos ojillos oscuros destilaban odio.

—Quiero que me cuente por qué la señorita Alcázar lo despidió.

—Así que ha sido esa mala puta otra vez. No le valió con echarme bajo falsos pretextos, ahora me manda a la policía...

—No me gusta el lenguaje que utiliza para referirse a la señorita Alcázar. Así que ándese con ojo —le interrumpió Macnamara con brusquedad.

Al ver la cara de pocos amigos del inspector, Fuentes se acobardó y prosiguió con su historia algo más calmado:

—Me acusó de espiar a la putilla... quiero decir —recordó a tiempo la advertencia del policía y rectificó—, a la muchacha esa que acababa de llegar a la casa. ¡No hablaba más que huevadas! Era ella la que trataba de engatusarme, paseándose a todas horas delante de mí con esos pantaloncitos que no dejaban nada a la imaginación y sus camisetas ajustadas, marcándole los pechos.

—Así que era la chica la que se insinuaba, ¿no? —El hombre asintió, enredando los gruesos dedos de largas uñas no muy limpias en la abundante pelambarrera de su pecho—. ¿Y qué me dice del ordenador que desapareció del despacho de la señorita Alcázar o del reloj de la cocinera?

—¡Eso es una sarta de pavadas! Le juro que yo no sé nada de eso. Cuando me despidió, ella solo dijo que era por espiar a las niñas y ya le he dicho que no era cierto. La hembra esa era joven, pero ya sabía bien cómo calentar a un tío; luego, cuando querías más, se echaba atrás con una carcajada.

—Así que usted se sentía frustrado, ¿fue por eso por lo que la mató? —La pregunta del inspector, formulada en un tono coloquial, le cogió por sorpresa y Fuentes comenzó a sudar copiosamente.

—Le juro que yo no la maté. Cualquiera tío al que se le haya cruzado el cable ha podido querer darle una lección. No era más que una calentapollas como dicen aquí —la mano de Macnamara se alzó en un gesto intimidatorio y Dionisio Fuentes se calló en el acto.

—¿Dónde estaba usted hace dos viernes? —preguntó el policía.

El tipo cogió un extremo de su sucia camiseta y se secó la frente, tratando de concentrarse.

—Los viernes suelo ir al bar del pueblo a *chupar* un poco y echar una partida de dominó. Reconozco que de vez en cuando bebo un poco más de la cuenta, así que no recuerdo muy bien qué es lo que hice aquella noche...

Nuño le lanzó una mirada penetrante; el tipo parecía sincero, aunque con ciertos individuos nunca se sabía. Decidió que se pasaría por el bar para verificar su coartada; quizá Fuentes estaba tan borracho que ni siquiera recordaba haber matado a la chica.

—Muy bien, señor Fuentes. Me voy, pero puede que más adelante me vea obligado a hacerle nuevas preguntas —Macnamara dio media vuelta y caminó hacia donde había aparcado la moto.

El hombre lo observó alejarse con una profunda inquina asomando a sus ojos astutos, mientras permanecía en pie con los brazos caídos a lo largo de su cuerpo y abría y cerraba sus enormes manos en un gesto compulsivo.

De nuevo sobre su moto, Macnamara condujo hasta la casa de Ana Alcázar. En el bar del pueblo le habían confirmado que Fuentes estuvo aquel viernes jugando una partida y que cuando se marchó, a eso de la una de la madrugada, iba muy borracho. Esos datos ni lo incriminaban, ni lo exculpaban; en realidad, el forense no había sido muy concreto respecto a la hora de la muerte. En algún momento entre el viernes por la tarde y el sábado por la mañana, había dicho, y eso era un periodo de tiempo demasiado amplio para el gusto de Macnamara.

El policía aparcó la Honda junto a una furgoneta rotulada con el nombre de una empresa de alarmas. Frente a la puerta principal, un individuo que debía ser el cerrajero se afanaba sobre la cerradura. Nuño entró sin llamar y escuchó la voz de Ana por la zona de la cocina, al instante, sintió una ráfaga de deseo y se llamó al orden, furioso consigo mismo.

—¡Buenos días!

Ana se volvió hacia él, sobresaltada. Llevaba puestos todos los pertrechos de su disfraz para pasar desapercibida: moño apretado, gafas de concha que ocultaban sus preciosos ojos grises, sudadera holgada de alguna universidad americana, vaqueros y zapatillas de deporte. A pesar de ello, Macnamara sintió unas ganas intensas de acercarse a ella de dos zancadas y arrojarse sobre sus labios. Por fortuna, el hombre que estaba a su lado lo saludó en ese momento y Nuño recobró la cordura en el acto.

—Qué tal, Macnamara, ¿cómo va?

—Hola, Guz. Ya ves, buscándote clientes —los hombres se propinaron unas amistosas palmaditas en la espalda.

—Le comentaba a la señorita Alcázar que al vivir tan aislada le interesa estar conectada a una central receptora de forma que, si salta la alarma, se pongan en contacto con la policía cuanto antes.

—Estoy de acuerdo, señor Guzmán, lo malo es que en esta zona tan solo hay un cuartel de la Guardia Civil para no sé cuántos pueblos —repuso Ana con una de esas sonrisas impactantes que, a juicio del inspector, dirigía a todo el mundo excepto a él—. No sé si será muy efectivo.

—Menos es nada —terció Nuño—. Le aconsejo que haga lo que Guz le dice, señorita Alcázar, es un experto en seguridad. Incluso trabaja para nosotros, la policía, ¿puede haber mejor carta de presentación?

Guzmán soltó una carcajada, pero a Ana no le hizo mucha gracia la intervención del inspector. A ella le había sonado algo así como: «Tranquila, muñeca, no agobies tu cabecita hueca con estas cuestiones difíciles, nosotros los hombres nos ocuparemos de todo». Ana se dio cuenta de que los ojos oscuros la examinaban, maliciosos, como si Macnamara hubiera adivinado el efecto que sus palabras habían tenido sobre ella. Decididamente, se dijo, aquel policía era un hombre irritante. Atractivo, eso sí, con su revuelto cabello castaño rojizo y su magnífica figura, pero no por ello menos insoportable.

—Venga conmigo —Macnamara agarró su brazo y la sacó de la cocina casi a rastras.

—Inspector Macnamara, puede soltarme ya. Soy muy capaz de andar sola sin caerme.

Sin prestarle la menor atención, Nuño la llevó hasta el jardín y la obligó a sentarse sobre una de las sillas de plástico de la tarde anterior. Por fin la soltó y Ana no pudo evitar un gesto de dolor al frotarse el brazo que él había apretado sin consideración.

—¡Animal! —Los iris grises despedían chispas de plata—. Si no fuera porque se encarga de la investigación de la muerte de Natalia le echaría a patadas de mi casa.

—Si no fuera porque me encargo de esa investigación no estaría en su casa, y puede dejar de lanzar dardos por los ojos, soy inmune.

De repente, la ira de la joven se evaporó de golpe, y comentó mirándolo

divertida:

—Creo que es usted uno de los tipos más odiosos que me he echado a la cara jamás.

Macnamara clavó sus pupilas en ella con el rostro inescrutable y contestó:

—Me halaga —sin apenas transición, el inspector añadió—: Quiero respuestas y las quiero ahora.

Ana lo miró, perpleja. Como de costumbre, el ceño fruncido del inspector no auguraba nada bueno; parecía muy enfadado, pero ella no tenía ni la más remota idea del por qué.

—Creo que ya le he dado toda la información que tenía...

—He estado hablando con Dionisio Fuentes —Macnamara la interrumpió sin contemplaciones—. El tipo asegura que Natalia lo provocaba en cuanto tenía ocasión y ha dado a entender que hacía lo mismo con cualquier ser humano del sexo masculino que se le acercara...

El inspector advirtió que Ana se sonrojaba y le satisfizo comprobar que le había entendido a la primera. Definitivamente, no era una de esas mujeres de cerebro vacío a las que estaba acostumbrado.

—Natalia llevaba poco tiempo con nosotros, era demasiado pronto para que yo hubiese logrado causar una impresión profunda en ella. Es cierto que Natalia Molina estaba acostumbrada a utilizar el sexo para conseguir lo que quería. A los doce años fue violada por su padrastro. La única lección que aprendió a tan temprana edad fue que el dinero, el poder y el sexo movían el mundo. Ella no tenía dinero, ni estudios, ni siquiera amigos, pero sabía que su poder residía en su cuerpo, joven y atractivo, y lo utilizaba en consecuencia.

El inspector no relajó la expresión severa de su rostro al escuchar la explicación de Ana. Tan solo se limitó a decir:

—¿Y no pensó que ese *pequeño* detalle, tal vez, pudiera interesarme? El abanico de posibles sospechosos se amplía de forma considerable si tenemos en cuenta que a la víctima le gustaba jugar con fuego —Ana se mordió el labio inferior en un gesto que, como Nuño había aprendido ya, denotaba nerviosismo. Él, en cambio, cada vez que la veía hacer eso tenía que contenerse para no abalanzarse sobre ella y chupar y morder esa boca seductora. Puede que alguna de esas emociones se asomara a sus ojos por un instante, porque ella se puso aún más colorada y desvió la vista hacia sus

manos, que retorció, nerviosa, en su regazo.

—Si se lo hubiera dicho, habría hecho como el resto de los policías a los que les comenté la desaparición de Natalia. Lo más probable es que hubiera descartado el asunto como una fuga más de un menor conflictivo, un hecho sin importancia...

—¡No pretenda saber lo que yo hubiera hecho o dejado de hacer! —A pesar de que el inspector no había alzado la voz, su tono era tan punzante que Ana dio un respingo—. Así que la próxima vez no piense por mí. Quiero toda la información que posea, no quiero que se reserve nada ¿lo ha entendido?

De nuevo, Macnamara detectó un destello de odio en las pupilas femeninas y se alegró. Al menos las emociones que despertaba en ella eran igual de violentas —aunque de otra naturaleza muy distinta—, que las que él sentía cada vez que la miraba. No acababa de acostumbrarse a las acometidas de puro deseo que le asaltaban cuando estaba cerca de aquella mujer. A veces, solo oír su voz le provocaba una dolorosa erección y no sabía cómo actuar ante los síntomas de lo que empezaba a parecerse demasiado a una enfermedad.

En cualquier otra ocasión, habría hecho lo que fuera para llevársela a la cama, pero Ana Alcázar era un elemento clave en la investigación de un caso de asesinato y no podía comportarse de forma poco profesional. Además, si algo le había quedado claro durante su corta relación era que a la señorita Alcázar él no le caía nada bien, por lo que dudaba que estuviese dispuesta a aliviarle los padecimientos de esa extraña dolencia. En ese momento, el pequeño de la casa se acercó a donde estaban ellos, gritando entusiasmado y, sin querer, consiguió aligerar la tensión que les envolvía como una bruma compacta.

—¡Mira Ana, mira lo que he cazado! —El niño agitaba excitado un tarro de vidrio en su mano. La joven lo cogió y descubrió en el fondo del frasco una lagartija de buen tamaño que debía haber perdido la cola en la escaramuza.

—¡Caramba, Pablo, eres uno de los cazadores más hábiles que conozco! Ayer un grillo, hoy una lagartija... ¿qué vas a hacer con ella? —preguntó Ana y aprovechó para revolver el suave pelo rubio con ternura.

—Estoy pensando en meterla en la cama de Miriam —los ojos castaños del niño relucían traviosos y Ana fue incapaz de reprimir una carcajada. Al

oírla, Macnamara, que asistía interesado a la escena, sintió un extraño cosquilleo en el estómago—. Ayer me llamó «pobre inútil» por tirar el vaso de agua sin querer.

—Venga, Pablete, no seas cruel. Puede que Miriam se lo merezca por haberte insultado, pero yo sé que tú tienes un corazón demasiado grande para hacer eso. Además —añadió al ver que Pablo se encogía de hombros, poco convencido—, piensa en la pobre lagartija. Podría perderse entre las sabanas o, incluso, morir asfixiada.

Ese argumento debió parecerle más convincente al diablillo rubio, pues le lanzó a Ana una mirada calculadora y después declaró:

—Está bien. No lo haré, pero se la voy a enseñar para que vea lo que le espera si vuelve a meterse conmigo —sin despedirse de ellos, el niño se alejó corriendo en dirección a la casa.

—Es usted una gran profesional —afirmó Macnamara con expresión burlona.

A pesar de ello, Ana interpretó sus palabras como una ofrenda de paz y contestó con mucha seguridad:

—De las mejores. Creo que a usted le vendría de maravilla una charla con un psicólogo, así que, si me necesita, ya sabe dónde encontrarme...

Macnamara soltó una carcajada y, una vez más, Ana pensó que cuando su entrecejo se despejaba, desaparecía la mueca sardónica que a menudo desfiguraba sus bonitos labios, y se reía con ganas, el inspector se transformaba en un hombre cautivador. Lástima que desde que lo conocía ese extraño fenómeno apenas hubiera ocurrido en un par de ocasiones. Sintiéndose un poco más en sintonía con él después de la oportuna interrupción de Pablo, y antes de poder arrepentirse, Ana decidió invitarlo a comer. Sorprendido por su repentino ofrecimiento, Nuño aceptó en el acto y decidió aprovechar que la barrera de hostilidad que tan a menudo se alzaba entre ellos se había derrumbado, por el momento, para ponerla al día sobre la investigación.

—Puede que el asesino trasladara a su víctima hasta el pantano en una furgoneta blanca. Hay un testigo que afirma haber visto un vehículo de estas características detenido cerca del camino por el que Natalia regresaba a casa todos los días, lo malo es que no recuerda ni el modelo ni la matrícula. Solo en este pueblo y en los dos más próximos hay una veintena de furgonetas, la

mayoría de color blanco. Dionisio Fuentes conduce una también. He solicitado una orden de registro y el lunes vendrá alguien de la científica para examinarla en busca de huellas.

—¿Cree que puede ser el asesino? —preguntó.

Macnamara se encogió de hombros.

—No tengo ninguna evidencia en su contra. El viernes que Natalia desapareció estuvo hasta la una de la madrugada bebiendo en el bar del pueblo, aunque eso no prueba nada. No conocemos con exactitud la hora de la muerte. Fuentes tiene antecedentes por intento de homicidio.

—¡Homicidio! Eso no constaba en el expediente que me dieron al contratarlo, tan solo me dijeron que había pasado un tiempo entre rejas por robo —se la veía profundamente indignada; sus ojos centelleaban, furiosos, y dos manchas de rubor afloraron en sus mejillas. Nuño la encontró más irresistible que nunca.

—Ya le dije que tiene usted más corazón que cerebro —al oír sus palabras, Ana rechinó los dientes, indignada, pero el inspector hizo como que no se daba cuenta de que la había ofendido y prosiguió con su historia—: Por las huellas de lucha que encontramos, parece que el asesino le pegó la primera puñalada cerca de uno de los pilares del viaducto. Luego la muchacha salió corriendo y él la persiguió hasta el bosquecillo. Debió acabar con ella en el lugar donde encontramos el cadáver. Al parecer le asestó más de veinte puñaladas con ese cuchillo tan extraño. ¿Qué le ocurre, señorita Alcázar, se encuentra mal?

El rostro de Ana había perdido de golpe todo el color. Maldiciendo entre dientes, Nuño se acercó a ella y le obligó a bajar la cabeza hasta que quedó a la altura de sus rodillas. Después de un buen rato, Ana se zafó de su mano y la alzó de nuevo. Seguía muy pálida y Macnamara se maldijo una vez más por su falta de tacto.

—¿Se siente mejor? —Con cierta torpeza, el inspector, acuclillado frente a ella, retiró del rostro de la chica un mechón de pelo que había escapado de su moño y lo colocó con delicadeza detrás de su oreja—. Lamento haberla asustado.

Ana negó con la cabeza y tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder hablar:

—El cuchillo... —su voz era poco más que un susurro—. ¿Por qué dice que es extraño?

—El forense todavía no ha identificado el arma del crimen. Al parecer es una especie de cuchillo afilado solo por un lado, con una hoja redondeada —respondió Nuño incapaz de resistir la tentación de acariciar la suave piel de su mejilla.

Para su sorpresa, ella no solo no se apartó sino que cerró los ojos, como si el roce de sus dedos la reconfortara. Sin embargo, la magia del momento no duró más allá de unos pocos segundos; enseguida, Ana echó la silla hacia atrás y se alejó de él, mientras procuraba evitar cualquier contacto visual. El inspector permaneció un rato más agachado en el mismo lugar, tratando de normalizar su respiración.

—¡Ana, la comida está lista! —El grito de Miriam los liberó de la incómoda situación en la que se encontraban.

—¡Ya vamos! —Sin detenerse a esperarlo, Ana se levantó y se dirigió hacia la casa.

Los operarios de la empresa de alarmas se habían ido en la furgoneta a picar algo al pueblo más cercano y no regresarían hasta dentro de un par de horas. Comieron en la cocina y, a pesar de la evidente hostilidad con la que Diego lo miraba, los dos pequeños no parecían sentir ningún reparo por la presencia del inspector. Macnamara se esforzó, además, en mostrar su cara más amable y divertida, así que el ambiente durante el almuerzo resultó muy agradable. Al policía le sorprendió comprobar que se comportaban como si fueran una familia bien avenida. Aunque no hubiera un padre ni una madre, Ana actuaba como su referente familiar y resultaba evidente que los tres chicos la adoraban. Y, por supuesto, quedaba fuera de toda duda el afecto que Ana Alcázar sentía por ellos. Se preguntó si era por eso por lo que ella permanecía soltera. A decir verdad, debía ser difícil encontrar a un hombre que estuviera dispuesto a asumir semejante responsabilidad; pero, a juzgar por las carcajadas de la señorita Alcázar después de oír una de las ocurrencias de Miriam, no parecía que para ella esos tres chicos constituyeran carga alguna.

Después, cuando ya a solas tomaban el café en el salón, Macnamara le hizo la pregunta que rondaba en su cabeza desde hacía unos días:

—¿Esta casa es tuya? —Habían acordado tutearse durante la comida y no

sabía por qué, a Nuño Macnamara le daba la sensación de que la armadura imaginaria con la que había decidido revestirse para tratar con Ana Alcázar había perdido algo de su grosor.

—Desde luego, se nota que eres poli; no paras de hacer preguntas —tras apoyar la cabeza en el mullido respaldo del sofá, Ana había cerrado los párpados para abandonarse mejor a la agradable modorra que la invadía y, sin molestarse en abrirlos, le respondió—: Fue un regalo.

Macnamara sintió como si un puño gigante le retorciera las entrañas, pero se limitó a repetir como un loro:

—Un regalo.

Ana abrió los párpados de repente y, antes de que el inspector pudiera adoptar de nuevo su habitual fachada de indiferencia, captó algo en sus ojos marrones oscuros que pareció divertirla. Molesto por la burla que adivinaba en los iris grises, Macnamara le devolvió la mirada, ceñudo, y esperó a que fuera ella la que rompiera el silencio.

—No seas malpensado, inspector Macnamara, no me lo regaló un amante —sobre sus labios planeaba una sonrisa maliciosa y a él le dieron ganas tremendas de borrársela. Se pasó una mano nerviosa por el cabello, despeinándose aún más; sería mejor no pensar en la forma en que deseaba hacerla desaparecer...—. Me la regaló el mejor amigo que he tenido jamás, aunque quizá sería más apropiado llamarlo mi mentor. Lo conocí en ese momento único en la vida de una persona en la que se encuentra frente a una encrucijada y la elección del camino a seguir definirá el resto de su existencia.

Los aterciopelados ojos grises tenían un brillo de añoranza al hablar del maestro que tanto había significado en su vida y, por segunda vez en la existencia de Nuño Macnamara, los celos hicieron acto de presencia. La sensación fue tan desagradable que trató de hacerla a un lado con todas sus fuerzas, pero no lo consiguió. Por alguna estúpida razón, no le gustaba nada que un hombre que no fuera él provocara ese fulgor en los ojos femeninos. Absurdo.

—¿Y dónde está ese hombre tan sabio ahora?

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para pronunciar aquellas palabras con una apariencia de serenidad, pero no se le escapó cómo se apagaron de inmediato las pupilas de Ana antes de contestar:

—Murió hace dos años. Me legó la casa en su testamento. Él no tenía familia y sabía que mi sueño era crear un refugio para ayudar a niños con problemas, como a mí me ayudaron en su día. A Antonio le debo lo que soy hoy y todas las pequeñas victorias que he logrado.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y se oyó a lo lejos la voz de Pablo que hablaba con alguien; segundos después, el recién llegado entró en el salón.

—Hola, Ana, ¿llego en mal momento? Me ha dicho Pablo que tienes visita.

—Para nada, Ricardo, sabes que siempre eres bienvenido. El inspector Macnamara y tú ya os conocéis —Ricardo Daroca le sonrió con amabilidad, pero Nuño fue incapaz de devolverle la sonrisa. No le gustaba que aquel hombre entrara y saliera a su antojo de la casa de Ana y aún le gustaba menos sentir, cada vez más a menudo, esos celos estúpidos o lo que demonios fuera aquella desagradable sensación.

—Bueno, tengo que irme —dijo el inspector levantándose del sillón.

Al notar una vez más la reserva pintada en su semblante, Ana suspiró. Durante la comida, el inspector Macnamara se había comportado como un tipo interesante y divertido, pero estaba claro que su auténtico yo salía a flote una vez más. Todavía le sorprendía la ternura que semejante hombre le había mostrado durante ese momento de debilidad en el jardín; era lo último que habría esperado de él.

—Te acompaño a la puerta —dijo Ana como una perfecta anfitriona.

Antes de salir afuera, el inspector se volvió hacia ella:

—Muchas gracias por invitarme a comer, Ana. Guz me ha dicho que no tardará mucho en terminar con la instalación, así que esta noche ya puedes conectar la alarma. Cierra la puerta con llave y no le des ninguna copia a nadie que no sea de absoluta confianza, ¿entendido?

—¡Sí, señor! —respondió llevándose la mano a la frente en un saludo marcial. Luego añadió, molesta—: Debes pensar que soy completamente estúpida.

Nuño se la quedó mirando con una extraña expresión en los ojos y dijo:

—En realidad creo que... —pero se detuvo en seco antes de terminar la frase. Después de una breve pausa anunció—: Me bajo ahora a Madrid. Ten cuidado. Si ocurre cualquier cosa, ya sabes, llámame.

—Y tú me mantendrás informada sobre los avances de la investigación, ¿verdad?

—Te diré lo que esté autorizado a contar, ni más ni menos —al escuchar su tono brusco, Ana alzó los ojos al cielo, exasperada, y se despidió de él en el acto con sequedad:

—Adiós, inspector Macnamara.

—Hasta muy pronto, señorita Alcázar.

Regresó al salón y se encontró a Ricardo de pie junto al ventanal, observando como el policía arrancaba la moto y se alejaba a toda velocidad.

—Creo que al tal inspector Macnamara le gustas bastante —su comentario fue tan inesperado, que Ana no pudo evitar soltar una carcajada.

—No puedes estar más equivocado, Ricardo. El inspector me considera una especie de rubia tonta a la que se siente obligado a proteger de su propia estupidez.

La sonrisa de Ricardo se hizo más amplia:

—Entonces no es tan buen policía como parece. Yo nunca he conocido una mujer tan inteligente como tú.

—Me alegra que tengas tan buen concepto de mí, amigo mío —respondió, burlona.

Estaba claro que no iba a tomarse en serio sus galanterías, así que Ricardo cambió de tema.

—¿Alguna noticia sobre la muerte de Natalia? —Ana recuperó la seriedad en el acto y negó con la cabeza.

—Creo que la cosa va para largo —se notaba que ella no quería hablar sobre el asunto, así que Ricardo decidió volver a terrenos menos pantanosos y a partir de entonces la conversación se discurrió de forma agradable y entretenida hasta que, una hora más tarde, Ricardo se despidió cariñosamente de ella. Ya sola, Ana se dio una vuelta por la casa, comprobando ventanas y cerraduras, hasta cerciorarse de que todo estaba en orden.

—Pase, inspector Macnamara, tome asiento, por favor —la mujer sentada detrás del enorme escritorio lleno de papeles tendría unos cincuenta y cinco años. Era alta y sus ojos, claros y sinceros, producían en su interlocutor una

instantánea sensación de confianza.

—Buenos días, señora Ballester, le agradezco que me reciba tan pronto a pesar de lo ocupada que debe estar —Macnamara tomó asiento en una de las dos sillas negras que había junto a la mesa y cruzó sus largas piernas frente a él, de forma que sus desgastadas botas de vaquero quedaron bien a la vista.

—Estaré encantada de ayudarlo si está en mi mano. Quería preguntarme por Ana Alcázar, ¿no es así? —preguntó ella, yendo directa al grano.

—Así es. Estoy investigando un caso de asesinato y, aunque no creo que la señorita Alcázar tenga nada que ver, pienso que es importante que conozca ciertos aspectos relacionados con su pasado. Por ejemplo, me gustaría saber cuánto tiempo estuvo en este centro de menores.

La mujer consultó unos papeles que guardaba en una carpeta azul que había sobre el escritorio y contestó:

—Ana permaneció aquí desde los siete a los diecisiete años, aunque entretanto pasó por más de un hogar de acogida. A los dieciséis se fugó del centro y estuvo más de ocho meses viviendo en la calle —Macnamara frunció el ceño, confundido, y repitió:

—¿En la calle?

—Verá, cuando Ana cumplió quince años le sugerí a la persona que entonces dirigía el centro que sería mejor que Ana permaneciera bajo custodia estatal hasta que lo abandonara definitivamente a los dieciocho años, pero ella no quiso escucharme. Pensaba que era una pena que una chiquilla tan agradable y tan inteligente no hubiera sido adoptada aún. Pero había algo en Ana...

—¿Sus visiones? —preguntó el inspector con tranquilidad.

La mujer lo miró muy seria.

—¿Le ha hablado de sus visiones?

—Ese tema surgió en un par de ocasiones... —respondió Nuño con vaguedad y se encogió de hombros. No parecía dispuesto a dar más explicaciones.

—Pues sí. En general, a la gente no les gustan las personas que se salen fuera de la media y Ana es una mujer que se sale de la media por todos lados: guapa, lista, de trato amable y... al parecer con extraños poderes. No duraba mucho en sus nuevos hogares, enseguida la traían de vuelta con alguna excusa.

La más habitual era: «esta niña es rara». Varios meses después de cumplir los quince, apareció una pareja dispuesta a hacerse cargo de ella. A mí no me pareció buena idea que la volvieran a sacar del centro; quieras que no, cada vez que regresaba era para ella un nuevo fracaso, una nueva decepción. Pero la directora se empeñó y la verdad era que la pareja cumplía todos los requisitos y parecía de lo más agradable. El día de su dieciséis cumpleaños se fugó de su nuevo hogar y, como ya le dije, tardamos casi un año en encontrarla —la mujer sacudió la cabeza; era evidente que aún se indignaba al recordarlo.

—¿Sabe qué ocurrió?

—Quizá Antonio Cifuentes, el psicólogo del centro en aquella época, las supiera; pero a nosotras nunca nos contó las razones de su huida, aunque yo tengo mis sospechas.

Un profundo interés se reflejaba en el rostro del inspector al preguntar:

—Y esas sospechas son...

—Creo que el padre de acogida trató de abusar de ella. Poco después fue detenido por acosar a una menor del vecindario —a los agudos ojos de María Ballester no les pasó desapercibida la forma en que el inspector apretó las mandíbulas; si hubiera sujetado una nuez entre las muelas la habría hecho pedazos—. Durante esos meses en los que pareció desaparecer de la faz de la tierra, permaneció con una pandilla de muchachos que también vivían en la calle y que subsistían a base de robar y pedir limosna. A raíz de uno de esos robos en un polígono industrial, hubo un tiroteo con la policía y uno de los chicos murió casi en el acto. Ana no intervino en aquella locura. Ella era la que esperaba con el coche en marcha para salir pitando cuando acababa el «trabajo», así que cuando fue detenida la policía la trajo aquí directamente. Recuerdo bien aquella noche...

Su interlocutora se detuvo, al tiempo que se pasaba la mano por los ojos, como si hablar de aquello la abrumase. Impaciente por oír el resto de la historia, Macnamara se inclinó hacia adelante en su silla; daba la sensación que escuchaba con todo su cuerpo.

—¿Qué es lo que recuerda? —Su tono sonó algo brusco y, de nuevo, los claros ojos de la mujer se volvieron hacia él con curiosidad.

—Cuando vi a Ana de pie al lado del policía que la custodiaba me asustó su palidez. Tenía la mirada ida y los ojos irritados; saltaba a la vista que había

llorado durante horas. La ropa que llevaba estaba en muy mal estado, había manchas de sangre en su cara y en sus manos y el pelo, muy enredado, caía sin brillo a ambos lados de su cara. Había adelgazado mucho; era evidente que los últimos meses no habían sido fáciles para ella. Pero yo sabía que había algo más. Jamás he visto una expresión de desolación tan profunda como la que en ese instante reflejaba su rostro. Llamé a una de las empleadas del centro para que la ayudara a darse una ducha y le diera algo de cenar. Ana no protestó y se alejó con ella por el pasillo arrastrando los pies, como si el último vestigio de energía se hubiera evaporado de su cuerpo y no le quedaran fuerzas para seguir luchando.

»Le pregunté al policía dónde la habían encontrado y me contó lo del robo y el tiroteo. Reconoció que Ana habría podido huir sin problemas cuando empezó el follón; pero que, en vez de eso, se había bajado del coche y había corrido derecha hacia la refriega. Al parecer, vio al muchacho caer herido al suelo y, cuando llegó a su lado, se arrodilló junto a él, lo cogió entre sus brazos y lo protegió con su cuerpo. Sin embargo, a pesar de que la ambulancia llegó enseguida, el chico murió ahí mismo. Creo que tardaron casi diez minutos en conseguir separarla de él, incluso mordió con fuerza a uno de los agentes que intentaba que lo soltara. Tuvieron que inyectarle un calmante para tranquilizarla.

—Imagino que aquel chico debía ser su novio... —a María Ballester le pareció que el rostro del inspector estaba algo más pálido que hacía unos minutos, pero los ojos oscuros permanecían insondables.

—Quizá. Ella nunca habló de él. Al menos conmigo. Estuvo casi un año en terapia con Antonio Cifuentes y después de eso su vida dio un vuelco rotundo. Consiguió una beca en la facultad de psicología de Somosaguas y un trabajo por las tardes. A los dieciocho años alquiló un apartamento con otras chicas y abandonó el centro. He seguido su trayectoria con mucho interés durante estos años y estoy enterada del trabajo que lleva a cabo. Yo diría que Ana Alcázar es un milagro andante, inspector Macnamara.

Nuño estaba impresionado. No sabía qué había esperado oír, pero desde luego no se imaginaba una historia tan dramática. Ana Alcázar era una mujer aún más fuerte de lo que pensaba. El policía se despidió de la señora Ballester y le dio las gracias con efusión. Justo cuando estaba a punto de salir

del despacho se dio la vuelta una vez más y preguntó:

—Por casualidad no tendrá el nombre de las personas que la encontraron cuando era un bebé, ¿verdad?

—Pues espere un momento. Creo que puede estar en su expediente —la mujer ojeó uno de los documentos que estaban sobre su mesa hasta que encontró lo que buscaba—. Sí, aquí está. El aviso lo dio un sargento de la Guardia Civil de Segovia, Emeterio Ramos. Me imagino que ya estará jubilado.

—Muchísimas gracias por su ayuda, señora Ballester.

—De nada, inspector. Me alegra saber que alguien se preocupa por Ana — Macnamara la miró con fijeza y sin decir nada más salió del despacho con rapidez, por lo que no pudo ver la sonrisa satisfecha que se dibujó en los labios de la mujer.

8

Macnamara seguía pensando en lo que acababa de escuchar, mientras esquivaba el denso tráfico de Madrid subido a su Honda negra. En un momento dado, se cuestionó los motivos por los que investigaba el pasado de Ana Alcázar en vez de centrarse en el presente para esclarecer el asesinato de Natalia Molina. Era cierto que la psicóloga lo atraía más de lo que deseaba admitir y, después de oír su historia, se sentía aún más fascinado por ella; pero no era por eso por lo que estaba llevando esa investigación paralela. Tenía el presentimiento de que, a pesar de que las apariencias y los antecedentes de Natalia apuntaban a un móvil sexual, el asesinato estaba relacionado de alguna manera con la señorita Alcázar. Si no, ¿por qué alguien había envenenado a su perro? Además, ¿quién había entrado en su habitación mientras dormía? Quizá ese arisco muchacho que estaba loco por ella. Nuño Macnamara no descartaba a ningún posible sospechoso. Había echado un vistazo al historial de Diego Hernández y, desde luego, el chaval no era ningún angelito. No, ahí había algo más de lo que a simple vista podía apreciarse. El policía siempre había confiado en su instinto y hasta entonces no le había fallado.

Nada más llegar a la comisaría Teresa le informó de que le había llamado el forense, así que en cuanto se sentó en su mesa le devolvió la llamada.

—Buenos días, Macnamara. Ya he averiguado cuál fue el arma del crimen —el forense, con el que había trabajado en multitud de ocasiones, no se anduvo por las ramas—. La muchacha fue asesinada con un corvo chileno.

—¿Un qué? —Nuño jamás había oído hablar de semejante arma.

—Es un cuchillo tradicional de Chile que se usa para la lucha cuerpo a cuerpo. Al parecer es una versión del llamado cuchillo de marras que se usaba en la Península Ibérica para la vendimia. En Chile desarrolla un tamaño y un peso mayor, y fue utilizado por ganaderos y agricultores hasta la guerra de la Confederación Perú-Boliviana...

—Venga, doctor Atienza, no me maree con tantos datos —le interrumpió el inspector sin contemplaciones. Al parecer el forense debía estar acostumbrado, porque no se molestó en ofenderse.

—Ya sé que desperdicio mis conocimientos en una panda de analfabetos funcionales como ustedes. En fin, usted se lo pierde, Macnamara, acuérdesese de la famosa frase: el saber no ocupa...

De nuevo el inspector lo cortó en seco. El doctor Atienza era un gran profesional, pero tenía alma de profesor frustrado y en cuanto empezaba a disertar sobre un tema era difícil detenerlo.

—¿Puede mandarme una foto?

—Abra su correo; le está esperando en su bandeja de entrada. En fin, le haré un pequeño resumen: con un corvo no se pueden asestar puñaladas frontales. La hoja es introtorsa, es decir, el filo principal es el interno, por lo que se coloca con la punta para abajo y se utiliza como si fuera la garra de un animal. Las heridas que provoca, similares a los zarpazos de un gran felino, son devastadoras. Los corveros buscan siempre un golpe certero para acabar con sus oponentes de un solo tajo pero, en esta ocasión, o el asesino no sabía usar ese tipo de cuchillo con destreza o lo utilizó de forma sádica. Yo soy de la opinión de que el asesino buscaba causar el mayor daño posible.

A pesar de que Nuño Macnamara era un policía curtido, las palabras del forense le provocaron un estremecimiento.

—Muchas gracias por la información, doctor Atienza.

En cuanto colgó con el forense llamó el agente de la policía científica encargado de buscar huellas en la furgoneta de Dionisio Fuentes, para decirle que no había encontrado ningún rastro de la presencia de la chica en el vehículo. Macnamara consultó sus notas sobre Fuentes. El hombre había nacido en Ecuador, lo cuál tampoco significaba nada. No hacía falta ser chileno para manejar uno de esos cuchillos; era como decir que ningún madrileño aficionado a las artes marciales podía estar en posesión de una

katana.

En ese instante, sonó el teléfono una vez más. Esta vez Teresa no se molestó en preguntar y le pasó con Ana Alcázar directamente:

—¡Inspector, he encontrado algo que puede interesarte! —Ni siquiera le dio los buenos días. La voz de la joven sonaba tan excitada que Nuño no pudo evitar que los latidos de su corazón se aceleraran—. Su diario. ¡El diario de Natalia! Estaba dentro del colchón. Habla de un hombre. Al parecer estaba enamorada de él, pero en ningún momento lo llama por su nombre.

—¡Bien hecho, Ana! Les daré un buen tirón de orejas a mis hombres por haberlo pasado por alto cuando revisaron las pertenencias de Natalia.

—La verdad es que estaba muy bien escondido. Incluso se había molestado en coser un pequeño cierre en la funda del colchón, por lo que la abertura resultaba casi invisible. Por fortuna, Julia es de las que limpia a conciencia y cuando ha quitado la funda para lavarla lo ha descubierto. En cuanto termine en la consulta, se lo llevo; calculo que pasaré por la comisaría hacia las cuatro.

Ana colgó antes de que Macnamara pudiera decir algo.

—Se te ve contento —afirmó Morales que entró justo en ese momento. El inspector borró de sus labios la sonrisa que había esbozado sin darse cuenta y se encogió de hombros.

A las cuatro menos cinco Morales, que se había encontrado con Ana delante del edificio, la escoltaba con amabilidad hasta el despacho de Macnamara.

—Nuño, la señorita Alcázar te busca —dijo y se dio la vuelta, no sin antes guiñarle, malicioso, un ojo a Macnamara con disimulo.

El inspector reprimió la irritación y, deliberadamente, permaneció sentado en la silla, al tiempo que la saludaba con fingida indiferencia. Sin prestar ninguna atención a su fría actitud, Ana se acercó a la mesa y le tendió un pequeño cuaderno con los ojos chispeantes de entusiasmo.

—Lee esto —se aproximó aún más a él y se inclinó por encima de su hombro para buscar con dedos nerviosos la página deseada.

La mejilla femenina quedó muy cerca de la suya y la suave fragancia,

fresca y ligera, que la caracterizaba asaltó sus fosas nasales con violencia, mientras un pecho femenino rozaba apenas su hombro. Nuño miró la página que Ana le señalaba, pero estaba demasiado aturdido para concentrarse, y la desordenada escritura de Natalia Molina bailó ante sus ojos sin que pudiera encontrarle ningún sentido. Enojado consigo mismo, Macnamara hizo un esfuerzo ímprobo para recuperar sus facultades.

—Un amante secreto... —fue lo único que dijo cuando consiguió descifrar la enrevesada caligrafía.

Ana asintió, mirándolo con sus luminosos iris de color gris.

—Kusanagi, un apodo extraño. Nunca lo había oído, quizá nos dé una pista. Al final del todo —siguió explicando, mientras se inclinaba sobre él una vez más y pasaba las páginas del diario, impaciente—, parece que se pelean. Desde luego, es evidente que ella está furiosa.

—Veamos —Macnamara apartó un montón de papeles y desenterró su portátil. Tecleó Kusanagi en el buscador de Google y enseguida aparecieron ante sus ojos numerosas páginas repletas de información. Abrió una de ellas y empezó a leer en alto—: «Kusanagi-no-tsurgise (joder, menudo trabalenguas): espada legendaria japonesa. Se dice de ella que tiene muchos y devastadores poderes que se reciben al usarla, entre ellos, le otorga al que la lleva el poder de controlar el viento. La espada se guarda junto con otros de los tesoros imperiales de Japón». Parece que nuestro amigo, si es que es el mismo que asesinó a Natalia, tiene fijación por los objetos cortantes: la espada Kusanagi, un cuchillo corvo chileno...

—Objetos cortantes de lo más exótico —precisó Ana—. Nunca había oído hablar de esta espada, ni del cuchillo que acabas de mencionar.

—No podemos estar seguros de que el amante sea también el asesino —replicó el policía.

—Yo estoy convencida de ello —afirmó Ana con los ojos brillantes.

—Uuhh, ¿llevas la bola de cristal en el bolso?

—Eres un idiota, inspector —respondió ella, mirándolo con el ceño fruncido.

—Venga, vamos a tomar algo. Tengo hambre —anunció Macnamara, impaciente, al tiempo que se levantaba y cogía su cazadora del respaldo de la silla.

Molesta por sus modales autoritarios, Ana estuvo a punto de negarse pero, en ese instante, sus tripas emitieron un sonido elocuente y le recordaron que aún no había comido. Justo cuando salían del edificio, estuvieron a punto de darse de bruces con una mujer vestida con unos ceñidos pantalones de cuero, botas negras con tacones de al menos diez centímetros, chaqueta entallada y ribeteada de piel —que resaltaba el considerable tamaño de sus senos y, por contraste, su estrecha cintura—, y unas enormes gafas de sol que casi le tapaban el rostro. La mujer se acercó a ellos con un provocativo contoneo de caderas y la negra melena ondeando al viento.

—Nuño, querido, necesito hablar contigo. Te invito a tomar algo en el bar de Pintxo —ni siquiera se molestó en dirigir una mirada a Ana que, divertida, observaba la expresión ceñuda del inspector.

—Lo siento Vanessa, pero iba a tomar algo con la señorita Alcázar —a pesar de que sus ojos estaban ocultos tras las inmensas gafas de sol, Ana adivinó la mirada desdeñosa con la que la llamativa amiga del inspector recorrió su cuerpo.

—Me gustaría saber desde cuando te gustan a ti las mujeres con una talla noventa de sujetador —su voz, ligeramente aguda, destilaba veneno.

—¡Vanessa! —rugió Macnamara, haciendo que ambas se sobresaltaran.

—No se preocupe, Vanessa. El inspector Macnamara no tiene ninguna intención amorosa respecto a mí, simplemente íbamos a hablar de uno de los casos que está investigando —la amplia sonrisa de la psicóloga le indicó a Macnamara que la joven se lo estaba pasando en grande a su costa y que disfrutaba de su evidente incomodidad. Furioso, rechinó los dientes, pero antes de que pudiera decir algo, Vanessa se dirigió a Ana en un tono mucho más amable:

—Perdona, cariño, pero tengo que hablar con Nuño. Es urgente. Tenemos que arreglar un malentendido.

—Ahora no, Vanessa. Ya te llamaré, y te lo advierto, si vuelves a buscarme a la comisaría o causas el más mínimo escándalo cerca de ella, te arrepentirás —su mirada amenazadora no dejaba dudas respecto a la sinceridad de sus bruscas palabras.

El policía agarró a Ana de la muñeca y tiró de ella en dirección a un modesto bar que había en la esquina, pero la joven se volvió y le gritó a la

mujer que se había quedado inmóvil sobre la acera:

—Vanessa, no debe permitir que nadie le hable así. Usted es mucho más que un gran par de pechos. Si solo se ve a sí misma como un cuerpo atractivo y no como un ser humano con necesidades y sentimientos, los hombres no la tratarán mejor que a un pedazo de carne, como acaba de hacer el inspector Macnamara. No lo permita, Vanessa, usted se merece mucho más. Créame, sé de lo que hablo, soy psicóloga...

Ana se vio obligada a dejar de lado sus consejos, pues ahora Nuño la arrastraba, literalmente, hacia el bar.

—¡Eres un hombre horrible! —le soltó la chica mientras se derrumbaba sobre una de las sillas de madera y se frotaba la muñeca dolorida—. No entiendo cómo alguien puede tratar así a una persona. Espero que algún día te enamores de una mujer que te haga sufrir.

—¿Qué es esto? ¿La maldición de la bruja Avería? —Su sarcasmo hizo que Ana lo mirara con rencor—. ¿Y puede saberse a qué ha venido ese psicoanálisis barato en mitad de la calle? —Colérico, Macnamara se pasaba la mano, una y otra vez, por el revuelto cabello cobrizo.

—Me voy —afirmó haciendo amago de levantarse de la silla, pero el policía posó una de sus manazas sobre su hombro y la obligó a sentarse de nuevo, al tiempo que con la otra hacía una seña al camarero—. ¡No puedes obligarme a comer contigo! —siseó, furiosa.

—Perdona —atónita, la joven clavó en él sus pupilas como si no pudiera creer que esa sencilla palabra, pronunciada en un tono apenas más fuerte que un susurro, hubiera salido de los apretados labios de aquel hombre que, sentado frente a ella, la miraba con expresión tormentosa. También Macnamara estaba sorprendido consigo mismo; pedir disculpas no era uno de sus deportes favoritos, precisamente. Ana lo observó sin decir nada y esperó a que fuera él quien hablara, así que Nuño continuó—: Ha sido una escena desagradable, no debiste verte envuelta en ella.

—Soy una mujer fuerte, inspector, puedo resistir casi cualquier cosa, pero odio ver cómo la gente es cruel con sus semejantes —el inspector tuvo la decencia de enrojecer ligeramente y Ana se alegró al comprobar que todavía era capaz de sentir cierta vergüenza—. Es evidente que la pobre Vanessa está enamorada de ti algo que, aunque no puedo entender —Macnamara no pudo

contener un respingo al oír sus palabras—, imagino que no puede evitar, así que, por favor, intenta tratarla un poco mejor, aunque solo sea por caridad humana.

Sus hermosos ojos grises lo miraban muy serios y, a pesar de la incomodidad que sus palabras le causaban, Macnamara se alegró al ver que parecía haber olvidado su intención de marcharse. También se alegraba de captar su completa atención, aunque solo fuera para recibir una reprimenda. Sus confusos sentimientos respecto a la señorita Alcázar empezaban a asustarlo. Nuño siempre había buscado mujeres físicamente espectaculares y, a ser posible, no demasiado inteligentes. Su lema era: «disfruta del polvo presente, sin caer en el aburrimiento futuro». Así que, en cuanto notaba que la mujer de turno se volvía posesiva, soltaba lastre de inmediato y se alejaba de ella a toda velocidad.

Pero tenía claro que una relación con Ana Alcázar sería algo diferente por completo. En el caso de que ella accediera —lo cual vista la antipatía que sentía por él no parecía muy probable—, presentía que no le iba a ser fácil salir por pies y con el corazón indemne. Solo de pensar que pudiera enamorarse le aterrorizaba, había visto de cerca lo que el amor le había hecho a su padre y había jurado no caer jamás en esa trampa. De pronto, Nuño oyó que ella le preguntaba algo, así que hizo un esfuerzo para hacer a un lado esas sombrías elucubraciones que no le conducían a ninguna parte.

—¿Perdona?

—¿Qué opinas de lo que has leído en el diario de Natalia? —repitió.

El camarero llegó en ese momento con las bebidas y unas raciones que devoraron, hambrientos, sin dejar de hablar del caso. Luego surgieron otros temas de conversación más generales y sus carcajadas resonaron a menudo durante la comida. Los dos tenían un marcado sentido del humor —el de él un tanto mordaz— y, cuando Ana anunció que tenía que irse, el inspector miró el reloj sin poder creer que hubiera pasado ya una hora y media.

—¿Has venido en coche?

—No. Yo bajo a trabajar en tren todos los días.

—Venga, te acercaré a la estación. Nuevos Ministerios, ¿no?

—Sí, pero no hace falta que me lleves, iré en metro —respondió Ana abotonándose la chaqueta.

—No discutas. Te acercaré en la moto, no tardaré nada —Nuño zanjó la discusión con su habitual tono autoritario.

—No me gusta que me des órdenes, inspector. Está claro que no conoces la palabra mágica —gruñó, enojada.

—No te estoy dando órdenes. ¿Y cuál es la palabra mágica? —Macnamara colocó una mano en la parte baja de su espalda y, con una leve presión, la condujo con firmeza en dirección a la comisaría.

—Por favor.

—Por favor, señorita Alcázar, ¿me concede el honor de acompañarla a la estación de tren? —preguntó, sarcástico, pero Ana le dirigió una sonrisa burlona y contestó:

—Será un placer, inspector Macnamara.

La Honda estaba en el aparcamiento de la comisaría, así que tomaron el ascensor que en ese momento iba lleno de gente para bajar al tercer sótano, donde Macnamara tenía su plaza de aparcamiento. Seguían charlando animadamente cuando, de repente, la cabina se detuvo con brusquedad y las luces se apagaron de golpe. El leve resplandor de la luz de emergencia apenas atravesaba la penumbra reinante, y varios de los ocupantes del ascensor empezaron a chillar, asustados. Sin perder la calma, Macnamara pulsó el botón de socorro y consiguió hablar con un operario. Al parecer, se trataba de una avería en la red eléctrica y solucionarla iba a llevar bastante tiempo. El técnico de mantenimiento les dijo que tendrían que acceder al ascensor de forma manual y, al haber varios aparatos en el edificio, aún les tocaría esperar un rato hasta que les llegara el turno.

—Será mejor que nos pongamos cómodos.

El policía se sentó en el suelo y obligó a Ana a sentarse entre sus piernas. El resto de los ocupantes del ascensor los imitó y, al ser tantos, el espacio quedó bastante reducido.

—¡Estás temblando! —Sorprendido, la rodeó con uno de sus brazos y la atrajo hacia sí.

—Confieso que no me gusta la oscuridad, de noche siempre enchufó una de esas lamparillas para bebés en mi habitación.

Hablaban en susurros y sus palabras pasaban desapercibidas entre las protestas y las quejas del resto de los encerrados.

—¿Y eso?

Sin poder contenerse el inspector hundió la nariz en su pelo y aspiró con fuerza. Su suave perfume le provocó una brutal erección y rogó para que la gruesa chaqueta que llevaba la chica no le permitiera adivinarlo. Sin percatarse de nada, Ana se acomodó mejor contra él, buscando una postura más confortable, y Nuño apretó las mandíbulas hasta hacerse daño en un intento de evitar que un gemido atormentado saliera de su garganta. Era increíble el deseo que esa pequeña mujer podía despertar en él. Si no estuvieran rodeados por esa multitud quejosa, pensó Macnamara, la tumbaría sobre el frío suelo del ascensor y, sin perder el tiempo en estúpidos juegos previos, le bajaría los pantalones, le arrancaría las bragas y se introduciría hasta lo más profundo de su ser de una sola embestida.

—Una de mis numerosas familias de acogida, decidió curarme mis «rarezas», como ellos las llamaban, encerrándome en un armario. A pesar de que he acudido a terapia durante años, no he conseguido superar mis terrores infantiles.

Las palabras de Ana cortaron en seco el rumbo lascivo que habían tomado los pensamientos del policía. Avergonzado de sí mismo, Nuño la estrechó aún más y ella se sintió un poco más relajada. Notó como los labios del inspector se posaban con suavidad sobre su pelo y, de nuevo, le sorprendió que ese hombre que, en general, era brusco y antipático pudiera, al mismo tiempo, comportarse con tanta ternura.

En ese momento se oyeron algunos golpes y voces fuera del ascensor y, pocos segundos después, uno de los operarios de mantenimiento del edificio abrió la puerta de acero con una llave especial. Hubo un suspiro colectivo de alivio. El único que lamentó la liberación fue Macnamara, que se encontraba de lo más a gusto con la señorita Alcázar recostada sobre él. De mala gana se incorporó, la agarró de los brazos y la levantó con cierta rudeza, como si no pesara nada. La dulce sonrisa de agradecimiento que le dirigió Ana fue un nuevo ataque frontal a su autocontrol, así que la miró con una expresión torva que hizo que ella se preguntara a qué se deberían los frecuentes cambios de humor de aquel hombre.

—Toma —el hombre quitó el candado de la moto y le tendió un casco, pero ella se negó a cogerlo.

—Prefiero que lo uses tú.

Con brusquedad, Macnamara se lo colocó en la cabeza, se lo ató de malos modos y le dio una palmada en lo alto que hizo que Ana viera las estrellas.

—Te gusta mucho discutir.

—¡Eres un mandón y un bestia! —replicó, enfadada, al tiempo que se ajustaba el casco que el policía le había incrustado hasta casi taparle los ojos. Sin prestarle atención, Macnamara ordenó:

—Sube y agárrate fuerte.

Hacía mucho que la joven no montaba en moto y menos a la velocidad a la que conducía el inspector, así que obedeció y se aferró a su cintura como una lapa.

«Tenía que ser policía», se dijo, irónica, mientras zigzagueaban de manera temeraria entre los coches.

En pocos minutos llegaron a la estación de Nuevos Ministerios. Ana se bajó de la moto y le devolvió el casco, se despidió con un escueto: «Adiós y gracias», y se alejó a toda prisa. Al policía le divirtió su actitud hostil y la siguió con la mirada hasta que desapareció por unas escaleras mecánicas. En cuanto la perdió de vista, a pesar de estar rodeado por una multitud de gente que iba y venía, Nuño Macnamara se sintió extrañamente solo.

9

Era noche cerrada cuando Ana llegó a su destino, y fue la única pasajera que bajó del tren en esa estación. Hacía mucho frío y un halo de niebla aureolaba las escasas farolas que iluminaban el andén, que a esas horas estaba completamente desierto. Sus pasos solitarios resonaban sobre los adoquines húmedos y Ana no pudo evitar sentir una ligera desazón, mientras caminaba con rapidez. Aún tenía que recorrer unos trescientos metros hasta el aparcamiento —en realidad, un pequeño descampado mal iluminado— donde había dejado su coche por la mañana. Ana aceleró el paso. La inquietante sensación de que alguien la observaba le erizó los cabellos de la nuca, pero sacudió la cabeza con fuerza y se regañó a sí misma por ser tan tonta. Sin poder evitarlo, echó una mirada intranquila a su alrededor; su vehículo era el único que quedaba ya.

Al acercarse a su coche algo llamó su atención: sobre el capó alguien había dejado media docena de rosas rojas con los tallos envueltos en papel de seda blanco. De nuevo, Ana miró a su alrededor, casi esperando descubrir a algún bromista oculto cerca de allí, pero no vio un alma. Cada vez más alarmada, alargó la mano y cogió el ramo. Un dolor intenso en la palma le hizo soltarlo en el acto y las flores cayeron al suelo con un sonido tétrico. Ana examinó perpleja las gotas de sangre que salpicaban su mano, luego dirigió la mirada hacia abajo y vio las enormes espinas que atravesaban el papel. Aturdida, buscó las llaves en su bolso, estaba tan nerviosa que no lograba encontrarlas y maldijo en voz baja hasta que consiguió agarrar el llavero, pero

en cuanto las sacó, resbalaron de entre sus dedos trémulos y también acabaron en el suelo, justo debajo del coche.

—Mierda, mierda, mierda —de nuevo, echó un vistazo a ambos lados antes de agacharse para recogerlas y, aún temblando, abrió la puerta, se subió al coche con rapidez, apretó el botón del bloqueo automático y soltó el aire de golpe, aliviada. Un poco más tranquila, encendió el contacto y salió del aparcamiento a toda velocidad.

En cuanto terminaba con la terapia de los dos pequeños, a Ana le gustaba hacer *footing* durante una hora por los alrededores. Sus rodillas le agradecían que lo hiciera por caminos sin asfaltar y, para ella, correr entre los aromáticos pinos mientras escuchaba sus canciones favoritas en el iPod, resultaba una forma relajante de poner fin a la jornada.

Casi dos días después del incidente de las flores, una tarde que había salido a hacer su ejercicio diario, Ana volvió a tener la inquietante sensación de ser observada. Miró a su alrededor, recelosa, pero no vio nada sospechoso. El sol empezaba a ponerse, sin embargo todavía había bastante luz. Apretó el paso, por fortuna ya no estaba lejos de la casa. Apenas le quedaba un kilómetro para llegar cuando, de detrás de una de esas moles de granito que tanto abundan en la sierra, surgió alguien o algo que se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo.

Aterrorizada, Ana chilló y luchó con todas sus fuerzas para quitarse de encima al enorme individuo que la había atacado. Intentó gritar de nuevo, pero una manaza sucia le tapó la boca y se lo impidió. El apretón era tan vigoroso que a la joven le costaba respirar. Su agresor se sentó a horcajadas sobre ella y sujetó las muñecas de Ana por encima de su cabeza, inmovilizándola por completo.

—Mira a quién tenemos aquí, nada menos que a la estirada señorita Alcázar... —Ana reconoció al hombre que la retenía y su temor aumentó de forma exponencial—. Sí, soy yo, Dionisio Fuentes, para servirla, me recuerda, ¿verdad? No contenta con joderme la vida al despedirme, me manda a los *chapas* para que me detengan. Pero yo no voy a cargar con la muerte de la putita esa que se lo hacía con cualquiera, no, eso sí que no. Si me meten en la

cana por lo menos que sea por algo real —esbozó una mala copia de sonrisa, que mostró sus dientes torcidos y manchados de nicotina, y la amenazó—: Si chillas, te ahogo.

Fuentes quitó entonces la mano de la boca de Ana, la introdujo por debajo de su camiseta y apartó hacia arriba el sujetador. El tacto húmedo y repugnante de esos gruesos dedos sobre uno de sus pechos, le dio arcadas; sin embargo, Ana se obligó a sí misma a permanecer muy quieta.

—Te gusta, ¿verdad? Te voy a *culear* pero bien. Eres tan puta como la otra hembra, pero tú me gustas más, eres más mujer.

Mientras hablaba se pasó la lengua por los labios en un gesto lascivo, sin parar de masajearle el pecho. De pronto, apretó el pezón con fuerza entre el índice y el pulgar causándole un gran dolor, pero, aún así, Ana no se movió; se limitaba a observar al hombre, que parecía cada vez más excitado, a la espera del momento adecuado. La odiosa manaza abandonó por fin el cuerpo de la joven para dirigirse hacia el enorme bulto de su bragueta. Dionisio Fuentes estaba tan concentrado en su propio deseo que, sin pensar, aflojó la presa de sus muñecas, al tiempo que dirigía la vista hacia el lugar donde sus dedos forcejeaban impacientes con la cremallera del pantalón.

Ana aprovechó su distracción para elevar el cuerpo con todas sus fuerzas, lo que hizo que Fuentes perdiera el equilibrio y, entonces, conectó su rodilla contra la entrepierna masculina con violencia. El hombre aulló de dolor y Ana reptó bajo su cuerpo, intentando liberarse y gritando con toda la potencia de sus pulmones. Casi lo había conseguido, cuando unos dedos férreos se enroscaron alrededor de su tobillo y la arrastraron de nuevo hacia atrás. Sin parar de patear, Ana escuchó una horrible blasfemia y supo que, una vez más, había conseguido hacerle daño, pero, a pesar de todo, él no la soltó. Entonces, ella se dio la vuelta y le arañó la cara con sus uñas. Un nuevo bramido de dolor brotó de la garganta de su atacante, que echó el brazo hacia atrás y le golpeó iracundo en ambas mejillas, primero con la palma y luego un revés.

—¡Perra, te voy a sacar la madre! —La rabia de aquel sujeto era tal que Ana, tumbada boca arriba sobre el suelo y medio atontada por el dolor, pensó que había llegado su hora.

De pronto, se oyó un grito y, como una aparición, Diego surgió de entre los

árboles y empezó a golpear a Dionisio Fuentes con una gruesa rama. Ante aquel inesperado ataque, el hombre esquivó un par de golpes y se vio obligado a soltarla, se incorporó y embistió al muchacho como un búfalo. Ambos rodaron por el suelo unidos en un abrazo que para Diego, mucho menos corpulento y más débil, no auguraba un final feliz. Al ver el cariz que estaba tomando la pelea, Ana se incorporó a pesar del dolor, se abalanzó a su vez sobre su agresor y le agarró por los pelos, tirando con fuerza, al tiempo que le mordía un hombro con saña. Esa inesperada ofensiva hizo que Fuentes relajara un poco la presión sobre la muñeca del muchacho, momento que Diego aprovechó para encajar un par de puñetazos en el ojo de su agresor. Incapaz de repeler ese ataque a dos bandas, el hombre se sacudió a ambos con violencia, salió corriendo y se perdió en el bosque.

Diego se derrumbó sobre la alfombra de agujas de pino que cubría el suelo, jadeando y sujetándose el brazo con expresión de dolor.

—Ana, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí, Diego. Gracias a ti. ¿Te duele la muñeca? —Preocupada, Ana se acercó a él y la examinó con cuidado—. No creo que esté rota. Venga, volvamos a casa, tenemos que avisar a la Guardia Civil.

Diego la agarró de la cintura con la mano sana y, apoyados el uno en el otro, regresaron caminando a la casa despacio y doloridos.

A pesar de que la mayoría del personal había abandonado ya la comisaría, el inspector seguía en su despacho tratando de encontrar alguna pista que se le hubiera pasado por alto en las lecturas anteriores del diario de Natalia Molina. El nombre del misterioso amante aparecía a menudo, pero los párrafos eran cortos y no aportaban mucha información.

... Kusanagi no ha venido hoy...

... nadie me ha hecho el amor nunca como Kusanagi...

... hoy hemos quedado cerca de la presa. Ha sido el polvo del siglo...

... Kusanagi estaba enfadado conmigo y me ha pegado. Luego se ha arrepentido y me ha rogado que le perdone. Por supuesto que le he perdonado...

... me quiere, estoy segura...

... en realidad ha estado jugando conmigo todo este tiempo. Kusanagi está enamorado de otra. ¡¡¡Hijo de puta!!! Esto no quedará así...

Ni fechas, ni detalles de ningún tipo. A pesar de que era la enésima vez que lo releía, Macnamara no había conseguido sacar mucho en claro; tan solo la frase final podía hacer pensar que quizá esa última pelea fue el detonante que precipitó el asesinato de la muchacha. Y por supuesto, ese nombre extraño, una y otra vez: Kusanagi. Algo dentro de él le decía que era importante pero, en ese instante, no tenía la cabeza para acertijos. Las continuas referencias sexuales lo único que conseguían era recordarle el tiempo que hacía que no se acostaba con una mujer. En un momento de desesperación, había pensado incluso en llamar a Vanessa, al menos para desahogarse, pero había descartado la idea casi en el acto. Era evidente que necesitaba una mujer, pero sabía muy bien que no le iba a servir una cualquiera para recuperar la tranquilidad. Unos burlones ojos grises que parecían reírse de él se dibujaron en su cerebro. Nuño maldijo, feroz, y golpeó la mesa con fuerza. Justo entonces sonó el teléfono.

—¡Macnamara! —El inspector escuchó sin interrumpir lo que la persona al otro lado de la línea le contaba y, en cuanto colgó, se puso la cazadora y salió a toda prisa en dirección al garaje de la comisaría.

Pocos minutos después, el policía viajaba a una velocidad suicida a lomos de su potente motocicleta por la carretera de La Coruña, en dirección a la sierra. Llegó en un tiempo récord y detuvo la moto frente a la entrada del chalé de piedra, alumbrada tan solo por un pequeño farol. Llamó al timbre, impaciente, hasta que Diego, con un brazo en cabestrillo, abrió la puerta y lo miró con cara de pocos amigos. De mala gana, el chico se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Cuéntame lo que ha ocurrido —sin andarse por las ramas, Macnamara le indicó al muchacho que entrara en el salón y cerró la puerta a sus espaldas. Le dio la impresión de que Diego iba a negarse a contestar, pero, finalmente, el chico se encogió de hombros y empezó a hablar en un tono inexpresivo.

—Yo estaba en el bosque buscando trozos de madera para mis esculturas, cuando oí un grito. Me quedé escuchando, pero no pasó nada y pensé que me había equivocado, que sería algún pájaro. Unos minutos después, empezaron

los chillidos otra vez, así que salí corriendo hacia el lugar de donde provenían y me encontré al cabrón de Fuentes encima de Ana, golpeándola —Macnamara apretó los puños con ansia homicida, pero no interrumpió su relato—. Cogí una rama de pino que había cerca y empecé a molerlo a palos. La verdad es que en ese momento no me paré a pensar; si lo hubiera hecho, me habría acordado de la navaja que llevo siempre para tallar pequeños tarugos de madera y lo más probable es que me hubiera cargado a ese cabronazo. —Diego lo miró desafiante, como si por el hecho de ser policía Nuño fuera a esposarlo y a llevarlo al calabozo más cercano ante semejante confesión, pero el inspector contestó muy tranquilo:

—Una verdadera lástima que no hayas recordado a tiempo que la llevabas.

Sin poder evitarlo, el chico esbozó una ligera sonrisa, pero en seguida recuperó su expresión hosca y siguió contando lo ocurrido:

—Sí, una lástima. El cabrón se me tiró encima, me golpeó y me retorció la muñeca. —Elevó el miembro vendado—. La verdad es que era muy fuerte, si no hubiera sido por Ana que en ese momento se lanzó sobre el muy hijo de puta y empezó a morderlo y a tirarle de los pelos, lo más probable es que hubiera sido él el que hubiera acabado conmigo, pero, por suerte, el tío salió pitando. La Guardia Civil lo está buscando por la sierra, pero aún no ha dado con él. Al parecer conoce bien estos parajes.

—Hay que reconocer que la señorita Alcázar los tiene bien puestos —afirmó Macnamara con los ojos brillantes.

—Sí, Ana es la tía más legal y más valiente que he conocido en mi vida —esta vez, Diego no se reprimió y en sus labios se dibujó una amplia sonrisa. Nuño comprobó que era un chico muy guapo y, de repente, a pesar de que Diego era muy moreno, le recordó al rostro de la foto del expediente de Manuel Fernández, el novio que murió en los brazos de Ana. Su estómago se retorció de una manera extraña, pero venció esa desagradable sensación y se dirigió de nuevo al muchacho:

—Mira Diego, al conocerte pensé que no eras más que otro delincuente juvenil, futura carne de prisión, y que la señorita Alcázar perdía el tiempo contigo, que nunca conseguiría sacar nada bueno de ti. Después de tu acción de hoy he cambiado de opinión y quiero que me perdones por haberte juzgado sin conocerte —Macnamara le tendió la mano. Sin moverse de donde estaba,

Diego lo examinó con detenimiento; era evidente que las rudas palabras del policía, aunque le habían molestado, eran sinceras. Sabía que la mayoría de la gente que conocía tenía la misma opinión que el inspector Macnamara sobre él, pero nadie se había atrevido nunca a decírselo a la cara. En el fondo apreciaba su franqueza; así que, por fin, extendió su propia mano y ambos intercambiaron un firme apretón—. Ahora, por favor, llévame a ver a Ana. ¿Qué tal está?

—Un pelín tocada, pero ya sabes como es. Hace como si no hubiera pasado nada del otro mundo.

Sí, a esas alturas, el inspector sentía que conocía a Ana un poco mejor y cada vez le gustaba más lo que iba aprendiendo de ella, lo cual no resultaba nada bueno para su tranquilidad personal.

Diego lo condujo por la escalera y llamó a una puerta con los nudillos.

—Ana, ¿puedo entrar? Tienes visita.

Ana se preguntó quién sería a esas horas. La verdad es que no le apetecía ver a nadie, pero no podía negarse, quienquiera que fuera se había molestado en ir a verla y no deseaba mostrarse maleducada. Así que se apretó un poco el cinturón de la bata y dijo:

—Adelante —Diego hizo pasar al inspector y luego se retiró discretamente.

Ana no sabía a quién había esperado ver; quizá a Ricardo, tal vez a Julia, pero, desde luego, el inspector Macnamara era la última persona que habría imaginado recibir en su habitación esa noche. En cuanto entró el policía, el cuarto pareció encoger de tamaño.

—¡Inspector! —Estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas en alto, entonces hizo amago de bajarlas al suelo y levantarse, pero él se lo impidió.

—No te muevas, no es necesario —como si estuviera en su casa, alzó la silla que había frente al escritorio y la colocó al lado de la cama, se sentó y la examinó con detenimiento.

En esta ocasión, no quedaba ni rastro del disfraz que la señorita Alcázar mostraba en público. Una bata de punto color rosa claro se ceñía a su figura que, a pesar de no ser voluptuosa como las de las mujeres con las que Nuño acostumbraba a relacionarse, era esbelta y deliciosamente redondeada en los

lugares adecuados. Su melena rubia caía ensortijada hasta más abajo de sus hombros y, a pesar de que sus mejillas estaban enrojecidas y algo hinchadas, y del corte que presentaba en el labio inferior, Macnamara pensó, deslumbrado, que era la mujer más bella que había visto jamás.

—¿Cómo te encuentras?

Ana esbozó una sonrisa que borró en el acto al notar un agudo dolor en el labio partido.

—Creo que me duelen hasta las pestañas pero, gracias a Dios, no es nada grave. ¿Cómo supiste lo que había ocurrido?

—Me avisaron del cuartelillo. Tenían orden de hacerlo si a ti o a cualquiera de los habitantes de esta casa les ocurría algo. Tú también podrías haberme llamado —la miró con el ceño fruncido.

—¿Para qué? Ya había avisado a la Guardia Civil, no se me ocurrió que fueras a venir hasta aquí para ver cómo estaba.

—Ah, ¿no? Pues ya ves, aquí estoy.

En los ojos oscuros asomaba una tierna mirada que hizo que ella se sintiera ligeramente turbada, pero sacudió la melena y repuso:

—En fin, ya que estás, quizá será mejor que te cuente algo que ocurrió hace un par de días... —con la vista posada en los puños de encaje de la bata, Ana le relató el asunto del ramo de flores. Oyó cómo el inspector se levantaba de la silla y sintió cómo se hundía el colchón cuando se sentó a su lado en el borde de la cama, luego notó su índice bajo la barbilla y se vio obligada a alzar el rostro, hasta que sus ojos grises quedaron a menos de diez centímetros de los malhumorados ojos castaños.

—Creía que había dejado muy claro que no quiero que me ocultes ni un ápice de información que pudiera ser relevante para el caso —a pesar de que su tono era suave, en su voz vibraba un matiz amenazador. Ana le agarró la muñeca y trató de apartar su mano, aunque no consiguió moverla ni un milímetro, pero sin dejarse intimidar respondió, desafiante:

—Y yo creo que ya me han maltratado bastante por hoy, así que ¡suéltame! —ordenó como una reina dirigiéndose a su súbdito.

—Ten cuidado —le advirtió Macnamara antes de soltarla despacio.

En ese momento, Miriam abrió la puerta y le dijo a Ana que Pablo quería darle las buenas noches. La joven se incorporó sin poder evitar una mueca de

dolor y salió de la habitación, contenta de escapar de la incómoda tensión que se había creado entre ellos.

Nuño permaneció sentado donde estaba y, siguiendo un impulso, alargó la mano y abrió el cajón de la mesilla de noche. Con rapidez examinó el contenido: un bolígrafo, un blíster empezado de ibuprofeno, un tubo de crema de manos, una medalla de plata de la Virgen del Carmen... Palpó un poco más al fondo y sacó una tira de fotografías de esas que salen en los fotomatonés a cambio de unas cuantas monedas. Era una secuencia; en la primera foto una pareja de adolescentes de entre dieciséis y dieciocho años miraba a la cámara con ojos asustados, en la segunda salían con las caras juntas y sacando la lengua, en la tercera se reían a carcajadas y en la cuarta intercambiaban un beso apasionado. Detrás de la tira, escrito en una letra irregular, algo decolorada por el tiempo, se leía: «Eres lo único bueno que me ha pasado en la vida. Te quiero, Anuska» y firmaba «Manu».

Acababa de leer la dedicatoria, cuando una mano le arrebató las fotos y Ana Alcázar, furiosa como nunca antes la había visto, se enfrentó a él con una mirada de odio en sus pupilas.

—¿Qué demonios haces cotilleando mis cosas?! ¿Cómo te atreves a hurgar en mi mesilla de noche?! ¡Yo no soy uno de tus jodidos criminales! — Macnamara había deseado a menudo ver a la comedia señorita Alcázar perder el control sobre sus emociones y, esta vez, ¡por Dios que lo había conseguido! Sus ojos grises, ahora oscuros como un cielo tormentoso, despedían destellos de ira que, si hubieran sido balas, lo habrían aniquilado. Se acercó a él y lo empujó con fuerza y Nuño, que no se lo esperaba, cayó hacia atrás sobre la cama. Ana se colocó entre sus piernas y se inclinó hacia él —. ¿Qué querías saber, eh? Alguien te habló de Manu, ¿verdad? Querías enterarte de los detalles sórdidos de esa pareja de adolescentes que se creyeron los nuevos Romeo y Julieta, ¿no es así, asqueroso bastardo? —Cada vez que le hacía una pregunta, le golpeaba en el rostro con la tira de fotografías.

A pesar de que no le hacía daño, el inspector alzó una mano y rodeó con los dedos la muñeca femenina, impidiendo que siguiera con su ataque. Pero eso no detuvo a Ana que, sin ser consciente de los gruesos lagrimones que rodaban por sus mejillas, se retorció tratando de librarse de él y continuó

insultándolo:

—Eres un capullo engreído. Un cerdo prepotente. Un... —Macnamara se dio cuenta de que la exagerada reacción de Ana obedecía a la enorme ansiedad que los acontecimientos de ese día habían provocado en ella y al inmenso esfuerzo que había hecho por reprimirla delante de sus protegidos; así que, extendió la mano que tenía libre, la agarró de la otra muñeca y la arrastró contra su pecho. La soltó por un instante, pero solo para rodearla en un estrecho abrazo que la incrustó aún más contra su cuerpo, luego enredó los dedos en su nuca y atrajo su cabeza hacia sí, dispuesto a silenciar con su boca esas amargas palabras.

Por un instante, Ana se quedó tan atónita que olvidó resistirse. Increíblemente, notó cómo esa boca, dura e implacable, devoraba la suya con ansia salvaje y el contacto con su labio lastimado la hizo gemir de dolor. El inspector parecía haber enloquecido y no prestó la menor atención a sus quejas. Por fin, Ana consiguió reaccionar; apretó los dientes y se rebeló con todas sus fuerzas contra ese abrazo no deseado, pero fue inútil. El hombre que estaba en su cama era un coloso de fuerza extraordinaria y sus débiles intentos por liberarse resultaban vanos. A pesar de todo, Ana continuó con esa lucha infructuosa hasta que el policía rodó sobre ella, de forma que el cuerpo femenino quedó atrapado debajo del suyo. Al sentir todo su peso sobre ella, Ana se quedó sin aire y abrió la boca para respirar, lo que Macnamara aprovechó para introducir su lengua dentro de ella, haciendo que el beso alcanzara un grado de intimidad que la llenó de desasosiego. Ana trató de mover la cabeza hacia un lado, intentando escapar de sus caricias, pero él no se lo permitió; con sus largos dedos aferró su barbilla y la obligó a someterse de nuevo a sus labios voraces.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que posó sus labios en ella por primera vez pero, en un momento dado, Nuño notó que Ana ya no se debatía, sino que se mantenía inmóvil por completo debajo de él. Dejó de besarla en el acto y alzó la cabeza para contemplarla; los ojos grises, brillantes y húmedos, tenían la mirada perdida y, de pronto, Macnamara fue consciente de la barbaridad que acababa de cometer. Alarmado, se incorporó sobre la cama y, una vez más, atrajo el cuerpo de la chica contra su pecho, pero esta vez sin asomo de violencia.

Ana no se resistió y permaneció apoyada contra él, desmadejada. Cualquier idea de lucha se había disipado ante el segundo ataque que sufría ese día y lo único que deseaba era cerrar los ojos y dormir; se sentía terriblemente cansada. De un lugar lejano, le llegaba el eco de las palabras que el inspector susurraba en su oído sin cesar.

—Perdóname, Ana, perdóname.

Macnamara las repetía una y otra vez, al tiempo que la acunaba en sus brazos. Ana abrió los ojos; tenía la cara hundida en la cálida garganta del inspector. Como si fuera un observador ajeno por completo a lo que acababa de ocurrir, fue consciente de pronto de cientos de detalles insignificantes: el cuello del inspector Macnamara olía ligeramente a *aftershave*; la barba rojiza que empezaba a despuntar en su barbilla le pinchaba un poco en la frente; su mano, grande y caliente, se deslizaba por su espalda una y otra vez en una tranquilizadora caricia... Ana alzó su rostro del cálido nido y se incorporó para observarlo con la cabeza echada ligeramente hacia atrás, sin disimular sus mejillas aún empapadas y sus labios magullados, y en las atormentadas pupilas masculinas leyó el sufrimiento de una culpa profunda.

—Lo siento tanto...

Macnamara colocó un dedo tembloroso sobre la boca maltratada y la contorneó en una caricia más ligera que el tacto de la bruma matutina. Sin dejar de observarla, lleno de pesar, recorrió con su índice el arco de las cejas de Ana, más oscuras que su pelo; el puente de su nariz, corto y recto; sus mejillas enrojecidas, con aquellos altos pómulos eslavos, y la fina barbilla en la que se leía la determinación, mientras ella permanecía inmóvil con sus pupilas clavadas en la mirada reconcentrada de él, que resbalaba por su rostro y seguía el recorrido de su dedo, rasgo a rasgo, con minuciosidad.

El inspector tomó entre sus largos dedos la mandíbula de Ana, sin ejercer ningún tipo de presión y luego, muy despacio, se inclinó sobre ella —dándole tiempo a apartarse si ese era su deseo—, hasta que sus labios se posaron sobre los suyos de nuevo; solo que, en esta ocasión, con una delicadeza tan exquisita que Ana cerró los ojos y se perdió en la dulzura de esa caricia, tan distinta de las anteriores. Tan solo existían dos puntos de contacto entre sus cuerpos: los dedos posados sobre su mandíbula y su boca. Ella podría haber roto aquel leve contacto en el momento que hubiera querido pero, sin saber

por qué, no solo no lo hizo, sino que entreabrió los labios y permitió que la lengua del policía saboreara el cálido y húmedo interior de su boca con tierna morosidad. Ana no estaba preparada para la llamarada de deseo que el suave roce de esa lengua provocó entre sus muslos y, embebida por completo en las ardientes sensaciones que esa caricia sutil le producía, se olvidó de todo hasta que, de repente, el inspector se apartó de ella con suavidad, aunque permaneció sujetándola por los brazos.

Ana abrió los ojos con desgana, sintiendo que su respiración agitada no tenía nada que envidiar a la de Macnamara. De hecho, el hombre jadeaba como si acabara de recorrer tres kilómetros a la carrera y le llevó varios minutos recuperar el aliento antes de poder hablar:

—Nunca mezclo el sexo con el trabajo... no sé qué me ha ocurrido esta noche, Ana, pero te prometo que no se repetirá.

Los ojos de Ana tenían una expresión indescifrable y no dijo nada. Nuño se puso en pie y, como siempre que estaba inquieto, se llevó la mano hasta el revuelto cabello y lo apartó con dedos nerviosos de su frente.

—Me voy. Pasaré la noche en el hostel del pueblo. Mañana hablaré con la Guardia Civil. Me quedaré por aquí unos días.

Con la mano en el pomo de la puerta, Macnamara se volvió una vez más hacia ella, que permanecía muy quieta encima del colchón, en la misma postura en que él la había dejado sin dejar de observarlo.

—Ana... —empezó, suplicante, pero, incapaz de acabar la frase, se dio media vuelta y salió de la habitación como si le persiguiera una manada de lobos.

Ana se abrazó a la almohada y se hizo un ovillo sobre el colchón. Estaba exhausta y no quería pensar, lo único que deseaba era sumirse en un sueño profundo, sin pesadillas, durante horas y horas. Sin embargo, aún le parecía sentir en sus labios el calor de las caricias de aquel hombre. Todavía se sentía aturdida por haberse dejado arrastrar por una emoción que pensaba que jamás volvería a sentir: deseo.

Deseo puro y descarnado.

En la facultad y durante los años que siguieron había tenido un par de relaciones, pero los sentimientos que había albergado por esos hombres nunca habían ido más allá del aprecio y de un suave afecto desapasionado. Por eso

mismo habían acabado enseguida; ellos se habían dado cuenta de que ella no les podía dar más y se habían alejado, decepcionados. Ana pensaba que la muerte de Manu había aniquilado su capacidad de sentir pasión pero, para su sorpresa, los besos de un hombre que ni siquiera le caía bien le habían demostrado lo contrario. Lujuria, desenfreno, voluptuosidad eran algunas de las turbulentas emociones que el suave beso del inspector había despertado en ella y Ana no encontraba ninguna explicación para semejante reacción. Ciertamente que el inspector Macnamara tenía un físico masculino e imponente, pero también los otros hombres con los que había salido eran seductores a su manera y con ellos, además, había tenido un montón de cosas en común.

Lo más curioso era que, en ningún momento, le había dado la sensación de que el inspector la encontrara atractiva; es más, después de conocer a Vanessa, podía afirmar sin ambages que ella, Ana Alcázar, no era su tipo de mujer. Sin embargo, era evidente que Macnamara la había deseado con el mismo ansia que ella a él. Su respuesta no ofrecía ninguna duda; el policía había perdido el control por completo. Perpleja por lo sucedido y con el run run de esos pensamientos aleteando en su cerebro, Ana se quedó dormida por fin y no despertó hasta mucho más tarde.

Mientras tanto, tumbado en la diminuta cama del hostel, con los brazos cruzados detrás de la nuca y los pies asomando por el borde del colchón, Macnamara intentaba en vano conciliar el sueño. Aún era presa de una poderosa excitación a la que no estaba dispuesto a poner remedio; sería su castigo por lo ocurrido. Nunca había perdido el dominio de sí mismo de esa manera. Si no hubiera recobrado la cordura milagrosamente, la habría hecho suya, con o sin su consentimiento. Ni siquiera le había detenido pensar en el ataque del que Ana había sido víctima esa misma tarde. Apretó los dientes con fuerza y se dijo que él no era mejor que el miserable de Dionisio Fuentes.

En cuanto la vio en su habitación con esa imagen, seductora y femenina, tan distinta de la que presentaba al mundo de forma habitual, la había deseado con un anhelo que borró de su mente cualquier otro pensamiento. Pero eso se acabó. Se juró a sí mismo que no volvería a ponerle una mano encima a Ana Alcázar. No estaba dispuesto a enamorarse y los sentimientos que esa mujer

despertaba en él distaban mucho de estar bajo control.

10

... Pegada a la húmeda pared de piedra, trata de confundirse con ella. Inmóvil por completo, procura controlar su respiración agitada y aguza los oídos intentando captar el menor sonido que delate su presencia. Sabe que él está allí, oculto en algún lugar de aquella sofocante oscuridad, aguardando paciente...

El sábado Ana despertó tarde, pero con una inmensa sensación de cansancio. Jirones de aquel sueño recurrente se mezclaban en su cabeza con las imágenes del inspector Macnamara besándola enloquecido. Luchó por desterrarlas todas al rincón más oscuro de su cerebro. No quería pensar.

Con decisión, hizo a un lado las sábanas, saltó de la cama y abrió la ventana y las contraventanas de par en par. Después se inclinó sobre el alféizar, cerró los ojos y con un gesto de deleite, inspiró el aire fresco de la mañana que arrastraba aromas de jara y pino. Apenas quedaban un par de semanas para que el invierno tomara posesión, pero unos flecos tardíos del veranillo de San Martín hacían que el sol brillara con fuerza, si bien unas nubes espesas se habían posado, amenazadoras, sobre los agudos picos de la sierra. En ese momento, Ana escuchó en el jardín las voces de Pablo y Miriam que, como de costumbre, parecían estar peleando por algo y les llamó:

—¡Chicos, necesito un par de voluntarios que vayan poniendo la mesa, hoy desayunaremos en el jardín! Me ducho y bajo en cinco minutos.

Al oírla, los pequeños dejaron de discutir. Pablo miró hacia arriba y

extendió la mano con el pulgar en alto. Miriam se llevó los dedos a la frente en un saludo marcial y contestó:

—¡A la orden! —Y ambos corrieron en dirección a la casa, olvidados sus pleitos por unos momentos.

Ana no tardó en bajar vestida con unos ajustados vaqueros, un cálido jersey de lana gris y el pelo suelto, todavía húmedo. Cuando salió afuera los tres chicos la esperaban sentados a la mesa sobre la que estaba dispuesto un apetitoso desayuno y los pequeños gritaron:

—¡Sorpresa!

—¡No puedo creerlo! ¡Qué detalle! ¿De dónde habéis sacado el bizcocho?
—Ana se sentó, y se sirvió un poco del aromático café.

—Lo hizo Julia ayer. Yo solo he preparado el café y los enanos se han ocupado del resto —Diego sonrió y la hosquedad habitual de su semblante se diluyó como un azucarillo en un vaso de agua.

—Mil gracias, chicos, es todo un detalle. ¿Qué tal está tu mano? —preguntó Ana mientras cortaba un trozo de bizcocho y se lo pasaba a Pablo, que en ese momento estaba de lo más entretenido comiéndose con la cuchara los grumos de cacao que flotaban en su taza.

—La férula resulta algo incómoda, pero no me duele. Lo malo es que esta semana quería acabar de reparar la mesa que me dejó la dueña de la mercería —el muchacho se encogió de hombros, resignado.

—No te preocupes, solo tendrás que llevarla durante una semana y estoy segura de que Pilar no tiene prisa.

El desayuno resultó muy alegre y Ana se rio varias veces con las ocurrencias de los niños. Con la llegada de la mañana, los temores y las preocupaciones del día anterior parecían haber desaparecido como por ensalmo. Rodeada de la belleza de los altos pinos, con los rayos de sol resbalando sobre su rostro y los trinos de los pájaros en las ramas, parecía imposible que ese hermoso universo pudiera albergar ningún tipo de maldad. Acababa de dar cuenta de la última miga de su porción de bizcocho, cuando escuchó el motor de un vehículo. Todos volvieron la cabeza hacia el camino, pero fue Diego, que tenía vista de halcón, el primero en reconocer al visitante.

—Es Ricardo —en su voz se adivinaba un ligero fastidio.

Ricardo Daroca los saludó desde lejos y se acercó hacia la mesa con

rapidez. A pesar de su semblante preocupado estaba muy atractivo con los elegantes pantalones de franela gris, el jersey de angora y un par de relucientes zapatos que parecían fuera de lugar en el campo.

—Ana, ¿cómo estás? En el bar del pueblo no se habla de otra cosa —su amigo se sentó a su lado en una de las sillas de las que acababan de levantarse los pequeños, tomó su mano y la miró con inquietud.

—Estoy bien, Ricardo. Fue un desagradable incidente y gracias a Dios y gracias, por supuesto, a Diego aquí presente —Ana le guiñó un ojo al muchacho—, ya pasó.

Ricardo se volvió hacia él, pero antes de que pudiera decir nada, Diego se levantó, recogió su taza con gesto hosco y se marchó en dirección a la casa.

—El chico es muy posesivo contigo, está claro que no le gusto —Ricardo acarició la mano de Ana con suavidad, hasta que ella la retiró algo incómoda.

—Es una fase. Dentro de nada se le pasará —contestó la joven, quitándole importancia—. ¿Quieres un café? ¿Un trozo de bizcocho?

—Nada, gracias, acabo de desayunar. ¿Te hizo algo ese hombre? —Sus ojos, verdes se clavaron en las pupilas de Ana como si trataran de arrancarle la verdad. Al ver esa mirada atormentada, fue ella la que extendió la mano y la colocó sobre su brazo tratando de tranquilizarlo.

—De verdad que no. Diego llegó justo a tiempo.

—¡Bendito Diego! —Ricardo esbozó una sonrisa, que Ana le devolvió con dulzura. A los ojos del hombre asomó una profunda emoción, pero antes de que ella consiguiera descifrar su expresión, Ricardo se levantó echando la silla hacia atrás—. Bueno, tengo que marcharme. Solo quería ver cómo estabas, tengo una reunión en Madrid y ya llego tarde.

—Pero si es sábado —protestó Ana que se levantó a su vez y lo acompañó hasta el coche—. Trabajas demasiado.

—Algún día bajaré el ritmo —prometió Ricardo, sonriente. Al instante, recobró la seriedad y, como si fuera incapaz de contenerse, la rodeó con sus brazos y la apretó con fuerza contra sí, mientras susurraba en su oído—: Cuídate, Anita. No podría soportar que te ocurriera nada malo.

La soltó de golpe, y sin volverse a mirarla, subió al coche, arrancó y el vehículo desapareció a toda velocidad por el camino de tierra.

—Que escena tan enternecedora —una voz sarcástica resonó a su espalda

y Ana se volvió, sobresaltada.

El inspector Macnamara la miraba indolente, con el hombro apoyado sobre el grueso tronco de un pino y los brazos cruzados sobre su pecho. Debía haber aparcado antes de llegar a la casa porque Ana no vio ni rastro de la Honda negra. Con sus desgastados vaqueros, la cazadora abierta mostrando una vieja camiseta de algodón y un mechón de ese pelo indomable —más revuelto que nunca— resbalando sobre su frente, tenía todo el aspecto de un peligroso libertino.

La inesperada aparición del policía tiñó las mejillas de Ana de rojo y la joven se mordió el labio inferior, mientras trataba de recuperar la calma. Cuando consiguió serenarse un poco, preguntó enojada:

—¿Qué haces aquí?

—Estoy investigando un caso de asesinato, ¿recuerdas? —contestó, mordaz.

Nuño estaba rabioso. Al verla en los brazos de Daroca su primer impulso había sido abalanzarse sobre él y tumbarlo sobre la áspera tierra de un puñetazo, y esa estúpida reacción lo ponía aún más furioso. Miró el rostro sonrojado de Ana y deseó, más que nada en el mundo, enrollar su puño en el sedoso cabello ya seco que parecía crepitar bajo los rayos del sol, forzarla a levantar el rostro hacia él y besarla hasta cortarle la respiración. Frustrado por no poder dar rienda suelta a la incendiaria pasión que le atenazaba cada vez que la miraba, le soltó uno de sus corrosivos comentarios: No todos tenemos tiempo que perder pasando de mano en mano.

—¡Eres un...! —Ana apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas pero, con un esfuerzo sobrehumano, consiguió controlarse y se contentó con lanzarle una mirada de desprecio.

Furiosa, se dirigió hacia la mesa donde empezó a recoger los restos del desayuno. Llenó una bandeja con un montón de platos y tazas y se alejó en dirección a la casa. Al llegar a la cocina la soltó con un golpe seco sobre la encimera y, al volverse, casi se dio de bruces con el inmenso pecho del inspector que entraba en ese momento con la cafetera en una mano y el plato con los restos del bizcocho en la otra.

—¡Caramba, Ana, mira por dónde vas! ¡Encima de que trato de ayudarte, por poco me haces tirar el café! —exclamó con fingido pesar.

—Si de verdad quieres ayudarme lo mejor es que te largues a buscar a Dionisio Fuentes. Te aseguro que en esta casa no lo vas a encontrar —bufó ella, rabiosa, tratando de esquivar el formidable obstáculo de su cuerpo.

—Tranquila. Tengo a varios hombres rastreando el monte, te prometo que no se va a escapar. Por cierto, registramos su casa y encontramos tu ordenador y el reloj de Julia —declaró sin hacer ningún intento de apartarse de su camino, mientras observaba, divertido, su desacostumbrada demostración de mal humor.

—Me alegro. Julia le tiene mucho cariño a ese reloj.

—Quiero que vengas conmigo.

—¿A dónde? —preguntó, desconfiada, alzando mucho la cara para tratar de descifrar su expresión.

—A Segovia.

En el súbito silencio que se hizo en la cocina, el único sonido que se oía era el del grifo del fregadero que goteaba. Ana se quedó rígida y su rostro empalideció de golpe.

—¿Qué pretendes? —Sus palabras sonaron ásperas, parecía que les costaba trabajo salir de su garganta.

El inspector, que ahora estaba muy serio, posó sus manazas sobre sus hombros, clavó los ojos en las pupilas femeninas y, sin apartar la vista de ella, afirmó después de unos segundos:

—Es hora de conocer la verdad.

Por los expresivos iris de Ana pasaron muchas emociones, pero para el policía la más evidente fue el pánico. Resultaba obvio que si no había tratado antes de averiguar nada sobre su pasado era debido al paralizante temor que le producía lo que pudiera descubrir, pero él estaba decidido a que hiciera ese viaje en el tiempo. Ya era hora de que Ana Alcázar averiguara, por fin, por qué su infancia y su primera juventud habían sido como la deriva de un madero que alguien hubiera echado al mar, a merced de las olas y el viento.

Como si ella hubiera llegado a la misma conclusión, cerró los párpados durante unos instantes y, cuando los abrió de nuevo, había un brillo de determinación en su mirada.

—Tienes razón. Iré contigo.

Orgulloso de ella, Nuño apretó sus hombros con fuerza, tratando de

transmitirle su apoyo y luego la soltó. Antes de salir de la cocina, se volvió una vez más y le ordenó:

—Abrígate, iremos en moto.

Un cuarto de hora después, rodaban encima de la potente Honda por las cerradas curvas del Puerto de Navacerrada. A pesar de que la carretera estaba limpia, había nieve acumulada en las cunetas y sobre las ramas de los inmensos y fragantes pinos de Valsaín. Macnamara conducía a gran velocidad y en alguna de las famosas Siete Revueltas de la vertiente segoviana su rodilla rozó peligrosamente el asfalto. Ana se aferraba con fuerza a la cintura del inspector, dividida entre el temor a sufrir una caída y la excitación de sentir la aceleración del poderoso vehículo y la fuerza del viento que empujaba hacia atrás el casco que le había prestado Diego. El aire era frío, pero el sólido cuerpo del inspector le transmitía su calor y, con la cabeza casi apoyada sobre sus anchas espaldas, Ana veía pasar como una exhalación el bello paisaje serrano.

En lo que a ella le pareció un abrir y cerrar de ojos, avistaron el impresionante acueducto que en tiempos de los romanos abastecía de agua a la ciudad. Macnamara se dirigió hacia el antiguo casco urbano sorteando coches y turistas con habilidad y, poco después, se detuvo ante el portal de una antigua casa de piedra, rehabilitada y convertida en pequeños apartamentos. El policía detuvo el motor, se quitó el casco y se volvió hacia ella, ahuecando sus enmarañadas greñas con sus dedos nervudos.

—¿Qué tal la excursión? Ha estado bien, ¿verdad? —Sus ojos oscuros brillaban con un resplandor gemelo del de las pupilas de ella.

—Sí, ha estado bien —admitió Ana, al tiempo que se quitaba el casco y sacudía su melena rubia para que recuperase el volumen.

—Se nota que estás acostumbrada a ir en moto. Casi no sentía tu peso y te anticipas muy bien en las curvas. —Macnamara se quitó los guantes mientras hablaba, sin apartar la vista del resplandeciente rostro femenino, enmarcado por los suaves cabellos dorados. Ana se encogió de hombros y contestó:

—Salvo el día en que me acompañaste hasta la estación, no montaba en moto desde los dieciséis años. Reconozco que me ha gustado revivir esa

sensación de intensa libertad que te da rodar a toda velocidad.

Al escuchar la referencia al tiempo que había pasado desde la última vez, Macnamara ató cabos con rapidez y dedujo que la moto en la que había montado a esa edad debía ser la de su novio muerto. Sin saber por qué, eso le molestó y su ceño se volvió tormentoso una vez más. En silencio, aseguró la moto con la pata de cabra y le puso el candado. Luego cogió los cascos de ambos y masculló con brusquedad:

—Sígueme.

Sin saber qué había dicho que hubiera podido molestarlo, Ana se encogió de hombros y obedeció. El inspector pulsó el timbre del portero automático y, segundos después, entraban en un oscuro vestíbulo. La puerta de un piso próximo a la escalera se abrió y un hombre, de unos setenta y tantos años y abundante pelo blanco, salió a recibirlos con un saludo amable.

—Buenos días, inspector Macnamara. Soy Emeterio Ramos —los hombres se estrecharon la mano y el inspector le presentó a Ana.

—Esta es Ana Alcázar.

—Ana Alcázar... —repitió el hombre en voz baja, haciéndose a un lado para que pasaran—. Entren, por favor. Estoy deseando verla, señorita Alcázar, aquí no hay suficiente luz.

El anciano les condujo a una pequeña sala bien iluminada por los rayos de sol, en la que un fuego acogedor chisporroteaba en la chimenea encendida. Se detuvo junto a la ventana, agarró las manos de Ana y permaneció frente a ella en silencio, contemplándola durante un buen rato. Después pareció salir de su ensimismamiento y le rogó a la joven que lo disculpara.

—Perdone a este pobre viejo, señorita Alcázar, pero aunque usted no pueda recordarlo la tuve en mis brazos cuando apenas tenía unos días de vida —los ojos del hombre se empañaron y Ana tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Llámeme Ana, por favor —la dulce sonrisa de la joven hizo que Emeterio Ramos parpadeara un par de veces, antes de contestar:

—Ana, era usted un bebé precioso y se ha convertido en una hermosa joven. A mi mujer le hubiera encantado verla, pero hace ya dos años que murió —un poso de tristeza veló sus pupilas durante unos segundos, pero enseguida se repuso, señaló la mesa camilla y les dijo—: Vaya modales los

míos. Siéntense por favor, les traeré algo de comer.

—No se moleste —intervino Macnamara—, solo queremos hacerle algunas preguntas.

—Es la hora del almuerzo. Insisto —respondió el hombre con buen humor—. Tengo un chorizo y un lomo para chuparse los dedos, y el pan de la tahona de la esquina no tiene rival.

—En ese caso, estaremos encantados de comer con usted —afirmó Ana y lo acompañó a la cocina para ayudarlo a traer las cosas.

La comida resultó muy agradable. El exagente de la benemérita les habló de algunos de los numerosos casos que había investigado en el pasado y de lo duro que le resultó al principio jubilarse y pasar a un segundo plano. Luego, mientras tomaban el café recostados sobre los cómodos sofás del saloncito, Macnamara sacó por fin el tema que les había llevado hasta allí.

—Por favor, Emeterio, cuéntenos cómo encontró a Ana.

—Recuerdo aquel día como si hubiera sido ayer... —empezó el hombre, tras dar un sorbo a su taza de café—. Serían las ocho y media de la mañana. Me disponía a hacer mi ronda diaria cuando el chico del carnicero llegó corriendo y gritó que tenía que acompañarlo. Nos subimos al coche patrulla y conduje a toda velocidad hasta el Alcázar y allí estaba, a la entrada del puente de piedra. Un cesto de buen tamaño y, en el interior, bien envuelto en una manta de lana, el recién nacido más hermoso que había visto jamás, mirándome muy serio con sus enormes ojos.

—¿Había una nota, algo que diera alguna pista sobre su procedencia? —preguntó Macnamara, depositando su taza sobre el platillo.

—Nada. La manta había sido tejida a mano y el cesto era uno de esos corrientes que utilizan los agricultores para almacenar la cosecha. Muy nervioso, lo cogí, lo puse sobre las rodillas del hijo del carnicero y, con cuidado, conduje hasta la casa del médico. El doctor Galindo, que en paz descansa, desvistió a la criatura para examinarla, le calculó un par de días de vida, y concluyó que parecía estar sana y bien cuidada.

»Después de dar aviso en el cuartelillo, compré leche y biberones en una farmacia y me la llevé a casa. Mi mujer apenas podía creer lo que veían sus ojos. Dios no nos había concedido la bendición de unos hijos, y mi Luisa en seguida se enamoró de la chiquilla. La tuvimos una semana con nosotros, una

de las más felices de nuestra vida. Quisimos adoptarla, pero éramos una pareja entrada en años; mi Luisa pasaba de los cuarenta y no nos dieron esperanzas —el anciano parpadeó un par de veces para retener la humedad que amenazaba con desbordar sus párpados, al tiempo que le lanzaba una sonrisa de disculpa a Ana, que se había olvidado del café y escuchaba la historia con viva atención. En su mente, la idea de lo distinta que habría sido su vida si ese amable anciano se hubiera hecho cargo de ella bullía como un abejorro molesto.

«No tiene sentido obsesionarse con lo que pudo ser y no fue», se dijo con firmeza, pero, a su pesar, Ana no pudo evitar pensar que, seguramente, su existencia hubiera sido muy, muy diferente.

—¿Investigó el asunto? ¿Trató de encontrar a la madre? —La voz profunda del inspector la sacó de su ensimismamiento y Ana volvió a centrar su atención en la conversación.

—Interrogué a todas las comadronas de la zona y rastreeé en los hospitales de la provincia, pero nadie parecía saber nada. Sin embargo al cabo de los años, por pura casualidad, me enteré de algo que podía tener relación con el nacimiento de la niña —los sentidos de Ana se pusieron todavía más alerta y se echó un poco hacia adelante, como si no quisiera que se le escapara ni una sola de las palabras del anciano. Macnamara observó la rigidez de la joven y, siguiendo un impulso, colocó su mano sobre una de las delicadas manos femeninas. Estaba muy fría. Entretanto el exguardiacivil, ajeno a todo lo que no fueran sus recuerdos, siguió relatando lo que había ocurrido hacía tantos años—: Un día en un bar, un grupo de agricultores que jugaba al dominó empezó a hablar de una tragedia ocurrida hacía años en un pueblo cercano. Era una historia disparatada, mezclada con muchas de las supersticiones locales. Verán, en la provincia de Segovia, aunque quizá no tanto como por ejemplo en Cuenca que es una de las zonas mágicas de la península, abundan las historias de magia, brujerías y mal de ojo. Así que no habría prestado mucha atención a la misma si, en un momento dado, los parroquianos no hubieran hablado de una mujer, casi una chiquilla, con fama de bruja que había muerto al dar a luz a un bebé.

Al escuchar la palabra «bruja», la tez de Ana adquirió un tono ceniciento y Macnamara interrumpió al anciano para preguntar:

—Ana, ¿estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes —como si no fuera consciente de lo que hacía, Ana apretó los dedos de Nuño hasta hacerle daño y le rogó al señor Ramos que siguiera contando. El anciano la miró preocupado, pero al ver la señal que le hacía el policía continuó:

—Dijeron que la chica había tenido trato carnal con el diablo y que había muerto al dar a luz un niño con dos cabezas; que la madre de la muchacha, al ver aquello, había clavado un cuchillo con mango de plata en forma de cruz en el corazón de la horrenda criatura y que, más tarde, se había colgado de una viga del techo. En fin, una sarta de estupideces muy común en aquellos tiempos en los que la mayoría de las personas que trabajaban en el campo eran analfabetas. Sin embargo, pensé que no sería mala idea investigar un poco.

Emeterio Ramos interrumpió su relato, se levantó y sacó de una alacena una botella y dos vasitos de cristal. Sirvió un poco de líquido de un bonito tono rojizo en ellos y le tendió uno a cada uno.

—Es licor de moras casero. Lo elaboro yo mismo.

—Buena idea —declaró, Nuño. Se volvió hacia Ana y ordenó—: Bebe.

Sin ganas de discutir, Ana se lo llevó a la boca y le dio un trago. Era fuerte y dulce a la vez y pareció revivirla. Satisfecho, Macnamara se volvió de nuevo hacia su anfitrión y le rogó:

—Siga, por favor.

—Fui al pueblo donde, según contaron, habían ocurrido los hechos y estuve preguntando a los pocos vecinos que encontré. Ninguno parecía dispuesto a hablar y lo único que saqué en claro fue que, en efecto, una mujer muy joven había muerto al dar a luz. No quise seguir investigando. Hacía diez años que había encontrado al bebé y, para entonces, me imaginé que la niña llevaría una vida feliz con su familia adoptiva. Pensé que sería mejor no remover viejos asuntos...

Macnamara se sintió decepcionado al comprender que aquel parecía ser el final de la historia, pero él no era de los que se rendían con facilidad y no estaba dispuesto a abandonar así como así.

—Quizá sería bueno que Ana y yo echemos un vistazo a ese pueblo.

—No tengo ningún inconveniente en decirles el nombre y explicarles cómo llegar, pero me temo que ya han pasado demasiados años —el exguardia civil

los miró pesaroso, como si de pronto se sintiera culpable de no haber tratado de llegar un poco más lejos con su investigación.

—No perdemos nada por pasarnos por allí, a lo mejor ahora que han pasado los años la gente está más dispuesta a hablar. Le agradecemos su hospitalidad, Emeterio, nos ha sido de gran ayuda.

Ana se inclinó sobre el anciano, lo abrazó y lo besó en la mejilla.

—Mil gracias. Por todo —al oírla, los ojos del hombre se llenaron de lágrimas una vez más e, incapaz de decir nada, le apretó la mano con fuerza.

Cuando salieron a la calle el sol había desaparecido y el cielo había adquirido un matiz plomizo y amenazador. En silencio, se colocaron los cascos, subieron a la moto y partieron en la dirección que el guardia civil les había indicado. Recorrieron a toda velocidad los menos de veinte kilómetros que les separaban de su objetivo y, en pocos minutos, llegaron a un minúsculo pueblo de viejas casas de piedra y tejas ennegrecidas por el tiempo y la humedad, que resaltaban como manchas oscuras contra el fondo majestuoso de los picos nevados de la sierra de Guadarrama.

Rodaron con lentitud por las irregulares callejuelas empedradas. Muchas de las casas estaban en un lamentable estado de abandono, con tejados semihundidos y jambas sin puerta. No se veía un alma por las calles y el ruido del motor retumbaba en el denso silencio. Se adentraron un poco más y llegaron hasta una pequeña iglesia coronada por una espadaña en la que los huecos reservados para las campanas permanecían tristemente vacíos, en tanto que un pesado nido de cigüeña, situado en lo más alto, amenazaba con derrumbarla.

Ana le dio unos golpecitos en el hombro; al sentirlos, Nuño alzó su visera y volvió un poco la cabeza para poder escucharla.

—Tiene pinta de estar abandonado —apenas había terminado de pronunciar esas palabras, cuando la puerta de la iglesia se abrió y del interior salió una mujer de unos cuarenta y tantos años, envuelta en una abrigada chaqueta que se quedó parada nada más verlos y los observó acercarse con

curiosidad. El inspector se detuvo a su lado y ambos se quitaron los cascos para no alarmarla.

—Perdone —dijo Macnamara—, nos gustaría hacerle algunas preguntas a algún vecino o al párroco sobre unos hechos que ocurrieron en este pueblo hace unos treinta años.

—¡Treinta años! —exclamó la mujer, sorprendida. Luego agregó—: Me temo que don Servando, el cura, no está aquí en este momento; tiene otras cuatro parroquias que atender y su casa está en Navas. Ya solo quedan seis vecinos que viven aquí todo el año y le puedo asegurar que son desconfiados por naturaleza y no creo que estén dispuestos a contestar a ninguna pregunta.

Al ver la profunda desilusión que asomó a los ojos de Ana, la mujer pareció pensarlo mejor y, decidida, declaró:

—Hace un frío tremendo. Les invito a tomar un café a casa de mi abuela, ella es una de las pocas habitantes que quedan en el pueblo. Vengo los fines de semana para ayudarla un poco. Ya ven, se niega a ir a una residencia en Segovia, dice que la ciudad no es para ella —la mujer echó a andar y Macnamara la siguió, despacio, con la moto. En realidad, parecía contenta de tener a alguien con quien charlar, pues no dejó de hablar mientras caminaba a su lado con pasos ligeros—. No está del todo en sus cabales, pero aún es capaz de recordar cosas que ocurrieron en el pasado. A ver si tenemos suerte.

Enseguida llegaron a una desvencijada casa con pequeñas ventanas por las que apenas entraba algo de luz, sin embargo, era de las pocas que aún conservaba el tejado intacto y la pesada puerta de madera en su sitio. El inspector dejó la moto bajo un tejadillo con los cascos encima del asiento y no se molestó en poner el candado.

—Pasen, pasen —les apremió la amable mujer.

Macnamara tuvo que agacharse bastante para no golpearse con el dintel y entraron en una oscura habitación que, al parecer, hacía las veces de salón y cuarto para todo. La chimenea encendida funcionaba también como cocina pero, como una desganaada concesión a la modernidad, un microondas destacaba, discordante, sobre la repisa de madera que rodeaba al hogar y que hacía las veces de encimera. Cerca del fuego, una anciana arrugada y vestida de luto de pies a cabeza, enrollaba y desenrollaba entre sus dedos deformados por la artritis una madeja de lana.

—¡Abuela, tenemos visita! —El rostro arrugado se alzó con desgana y les dirigió una mirada apática con sus pequeños ojillos de lirón. Su nieta se acercó a la olla que borboteaba colgada de un gancho sobre el hogar, y con un cacillo llenó cuatro cuencos de barro—. Me llamo Fuencisla. Siéntense, por favor. ¿Lo quieren con leche?

—No, gracias —contestaron el inspector y Ana a un tiempo.

Macnamara acercó un par de taburetes y una silla de enea que no parecía muy cómoda a la chimenea. La mujer les tendió un tazón a cada uno y les ofreció unas galletas que ambos rechazaron. Ana sostuvo el cuenco caliente entre sus manos heladas y dio un sorbo al café. Para su sorpresa le pareció delicioso y le gustó el agradable sabor a anís que dejaba en la boca.

—Está muy rico —afirmó Macnamara. El policía dio otro sorbo y se volvió hacia la anciana para interrogarla—. Señora, me gustaría que contestara a algunas preguntas.

La mujer se lo quedó mirando sin decir nada.

—Tiene que hablarle más alto. Está bastante sorda —les advirtió su nieta.

—¡Me gustaría preguntarle si recuerda un episodio que ocurrió hace unos treinta años! —vociferó entonces el inspector, sintiéndose ridículo—. ¿Puede recordar a una joven del pueblo que murió de parto?! ¡Al parecer la gente decía de ella que era una bruja! ¡Que había hecho tratos con el diablo!

Al escuchar sus palabras, los dedos deformes formaron la señal de la cruz una y otra vez sobre la frente, la boca y el pecho, mientras de la desdentada boca brotaba una extraña letanía. Los ojos oscuros de Macnamara se dirigieron hacia la mujer más joven, sin saber muy bien qué hacer.

—¡Tranquila abuela, no pasa nada! —Su nieta acercó su silla a la anciana y acarició sus cabellos grises recogidos en un moño tirante, tratando de calmarla. Luego, a modo de disculpa añadió—: Ya les dije que no estaba del todo en sus cabales. Yo recuerdo esa historia muy bien. Era muy niña entonces, no tendría más de diez años, pero se armó un alboroto en el pueblo de padre y muy señor mío. Nadie quería decirme nada, por supuesto. Así que tuve que informarme yo misma. A Dios gracias, en aquella época yo era una niña llena de recursos —declaró con expresión orgullosa.

Ana intervino en ese momento, ansiosa por conocer todos los detalles:

—¿Sabe qué ocurrió?

—Bueno, —contestó tras un ligero titubeo— tampoco conozco todos los pormenores, solo lo que escuchaba detrás de las puertas sin que los adultos se dieran cuenta. Eran una madre y una hija. La madre era la curandera y comadrona del lugar y vivían en una cabaña algo alejada del pueblo. La gente murmuraba de ellas; tenían fama de brujas, de hacer conjuros en el bosque y echarle mal de ojo al ganado y a las embarazadas. Ya saben, tonterías de campesinos. Nosotros los niños, cuando las veíamos pasar, corríamos detrás de ellas sin acercarnos demasiado y les gritábamos cosas. Alguno de los chicos a veces les tiraban piedras. —La mujer movió la cabeza algo avergonzada al recordar aquellos crueles juegos infantiles, como si le costara trabajo creer que ella hubiera sido alguna vez capaz de correr tras unas mujeres con las que no había cruzado palabra jamás, sin parar de proferir insultos—. Tengo grabado en la mente un día que las perseguimos casi hasta su casa. La más joven se volvió de pronto hacia mí y me agarró del brazo, y los otros niños huyeron, despavoridos. Yo temblaba, muerta de miedo, pero cuando alcé la mirada hacia ella me quedé sorprendida. No debía tener más de diecisiete años y tampoco tenía ningún aspecto de bruja, más bien parecía un ángel, con ese pelo rubio arreglado en una larga trenza que caía a un lado de su cara y esos ojos... —Fuencisla interrumpió su relato y se quedó mirando a Ana con fijeza, como si hubiera visto una aparición, y afirmó—: Se parecía mucho a usted.

Ana se quedó lívida y fue incapaz de responder, pero el inspector, con rapidez de reflejos, entró al quite para echarle una mano:

—Es posible que la mujer de la que habla sea una pariente lejana de la señorita Alcázar. Es lo que estamos tratando de averiguar. Continúe, por favor.

Sin apartar la vista del rostro desencajado de la joven, su anfitriona dio un sorbo a su café, y prosiguió su relato:

—Con una voz extraña me dijo: «Tu hermano» y se detuvo. Aterrada, pensé que iba a lanzarle una maldición a mi hermano pequeño, pero luego añadió: «Mantenlo apartado del agua». Sus pupilas recobraron la lucidez y, de repente, me miró como si no supiera bien qué estaba haciendo. Me soltó y se alejó deprisa en dirección a su casa. Al día siguiente, mi hermano se cayó en la alberca que había en la casa de mi tío. Si yo no hubiera estado vigilándolo de cerca como ella me dijo, se habría ahogado. No sabía nadar.

En la pequeña habitación se hizo un silencio opresivo. Una vez más, Nuño extendió su mano y la cerró sobre los dedos congelados de Ana. Estaba claro que habían dado con su madre. Ahora, faltaba averiguar, si era posible, qué había ocurrido con ella y con su abuela, y qué las había impulsado a abandonar al bebé en una ciudad a varios kilómetros de su hogar.

Y no había que ser muy listo para adivinar que, seguramente, lo que descubriesen no iba a resultar agradable...

Deseosa de ocuparse en algo, la amable Fuencisla se levantó y relleno sus escudillas. Después se sentó de nuevo y comenzó a contarles lo que había conseguido deducir a base de escuchar a escondidas.

—Al parecer, la madre acudió corriendo un día al pueblo, se plantó en mitad de la plaza, jadeante y despeinada, y acusó a uno de los vecinos más ricos de ser el padre de un violador. El hombre se rio de ella y, al parecer, cuando la curandera fue a ver al alcalde exigiendo justicia, él se la sacudió de encima con grosería. Los que estuvieron allí dicen que la mujer parecía fuera de sí. De repente, se quedó muy quieta y con voz potente los maldijo a todos. Después se marchó a toda prisa y no se volvió a ver a ninguna de ellas por el pueblo.

—¿Nadie hizo nada? ¿El chico no recibió ningún castigo? —preguntó Macnamara indignado, al tiempo que retiraba de su cara el mechón de pelo rojizo que se obstinaba en caer sobre su ojo. La mujer se encogió de hombros y repuso:

—Eran otros tiempos...

—Tampoco hace tanto —protestó el inspector, incapaz de contener su enojo—. ¡Por todos los santos, estamos hablando de la década de los ochenta, no de la Edad Media!

—La chica no tenía nada que hacer. No había testigos, era la palabra de ella, una joven de mala fama y temida por muchos, contra la del hijo del hombre más poderoso del pueblo. Ninguno de sus habitantes se hubiera atrevido a declarar contra él. Además, dijeron que la madre ni siquiera presentó una denuncia, como si supiera que nadie les haría caso. —Bajo su palma, los dedos de Ana temblaron y Macnamara los apretó con más fuerza. Le hubiera gustado atraerla contra su pecho y confortarla, pero se había jurado la noche anterior que se mantendría alejado de ella y si empezaba a tocarla, no

estaba seguro de poder parar. La mujer seguía hablando y Nuño trató de concentrarse de nuevo en sus palabras—. El tiempo fue pasando. La comadrona dejó de ejercer como tal. Una de las pocas veces que alguien se cruzó con ellas, se corrió la voz de que el vientre de la hija estaba muy abultado.

»Nadie supo qué ocurrió, al cabo de los nueve meses de rigor unos chicos que jugaban cerca de la casa de las brujas, como les gustaba llamarla —la mujer carraspeó y lanzó a Ana una mirada de disculpa, pero la joven se limitó a esbozar una vaga sonrisa—, vieron que una parte importante de la vivienda estaba carbonizada. Asustados, corrieron al pueblo para dar la alarma y cuando los aldeanos llegaron al lugar el espectáculo era dantesco... —de nuevo, Fuencisla hizo una pausa al mirar a Ana y preguntó—: ¿Está segura de que se encuentra bien?

—Sí, no se preocupe, estoy bien. Siga, por favor.

—Esa noche había llovido bastante, así que no todo se había quemado. De una viga en el techo colgaba la curandera, con las piernas abrasadas, pero el resto de su cuerpo y su cara intactos. En un jergón, cerca de la pared más alejada del foco del incendio, la muchacha yacía lavada y amortajada. El fuego no la había tocado. Cuando llegaron las autoridades determinaron que había muerto desangrada al dar a luz, pero no había ni rastro del bebé. Durante años no se habló en el pueblo de otra cosa y, enseguida, se empezaron a añadir detalles disparatados, como que el recién nacido tenía dos cabezas y que la abuela lo había asesinado y enterrado en algún lugar del bosque, o que la curandera había dibujado en el suelo una de esas estrellas del demonio.

—Un pentáculo, una estrella de cinco puntas —apuntó Macnamara.

—Sí, una de esas. Según decían, la había pintado en el suelo, justo en el lugar donde su cuerpo se balanceaba colgando de la soga. Ya ven, tonterías...

—¡Nada de tonterías! ¡Fue el mismo diablo que vino a cobrar su recompensa! —El grito estentóreo de la anciana fue tan inesperado, que todos se volvieron hacia ella, sobresaltados—. Era una familia maldita. Durante siglos decenas de mujeres por cuyas venas corría esa sangre pútrida fueron quemadas en la hoguera. La mayoría de sus descendientes emigraron del pueblo hace años, aunque quizá sería más correcto decir que los invitaron a largarse —una risilla áspera y maliciosa sacudió el cuerpo encogido de la

mujer—. Pero ella no, ella se negó a marcharse. Nos robaba los maridos con su belleza, fruto de sus pactos con el diablo; hacía que nuestro ganado enfermara; echaba a perder los cultivos con sus encantamientos... Me alegré de lo ocurrido. El pueblo al fin se libró de esa maldición. La sangre emponzoñada se diluyó por fin y volvió al polvo, de donde nunca tendría que haber salido.

La vieja dejó de hablar tan abruptamente como había comenzado. En la habitación solo se escuchaba el sonido de su áspera y agitada respiración. Después de varios minutos, Ana fue la única que se atrevió a romper el sofocante silencio.

—Me gustaría ver la casa —su tono era sereno y, aunque estaba muy pálida, se la veía tranquila.

—Los llevaré —asintió Fuencisla, decidida.

Se pusieron en pie. Macnamara rodeó la cintura de Ana con un brazo para sostenerla, pero ella se apartó de inmediato, como si en ese momento no soportara el contacto humano. La mujer se puso de nuevo su abrigada chaqueta y los condujo por una pequeña senda casi borrada, cuyos márgenes estaban cubiertos por espinosas zarzamoras. A menos de un kilómetro, aparecieron unas ruinas renegridas. Fuencisla se detuvo y señaló los restos de una vieja casa.

—Esa es. Si no les importa, yo prefiero no acercarme más. Sé que todo son habladurías y cuentos de viejas, pero...

—Lo entendemos perfectamente, Fuencisla, y le estamos muy agradecidos por su ayuda —Macnamara le estrechó la mano, pero Ana estiró los labios en un patético remedo de sonrisa y tan solo le dijo:

—Adiós.

La mujer se dio la vuelta y regresó hacia el pueblo por el estrecho camino. Macnamara siguió a Ana hasta la tétrica construcción de la que menos de la mitad seguía aún en pie. Con cuidado, atravesaron el umbral cuya puerta yacía en el suelo ennegrecida por el humo. Dentro no había mucho que ver. No quedaba ningún mueble; alguien se los había llevado o quizá los habían terminado de quemar. El suelo estaba lleno de piedras y trozos de tejas que habían caído de las paredes y del tejado. De la parte del techo que aún permanecía intacta sobresalía una vieja viga, en la que se apreciaban marcas

de rozaduras y cerca de lo que alguna vez debió ser la chimenea, una vasija de barro desportillada era el único resto de vajilla que quedaba.

Macnamara registró todos los rincones con la eficiencia que proporciona la práctica y, por fin, descubrió algo de interés casi oculto bajo una de las piedras del hogar. Se agachó y, con mucho cuidado, sacó lo que parecía un trozo de cartón. Le dio la vuelta y descubrió que eran los restos de una fotografía que había perdido casi todo el color. Estaba sucia y una de sus esquinas se había quemado. En ella aparecían una mujer de unos treinta y tantos años y una niña como de doce. Ambas miraban muy serias a la cámara; la madre llevaba el pelo arreglado en un moño tirante y la niña lo llevaba recogido en una trenza, las dos eran rubias, aunque el pelo de la pequeña tenía un tono más claro. La mujer parecía la hermana mayor de Ana y su hija era casi un clon de la foto que aparecía en el expediente policial de la señorita Alcázar. Las dos eran bellísimas.

—He encontrado esto —Macnamara le tendió la foto a la joven que permanecía muy quieta, mirándolo todo. Ana la cogió y la examinó durante un buen rato.

De pronto, sus brazos cayeron a ambos lados de su cuerpo y se quedó rígida. La sangre se evaporó por completo de su rostro y sus labios, exangües, se entreabrieron en busca de oxígeno, mientras sus ojos se clavaban en un punto indeterminado. Apretaba con tanta fuerza la fotografía entre sus dedos, que las uñas se le pusieron blancas.

Alarmado, Macnamara se acercó a ella y pasó su mano varias veces ante sus ojos, pero Ana ni siquiera parpadeó, se hallaba sumida en un extraño trance. Permaneció así durante lo que a Nuño se le antojó una eternidad, aunque no debieron ser más de unos pocos minutos y, tan repentinamente como le había sobrevenido la rigidez, esta desapareció y sus piernas cedieron. Si el inspector no se hubiera encontrado junto a ella, habría caído al suelo y se habría dado un buen golpe.

Macnamara la apretó contra su pecho, pero el cuerpo laxo de la joven era como el de una muñeca de trapo, así que, sin soltarla, se sentó en el suelo, cerca de una de las pocas paredes que quedaban en pie, la colocó sobre su regazo y la meció con ternura. Ana tiritaba y sus dientes castañeteaban sin control. El inspector la estrechó aún más fuerte contra él, procurando

transmitirle su calor y al cabo de un rato se atrevió a preguntar:

—¿Qué es lo que has visto? —Ana movió la cabeza contra su pecho, en una silenciosa negativa. No deseaba hablar de lo ocurrido. Macnamara le cogió la barbilla entre sus dedos y la obligó a alzar el rostro hacia él. Con firmeza repitió su pregunta—: ¿Qué has visto? Debes decírmelo, no puedes guardártelo dentro.

Ana abrió los labios pero ningún sonido salió de ellos.

—¡Habla, Ana! —ordenó el inspector sin piedad. De alguna manera, una vez más, su rudeza fue más eficaz de lo que hubiera sido la amabilidad y la joven, finalmente, consiguió responder de manera entrecortada:

—No he visto nada... Era más bien una sensación... —cerró los ojos y tragó saliva. Luego abrió de nuevo los párpados y en sus pupilas quedaban aún vestigios del horror que había sentido—. No sé cómo explicarlo... parecía que la desesperación se hubiera enroscado en torno a mí y hubiera absorbido de mi cuerpo hasta el último atisbo de esperanza, dejándome convertida tan solo en una carcasa de piel, vacía por completo. A mi alrededor solo quedaba el frío y la oscuridad.

Un nuevo estremecimiento la sacudió de arriba abajo y hundió el rostro en el pecho de Macnamara buscando su calor, como si él fuera una barrera capaz de mantener a raya esas terribles sensaciones.

—Abrázame —suplicó.

Nuño no se hizo de rogar. La ciñó entre sus brazos y apoyó la mejilla sobre su pelo, decidido a hacerle olvidar ese terror que él era incapaz de percibir, mientras que para ella era tan real como su propia mano derecha. Al cabo de un rato, notó sorprendido que los brazos de Ana se enredaban en torno a su cuello y lo obligaban a bajar la cabeza hasta que la boca femenina se apoderó de la suya con un anhelo extraño.

Al instante, el policía fue preso de un deseo tan intenso, que borró de su mente todo lo que no fuera el contacto de aquellos labios que le robaban la razón. Sin embargo, entabló una lucha titánica contra sus más bajos instintos tratando de reprimirlos. Ana no era ella misma, se dijo. Era evidente que se encontraba en estado de *shock*, incapaz de asimilar lo que habían averiguado pero, a pesar de sus intentos de mantener la cabeza fría, la joven se lo estaba poniendo muy difícil.

Ana lo besaba con ansia febril y, en un momento dado, lo mordió en el cuello de forma que el placer y el dolor se mezclaron en una excitante amalgama que le hizo perder la cabeza. Nada quedaba de la comedida señorita Alcázar en esa mujer que parecía querer devorarlo con sus besos. Ese lado salvaje, que ella había tratado de ocultar durante tanto tiempo, afloraba a la superficie con el ímpetu de un torrente desbordado. Ana le subió la camiseta y empezó a salpicar su pecho, cubierto por una suave pelusa rojiza, de pequeñas y suaves dentelladas que le llevaron al borde de la locura. Macnamara exhaló un gemido de placer, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás dejándola hacer, pero al notar aquellos dedos ávidos luchando con la hebilla de su cinturón recuperó la cordura. La agarró de las manos para detenerla y la miró a los ojos. La joven mantenía los párpados apretados y, sin importarle que sus manos estuvieran cautivas, se inclinó una vez más sobre él y atrapó de nuevo su boca con la suya, insaciable. Contorneó los labios del policía con la punta de su lengua y, sin previo aviso, la hundió en el interior de la boca masculina, en una exploración apasionada y lujuriosa que provocó que todas las terminaciones nerviosas de la piel del inspector amenazaran con sufrir un cortocircuito.

—Ana... —jadeó, al tiempo que trataba de apartar su boca—. Ana, detente.

—Te deseo, Manu...

Sus palabras penetraron en el entorpecido cerebro del policía como un misil Tomahawk, destruyéndolo todo a su paso. Furioso, sujetó el precioso rostro entre sus manos y gritó:

—¡Abre los ojos de una puta vez!

Con lentitud, Ana abrió los párpados. Su mirada era turbia, similar a la de las personas que acaban de despertar de un sueño profundo. De repente, pareció comprender lo que acababa de ocurrir y sus mejillas se tiñeron de un violento tono rojo. Nuño la bajó de sus muslos y los dos permanecieron sentados en el frío suelo, a escasa distancia el uno del otro. Luego Macnamara apoyó la coronilla contra la pared, cerró los ojos y declaró:

—Ahora entiendo cómo se siente uno cuando lo utilizan. Debe ser una especie de castigo divino por las veces que yo lo he hecho con las Vanessas de mi vida, pero, joder, no resulta agradable. Nada agradable.

—Yo... —Ana se calló incapaz de seguir.

Como si no la hubiera oído, Macnamara siguió con su monólogo:

—Imagino que estamos en paz. La otra noche fui yo el que casi te viola, pero tú hoy te has desquitado. Te habrás quedado a gusto, ¿no? Joder, todavía estoy a cien —Macnamara se pasó los dedos trémulos por los revueltos cabellos. Luego se puso en pie y le tendió una mano—. Venga, levanta. El cielo se está poniendo muy negro y será mejor que intentemos regresar antes de que estalle la tormenta.

Con el rostro medio tapado con su melena, Ana agarró la mano que le tendía el policía sin mirarlo. Sin embargo, trató de disimular su turbación y comentó desafiante:

—Así que te asusta mi sangre maldita...

Macnamara no la dejó terminar. La tomó con suavidad de la barbilla y, de nuevo, la obligó a levantar la vista hacia él. Clavó sus ojos oscuros en los iris grises, sin tratar de disimular el deseo desnudo que asomaba en ellos, y con un tono entre acariciador y amenazante que a Ana le puso la piel de gallina, afirmó:

—Yo soy un tipo valiente y no le temo a nada. Así que no te engañes. La próxima vez, cuando tengas bien claro a quién tienes enfrente, aceptaré tu amable invitación.

—Tranquilo, no habrá próxima vez —repuso ella. A pesar de que procuró sonar retadora, Ana notó cómo la sangre se acumulaba una vez más en sus mejillas.

«Eso ya lo veremos», se dijo Macnamara. Aún tenía que echar mano de todo su autodomínio para vencer el deseo de tumbarla sobre el incómodo suelo y dar rienda suelta a toda la lascivia que seguía latente entre sus muslos.

En silencio, regresaron hasta donde habían aparcado la moto. El aire estaba cargado de electricidad estática, un claro anuncio de que la tormenta no tardaría en caer. Cuando apenas habían recorrido veinte kilómetros empezó a descargar una tromba de agua que dificultaba la visibilidad. En vista de las condiciones meteorológicas, el inspector decidió regresar por la autopista y cuando por fin llegaron a casa de Ana, ambos estaban completamente empapados. Nada más detener la moto sonó su móvil.

—Macnamara.

—Lo tenemos —anunció una voz al otro lado—. Pero está muerto...

12

Continuó hablando un rato y, después de colgar, Macnamara maldijo en voz alta; adiós a la ducha caliente con la que pensaba homenajearse a sí mismo en cuanto llegara al hostal.

—¿Qué ocurre, inspector?

—Han encontrado a Dionisio Fuentes. Muerto.

—¡Muerto! —exclamó Ana, estupefacta.

—La partida de búsqueda ha encontrado su cuerpo en unos antiguos depósitos de agua abandonados. Sera mejor que te bajes, me esperan en el cuartelillo.

—¡Por favor, llévame contigo! —suplicó la joven agarrando la manga de su cazadora.

—Ni hablar, estás empapada y no pintas nada en la escena de un crimen. Si es que fue ahí donde se lo cargaron.

—Por favor, Nuño, quiero verlo. Igual puedo ser de alguna ayuda —el tono de Ana era apremiante y a Macnamara no se le escapó que era la primera vez que lo llamaba por su nombre. Escucharlo en sus labios le produjo la misma sensación que una caricia y no pudo resistirse.

La miró con el ceño fruncido, intentando disimular el poder que tenía sobre él:

—Está bien, pero, te lo advierto, tendrás que quedarte en el coche. Y si coges una pulmonía, no me demandes.

—Tranquilo, no lo haré —aunque se había vuelto a poner el casco y

Macnamara solo veía sus ojos por la visera, adivinó que estaba sonriendo.

El inspector condujo hasta el cuartel de la Guardia Civil. Allí le esperaban un todoterreno y un agente, listos para llevarlos hasta el lugar donde había aparecido el cadáver. Seguía lloviendo con intensidad y Macnamara se alegró de no tener que coger más la moto. El camino que conducía hasta el depósito de agua en el que había aparecido el cuerpo era abrupto y estaba muy embarrado, por lo que, a pesar de que no distaba muchos kilómetros, tardaron más de media hora en llegar.

Varios focos muy potentes iluminaban el lugar, alumbrando a la media docena de hombres con impermeables que iban de aquí para allá, mientras recogían cosas del suelo y las metían en bolsas de plástico.

—Espérame en el coche —ordenó Macnamara antes de salir del vehículo.

—¡Hola inspector, vaya noche de perros! —exclamó uno de sus hombres a modo de saludo—. Con tanta lluvia me temo que se van a borrar un montón de huellas.

—Eso parece, Segura. ¿Has mantenido al resto de los hombres alejados del depósito? No me gustaría que sus impermeables empapados vayan dejando charcos en la escena del crimen y acaben con las pocas pruebas que queden.

—Tranquilo, inspector. Yo he sido el único que ha entrado. Cuando rastreábamos esta zona me di cuenta de que alguien había forzado la puerta, me asomé y vi al tipo tendido en el suelo.

El depósito era una edificación de hormigón sin ventanas; la única entrada era una puerta cuyo candado colgaba abierto de una anilla. Dentro de la construcción de apenas tres metros cuadrados, un foco iluminaba el cuerpo sin vida. Debajo de él, una gran mancha oscura se abría como un ominoso abanico. Con cuidado de no tocar nada, Macnamara se agachó junto al cadáver. El cuerpo de la víctima estaba en la posición de decúbito supino y los ojos de Dionisio Fuentes, muy abiertos, parecían mirarlos con asombro. Sobre la mugrienta camiseta que cubría su inmensa panza se apreciaban numerosos desgarros ensangrentados, seguramente producidos por un violento ataque con arma blanca. El aspecto del hombre era aún más desastrado que cuando Macnamara fue a verlo a su casa. La barba rala y el pelo sucio y enredado, denotaban que había pasado todo ese tiempo vagando por el monte.

—Parece la misma arma —apuntó Segura.

—Puede ser —contestó el inspector sin comprometerse; aunque todo apuntaba en esa dirección, resultaba muy aventurado emitir un juicio sin contar con el informe del forense. Desde luego, pensó, el que hubiera hecho eso se había ensañado con el pobre bastardo. Era evidente que el hombre había muerto desangrado—. Mira a ver si han llegado ya los de la científica.

Segura salió del depósito y, mientras esperaba, Macnamara continuó examinando el cadáver. El brazo derecho del muerto terminaba en un tosco muñón y, en el lugar donde debía de haber estado la mano, tan solo quedaba un polvillo de color parduzco que parecía fuera de lugar.

—¿Ha aparecido la mano por algún lado?

—Les he dicho a los chicos que estén pendientes —dijo Segura—, pero por ahora no hay rastro de ella. Quizá el asesino se la ha llevado como trofeo...

—Quizá.

En ese momento llegaron los de la científica.

—Buenas, inspector.

—Buenas, Torralba. Echa un vistazo a esto —el recién llegado se agachó a su lado, tomó una muestra del polvo con sus manos enguantadas y la metió en una bolsa de plástico y esta, a su vez, la guardó dentro de un sobre que selló al instante. Macnamara se levantó y le dijo—: Sigue tú y si ves algo interesante avísame. Estaré afuera.

Al salir del depósito, el inspector respiró con avidez el aire fresco que olía a tierra mojada y le alegró comprobar que, al menos, había dejado de llover. Se pasó la mano por el pelo empapado y se dirigió hacia el coche, donde Ana aguardaba sentada en la parte trasera. Macnamara abrió la puerta, se sentó a su lado y le tendió una de esas mantas doradas que utilizan los servicios de emergencias para cubrir a los heridos y a los muertos.

—Tápate con esto, hace frío.

—¿Y bien, inspector? —Le fastidió comprobar que ya no era Nuño para ella, pero trató de disimularlo.

—Es él, Fuentes, no hay ninguna duda.

—¿Cómo...? ¿Cómo ha muerto?

El inspector se volvió hacia ella y, acomodándose mejor en el asiento, apoyó un brazo a lo largo del respaldo y respondió:

—No puedo revelar detalles de la investigación, pero, a primera vista, el *modus operandi* es muy similar al del asesinato de Natalia —a Macnamara no se le escapó el estremecimiento que recorrió el cuerpo de Ana de arriba abajo; estaba pálida y parecía cansada, además debía estar helada—. Tendría que haberte dejado en tu casa, aquí no tienes nada que hacer.

—Quizá tienes razón. Pero quería venir, por si... —se detuvo sin terminar la frase y se mordió el labio inferior.

—¿Por si acaso tenías una visión de lo que pudo ocurrir aquí? —La miró al tiempo que enarcaba una ceja.

—Ya sé que crees que es todo una especie de teatro barato para llamar tu atención, pero sí. Pensé que quizá podría percibir algo, pero mi don o mi maldición, como prefiramos llamarlo, no es precisamente una ciencia exacta —respondió Ana con un matiz de amargura en sus palabras, sin apartar la mirada de un punto más allá del parabrisas.

Macnamara enrolló entre sus dedos un mechón de pelo rubio que caía sobre el respaldo del asiento y le dio un ligero tirón, que la obligó a volver la vista hacia él.

—No quiero volver a oír hablar de maldiciones —decretó, autoritario.

Ana apartó su cabeza con un movimiento brusco y respondió, irritada:

—Y a mí no me gusta que me des órdenes. No soy uno de tus malditos delincuentes.

Las pupilas de Macnamara parecieron arder al clavarse en ella.

—No, eres una pequeña bruja que hace tan solo unas horas intentó abusar de mí...

Muy a su pesar, Ana se vio obligada a sonreír y contestó:

—No resulta muy caballeroso de tu parte recordarme ese pequeño momento de locura.

—¿Quién ha dicho que yo soy un caballero?

Esta vez, la joven no pudo reprimir una carcajada y, al mirarla, Macnamara sintió que perdía el aliento. Algo brilló en los ojos oscuros del policía que hizo que Ana recuperara la seriedad en el acto, al tiempo que contenía la respiración.

—Inspector, ¿puede venir un momento, por favor?

Los dedos de Segura repiqueteando en la ventanilla del coche los devolvió

a la cruda realidad y Macnamara se apresuró a bajar del vehículo, preguntándose qué demonios acababa de ocurrir ahí dentro. El inspector permaneció dos horas más ocupándose de todos los detalles, hasta que por fin se llevaron el cuerpo de Fuentes en una ambulancia. Cuando regresó al coche, se encontró a Ana tumbada en el asiento trasero, tapada con la manta dorada y profundamente dormida. Macnamara intercambió unas palabras con el guardia civil que les había llevado hasta allí, luego se puso al volante del todoterreno y condujo con cuidado hasta la casa de la joven.

Detuvo el vehículo frente a la entrada, se bajó y abrió la portezuela trasera.

—¡Ana, despierta! —Pero ella estaba sumida en un sueño tan pesado, que ni siquiera se movió. Macnamara cogió su bolso, buscó las llaves de la casa y dejó la puerta abierta. Luego volvió a buscarla, apartó la manta, tiró de ella y la cogió entre sus brazos con cuidado, a pesar de lo cual, esta vez el movimiento consiguió despertarla. Somnolienta, alzó sus brazos y los colocó en torno al cuello masculino.

—Esto se está volviendo una costumbre —afirmó, conteniendo un bostezo.

—Te garantizo que si no pesaras tan poco, te hubiera arrojado un vaso de agua fría para despertarte y hubiera dejado que entraras por tu propio pie —replicó Macnamara sin la menor delicadeza.

—Caramba, inspector, acabas de estropear el único gesto romántico que te conozco —Ana ya había recuperado su lucidez y le respondió con malicia, mientras él cargaba con ella por las escaleras.

—¡Vaya por Dios! —repuso Nuño, impasible. Abrió la puerta del dormitorio empujándola con una pierna y la arrojó sobre la cama con el mismo miramiento que si hubiera sido un saco de grano.

—¡Ay!

—Te lo mereces —afirmó él sentado en el borde del colchón, mientras observaba su revuelto cabello rubio y sus mejillas aún sonrosadas por el sueño—. Será mejor que descanses, son casi las tres de la madrugada y mañana tienes que trabajar.

—Lo mismo digo. Ya es hora de que vuelvas al hostel —Macnamara parecía agotado. Con el pelo tan desordenado como de costumbre y la incipiente barba rojiza que comenzaba a apuntar en sus mejillas tenía todo el

aspecto de un bandolero escocés, si es que esa combinación era posible.

—Volveré pero para recoger mis cosas y bajarme a Madrid. Mañana quiero estar en la comisaría a primera hora.

—¿Vas a irte ahora en moto hasta Madrid? Estás loco. Puedes tener un accidente —a Nuño le agradó descubrir un rastro de preocupación en los ojos grises, pero aparentando indiferencia respondió con brusquedad:

—Ya tuve una madre en su día, así que déjame tranquilo.

—¿Sabes que eres el tipo más borde con el que me he topado? Me importa un rábano lo que hagas, por mí como si te vas a Sevilla y te estrellas contra un camión —repuso Ana furiosa, con las pupilas chispeantes de ira.

—¿No lo sentirás? —preguntó Macnamara, al tiempo que acercaba su rostro al de ella.

—Ni un poquito —fue la retadora respuesta de Ana.

—¿Seguro? —susurró, juntando su cara aún más hasta que Ana empezó a respirar con dificultad; sin embargo, mantuvo su mirada desafiante y repitió:

—Nada de na... —la boca masculina se posó sobre la suya con suavidad y Ana olvidó por completo sobre qué discutían. Los labios del inspector eran cálidos y frescos, insistentes y delicados, y los de Ana se amoldaron a ellos a la perfección, en una danza lenta y acompasada que parecía que hubieran ensayado toda su vida.

La respuesta de ella, abierta y apasionada, le robó a Macnamara la poca cordura que le quedaba y todas las normas que se había dado a sí mismo a lo largo de su vida saltaron por los aires. De pronto, el policía olvidó que se había prohibido enredarse con alguien que formara parte de una investigación criminal; olvidó que tenía que regresar a Madrid; olvidó, incluso, su agotamiento. En ese instante, para él solo existía en el universo esa boca seductora, que se ceñía a la suya como si hubiera sido especialmente diseñada para ello.

Impaciente, Macnamara le quitó la chaqueta de lana que llevaba, dejando al descubierto una blusa blanca y, muy despacio, empezó a desabrochar los botones, sin dejar de besarla; mientras las manos de ella se colaban por debajo de su camiseta y sus dedos, tiernos y delicados, dejaban un rastro de fuego a su paso por su pecho y por su espalda.

Los dos estaban cansados y eso se notó en el ritmo lánguido y voluptuoso

que imprimieron a su abrazo. Lejos quedaban los revolcones, rápidos pero intensos, a los que Macnamara estaba acostumbrado. En esta ocasión todo era lentitud, demora, un recrearse en la piel del otro, como si hasta el último centímetro de la epidermis de cada uno fuera una parada obligada. En el silencio de la habitación apenas se escuchaba otro sonido que el de sus respiraciones agitadas, mientras una sensualidad turbadora, casi tangible, los envolvía. La necesidad que sentía de poseerla amenazaba con enloquecer a Nuño y le impedía pensar de forma coherente.

El inspector apartó con sus dedos el encaje del sujetador de Ana y tomó el blanco pecho desnudo en su mano; era pequeño, blando y firme a la vez, y le pareció perfecto. Incluyó la cabeza y sus labios salpicaron la suave piel de Ana con besos delicados, hasta que su boca atrapó el erguido pezón y succionó como si quisiera absorber la esencia primigenia de su ser. Ana gimió con suavidad, al tiempo que alzaba sus caderas hacia él, en un claro signo de entrega que a Macnamara se le subió a la cabeza. El anhelo vibró en cada latido de su corazón y supo que no sería capaz de contenerse mucho más tiempo. Debía hacerla suya ya.

Ana notó los dedos del inspector bregando con la hebilla de su cinturón y luchó por recobrar la cordura. Enterró sus dedos en la nuca de Macnamara y lo agarró del cabello, tratando de apartarlo. La cálida boca de él sobre su seno le impedía pensar.

—Espera... —articular esas palabras le supuso un esfuerzo ímprobo y su voz sonó espesa y sensual—. Yo no... los niños. No podemos seguir...

Nuño, perdido por entero en las explosivas sensaciones que el sabor de Ana y el tacto de su piel despertaba en él no respondió y, hambriento, volvió su boca contra el otro seno que ahora también estaba desnudo y parecía llamarlo, desafiante.

—¡Nuño, detente! —Ana tiró más fuerte de sus cabellos y Macnamara por fin levantó la cabeza y se la quedó mirando. El deseo incontrolado que ardía en sus pupilas, hizo que Ana contuviera el aliento, al tiempo que una nueva descarga de lujuria estallaba entre sus muslos pero, a pesar de que su cuerpo clamaba por olvidar cualquier precaución y volver a sumergirse en ese remolino de pasión del que acababa de emerger a duras penas, su lado racional consiguió imponerse y repitió—: Tenemos que parar. No quiero que

los niños piensen que es normal que hombres a los que apenas conocen entren y salgan de mi dormitorio.

El significado de sus palabras penetró por fin la bruma de sensualidad que enturbiaba el cerebro de Macnamara, quien no fue capaz de contener la maldición que escapó de entre sus dientes. Jadeando de deseo y frustración, apretó las mandíbulas sin apartar la mirada del rostro de Ana. Los párpados de la mujer ligeramente entornados apenas velaban su excitación y sus labios entreabiertos, hinchados y enrojecidos, eran la prueba evidente de que acababa de ser besada con vehemencia. Por unos segundos, jugó con la idea de ignorarla y seguir adelante. Necesitaba, como jamás había necesitado nada antes, descargar dentro de ella toda su pasión; pero, justo a tiempo, un último atisbo de cordura hizo su aparición, impidiéndole cometer una locura.

—Debes irte —Ana nunca imaginó que una frase tan breve resultaría tan difícil de pronunciar. Notó que el policía se quedaba completamente rígido encima de ella y, por unos instantes, la mirada masculina reflejó tal desconcierto y dolor, que Ana se sintió culpable, como si acabara de asestarle un puñetazo a traición.

Sin embargo, el orgullo que tanto le había ayudado a protegerse en sus relaciones con las mujeres acudió al rescate de Macnamara y, con aparente indiferencia, bajó la mirada hacia los senos desnudos que subían y bajaban, agitados. Con dedos algo temblorosos, volvió a colocar el sujetador en su sitio y después, como si de un asunto trascendental se tratara, abotonó la blusa de Ana con exagerada minuciosidad. Ella permanecía muy quieta, sin apartar la mirada del rostro del policía que ahora parecía labrado en granito y no revelaba ninguna emoción. Muy despacio, Macnamara se apartó de ella y se puso en pie.

Avergonzada, Ana trató de decir algo que rompiera el incómodo silencio:

—Yo...

—No digas nada. Has hecho lo correcto. De todas formas, ignoraba que hubiera tantos hombres haciendo cola para entrar y salir de tu dormitorio. Además, no llevo preservativos y no podemos arriesgarnos a traer al mundo otro mocosito indeseado —al oírlo, las pupilas de Ana se dilataron y el inspector supo que la había herido, lo que no contribuyó a hacerlo sentirse mejor; pero sin demostrar su malestar, deslizó un dedo por la mejilla femenina

en una caricia indolente y tan solo dijo—: Adiós —se dirigió hacia la puerta de la habitación y salió sin volver la vista atrás.

Ana permanecía tumbada en la cama, con la mirada clavada en el techo. A pesar de que el policía se había marchado hacía rato, infinidad de chispas eléctricas recorrían aún todas las terminaciones nerviosas de su piel impidiéndole conciliar el sueño. No lograba entender la atracción que sentía por un tipo como Nuño Macnamara. El inspector era arrogante, desdeñoso y tenía una lengua despiadada, capaz de despedazar a una persona en un santiamén. Desde Manu, no había vuelto a sentir una atracción física semejante por ningún hombre.

Ella era una psicóloga lo suficientemente buena para comprender que Macnamara no era alguien que apreciara a las mujeres en exceso. Si tuviera que hacer una conjetura, pensaba que no sería una hipótesis muy aventurada suponer que un miembro del sexo femenino debía haberle hecho mucho daño en algún momento de su vida. Demostraría no tener más luces que una de esas Vanessas a las que él solía frecuentar si creyera, ni por un instante, que ella, Ana Alcázar, sería capaz de cambiar esa opinión negativa sobre las mujeres. Y, sabiendo eso, ¿estaba dispuesta a acostarse con él? Era evidente que lo que surgiera entre ellos no iba a pasar de una relación meramente física; pero, en realidad, ¿deseaba ella que fuera algo más?

«No», soliloquió. «No deseo embarcarme en ninguna relación complicada. Hace tiempo que sé que no funcionaría. Además, ¿qué hombre sería capaz de cargar con una responsabilidad semejante? No, tengo a los niños y eso me basta».

Ana se encogió de hombros, se levantó de la cama y fue al baño a prepararse para irse a acostar. Estaba tan agotada por los acontecimientos del día que, en cuanto posó su cabeza sobre la almohada, se quedó dormida en el acto. Sin embargo, una vez más, sus sueños fueron sombríos y agitados. En ellos, una persona la abrazaba con pasión en un lugar muy oscuro, pero, de repente, el deseo que despertaban sus ardientes caricias se transformaba en algo muy distinto y las placenteras sensaciones se mezclaban con otras más turbias, hasta convertirse en un terror insoportable.

13

En la comisaría todos, salvo su amigo Pedro Morales, procuraban evitar en lo posible a Macnamara. Llevaba una semana de un genio endiablado, y aquel que osaba acercarse a él se arriesgaba a ser blanco de su afilada lengua y a salir con una tira menos de piel.

—¡No me vengas con que los recursos son escasos, llevan siendo míseros desde hace años, así que la culpa es vuestra, que estáis todo el puto día tocándoos los huevos! ¡Me importa una mierda que haya casos esperando desde el año tres antes de Cristo, quiero los resultados ya! —Después de colgar y dejar con la palabra en la boca al del laboratorio de la policía científica, Macnamara arrojó el teléfono sobre la mesa con tanta violencia, que cayó al suelo y se desintegró en medio de una lluvia de piezas.

—Me cago en...

—Hombre, Macnamara, tú siempre de tan buen humor —Morales apareció en la puerta, justo cuando Nuño, agachado en el suelo, trataba de arreglar el desaguisado—. ¿Te has cargado otro teléfono? A este paso, vas a tener que trabajar horas extra en el McDonald's para sacarte un sobresueldo.

—Mierda de aparatos. No aguantan nada —el inspector se dio por vencido, sacó la tarjeta SIM y arrojó los restos del móvil a la papelera.

—¿Alguna novedad sobre el fiambre manco del depósito de agua? —preguntó su compañero, dejándose caer pesadamente sobre una de las sillas.

Nuño se pasó una mano nerviosa por su despeinado cabello rojizo y contestó:

—Nada nuevo. Los capullos del laboratorio se lo están tomando con calma.

—¿Puede saberse qué coño te pasa últimamente? Hasta Teresa, la de recepción, se ha quejado de ti. Dice que ya no hablas, que solo ladras.

—No me pasa nada. Es solo que este caso no parece llevar a ninguna parte. De repente, el principal sospechoso aparece muerto y no tengo a un buen sustituto para remplazarlo —Macnamara se sentó detrás de su mesa y, con una violencia desproporcionada, empezó amontonar en una de las esquinas los numerosos expedientes que yacían esparcidos sobre ella, acumulando polvo.

—Nunca te he visto reaccionar de esta manera ante un caso. No habrá algo más, ¿verdad? ¿Qué me dices de la señorita Alcázar? —preguntó Morales sin apartar la vista de él.

Al escuchar sus palabras, la furia de Macnamara se desbordó y con los ojos echando chispas, gritó:

—¿Qué cojones pinta la señorita Alcázar en todo esto?

—Igual es la sospechosa que estás buscando —respondió su compañero sin inmutarse ante su agresividad, mientras estudiaba con interés un resto de algo no identificado que se le había metido debajo de la uña del dedo índice.

—¡No digas chorradas! —La de bajo del inspector retumbó en el despacho.

—No son chorradas. A lo mejor se cargó a la cría porque... no sé, igual al ser más joven tenía el cutis más terso... y luego mató al jardinero porque le olían los pies...

—Claro, y envenenó a su perro porque ladraba demasiado —a pesar de todo, Macnamara no pudo evitar esbozar una sonrisa ante las delirantes teorías de su amigo—. Te diré que la señorita Alcázar tiene una coartada perfecta para la tarde que mataron a Dionisio Fuentes.

—¿Ah, sí? —preguntó Morales, enarcando una ceja.

—Sí. Estuvo todo el domingo conmigo.

—¡Ja, te pillé! A ti te gusta esa rubia —su compañero lo miraba tan satisfecho como Champollion tras haber descifrado la Piedra de Rosetta.

—No digas cho...

—No son chorradas —lo interrumpió Morales que se levantó de la silla con una agilidad inesperada, sin perder su rictus de complacencia—.

Cualquiera que no te conociera tan bien como yo pensaría que estás enamorado.

—No digas cho... —pero antes de poder terminar la frase, su amigo abandonó el despacho.

Irritado por no haber podido decir la última palabra, Macnamara volvió a pasarse la mano por el pelo, tratando de tranquilizarse. Pedro no decía nada más que tonterías, se dijo. Era absurdo pensar que él, precisamente él, pudiera enamorarse y mucho menos de una mujer como Ana Alcázar. Puede que fuera una belleza, quizá su vida era admirable en muchos aspectos, reconocía que lo pasaba muy bien a su lado, que tenía un sentido del humor muy parecido al suyo y que, bueno, en cierto modo le volvía loco. Pero de ahí a pensar que él pudiera enamorarse iba un abismo insalvable, un espacio sin fin, una distancia inconmensurable, un...

Chorradas, se repitió.

Macnamara pasó el resto de la tarde ocupado en terminar el papeleo atrasado y analizando una vez más las posibles hipótesis que había elaborado sobre el caso hasta el momento. Volvió a leer el diario de Natalia desde el principio hasta el final, pero no encontró nada nuevo. Por fin, a las nueve y media decidió marcharse a su casa. El trayecto en moto sirvió para despejarle un poco las ideas, aunque las palabras de su amigo seguían rondando en su cabeza, como un estribillo pegadizo.

Cualquiera diría que estás enamorado...

Chorradas.

Como de costumbre, compró unos bocadillos en el bar de abajo de su casa y se tumbó en el sillón delante de la tele. Zapeó durante un rato y al final dejó una película de policías de Nueva York, aunque tenía la sensación de que ya la había visto. De todas formas, no seguía con atención lo que ocurría en la pantalla, ocupado como estaba en darle vueltas a lo ocurrido en el dormitorio de Ana Alcázar. Desde el domingo no hacía más que pensar en ello. Recordaba su entrega, la suavidad de sus labios, la forma apasionada en que había respondido a sus caricias y no podía evitar ponerse duro como una piedra. Pero, aunque no quería reconocerlo, ni siquiera ante sí mismo, sabía que había algo más. Algo que iba más allá del sexo, del deseo, de un momento de lujuria desenfrenada.

Cuando Ana le dijo que se fuera, había sentido un leve mareo, como si se hubiera abierto una fisura en su corazón y toda la sangre de sus venas se hubiera escapado por ella; como si alguien lo hubiera sacado a patadas de su cálido hogar, para arrojarlo a una calle en la que el frío de la nieve y un viento cortante entumecían los miembros... se le ocurrían mil imágenes para explicar la horrible sensación de vacío que había experimentado.

Desde aquella noche no había vuelto a hablar con ella, a pesar de que sus dedos cosquilleaban con la necesidad de marcar su número. La echaba de menos. Joder, sí, la echaba de menos. La forma desaprobadora que tenía de mirarlo cuando le lanzaba algún exabrupto; la dulce sonrisa que aparecía a menudo en sus labios, aunque la mayoría de las veces no iba dirigida a él; el amor que rezumaban los ojos grises cuando hablaba con sus protegidos; la manera en que echaba la cabeza hacia atrás al soltar una carcajada... Pero eso no significaba que se hubiera enamorado de ella; que lo que sentía por ella fuera más allá de un simple deseo físico.

Ni mucho menos.

El día que cumplió doce años, Macnamara se juró a sí mismo que ninguna mujer lo atraparía jamás en la trampa del amor. Su madre les había abandonado un año antes, a él y a su padre, alegando que necesitaba volar por su cuenta, pues ellos eran un lastre en su vida. El pequeño Nuño había asistido en directo al paulatino derrumbe de su padre. Hasta ese momento, había sido un buen policía, con un gran sentido del humor y dos firmes pilares en su existencia: su trabajo y su familia. Cuando este último se vino abajo, el otro no aguantó mucho más y no tardó en desmoronarse también con estrépito. Su padre empezó a beber y ya no paró hasta que una cirrosis hepática se lo llevó de este mundo antes de tiempo. El día que su madre se fue de casa, había sido también el último día de la infancia de Nuño Macnamara.

El policía se obligó a sacudirse esos recuerdos. Llevaba años sin pensar en sus padres y no deseaba empezar ahora. Sin embargo, sus sentimientos por Ana Alcázar habían removido aquello y él no había podido impedir que toda esa basura aflorase de nuevo a la superficie. Inquieto, se levantó del sillón y apagó la tele. Decidió irse a acostar temprano, hacía días que no dormía bien y estaba cansado.

Pero el universo parecía confabularse contra él y, en cuanto se tumbó en la

cama, su cansancio se disipó como vapor de agua y su mente, fuera de control por completo, empezó a proyectar una serie de provocativas imágenes: Ana besándolo con ansia en la casa en ruinas; Ana tumbada en su cama, debajo de su cuerpo, enloqueciéndolo con el incitante movimiento de sus caderas; el suave pecho de Ana en la palma de su mano y en su boca. Con un gemido torturado, Macnamara se abrazó a la almohada y hundió su rostro en ella con desesperación. Era evidente que iba a ser otra de «esas» noches.

Ana regresó de Madrid más temprano de lo que solía. El chico con el que le tocaba terapia a última hora tenía gripe y se había quedado en la cama, así que había salido casi dos horas antes. Estaba contenta de volver pronto a casa, a lo mejor le daría tiempo de dormir una siesta antes de que llegaran los chicos. Se sentía cansada; llevaba varias noches durmiendo muy mal. Además del último crimen y las pesadillas que la atormentaban en cuanto se quedaba dormida, seguía dándole vueltas, una y otra vez, a lo ocurrido con el inspector Macnamara. Con un suspiro, abrió la puerta de su coche y arrojó el bolso sobre el asiento del copiloto. Justo cuando se disponía a arrancar el motor, sonó su móvil. Ana miró el número que aparecía en la pantalla y vio que era el de la central de alarmas.

—Sí, dígame —con rapidez, respondió con su contraseña a la pregunta que le hizo su interlocutor.

—Señorita Alcázar, le llamo para decirle que ha saltado la alarma en su domicilio hace unos minutos. Hemos llamado por teléfono y no ha contestado nadie. ¿Desea que avisemos a la policía?

—No, no es necesario. Enseguida llegaré a casa y comprobaré que todo esté en orden —respondió Ana, sin preocuparse en exceso. No era la primera vez que Diego llegaba y se olvidaba de meter la clave. Igual había vuelto a salir enseguida y ni siquiera se había percatado de que la alarma había saltado.

—Muy bien, señorita Alcázar, le indico que el aviso ha dejado de sonar y la alarma ha vuelto a armarse, así que cuando entre no se olvide de introducir su clave para desconectarla. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

En cuanto colgó, Ana puso en marcha el coche y condujo con rapidez hasta la casa. Bajó del vehículo y miró a su alrededor detenidamente sin ver nada extraño. Con decisión, metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y enseguida empezaron a sonar los estridentes pitidos que indicaban que la alarma estaba conectada. Tecleó los cuatro dígitos en el panel que había junto a la entrada y la casa quedó en silencio una vez más.

Ana sabía que no podía haber nadie en el interior, pero aún así, gritó:

—Diego, ¿estás ahí?

No hubo respuesta.

Aunque no se había preocupado cuando habló con el operador de la central, ahora no pudo evitar un pequeño escalofrío de temor que le puso la carne de gallina. Ana se obligó a descartar sus recelos y con el móvil aferrado en una mano, listo para pedir ayuda si era necesario, fue recorriendo las distintas habitaciones de la planta baja. Durante su batida de reconocimiento se le aceleraron las pulsaciones y su respiración sonaba tan agitada, que pensó que cualquiera en un kilómetro a la redonda podría oírla, pero, a pesar de sus temores, no encontró nada fuera de su sitio. Ahora ya solo le quedaba inspeccionar el piso de arriba.

Ana subió despacio la escalera y aguzó los oídos, alerta para distinguir cualquier sonido sospechoso. Primero entró en la habitación de los chicos. Al ser el día libre de Julia, seguía igual de revuelta que la habían dejado esa mañana, con las sábanas apenas estiradas y varias prendas de ropa tiradas en el suelo. Después fue al cuarto de Miriam que, como de costumbre y en contraposición al de ellos, estaba perfecto. La mesa de estudio, limpia de papeles y libros, y la ropa recogida en el armario. La niña incluso se había molestado en poner la colcha de flores y los almohadones a juego sobre la cama.

Tampoco parecía haber nada sospechoso por ahí. Aliviada, Ana se dirigió a su dormitorio y empujó la puerta con precaución, mientras ella permanecía al otro lado del marco dispuesta a salir corriendo a la menor señal de peligro, pero no vio nada alarmante, así que abrió un poco más y por fin se decidió a entrar. Su mirada recorrió con lentitud la habitación.

Una vez más, todo parecía estar en orden.

Sus ojos se posaron sobre la cama y, de repente, una alarma se disparó en

su cerebro. La había dejado hecha antes de irse a trabajar, pero bajo la colcha había un bulto que esa mañana no estaba allí. Con el corazón latiéndole en los oídos, Ana se obligó a sí misma a acercarse y, paso a paso, arrastrando los pies, llegó junto a ella. Jadeaba muerta de miedo; pero, tras unos segundos de indecisión, tomó aire, y con un rápido movimiento agarró una esquina del cubrecama con una mano y la arrojó a un lado.

Apenas fue consciente de que el grito agudo que quebró el silencio que reinaba en la casa había salido de su garganta. Notó que las piernas le fallaban, pero luchó con todas sus fuerzas contra el mareo que la atenazaba y logró contener las ganas de vomitar y no derrumbarse. Temblando, Ana se obligó a no apartar la mirada.

Sobre la colcha blanca, una mano macilenta, cuya muñeca era tan solo un muñón ensangrentado, parecía saludarla en una macabra bienvenida. Conmocionada, apretó con fuerza la palma de su mano contra la boca para ahogar sus gemidos, mientras examinaba el espeluznante hallazgo. Una nota escrita en un folio blanco partido por la mitad yacía junto a esos dedos cerúleos y Ana, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se acercó un poco más para leer lo que ponía.

SOLO YO PUEDO TOCARTE

Al leer las letras impresas un grito histérico subió por su garganta, pero logró reprimirlo a duras penas. Sabía que si empezaba a chillar ya no sería capaz de parar. Durante no supo cuantos minutos, permaneció de pie junto a la cama, incapaz de pensar o de tomar ningún tipo de decisión.

Las voces de Pablo y Miriam en el jardín la sacaron de su estupor. No podía permitir que los niños se enteraran de lo ocurrido, así que hizo un titánico esfuerzo para recuperar el uso de sus piernas, bajó los escalones de dos en dos y consiguió llegar a la puerta antes de que ninguno de ellos hubiera tenido la oportunidad de llamar siquiera al timbre.

—¡Hola, Ana! —Se volvieron al unísono a saludarla, pero enseguida retomaron su juego del «pilla-pilla» por el jardín.

—Hola, niños, ¿ha llegado Diego?

—Aquí estoy, hemos llegado al tiempo —Diego apareció en la puerta, justo detrás de los pequeños.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Ana con vehemencia. Luego añadió—: Diego, llévate a Pablo y a Miriam a casa de Pilar. Dile que me ha surgido un imprevisto, que si no le importa, os quedaréis los tres a dormir en su casa esta noche. Por suerte, Pilar siempre está dispuesta a echar una mano.

Preocupado, Diego observó la palidez del rostro de Ana y preguntó:

—¿Qué ocurre Ana?

—Ahora no puedo contártelo. Por favor, haz lo que te digo —su tono autoritario no resultaba nada usual, pero Diego al notar su agitación obedeció en el acto, se volvió hacia los niños y gritó—: ¡Chicos, coged el pijama, los deberes y el cepillo de dientes: nos vamos a casa de Pilar!

Encantados con la novedad, ni Pablo ni Miriam se pararon a preguntar por qué debían irse de pronto a casa de una de las vecinas del pueblo. Así que corrieron a coger lo que Diego les había dicho y cinco minutos más tarde estaban de nuevo en el jardín, listos para marcharse. Los chicos echaron a andar y, cada pocos metros, Pablo o Miriam se volvían para despedirse de Ana agitando los brazos. Segundos después, los tres habían desaparecido de la vista en un recodo del camino.

Ana entró de nuevo en la casa y fue derecha hasta el bolso que había dejado en la banqueta del recibidor, cogió su móvil y, a toda prisa, salió de nuevo al exterior. Con dedos temblorosos marcó el número del inspector Macnamara.

—¡Macnamara! —A pesar de su tono brusco, escuchar la voz profunda del policía fue como aplicar un bálsamo sobre sus nervios, tan tensos que parecían a punto de romperse.

—Soy... soy yo.

—¿Quién? —preguntó él con dureza, como si su corazón no hubiera estado a punto de salirse del pecho en cuanto vio el número de Ana en la pantalla de su móvil.

—Ana Alcázar... Ha ocurrido... algo —la joven apenas era capaz de articular las palabras necesarias. Al pensar en lo que había encontrado sobre su cama sufrió unas violentas arcadas, que le impidieron seguir hablando y tuvo que sentarse en el suelo y apoyar la frente contra la fría fachada.

—Ana, ¿qué te ocurre? ¡Dímelo! —La formidable urgencia en la voz del inspector delataba que sus emociones iban más allá de lo que sería una lógica

preocupación, pero Ana no se dio cuenta; estaba demasiado ocupada intentando recuperar el dominio de sí misma.

—Alguien ha puesto una... una mano en mi cama —tras pronunciar esas palabras, Ana cerró los ojos, mareada.

—¿Una mano? ¿La mano de Dionisio Fuentes ha aparecido en tu cama?

—¡No sé de quién demonios es! ¡No lleva ninguna etiqueta con el nombre colgando del muñón de la muñeca! —chilló la joven al borde de la histeria.

—Calma. Tranquila, Ana. Respira, respira profundamente —la voz de Macnamara, grave y serena, logró penetrar en su cerebro. Obediente, inspiró y expiró despacio unas cuantas veces, hasta que consiguió dominar su incipiente histerismo—. ¿Estás sola en tu casa? ¿Dónde están los niños?

—Los he enviado a casa de una vecina. Quizá debería avisar a la Guardia Civil. No sé por qué te he llamado a ti. Estas demasiado lejos para poder hacer nada —la mente de Ana, aunque con lentitud, volvía a funcionar.

—¡No! No avises a nadie. ¿Crees que podrás aguantar hasta que llegue? Sal fuera de la casa si es necesario, pero me gustaría ser el primero en echarle un vistazo y también avisaré a alguien de aquí para que se encargue de recoger las pruebas. ¿Qué me dices? ¿Puedes hacerlo? —Solo de pensar en permanecer allí sola hasta que el policía llegara, hizo que a Ana le diera vueltas la cabeza, pero a pesar de todo, contestó afirmativamente—. ¡Esa es mi chica!

Si a Ana le sorprendió su inesperado comentario, no lo demostró. Aliviado y algo avergonzado, Macnamara cortó la comunicación. A continuación, llamó a uno de los agentes a sus órdenes y le explicó la situación:

—Procura llegar lo antes posible. Yo salgo ahora mismo en la moto.

Sin más, cogió la cazadora y el casco y salió del despacho.

A Ana el tiempo de espera se le hizo interminable. Seguía sentada en el mismo sitio donde se había derrumbado al hablar con el inspector. A pesar de que hacía frío, se sentía incapaz de volver a entrar sola en la casa. Por fin, escuchó el ruido de la Honda que se acercaba a toda velocidad por el camino y, sujetándose con fuerza en la pared, consiguió ponerse en pie. El inspector

casi se arrojó de la moto al ver a Ana lívida, apoyada contra la fachada de la casa como si sus piernas no fueran capaces de sujetarla. A pesar de todas las promesas que se había hecho a sí mismo de no volverla a tocar nunca más, en cuanto llegó a su lado Macnamara la estrechó entre sus brazos con fuerza y la joven hundió la cabeza en su pecho, aliviada.

—Cuéntamelo todo —susurró Macnamara en su oreja, al tiempo que enterraba su cara en sus cabellos fragantes. El hombre notó con claridad el estremecimiento que sacudió el esbelto cuerpo de la joven cuando empezó a hablar con voz entrecortada.

—Me llamaron de la central de vigilancia, a eso de las cuatro de la tarde, para avisarme de que había saltado la alarma. Pensé que sería un despiste de Diego y no le di mucha importancia. Les dije que me acercaría a verificar que todo estuviera bien —Ana hablaba tan bajo, que Nuño tuvo que pegar la oreja a sus labios para no perderse una palabra—. Al llegar revisé la casa de arriba abajo y cuando llegué a mi dormitorio, vi que había algo debajo de la colcha de la cama y luego la nota...

Ana se detuvo incapaz de continuar, mientras los temblores sacudían su cuerpo con violencia. Nuño la estrechó aún más fuerte, tratando de tranquilizarla.

—Cálmate, ya pasó —de nuevo, su cálida mano subía y bajaba por su espalda en una consoladora caricia y Ana, con la cara apoyada contra su cazadora, que olía a cuero y a aire libre, cerró los ojos y rodeó la cintura del policía con sus brazos, como un náufrago que se aferra a su tabla de salvación.

Al sentir los brazos de Ana alrededor de su cuerpo, el deseo de Macnamara de protegerla contra cualquier cosa que pudiera asustarla, empezó a mezclarse con otras emociones, mucho menos altruistas. Asustado por su reacción, tan fuera de lugar en esos momentos, el inspector hizo un esfuerzo, la agarró por los brazos y se separó un poco de ella, aunque no la soltó del todo.

—Voy a ir a echar un vistazo. En pocos minutos llegará un agente y se ocupará de limpiar la zona. Tú quédate aquí.

La sujetó de la cintura y la condujo hasta una de las sillas de plástico que nadie se había molestado en guardar. Con rapidez, se quitó la cazadora y la colocó sobre los hombros de Ana sin hacer caso de sus protestas. Agradecida, Ana se arrebujó en la prenda que aún conservaba el calor del cuerpo

masculino, y le dirigió una vacilante sonrisa. Una vez más, su expresión indefensa disparó el instinto protector del inspector hasta un grado alarmante. Sin poder contenerse, Macnamara se inclinó sobre ella y depositó un suave beso en sus labios, pero antes de que Ana pudiera reaccionar, la alta figura del inspector ya se alejaba a largas zancadas en dirección a la casa. Ana se quedó observándolo, muy quieta, mientras su corazón iniciaba un agitado redoble que no se debía al macabro hallazgo, precisamente.

Enojado consigo mismo por su falta de autocontrol, Macnamara subió las escaleras a toda prisa, y achacó los acelerados latidos en su pecho al súbito ejercicio. Ya pensaría más tarde en el deseo insensato que le había entrado de envolver a Ana Alcázar con sus brazos y no permitir que escapara de ellos nunca más. Al llegar frente al dormitorio de la joven, el policía empujó la puerta y entró, con mucho cuidado de no tocar nada. Sus ojos fueron directos hacia la cama. La visión de la mano exangüe sobre las blancas sábanas resultaba dantesca y Nuño maldijo al bastardo que la había puesto ahí. Descubrió la nota junto a la mano y la leyó.

SOLO YO PUEDO TOCARTE

Ana no había sido capaz de pronunciar las palabras escritas en ella, pero, al leer ese pedazo de papel, Macnamara supo que la corazonada que había tenido desde el momento en que encontró el cuerpo de Natalia cerca del pantano era correcta. Todos esos asesinatos, el perro, la niña y ahora el jardinero, de alguna manera confluían en un único punto: Ana Alcázar.

El maldito hijo de puta estaba obsesionado con ella, pero él, Nuño Macnamara, no iba a parar hasta detenerlo. Aunque tuviera que pasarse las próximas semanas sin dormir, se juró a sí mismo que encontraría a ese loco asesino antes de que tocara un solo pelo de la cabeza de Ana.

El inspector se acercó un poco más para examinar la extremidad blancuzca y observó que cerca del papel había un poco más de aquel extraño polvillo pardo que había encontrado también junto al cuerpo de Dionisio Fuentes. Entonces, oyó que alguien subía las escaleras y, por los pasos cansinos, dedujo que se trataba de Segura. En efecto, segundos después apareció en el umbral de la puerta el cuerpo delgaducho —a juego con el rostro, un tanto macilento—, del agente Ernesto Segura.

—Hola, jefe. He procurado llegar lo más rápido posible, pero el parque móvil del que disponemos en comisaría es de llorar —declaró, mientras dejaba caer en el suelo un pesado maletín negro, lo abría y comenzaba a sacar guantes de látex, mascarillas y todo tipo extraños utensilios.

—Tranquilo, Segura, lo sé. Ya he lanzado un SOS a las altas esferas, pero me temo que el asunto va para largo. Mira esto —añadió señalando la nota—, es el polvo ese que encontramos en el depósito.

Segura se agachó y, con muchas precauciones para no contaminar la prueba, metió la nota y las partículas que iban con ella en una bolsa de plástico que selló de inmediato.

—¿Le han dicho ya los del laboratorio de qué se trata? —preguntó el agente, al tiempo que recogía con unas pinzas un pelo que encontró cerca.

—Ya sabes cómo son. Casi tardaría menos en obtener una audiencia con el Papa. ¿Has visto a la señorita Alcázar ahí fuera? —preguntó Macnamara, preocupado.

—Sí, ella me dijo dónde encontrarlo. La pobre estaba como el papel, pero, eso sí, tan guapa como siempre. ¡Qué pedazo de mujer!

Nuño frunció el ceño al escuchar a su subordinado. Nunca le habían importado los comentarios que hacían sus compañeros sobre las mujeres con las que se había relacionado hasta el momento a pesar de que, en más de una ocasión, habían sido de dudoso gusto; pero no podía soportar que hablaran del aspecto de Ana, aunque fuera para decirle un piropo tan inocente como el que

le había dedicado Segura.

Al ver la expresión tormentosa de su jefe, Segura cambió de tema con diplomacia. Empezaba a sospechar que los sorprendentes rumores que corrían por la comisaría de que el arisco y mujeriego Macnamara estaba loco por una posible sospechosa en un caso de asesinato eran completamente ciertos.

—Me queda un rato aquí —aseguró el agente—. Cuando termine lo dejaré limpio.

—Perfecto, yo voy a revisar el resto de la casa. Debo averiguar por donde ha entrado este bastardo. Un bastardo con un peculiar sentido del humor, por cierto.

Casi media hora después, el inspector salió de nuevo al jardín y encontró a Ana en el mismo lugar en el que la había dejado, con las piernas subidas sobre el asiento de la silla y la rubia cabeza apoyada sobre las rodillas; se había puesto su cazadora y había subido la cremallera hasta arriba. Una buena porción de ambas mangas colgaba vacía, dándole un aspecto que en otra persona hubiera resultado patético y que, sin embargo, en Ana parecía tierno y sexy. Nuño sacudió la cabeza con fuerza; su estado de idiotez crónica en cuanto aparecía en escena aquella diminuta mujer empezaba a ser preocupante. Así que en un tono más brusco de lo que hubiera deseado, declaró:

—Segura está recogiendo las evidencias. En unos minutos estará todo limpio. Luego te ayudaré a cambiar las sábanas.

—No hace falta. No creo que pueda volver a dormir en esa cama en la vida. Es más, no creo que pueda volver a sentirme segura en esta casa —los labios de Ana empezaron a temblar incontrolados y Macnamara, incapaz de soportarlo, fue más brusco aún:

—Tonterías. La casa es perfectamente segura. He revisado todas las ventanas y las puertas y ya sé por dónde ha entrado nuestro amigo —aunque resultara extraño, de nuevo, el tono despegado y frío del inspector contribuyó a serenarla más que si hubiera tratado de ofrecerle consuelo—. Hay una especie de trampilla por la que se accede a la leñera.

—¡La leñera! ¡Pues claro, lo había olvidado! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? —se preguntó Ana dándose una palmada en la frente.

—Me imagino que no la has usado nunca, así que no tiene nada de extraño que la hayas olvidado, además, estaba muy bien camuflada detrás de unos

trancos. La he atrancado con una barra de hierro que he encontrado por ahí. Así que no debes de temer que nuestro amigo vuelva a colarse por ella.

—¡Deja de llamarle «nuestro amigo», me estás poniendo nerviosa! —Los ojos grises brillaban, rabiosos, y Macnamara se alegró al ver que la deliciosa señorita Alcázar recuperaba algo de su temple—. A pesar de todo, creo que voy a ver si, al menos por unos días, Pilar me cobija a mí también bajo su ala.

—¿Quién es esa Pilar? —preguntó Nuño con su mejor cara de pocos amigos.

—Tranquilo, desde luego no es una asesina en serie. Es la dueña de la mercería del pueblo. Somos bastante amigas y más de una vez me ha echado una mano con los pequeños. De hecho, los tres pasarán allí la noche. No quiero que se enteren de lo ocurrido.

—Diego ya no es un niño —a Macnamara le molestaba de una manera irracional lo protectora que se mostraba la psicóloga con el muchacho.

—Lo sé —afirmó Ana con pesar.

—Anda, ven. Será mejor que entremos. Esto es como montar en bicicleta, si te caes lo mejor es volver a subirse enseguida —comentó el policía, mientras de un tirón la obligaba a levantarse de la silla y la conducía con firmeza en dirección a la casa.

—Sí, igualito —respondió, sarcástica, y añadió desafiante—: Y que sepas que no me gusta nada esta manía que tienes de llevarme a rastras a todas partes.

—Uy, es verdad, me había olvidado de la palabra mágica. *Por favor*, señorita Alcázar, sería tan amable de acompañarme al interior de su vivienda sin protestar tanto —replicó, con sorna, mientras la llevaba sin muchos miramientos hasta la cocina. Luego separó una silla de la mesa y le ordenó—: Siéntate.

Al escuchar su tono autoritario Ana puso los ojos en blanco y, al verla, Macnamara no pudo evitar que los suyos brillaran divertidos. Definitivamente, le encantaba sacar de quicio a la señorita «palabramágicaporfavor».

Ana observó al inmenso policía moviéndose de un lado a otro de la cocina, mientras buscaba lo necesario para preparar un café y pensó que parecía completamente fuera de lugar. Aún disgustada por su tiránica disposición, decidió no hacer el más mínimo esfuerzo por ayudarlo.

—No pegas nada trajinando en la cocina. Me recuerdas al famoso elefante en la cacharrería —afirmó hiriente, aunque al policía no pareció afectarle mucho su comentario. Con un soplido impaciente, Macnamara apartó su rebelde mechón de pelo y le guiñó un ojo.

—Eso es porque no me conoces aún tan bien como te crees, doña experta en psicología. De vez en cuando me gusta prepararme algo que no sea un bocadillo, esos los compro en el bar de abajo de mi casa. Y te lo advierto, hago un café de primera.

—Hmm —se limitó a contestar Ana, acodándose sobre la mesa para observarlo mejor.

Debía reconocer que el brillo travieso que asomaba a sus oscuras pupilas volvía al pelirrojo y cascarrabias inspector Macnamara «casi» irresistible. Para su sorpresa, enseguida tuvo a su lado una humeante taza de café que olía de maravilla.

—¿Huelo a café? —El rostro tristón de Segura asomó por la puerta de la cocina y Ana lo invitó a pasar con una sonrisa.

Al inspector no le hizo ninguna gracia que su subordinado interrumpiera su agradable *tête-à-tête* y, de nuevo, arrugó la frente, irritado.

—Veo que ha recuperado el color, señorita Alcázar —afirmó, amable, el agente Segura dirigiéndose a Ana, al tiempo que fingía que no se daba cuenta del mal humor de Macnamara. Había sido víctima en más de una ocasión de los venenosos comentarios del capullo de su jefe y ahora estaba disfrutando a tope con su pequeña venganza; saltaba a la vista que el hombre estaba que echaba humo por las orejas.

—Sí, me encuentro mucho mejor. Gracias.

«¿Por qué tiene que sonreír a todos los tíos de esa manera?», se preguntó Nuño, irritado, posando la cafetera con rudeza sobre la mesa. «A todos los tíos menos a mí, claro».

Luego se dirigió al microondas y sacó la jarra de leche que acababa de calentar, con tanta violencia, que estuvo a punto de derramar su contenido en el suelo. Maldiciendo entre dientes, Macnamara se sentó a la mesa sin que ninguno de los otros dos, sumidos en una educada conversación, parecieran percatarse de su presencia.

Ana tenía que hacer esfuerzos para contener una carcajada. Si no supiera

que el inspector Macnamara era un caso perdido, hubiera pensado que estaba celoso. Quizá era de esos machos alfa que no podían soportar que ningún competidor se acercara a su manada. Sí, seguro que era puro orgullo masculino, pero no dejaba de ser gracioso tratándose de él.

Después de tomarse la taza de café con lo que a Macnamara le pareció una lentitud exagerada, Segura se levantó por fin de la mesa para marcharse.

—Muchas gracias por el café, señorita Alcázar.

—De nada y llámame Ana, por favor —lo interrumpió la chica.

—Ha sido muy agradable charlar contigo, Ana, a pesar de las circunstancias. Espero que podamos volver a hacerlo en alguna otra ocasión más alegre.

—Eso espero yo también, Ernesto.

—Eso espero yo también Ernesto —repitió Macnamara con voz de falsete en cuanto Segura desapareció por la puerta, sin parar de tamborilear con los dedos sobre la madera, impaciente.

—Cualquiera diría que estás celoso —afirmó Ana muy tranquila, sin apartar sus ojos grises del rostro masculino.

—Celoso, ja —respondió Nuño, desdeñoso, tras estar a punto de atragantarse con el café—. Me parece que has visto demasiadas comedias románticas y te las has creído, pequeña psicóloga.

—Debe ser eso, reconozco que soy adicta. En especial, a las de Sandra Bullock y Jennifer Aniston —respondió ella con una sonrisa tan insolente, que al policía le entraron ganas de sacudirla. Luego en otro tono añadió—: Si ya has terminado tu café, lo mejor será que nos vayamos de aquí cuanto antes.

—Negativo. Tienes que superarlo y no hay mejor momento que el presente —contestó el inspector con irritante seguridad.

—¡No puedo quedarme aquí sola, me moriría de miedo!

—Me quedaré contigo —declaró Macnamara con simulada indiferencia.

—¿Tú? Estás loco —Ana lo miraba, boquiabierta.

—Has dicho que los críos están en casa de tu vecina, ¿no? Pues yo dormiré en el cuarto de los chicos y tú en el de las niñas.

—Mira, inspector, ya soy mayorcita para que me vengas con estos juegos. No me quedaré a solas contigo en esta casa porque no hay que ser muy lista para saber lo que ocurrirá.

—¿No confías en mí? —La expresión herida de su rostro la conmovió a su pesar.

—Ni en ti ni en mí, si quieres que te sea sincera. Está claro que entre nosotros hay una cierta atracción física. Y ya sabes el dicho...

—No, no lo sé —respondió Macnamara, fastidiado por sus palabras. Así que, para ella, lo que había entre ambos era tan solo una cierta atracción física, se dijo irritado, olvidando a propósito que él lo había calificado de la misma manera en más de una ocasión.

—El que evita la ocasión, evita el peligro.

—Tu conocimiento de refranes y chascarrillos populares parece no tener fin —declaró el inspector muy irritado.

—No te enfades. Sabes que tengo razón.

—No estoy enfadado. Solo pretendía ayudarte. Si dejas que pase el tiempo, la sensación de temor irá en aumento y, al final, sentirás un miedo cerval cada vez que estés en tu casa. Tú, que eres psicóloga, deberías saberlo mejor que nadie.

Ana se quedó callada durante un buen rato pensando en lo que acababa de decirle el policía y comprendió que tenía razón. Solo de pensar en quedarse a dormir en esa casa, se le ponían los pelos de punta. Quizá la presencia del inspector —un hombre fuerte y, además, armado— haría que esa sensación de terror desapareciera. Así que, de mala gana, decidió aceptar.

—Está bien. Haremos la prueba, pero nada de trucos.

—Te recuerdo que, cuando lo de Segovia, fuiste tú la que intentó aprovecharse de mí.

Ana se puso roja como un tomate y Nuño se sintió satisfecho al comprobar que no era tan indiferente como aparentaba.

—Está bien, tú ganas. Pero con una condición.

El inspector enarcó las cejas en una muda interrogación.

—Como te gusta tanto presumir, te toca preparar la cena —declaró Ana, resuelta a decir la última palabra.

—¡Hecho! —Por una vez, Macnamara no trató de analizar la absurda sensación de felicidad que le embargaba—. Voy a ver qué tienes en la nevera.

Temerosa de estar a solas en cualquiera de las otras habitaciones. Ana se quedó allí, mientras el policía preparaba una cena sencilla a base de pasta y

verduras que encontró en el refrigerador. En la cálida cocina el ambiente era inmejorable y la charla entre ambos fluía sin embarazosos silencios. Ana estaba sorprendida con el buen humor que desplegaba el inspector que, la verdad fuera dicha, resultaba de lo más contagioso. Mientras él disponía la cena, la joven puso la mesa sin esmerarse mucho. No quería que ese hombre arrogante se hiciera ideas equivocadas.

—¿No vas a encender unas velas? —preguntó Macnamara, malicioso, como si pudiera leerle los pensamientos.

—Creo que la luz que hay está muy bien.

—Tampoco necesitamos tanta —declaró el inspector y apagó los *downlights* que había utilizado mientras cortaba y cocinaba los ingredientes.

Tan solo quedó encendida la lámpara que colgaba sobre la mesa, que la bañaba con un cálido resplandor y dejaba el resto de la cocina en penumbra. A pesar de que a Ana le pareció que la iluminación era algo escasa, decidió no protestar.

—¿Tienes vino?

—Como no sea el de cocinar... Espera, ahora que lo dices, los alumnos del centro me regalaron unas botellas la pasada Navidad, lo que no sé es donde las habrá guardado Julia.

Después de una minuciosa búsqueda por los armarios, Macnamara dio con una caja que contenía tres botellas de rioja de una conocida bodega.

—Igual está picado, como aquí nadie bebe —comentó Ana con gesto de duda.

—El corcho parece estar bien —dijo Nuño tras descorchar una de ellas. Después con una expresión de desagrado en su rostro declaró—: Habría sido un crimen que un buen vino como este se echara a perder.

—No me regañes. Y, sobre todo, no me hables de crímenes —replicó Ana con los brazos en jarras, mirándolo con disgusto.

Al ver su actitud combativa, el policía lanzó una carcajada y le devolvió la mirada junto con una de esas seductoras sonrisas tuyas que tan escasamente prodigaba, que hizo que el estómago de Ana se contrajera de forma extraña. Luego llenó las dos copas con el líquido granate y empezaron a cenar.

—¿Cómo llevas lo que averiguaste sobre tu madre y tu abuela? —Como de costumbre, Macnamara fue directo al grano.

Ana empezó a jugar con las verduras de su plato, mientras meditaba su contestación y, después de unos segundos, respondió:

—Me siento devastada. Por lo que les ocurrió a ellas y por la imagen que durante toda la vida he tenido de mi madre. Nunca había querido saber nada de ella, ni de lo que le impulsó a abandonarme. Siempre pensé que había sido un acto de puro egoísmo. Ahora que sé que no era más que una niña forzada por un miserable y que, lo más seguro, es que ni siquiera llegara a conocerme, me siento avergonzada de mí misma. A mi abuela no la juzgo. Puedo comprender a la perfección lo que una mujer rota de dolor es capaz de hacer.

—Desde luego no tuvieron una vida fácil. De hecho, la tuya tampoco ha sido un cuento de hadas, pero saber de dónde vienes te hace conocerte mejor y eso ayuda...

—No me ayuda saber que esa sangre maldita de la que habló esa horrible mujer corre por mis venas. A Dios gracias, con un poco de suerte, desaparecerá conmigo —lo interrumpió Ana, pinchando con ira un trozo de berenjena y tragándoselo de golpe, sin saborearlo.

—¡Ya te dije en otra ocasión que no quiero oírte hablar de maldiciones! —La voz de bajo de Macnamara resonó en la cocina y Ana dio un respingo. Luego el inspector añadió con falsa indiferencia pues sus palabras, no sabía por qué, le habían molestado—: En algún momento te casarás, tendrás un par de críos, uno de ellos niña con toda seguridad, y te olvidarás de todas esas tonterías.

—¿Ahora eres tú el que tienes visiones? —preguntó, desdeñosa—. ¡Y ya te he repetido mil veces que no me des órdenes!

La mirada de Macnamara se suavizó al observar su precioso rostro sonrojado de indignación. Alargó el brazo y sujetó con fuerza la mano femenina, que empuñaba el tenedor como si se tratara de un arpón ballenero con el que atravesaba los trozos de verdura sin piedad.

—Tranquila, no hace falta que tú también asesines la comida. ¡Ups! —exclamó el policía, abriendo mucho los ojos con simulada turbación—. Perdona por la palabra, se me ha escapado...

Ana lo miró indignada, pero al descubrir esas chispeantes pupilas oscuras clavadas en ella con regocijo, se mordió el labio inferior para ocultar la sonrisa traidora que pugnaba por asomarse a su boca. La verdad era que el

inspector Macnamara se ponía irresistible cuando bromeaba.

—Eres insoportable —afirmó sin acritud, mientras seguía comiendo con más calma—. Te perdonaré porque la cena está muy rica. La verdad es que lo último que esperaba de ti era que fueses un cocinillas. No sé, no das el perfil. Puedo imaginarte sin problemas dándole una paliza a un detenido, pero nunca habría pensado que fueras capaz de preparar una cena tan deliciosa.

—Gracias, querida señorita Alcázar, eres muy buena conmigo —Nuño le guiño un ojo con picardía y Ana soltó una carcajada, pero al instante recuperó la seriedad y le preguntó en un susurro:

—¿Sigues sin creer que puedo ver cosas que los demás no ven?

Macnamara, tomó su copa de vino, se la llevó a los labios y dio un buen trago, mientras elegía sus palabras con cuidado. Ana observó esos dedos largos, cubiertos de un fino vello cobrizo, que acariciaban el tallo de la copa distraídamente.

—Hace tan solo unas semanas te hubiera respondido que esos asuntos no son más que patrañas descabelladas, pero he visto con mis propios ojos cosas, cuanto menos insólitas, que no puedo explicar de forma racional —reconoció.

—¿Y no te doy miedo? ¿No temes que pueda anunciarte un posible accidente con esa moto que conduces a velocidad suicida? ¿O que alguien al que amas va a morir de repente? —interrogó Ana, provocadora, al tiempo que clavaba en él sus iris grises, en los que Macnamara decidió que podría perderse sin pensárselo dos veces.

El inspector estudió el bello rostro, tan femenino, que bajo una capa de aparente indiferencia escondía un hondo dolor que la había acompañado toda su vida por ser «diferente» y contestó, impertérrito:

—Lo único que me da miedo cada vez que te miro son las ganas que me entran de cogerte en brazos y llevarte a la cama más próxima para hacerte el amor durante veinticuatro horas seguidas —esa respuesta, dicha en un tono impasible, la descolocó por completo y Ana se quedó mirándolo con la boca abierta, anonadada—. Pero aparte de eso —prosiguió, como si no fuera consciente del estupor con el que lo examinaba ella—, lo que sí me gustaría saber es si sigues teniendo visiones, sueños o como demonios quieras llamarlos, respecto a este caso.

Ana hizo un esfuerzo para aparentar la misma indiferencia de la que él

hacía gala y respondió sin que le temblara la voz:

—Tengo un sueño muy a menudo. A veces se mezcla con las visiones del asesinato de Natalia, pero sé que es algo distinto y no es Natalia la protagonista —se quedó callada, contemplando absorta la densa lágrima que tintaba las paredes de cristal de la copa al agitar el vino en su interior.

—¿Quién es entonces? —preguntó el policía, a pesar de que ya conocía la respuesta.

—Soy yo —susurró Ana sin dejar de mover la copa—. Me encuentro en un lugar húmedo en el que la oscuridad es absoluta. Estoy hecha un ovillo y trato de fundirme con esa oscuridad porque, a pocos metros de donde yo estoy, alguien me busca. La sensación es opresiva, casi asfixiante, y la maldad que percibo en ese «alguien» que me acecha, me llena de terror.

—¿Y todos tus sueños se hacen realidad? ¡Demonios, parezco el jodido Walt Disney! —Gruñó Macnamara, mientras se alborotaba aún más los cabellos rojizos con la mano.

A pesar de todo, a Ana se le escapó una casi imperceptible sonrisa antes de contestar a su pregunta, la cual, en realidad, no tenía nada de cómica:

—No siempre. Aunque procuro avisar de alguna manera al protagonista. El don, ya que no te gusta la palabra maldición, no viene a mí de continuo. A veces pasan años sin que se manifieste pero, desde antes de la muerte de Machín, los sueños y las visiones comenzaron a acosarme como nunca antes me había ocurrido. La mayoría de las veces las imágenes que veo son vagas, pero estos últimos meses gozan de una asombrosa nitidez y, la verdad, verlas proyectadas en mi mente, noche tras noche, me tiene *un poco* preocupada.

Macnamara agarró una de sus manos por encima de la mesa en un reconfortante apretón y Ana la dejó estar, sintiendo un grato consuelo al notar su calidez y su fuerza. Después de un rato, la retiró con suavidad, se puso en pie y empezó a recoger la mesa.

—Será mejor que nos vayamos a dormir. Son casi las doce.

El inspector no dijo nada. La ayudó con los platos y la acompañó escaleras arriba en silencio. Al ver que Ana se detenía junto a la puerta de su dormitorio sin atreverse a entrar. Macnamara la agarró del brazo y, con escasa delicadeza, la introdujo en la habitación y la obligó a detenerse junto a la cama. El agente Segura había retirado la colcha y había hecho un montón con

las sábanas que había dejado en el suelo.

—Ves, es una cama como otra cualquiera. No pienses que va a salir una mano como la de la familia Adams correteando por encima del colchón. Los loqueros siempre decís que cuanto antes te enfrentes con tus temores irracionales, mejor.

Ana pegó un tirón de su brazo y consiguió liberarse. Con los ojos echando chispas de cólera se volvió hacia él y replicó:

—Tú sí que serías un buen loquero. Tus terapias son tan sutiles como chocar de frente contra una hormigonera —furiosa, sacó un camisón de la cómoda, su bata y los útiles de aseo necesarios, y salió de la habitación con rapidez.

Una vez fuera, se detuvo y se volvió hacia él que en ese momento cerraba la puerta del cuarto a sus espaldas. Macnamara se quedó sorprendido al ver que en los grandes ojos color humo no quedaba ni rastro de la ira que esperaba. En vez de eso, Ana lo miraba con una hechicera sonrisa en sus sensuales labios, que lo dejó sin aliento.

—Sabes una cosa, inspector Macnamara, no me has engañado. Esa escenita en mi dormitorio no ha sido una muestra de tu carácter brutal, como pensé durante unos pocos segundos. En el fondo, bajo ese aspecto arisco tras el que te escondes, eres un tipo de lo más tierno. Gracias.

Ana se empinó sobre las puntas de sus pies y le dio un ligero beso en la mejilla, luego se dirigió hacia la habitación de las niñas, se metió dentro y cerró la puerta. Incapaz de descifrar sus enigmáticas palabras y completamente estupefacto, Macnamara notó como palpitaba el punto de su mejilla donde los labios femeninos se habían posado apenas y, justo en ese instante preciso, se dio cuenta de que sus peores temores habían sido acertados. Aterrado, reconoció que había caído en la horrible trampa que durante toda su vida se había jurado evitar: se había enamorado de Ana Alcázar como un idiota.

Tumbada en su cama, Ana daba vueltas sin cesar. Tan pronto tenía frío, como se asaba de calor. Los acontecimientos del día bullían en su cabeza mezclados en un loco caleidoscopio: la espantosa visión de esa mano sobre su cama, la agradable cena con el inspector en la cocina, el terror paralizante, la atracción que sentía por el policía... Desesperada, echó las sábanas a un lado y decidió bajar a la cocina para prepararse una de sus tisanas. Sin hacer ningún ruido, abrió la puerta y se paró a escuchar. Lo único que se oía era el vendaval que soplabá en el exterior, así que, descalza, bajó la escalera con cuidado. Se dirigía hacia la cocina, cuando le pareció escuchar un leño que caía en la chimenea del salón y le preocupó haberse olvidado de apagar el fuego. Nada más entrar, sus ojos chocaron de frente con los del policía que permanecía muy quieto sentado en el sillón en la semioscuridad.

—¡Me has asustado! —exclamó Ana llevándose una mano a la garganta.

De pronto, fue consciente de que apenas iba vestida con un camisón corto de tirantes y él, por lo que podía apreciar en la penumbra del salón, cuya única iluminación provenía de las brasas que aún ardían en el hogar, solo llevaba puestos esos desgastados pantalones vaqueros que tan bien le sentaban.

—Lo siento, no podía dormir —a Ana le pareció que su voz sonaba más ronca que de costumbre.

—Yo tampoco puedo, ha debido ser tu «café de primera», llevo horas dando vueltas en la cama. He bajado a prepararme una tisana que guardo para estas ocasiones, ¿quieres una? —Ana se dio cuenta de que hablaba

atropelladamente y aspiró con fuerza, tratando de serenarse.

—Sí, por favor —respondió Nuño con suavidad.

Bebería veneno puro si con ello conseguía que se quedara un rato haciéndole compañía. Notó que su corazón latía desbocado. A él no le había afectado el café. Su insomnio estaba provocado por la súbita revelación que había tenido hacía unas horas y, después de verla con ese fino camión de satén que dejaba a la vista sus piernas interminables y la piel delicada de sus hombros, cualquier vestigio de sueño se había evaporado en el acto. Pocos minutos después, Ana entraba de nuevo en el salón con una bandeja en la que llevaba dos tazas de valeriana. Con cuidado, se sentó en el sofá frente a él y le pasó una de las tazas.

—Voy a echar un tronco, si no, te vas a quedar helada.

Ana lo observó mientras se agachaba para sacar un par de leños del cesto que había junto a la chimenea y admiró los músculos de su espalda. Al ver cómo parecían cobrar vida propia al resplandor de las llamas, tuvo que contener un jadeo; era la espalda más apetitosa que había visto jamás. Asustada por sus inoportunos pensamientos, se llamó al orden. Con dedos un tanto temblorosos cogió su taza y le dio un sorbo. Macnamara se sentó de nuevo, alzó la suya y tras llevársela a la boca hizo una mueca de desagrado, que a Ana le provocó una sonrisa.

—¿No te gusta? —preguntó, contenta de tener una excusa para entablar una conversación insustancial y poder apartar los ojos de una vez de ese pecho vigoroso, cubierto en algunas zonas por un suave vello rojizo, que parecía llamarla para que enterrara sus dedos en él.

—¡Es repugnante! —Gruñó él volviendo a dejar la taza en su sitio.

—Yo ya estoy acostumbrada y la verdad es que sí que me ayuda a dormir.

Se hizo un silencio incómodo y a Ana no se le ocurrió ninguna frase con la que romperlo, así que, una vez más, se llevó a los labios la taza que sostenía entre las manos, como si estuviera muerta de sed. Notaba sobre ella la mirada ardiente de sus inquietantes ojos oscuros y no se atrevía a alzar la vista del líquido color ámbar.

—Ana... —al escuchar su nombre pronunciado en un ronco susurro, a Ana se le puso la piel de gallina, pero siguió contemplando los posos que había en el fondo de la taza, incapaz de mirarlo a la cara. Lo oyó ponerse en pie y notó

cómo se hundía el almohadón del sillón cuando se sentó junto a ella, tan cerca, que sus brazos se rozaban.

—Será mejor que vaya a acostarme —la joven trató de ponerse en pie, pero los dedos del policía se cerraron en torno a su muñeca y, aunque no apretó, Ana volvió a sentarse.

—Ana... —de nuevo ese susurro acariciador, pero ahora muy cerca de su oreja. La nariz del inspector rozó su pelo y lo escuchó aspirar con fuerza el aroma de sus cabellos, y aquel sonido áspero la enardeció.

Sin embargo, todavía luchó por mantener el control y volvió la cabeza hacia el otro lado; un movimiento que el policía aprovechó para apartar con dedos trémulos la brillante melena rubia de la suave curva de su cuello. Macnamara acercó su rostro hasta que percibió el calor y la sutil fragancia que emanaba de su aterciopelada piel y, muy despacio, empezó a mordisquearla con una pericia exquisita. Ana cerró los ojos y se dejó llevar por las electrizantes sensaciones que la boca masculina provocaba en ese punto tan sensible de su anatomía.

La cálida mano del inspector se deslizó por su hombro y por su brazo en una lenta caricia hasta cubrir por completo la de la joven y entrelazó sus fuertes dedos con los suyos, pequeños y esbeltos, mientras su boca continuaba con su enloquecedora tortura. Unos segundos después, sin soltarla, la posó sobre su seno izquierdo y lo rozó, una y otra vez, hasta que ella sintió a través de la fina tela del camisón, cómo su pezón se endurecía bajo su propia mano, en una erótica caricia que la enloqueció. Al percibir el intenso estremecimiento de la joven, Macnamara esbozó una temblorosa sonrisa de satisfacción contra su cuello.

Sin poder contenerse ni un segundo más, Ana se dio la vuelta, enredó los dedos en los cabellos de la nuca de Macnamara y pegó su boca a la suya con un ansia voraz. Entonces, toda la pasión acumulada en el pecho del policía estalló como una exhibición pirotécnica y engulló sus labios con la ferocidad de un caníbal ávido de carne humana. Con un rápido movimiento, la levantó del sillón y la colocó sobre su regazo, de forma que Ana pudo sentir con meridiana claridad la evidencia de su deseo. Sin apartar su boca de la de él, la joven dibujó con la punta de su lengua el labio superior del policía y luego la introdujo, poco a poco, rozando y probando la húmeda suavidad del interior

de su boca, mientras sus dedos recorrían los músculos de su espalda como si quisiera aprenderse su orografía de memoria.

¡Dios, esa mujer sabía besar! Fue el único pensamiento racional que se abrió paso a través de la mente de Nuño, embotada casi por completo por un deseo frenético. Igual que le había ocurrido con anterioridad, pensó que aquel beso era la prueba definitiva de que la fogosa adolescente que había sido Ana Alcázar no había desaparecido, sino que se había ocultado bajo capas y capas de convención social, hasta convertirse en la imperturbable psicóloga que todo el mundo conocía. Sin embargo, sus caricias la habían hecho surgir de nuevo y ¡por Dios que iba a aprovecharse de ello!, si es que no moría antes abrasado por su propia lujuria.

La estrechó aún más contra sí, de forma que los duros pezones de la joven se clavaron contra su pecho desnudo. Enredó los dedos en los suaves cabellos de su nuca, mientras introducía la otra mano bajo el camisón y la deslizaba hacia arriba, sobre la tersa piel de su cadera. Incapaz de contenerse, un gemido brotó de la garganta de Ana y él lo silenció, atrapándolo con su boca. El único sonido que se oía en la habitación era el del crepitar de las llamas en la chimenea, mezclado con el de las agitadas respiraciones de ambos.

—Te deseo... —jadeó ella junto a sus labios, avivando con aquel ronco susurro las llamas que envolvían al inspector y que amenazaban con incendiarlo todo a su paso. En ese instante, lo que deseaba más que nada en el mundo era quitarle el camisón, separarle los muslos y hundirse en su interior hasta que ambos olvidaran hasta su propio nombre. Sin embargo, Macnamara hizo un esfuerzo casi heroico y, sin retirar su poderosa mano de su cadera desnuda, apartó su rostro del de ella unos centímetros para mirarla a los ojos. Ana mantenía los suyos cerrados y sus labios, ligeramente hinchados y enrojecidos por los apasionados besos que habían compartido, permanecían entreabiertos, suplicando nuevas caricias.

—Abre los ojos y mírame —ordenó Macnamara con ferocidad.

Los párpados femeninos temblaron durante unos segundos y, finalmente, se abrieron despacio, y aquellos preciosos ojos grises, nublados de deseo, lo miraron al fin sin comprender. A pesar de estar profundamente complacido por haber sido capaz de despertar en ella semejante grado de pasión, Nuño sentía que aún no era suficiente, así que en un murmullo áspero, que a Ana le erizó

todos los poros de la piel, añadió:

—Quiero que sepas, sin sombra de duda, quién es la persona que te está haciendo el amor. Quiero que digas mi nombre.

Al ver la hechicera sonrisa que se extendió poco a poco por los seductores labios femeninos, y la tierna mirada burlona que brilló en sus pupilas, Macnamara pensó que se derretiría y tan solo quedaría de él un montoncito gelatinoso a los pies de aquella pequeña bruja. Entonces, Ana colocó sus manos a ambos lados del rostro del hombre, al tiempo que delineaba con sus pulgares las cejas espesas, luego apoyó con delicadeza su boca sobre la boca masculina y musitó:

—Nuño, te deseo... —al escuchar su nombre susurrado de aquella manera, dulce y provocativa a la vez, contra sus labios, a Nuño le embargó una profunda emoción que nada tenía que ver con la embriagadora sensualidad que los envolvía a ambos. Sin decir palabra, la cogió entre sus brazos y se puso en pie.

Ana rodeó su cuello con los suyos y escondió su rostro en el cálido hueco de su garganta y así, en silencio, Nuño Macnamara subió la escalera, empujó la puerta de la habitación de las niñas y, con suavidad, la depositó sobre la pequeña cama.

Los rayos de sol que se filtraban a través de la contraventana de madera incidían sobre los rubios cabellos esparcidos sobre la almohada en un maravilloso desorden y arrancaban destellos de oro, iluminando la inmaculada piel de sus mejillas que lucían un suave rubor. Macnamara llevaba varios minutos contemplándola dormir, fascinado. Por lo general, le molestaba despertar con otra persona en su cama y siempre buscaba alguna excusa para salir corriendo una vez que había dado rienda suelta a sus necesidades más acuciantes. Sin embargo, aunque había pasado la mayor parte de la noche en una angosta cama infantil, con los pies asomando por el borde del colchón y estrechamente abrazado a Ana, nunca se había sentido tan descansado.

Su hermosura le cortaba la respiración, pero no era solo su belleza lo que le atraía de ella. La noche anterior había descubierto lo que era hacer el amor con la persona amada y sabía que ya nada volvería a ser como antes. Quería a

Ana en su vida. Y eso lo aterrizzaba.

Ni siquiera estaba seguro de lo que ella sentía por él. Deseo, eso era evidente, pero ¿había algo más? Ana hacía el amor sin medias tintas y su forma de entregarse a él sin guardarse nada lo había dejado sin aliento. Entre ellos no había habido falsos pudores, sino una compenetración perfecta a pesar de la novedad. Durante unos instantes, había tenido la sensación de que quizá en otra época, en otra vida, ya habían estado juntos. Sonrió, irónico, ante el rumbo que habían tomado sus pensamientos; a ver si ahora el reconocido cínico Nuño Macnamara, además de enamorarse como un incauto, iba a empezar a creer también en la reencarnación...

Con suavidad, deslizó la sábana por el hombro de Ana y dejó al descubierto parte de un pecho blanco que subía y bajaba con suavidad, al ritmo de su respiración regular. Al instante, una ola de deseo voraz lo invadió de nuevo. Despacio, continuó bajando la sábana, hasta dejar al descubierto la redondeada cadera. Sin poder contenerse, deslizó la palma de la mano por la tersa piel del interior de su muslo y, con delicadeza, buscó en el cálido hueco entre sus piernas el centro de su deseo. A pesar de que Ana no se había despertado, su cuerpo respondió por voluntad propia al contacto de aquellos dedos expertos y, al notar su humedad, el policía alzó el blanco muslo sobre su cadera y se deslizó en su interior con un rápido movimiento.

Observó como Ana abría los párpados con lentitud y, embrujado, fue leyendo las emociones que pasaban a toda velocidad por sus expresivos ojos grises: sorpresa, reconocimiento y, por fin, una sensualidad salvaje que estuvo a punto de hacerlo estallar antes de tiempo. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no dejarse llevar; deseaba ver en sus ojos el momento exacto en el que Ana alcanzara el clímax. No tuvo que esperar mucho tiempo. Pocos minutos después, las pupilas femeninas se dilataron y sus labios se entreabrieron, mientras de su garganta surgía un profundo gemido que trató de contener mordiéndose el labio inferior. Aquel gesto enloqueció a Macnamara por completo y, con un rugido, se dejó ir con ella, hasta alcanzar un lugar fuera del tiempo y el espacio en el que jamás había estado antes.

Cuando regresaron a la realidad, aún sudorosos y con la respiración entrecortada, permanecieron un rato con las mejillas pegadas a la almohada y sus pupilas entrelazadas. Al fin, Ana esbozó una lenta sonrisa y murmuró:

—Menudo viaje...

Satisfecho al no detectar en su mirada ninguna señal de arrepentimiento por lo que acababa de ocurrir entre ellos, el policía asintió con voz ronca:

—Sí, menudo viaje.

Nuño notaba que miles de palabras encerradas en su pecho pugnaban por salir a la luz. Deseaba confesarle su amor, decirle que lo que había experimentado entre sus brazos era distinto de todo lo que había experimentado jamás y quería escuchar que Ana sentía lo mismo que él, pero no se atrevió a hablar. Incluso en aquel momento tan especial, desnudar su alma ante ella y quedar indefenso por completo le aterraba. Nunca había sido un cobarde, pero sus labios permanecieron en silencio. Sin embargo, aunque él lo ignoraba, sus ojos oscuros, que no se apartaban ni un milímetro del precioso rostro de la joven, hablaban por él.

Ana extendió una mano y, como había deseado hacer desde que lo conocía, peinó con sus dedos esbeltos los rebeldes mechones rojizos, apartándolos de su frente. Se sentía ahíta, colmada por entero, le hubiera gustado permanecer así durante horas y no tener que enfrentarse a la inquietante realidad que los acechaba, insoslayable, más allá de la seguridad de esa cama, que el inmenso cuerpo del policía hacía parecer aún más pequeña. Muy a su pesar, Ana se alzó sobre un codo y depositó un suave beso sobre la áspera mejilla masculina.

—Tenemos que ponernos en marcha —comentó y, con un esfuerzo inmenso, se apartó del agradable calor que le proporcionaba su cuerpo fibroso.

Con los brazos cruzados detrás de la nuca, Macnamara oía correr el agua de la ducha y una vez más se preguntó qué demonios iba a ocurrir ahora. Maldiciendo su estupidez, apartó las sábanas a un lado con violencia y se levantó. El chorro caliente no logró despejar del todo sus ideas. Luego buscó en el armario de la otra habitación; ninguna de las prendas de Diego le valía, así que maldijo de nuevo al percatarse de no le quedaba más remedio que volver a ponerse la ropa del día anterior.

Cuando bajó a la cocina, le esperaban una taza de café caliente y unas tostadas recién hechas. Macnamara se limitó a gruñir algo que, solo con mucha imaginación, podía interpretarse como un «gracias», se sentó a la mesa y

pareció concentrarse en su desayuno. De pie, cerca de la ventana, Ana sorbía su café sin quitarle la vista de encima y pensó que a pesar de su aspecto desaliñado —el pelo húmedo sin peinar, una incipiente barba rojiza apuntando en sus mejillas y la arrugada camiseta del día anterior—, estaba muy atractivo. Tomó nota del ceño fruncido del policía y de su cara de pocos amigos. Sin saber por qué, le resultó gracioso que estuviera de tan mal humor. Era evidente que el pobre hombre estaba un poco descolocado después de lo ocurrido, así que dijo unas palabras que pensó que le calmarían.

—No le des más vueltas, inspector, somos un hombre y una mujer adultos, y está claro que nos atraemos físicamente.

Macnamara levantó hacia ella sus ojos tormentosos. Sus palabras no parecían haberlo tranquilizado en absoluto, al contrario, parecía aún más furioso.

—Más que como dos adultos, nos hemos comportado como un par de adolescentes en celo. La última vez no utilicé preservativo —respondió con rudeza.

El policía tuvo la satisfacción de ver cómo se borraba del rostro de Ana la expresión divertida con la que lo había recibido, mientras sus ojos se abrían sorprendidos ante el impacto de sus bruscas palabras. Luego los cerró de golpe, como si quisiera ocultarle sus pensamientos y, cuando los abrió de nuevo, volvía a ser la circunspecta psicóloga que le sacaba de quicio.

—No es necesario que te preocupes por eso —declaró, serena, al tiempo que daba otro sorbo a su taza de café.

Sus palabras, pronunciadas con aparente indiferencia, se clavaron en el pecho de Macnamara produciéndole un dolor desconocido y, de nuevo, su absurdo orgullo masculino habló por él:

—Entonces no lo haré —respondió con un encogimiento de hombros.

Sabía que estaba actuando como un auténtico capullo, pero no podía dominarse. En realidad, ella no había tenido ningún control sobre la situación, pues estaba medio dormida cuando la tomó hacía tan solo unos minutos. Macnamara siempre había sido escrupulosamente minucioso a la hora de tomar precauciones cuando se acostaba con una mujer. De hecho, hubo una época en la que incluso se había planteado hacerse la vasectomía, aunque al final lo descartó. Pero esa mañana ni siquiera había pensado en ello y, ahora

que había surgido el asunto, la idea de Ana embarazada de un hijo suyo le producía un extraño deslumbramiento. Quizá no había evolucionado lo suficiente y seguía siendo un cavernícola obsesionado con dejar su simiente en todas las hembras de la especie, se dijo. Lo extraño era que él nunca se había planteado nada semejante antes de conocer a Ana. Y ahora no entendía por qué, pero quería herirla. Estaba asustado, no soportaba sentirse tan torpe e indefenso como un niño de pecho, mientras ella se mostraba segura y en control de la situación.

Echó la silla hacia atrás con brusquedad y se levantó para llevar sus platos al fregadero. Ana seguía de pie junto a la ventana con la taza en la mano, mientras sus ojos se perdían en las agitadas copas de los árboles que se sacudían, indefensas, frente al violento vendaval que no había cesado de soplar desde la noche anterior. Macnamara se detuvo junto a ella, pero Ana simuló no darse cuenta y permaneció inmóvil, sin apartar los ojos de ese paisaje, indómito y gris, tan turbulento como las emociones que bullían en su interior.

—Ana...

Ella lo ignoró de nuevo hasta que Macnamara le quitó la taza y la dejó sobre la mesa, luego aferró su barbilla entre el índice y el pulgar y la obligó a mirarlo. Los iris grises se enfrentaron a él, desafiantes, pero el arrepentimiento que detectó en los ojos oscuros la desarmó y más aún cuando Macnamara hundió la cabeza en su garganta y susurró:

—Perdóname, Ana. No sé lo que me haces...

Ana percibió el temblor del inmenso cuerpo masculino, y una súbita oleada de ternura borró cualquier rastro de rencor que hubiera albergado. Alzó los brazos y, con delicadeza, enredó sus dedos en el cabello no demasiado corto de su nuca, forzándolo a alzar la cabeza. Entonces, lo miró a los ojos con toda la sinceridad de que era capaz y declaró:

—Esto también es nuevo para mí. Dejemos que las cosas sigan su curso, sin agobios, sin presiones. Lo que haya de ocurrir, ocurrirá.

Extrañamente tranquilizado por sus palabras, a pesar de que no eran las que hubiera deseado oír, el policía se inclinó sobre sus labios y, tan cerca de ellos que Ana podía sentir la caricia de su cálido aliento, susurró tan solo:

—Gracias —y posó su boca sobre la boca femenina, sin ejercer apenas

presión. Después se separó de ella y se pasó la mano varias veces por el pelo cobrizo, hasta que consiguió tranquilizarse.

Justo en ese instante, se escuchó el timbre de la puerta y el estridente sonido relajó la tensión que flotaba aún en el ambiente.

—Voy a ver quién es.

Desde la cocina, Macnamara distinguió una voz varonil que se mezclaba con la de Ana. Intrigado, se dirigió hacia la puerta de entrada a ver quién era el recién llegado. Las cejas de Ricardo Daroca se alzaron en un gesto de sorpresa al percibir la alta figura del inspector detrás de la chica.

—Caramba, inspector, parece que usted empieza muy pronto su jornada laboral —a pesar de que los dientes del hombre relucían en su sempiterna sonrisa, Nuño notó un chispazo de ira en las pupilas del recién llegado.

—Ya ve, la policía española nunca descansa —respondió, socarrón, y colocó una mano posesiva sobre el hombro femenino. Incómoda, Ana se apartó en el acto, pero el gesto no le pasó desapercibido a los agudos ojos verdes. A pesar de que Ricardo seguía sonriendo, el calor de esa sonrisa no alcanzaba su mirada, pero sin demostrar ningún tipo de malestar, se volvió hacia Ana y preguntó:

—¿Ha ocurrido alguna novedad que justifique la presencia del inspector Macnamara en tu casa a estas horas tan tempranas?

A Ana la pregunta le pareció impertinente; ella no tenía por qué justificar la presencia de Macnamara ante su amigo. En su casa podía hacer lo que le diera la gana sin tener que darle explicaciones a nadie. Molesta, le dio a entender eso mismo a Ricardo, aunque trató de utilizar unas palabras más amables, pero al ver la rigidez de su expresión añadió:

—En realidad sí que ha ocurrido algo muy desagradable...

—Esa información es confidencial y no estás autorizada a revelar asuntos de la investigación —la interrumpió Macnamara con brusquedad, sin apartar la mirada desafiante del rostro moreno de su rival. Resultaba evidente que entre los dos hombres había surgido un fuerte antagonismo y a Ana la situación no le hizo ninguna gracia. Lo último que quería era convertirse en motivo de discordia entre dos hombres, como en una de esas telenovelas latinoamericanas a las que Julia era tan aficionada.

—Será mejor que me vaya —dijo por fin Ricardo.

—Sí, creo que será lo mejor —contestó Macnamara con grosería.

El recién llegado se dio la vuelta para marcharse, pero antes soltó una última andanada cargada de veneno.

—Ten cuidado en quién confías, Ana. Sabes mucho mejor que yo que la poli nunca se portó bien con nosotros —Ana se mordió el labio inferior y, por su expresión, Macnamara notó que el dardo había dado en la diana. Le dieron ganas de agarrar al relamido visitante por las solapas de su elegante chaqueta y sacudirlo, pero Ricardo Daroca ya se alejaba con rapidez en dirección a su lujoso todoterreno.

—Esa exhibición de posesividad machista trasnochada te ha quedado bastante ridícula —comentó Ana con acidez.

—¿Tú crees? Es mejor que cada uno sepa qué terreno pisa —la arrogancia del policía la hizo apretar los puños. Rabiosa, se enfrentó a él con los brazos en jarras y alzó la barbilla, desafiante.

—Ah, ¿sí? Y qué terreno es ese, si puede saberse.

—Tú, precisamente, no deberías ni preguntarlo. Te recuerdo que esta noche hemos compartido algo más que conversación —respondió con estudiada zafiedad.

El inspector observó con gesto impasible los indicios de la ira irrefrenable que la invadió: su bonito rostro se sonrojó con violencia, los iris grises despidieron llamaradas y la boca se abrió para hacerle saber de manera inequívoca lo que opinaba de un energúmeno como él, pero, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Nuño la rodeó con un brazo y hundió los dedos de su otra mano en su suave melena rubia. Luego enrolló el dorado cabello alrededor de su puño y tiró con fuerza, obligándola a alzar la cara hacia él. Una vez que los sensuales labios se entreabrieron en un gesto de dolor, se abalanzó sobre ellos y descargó con violencia la confusa amalgama de emociones que se agitaban en su amplio pecho —ira, deseo, celos, amor... — sobre aquella boca indefensa.

—Me bajo ahora a Madrid —anunció entre jadeos, separándose unos centímetros de sus labios—. Voy a ponerle las pilas a esos condenados vagos del laboratorio. En cuanto sepa algo te llamaré. Vete a buscar a los niños y explícales lo que creas conveniente, pero luego no abandones la casa. ¿Entendido? —preguntó dándole una leve sacudida—. No quiero que te

quedes sola ni un maldito segundo.

La soltó con tanta brusquedad, que Ana se vio obligada a apoyarse en la pared para no caer al suelo. Con rapidez, el policía se puso su cazadora negra, metió el móvil y su cartera en uno de sus numerosos bolsillos, cogió su casco y abandonó la casa sin volverse a mirarla. Incapaz de decir nada, Ana lo observó alejarse con las pupilas dilatadas, mientras se llevaba una mano temblorosa a la garganta. Con agilidad, Macnamara se subió a la imponente Honda y desapareció a toda velocidad por el camino de tierra.

16

Durante el resto de la semana, Macnamara no llamó a Ana a pesar de que ardía en deseos de escuchar su voz. Se decía que estaba demasiado ocupado, lo cual era cierto pues, además del caso de Natalia, debía ocuparse de dos nuevos crímenes que habían tenido lugar con dos días de diferencia. El inspector no llegaba nunca a su casa antes de las once de la noche y se levantaba muy temprano, pero en el fondo sabía que eso eran solo excusas patéticas. La verdad era que no la llamaba porque estaba asustado.

Muy asustado.

A pesar de que todas las noches caía agotado sobre su cama, aún tardaba un buen rato en dormirse. Sin pedirle permiso, su mente parecía decidida a recrearse en la noche en que Ana y él hicieron el amor. La imagen del cuerpo desnudo de Ana, de sus caricias apasionadas, de las increíbles sensaciones que había experimentado lo atormentaban y soñaba con tenerla de nuevo entre sus brazos y hacerla suya una vez más. Muchas veces, terminaba abrazado a la almohada y tenía que morder la funda para reprimir los gemidos de deseo que el recuerdo le provocaba.

Jamás había perdido el juicio de semejante manera por una mujer. Se negaba a sí mismo, una y otra vez, que eso que sentía fuera amor; pero, en el fondo, sabía que no sería capaz de seguir viviendo sin ella a su lado y le aterraba la idea de volverse tan dependiente de alguien como lo había sido su padre.

El jueves se presentó en la comisaría pálido, sin afeitarse y con unas

marcadas ojeras, y hasta Teresa —de la que sospechaba que no sentía mucha simpatía por él— le preguntó, preocupada, si estaba enfermo. Sentado frente a la mesa de su despacho, mirando sin ver la enorme pila de papeles que se iban acumulando día tras día sobre ella, tomó una decisión: necesitaba hablar con Ana hasta el punto de que temía enloquecer si no lo hacía. Escuchar su voz, contemplar su precioso rostro, abrazarla hasta cortarle la respiración eran requisitos indispensables si quería conservar la cordura. Decidido, cogió el móvil y empezó a marcar, pero antes de terminar, entró una llamada por el teléfono de la comisaría. Fastidiado por la interrupción, descolgó con brusquedad y contestó de malos modos.

Era una llamada del laboratorio y lo que le contó su interlocutor hizo que la piel de su rostro palidiera aún más. Cuando colgó, apoyó los codos sobre la mesa y hundió las manos en sus cabellos, abrumado. Sabía que lo que tenía que hacer iba a pasarle una enorme factura y no estaba seguro de poder pagar el precio.

Ana estaba preparando la cena. Los pequeños no tardarían mucho en terminar de bañarse y sabía que bajarían exigiendo su comida como pirañas hambrientas. Esbozó una desgana sonrisa ante sus pensamientos, a pesar de que durante lo que llevaba de semana no había sentido el menor deseo de sonreír. Macnamara no la había llamado y, por supuesto, ella tampoco lo había hecho. Aunque se decía a sí misma que no debería darle tantas vueltas a lo que solo había sido una noche de lujuria desenfrenada, no podía evitar sentirse mal. El recuerdo de lo ocurrido entre los dos rondaba sus pensamientos a menudo. Ni siquiera con Manu, al que había amado con toda su alma, había experimentado una pasión semejante.

«Pues qué esperabas, idiota. Manu era un muchacho casi tan virgen como lo eras tú. El inspector es un hombre hecho y derecho al que, a juzgar por lo poco que sabes de él, nunca le han faltado mujeres para poner en práctica sus dotes de seducción», se regañó, molesta consigo misma por no poder apartar de su cabeza la imagen del atractivo, malhumorado y pelirrojo policía.

Su propia experiencia en asuntos sexuales era bastante limitada, apenas unos pocos encuentros con esos dos hombres que ocuparon un mínimo espacio

en su vida varios años atrás. Por eso no podía entender la frustración que sentía; el inspector Macnamara ni siquiera le caía bien. Era el tipo más rudo, grosero y falto de delicadeza con el que se había topado, se dijo. Sin embargo, recordó la forma en que le había hecho el amor aquella noche inolvidable, la ternura que rezumaba hasta la más ínfima de sus caricias, la delicadeza de su tacto... y supo que el hombre que aquella noche compartió su cama y su cuerpo con ella no tenía nada que ver con la imagen insensible y despreocupada que el policía proyectaba. Inmersa en sus perturbadores recuerdos, Ana olvidó que tenía la salsa del pescado en el fuego hasta que un intenso olor a quemado la obligó a volver a la realidad. Con rapidez apartó el cazo, pero no había nada que hacer; se había pegado. Maldiciendo, la arrojó al cubo de basura y puso la cazuela bajo el chorro de agua fría. Le estaba bien empleado por pensar en ese hombre horrible que no se merecía que le dedicara ni un minuto de su tiempo, se dijo irritada.

En ese momento, escuchó que Miriam y Pablo bajaban corriendo la escalera, haciendo el mismo ruido que una estampida de bisontes y trató de cambiar la expresión de su rostro.

—¡Diego, ya está la cena! —gritó Ana, mientras terminaba de aliñar un poco de lechuga para sustituir a la salsa arruinada.

Los tres entraron en tromba en la cocina y se abalanzaron sobre sus platos como si hubiera pasado un siglo desde la última vez que vieron algo de comida. Con la boca llena, Diego comentó:

—Mira lo que he encontrado ahí afuera —sacó algo de su bolsillo y lo colocó sobre la mesa de la cocina—. Es tuya, ¿verdad? Me suena haberla visto alguna vez en tu mesilla de noche.

Al ver la pequeña leona de plástico atravesada, de lado a lado, por un clavo y con una mancha de pintura roja —burda imitación de la sangre—, que contrastaba de forma estridente con el amarillo chillón de su piel, el estómago de Ana hizo un movimiento extraño y se cerró de golpe. Diego notó la palidez de su rostro y preguntó, preocupado:

—Ana, ¿te ocurre algo?

—No, no es nada —respondió ella, tratando de recuperar la compostura. Pablo y Miriam la miraban con curiosidad, pero no parecían alarmados, así que Ana hizo un inmenso esfuerzo por parecer calmada—. Sí, es mía. No me

había dado cuenta de que faltaba.

Ahora que lo pensaba, hacía bastantes días que no la veía. La pequeña leona llevaba tanto tiempo sobre su mesilla de noche que ya no le prestaba atención.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó con aparente indiferencia, sorprendida de que su voz no temblara tanto como lo hacían sus manos, que ocultó con rapidez debajo de la mesa.

—Estaba encima del columpio. La verdad es que, cuando la he visto, me ha dado muy mal rollo.

Ana le hizo una seña por encima de la cabeza de los pequeños para indicarle que tuviera cuidado con lo que decía y Diego asintió imperceptiblemente.

—Quizá alguien ha querido gastarme una broma.

—Es una leona muy chula, ¿puedo quedármela? —preguntó Pablo, contemplando fascinado los afilados colmillos que mostraba el felino en un fiero rugido congelado para siempre.

—No, lo siento, Pablo. Es un regalo que una persona me hizo una vez. No estaría bien que yo a su vez se lo regalara a alguien —Ana extendió el brazo, cogió la figura de plástico y se levantó para guardarla en uno de los cajones de la cocina. No quería seguir viéndola ni un segundo más. Luego regresó a la mesa y siguió conversando con aparente serenidad, deseosa de desviar la atención hacia otros temas.

Cuando terminaron de cenar, Ana permitió que los pequeños se fueran sin recoger, pero Diego se quedó a ayudarla. En un momento dado, el chico levantó los ojos de los platos sucios y, sin andarse por las ramas, preguntó:

—¿Qué crees que significa?

Ana no fingió que no sabía de qué le estaba hablando.

—No tengo ni idea. Una broma de mal gusto, supongo —contestó con un encogimiento de hombros.

—Pero eso quiere decir que el que la ha puesto allí ha entrado en tu cuarto para cogerla —a pesar de que Diego ya tenía la suficiente edad para estar al tanto de ciertas cosas, Ana le había ocultado el episodio de la mano. Cuando el chico le preguntó al respecto, tan solo le explicó, sin dar muchos detalles, que alguien había entrado en la casa haciendo saltar la alarma y que ella se

había asustado—. Joder, Ana, me preocupa que alguien quiera hacerte daño.

Al ver la inquietud que asomaba en los ojos del muchacho, Ana se acercó a él y le acarició con suavidad una de sus imberbes mejillas.

—No te preocupes por eso. El inspector Macnamara está con ello y creo que si alguien puede resolver este caso es él.

Diego atrapó la mano femenina con la suya y la apretó contra su cara.

—Me pregunto si ese gigantesco saco de malhumor servirá para algo, pero le daré el beneficio de la duda. A pesar de su mala leche, no sé por qué me cae mejor que otros polis que he conocido. Por lo menos no se le puede acusar de hipócrita.

Ana sonrió al escuchar la descripción que hacía el muchacho de Macnamara.

—No, de hipócrita desde luego que no. El inspector no tiene pelos en la lengua a la hora de decir lo que piensa. Anda, vete a acostar y no te preocupes. Sé cuidar de mí misma.

Tras darle las buenas noches, Diego subió a su habitación. Ana terminó de recoger, se preparó una de sus tisanas y se dirigió al salón donde un alegre fuego crepitaba en la chimenea. La joven aferró la taza entre sus manos y se quedó mirando las llamas, abstraída en su incansable danza.

«Una leona para la leona más fiera: ¡Anuska, la reina de la selva...!».

A Ana le pareció escuchar la voz de Manu en la habitación, pronunciando esas mismas palabras. Se acordaba de aquel día como si acabara de suceder. Manu, Ricardo y ella habían entrado a robar en un chalé de las afueras de Madrid. Debía ser una vivienda de vacaciones, porque el objeto más valioso que encontraron fue un enorme televisor en blanco y negro, de no menos de veinte años de antigüedad. Recordaba a Ricardo golpeando la pared del salón, maldiciendo su mala suerte, mientras Manu se retorció de risa tirado en un sofá. Ella tampoco le veía la gracia a la situación, se habían arriesgado a ser detenidos para nada. Verlos de tan mal humor, hacía que Manu riera aún más fuerte y Ricardo se enfadó mucho con él y le acusó de hacer las cosas a lo loco, sin pararse a pensar, lo cual era cierto. Manu era el ser más imprevisible del mundo, pero también uno de los más valientes, animados y tiernos que Ana había conocido jamás y ella lo adoraba por ello.

... Al ver que la situación estaba a punto de degenerar en una pelea, la chica fue a la cocina y sacó de la nevera, que debía permanecer encendida todo el año, tres cervezas. Luego rebuscó en la despensa y encontró una bolsa de patatas fritas cerrada con una pinza —que a saber cuánto tiempo llevaba allí— y otra, sin abrir, de cacahuetes. Con todo eso, volvió al salón y anunció:

—¡Chicos, el dueño de esta casa al menos nos invita al aperitivo!

Al instante, los dos muchachos dejaron de discutir y se abalanzaron sobre las cervezas. Los tres —los chicos a los lados y ella en el medio— se repanchingaron en el incómodo sofá estilo años setenta, con los pies encima de la mesa de centro, mientras bebían sus cervezas y hacían planes para el futuro.

—Yo solo sé que tendré tanta pasta, que cambiaré de coche todos los años —anunció Ricardo dándole un sorbo a su botella.

—Pues yo compraré una casita en el campo, con un huerto y un perro enorme, y Ana y yo viviremos allí por los siglos de los siglos...

—Eh, Manu, no te olvides de nuestros dos hijos. Un niño y una niña, rubios como nosotros —lo interrumpió Ana y apretó su mano un poco más.

—¡Cómo voy a olvidarme! —Manu bajó la cabeza y depositó en sus labios un tierno beso con sabor a cerveza.

—¡Joder, tíos, no seáis pesados!

Las rudas palabras de Ricardo la sacaron de su arrobamiento y, turbada, trató de apartar a Manu; sin embargo él no hizo ni caso y siguió besándola un rato más. Cuando por fin la dejó ir, Ana detectó una mirada airada en los ojos verdes de Ricardo y se ruborizó un poco. Hacía semanas que sospechaba que le gustaba y le daba pena verlo sufrir. Iba a decir algo para consolarlo, cuando escuchó en el exterior el sonido de voces y los ladridos de un perro.

—¡Chicos, alguien viene! —susurró con urgencia. Los tres se pusieron en pie en el acto, arrojaron las botellas al suelo y salieron corriendo en dirección a la puerta trasera.

Ana estaba asustada, sabía que si la cogían la devolverían a su última casa de acogida, donde, en una ocasión, el padre de familia había tratado de abrir la puerta del baño con un estúpido pretexto mientras ella se

duchaba. Otro día, Ana despertó de un sueño profundo y notó una mano reptando por debajo de su camión. Lo había empujado con fuerza y el hombre se golpeó la cabeza con la esquina de la mesilla y perdió el conocimiento. Muerta de miedo, Ana recogió sus escasas pertenencias a toda prisa y escapó de la casa esa misma noche. Así que ahora corrió como si la persiguiera el mismo demonio. No estaba dispuesta a volver.

De un salto logró alcanzar el borde de la tapia del jardín, pasó una pierna por encima y se dejó caer al otro lado. Notó un ligero dolor en las rodillas, pero siguió corriendo hasta que, de repente, la mano de Ricardo asomó por detrás de un arbusto y la arrastró consigo, ocultándola de quien quiera que fuese el que los perseguía. Sin aliento, Ana escondió el rostro en el pecho de su amigo pero, de pronto, levantó la cabeza y le preguntó en voz muy baja:

—¿Dónde está Manu? —Enloquecida, miró a su alrededor y, al no ver ni rastro del otro muchacho, se puso en pie dispuesta a volver a la casa a buscarlo.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loca? Quédate aquí —susurró Ricardo sujetando con fuerza su muñeca, pero Ana no le hizo caso y luchó por soltarse. Entonces, su amigo la agarró por detrás inmovilizándole los brazos y la obligó a permanecer donde estaba a pesar de los desesperados esfuerzos de Ana por liberarse—. ¡Quieta he dicho!

Sus brazos la aferraban con tanta fuerza que Ana gritó de dolor. En ese momento, un tercero hizo su aparición detrás de ese mismo seto.

—¡Manu! —exclamó Ana. Ricardo la soltó por fin y Ana se lanzó a los brazos del recién llegado, que la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Tranquila, Anuska, los capullos esos se han quedado atrás, demasiado asustados para perseguirnos.

—¿Qué demonios hacías? ¿Por qué has tardado tanto? —preguntó, enfadada.

Al detectar su preocupación, Manu le guiñó un ojo y contestó:

—Cuando salía vi una cosa sobre la repisa de la chimenea y me dije: esto para mi Anuska, así que volví a buscarla —y, con esa sonrisa pícaro que la volvía loca, le tendió una leona de plástico de color amarillo y le dijo —: Una leona para la leona más fiera: ¡Anuska, la reina de la selva!

Los dos empezaron a reírse a carcajadas hasta que Ricardo los interrumpió, irritado, y dijo que ya era hora de que se largaran de allí...

Ana volvió de golpe al presente. Por unos instantes había conseguido ver en las llamas la cara de Manu, con su pelo rubio cortado a cepillo, las pecas de su nariz y sus bonitos ojos azules, pero luego aquel rostro se había desvanecido y, en su lugar, había aparecido el ceño adusto del inspector Macnamara bajo el que relucían sus turbulentos ojos oscuros, el revuelto pelo rojizo que necesitaba un buen corte y esas manos, de dedos largos y nervudos, capaces de sumergirla en un estado febril.

Con un golpe seco dejó la taza sobre la mesa. ¡Basta ya!, se dijo. No deseaba pensar en él. La noche que compartieron había sido un escape fugaz de la horrible realidad en la que, últimamente, se había convertido su vida. Nada más.

Dispuesta a espantar cualquier pensamiento relacionado con el policía que quisiera colarse en su cerebro, Ana subió a su habitación. Al final, después de cambiar las sábanas había decidido que sería absurdo no volver a dormir en su cama, así que, a pesar de que la primera noche tardó más de lo que solía en conciliar el sueño, al cabo de unos días todo había vuelto a la normalidad. Ana se puso el camisón y se preparó para acostarse. Estaba muy cansada pero cada vez que se abrazaba a la almohada para dormir —una costumbre que tenía desde pequeña—, le parecía sentir los duros músculos del inspector bajo sus dedos y el roce del suave vello de su pecho, con lo cual se desvelaba de nuevo. Después de casi una hora dando vueltas, consiguió sumirse en un sueño inquieto, pues, aún durmiendo, su mente no descansaba.

... se acerca a ella, posa su mano en su brazo y la desliza hacia arriba, rozando su hombro con la suavidad de un suspiro, hasta llegar a sus clavículas donde se demora y las dibuja con sus dedos. El índice masculino resbala entre sus pechos con lentitud y contornea su ombligo haciendo que contenga el aliento, mientras su vientre explota en llamas. Ahora sus manos están a ambos lados de sus caderas y traza filigranas exquisitas, florituras enrevesadas que erizan su piel. Ella cierra los ojos, concentrada en los delicados

adornos invisibles con los que él decora su cuerpo y suspira. Las yemas de esos fuertes dedos esbozan un intrincado paisaje en su espalda. Enredaderas de sensaciones trepan por su columna vertebral y se enroscan alrededor de su cuello. Abre la boca y exhala un gemido sensual, que segundos después se convierte en un deseo desesperado de respirar. Los dedos, antes tan suaves, aprietan más y más su garganta, privándola de la última gota de oxígeno y, lo que hasta entonces había sido un estremecimiento de puro placer, se transforma en un escalofrío de terror...

Ana despertó sobresaltada y se incorporó de golpe en la cama. El sudor perlaba su frente y su corazón latía tumultuoso. Desesperada, boqueó con ansia intentando que el aire entrara de nuevo en sus pulmones. Todavía con el horror de la pesadilla muy presente, volvió a derrumbarse sobre el colchón, abrazó sus rodillas y se hizo un ovillo bajo las sábanas. Así permaneció, en la misma postura, hasta que los rayos del sol se colaron en la habitación y anunciaron el amanecer.

Apenas hacía diez minutos que la furgoneta del colegio de los niños se había marchado, cuando dos coches, sin ningún tipo de distintivo o identificación, aparecieron en el camino a toda velocidad con los neumáticos salpicando grandes terrones de barro en todas las direcciones. Ambos vehículos se detuvieron frente a la entrada de la casa con un aparatoso chirriar de frenos. Las puertas se abrieron y dos hombres descendieron de cada uno de ellos con rapidez.

Macnamara apoyó el dedo en el timbre hasta que la puerta se abrió y apareció Ana al otro lado con una mirada interrogante. Al ver al inspector, que lucía su expresión más adusta, y a tres hombres más detrás de él, la joven supo que algo iba rematadamente mal.

—¿Qué ocurre? —Trató de que su voz sonara calmada, pero Nuño advirtió que estaba asustada. Muy asustada.

—Déjanos pasar, Ana. Tenemos una orden de registro.

Ana sintió como si un puño enorme apretara su estómago, pero se hizo a un lado y los dejó pasar sin protestar.

—No sé a qué viene lo de la orden de registro. Nunca te he puesto ninguna traba para entrar en esta casa —su tono era suave, a pesar de que lo que más le hubiera gustado en ese momento habría sido cerrarles la puerta en las narices.

—Hoy es diferente —respondió Macnamara con sequedad, sin que su rostro impasible traicionara ninguna de las numerosas y contrapuestas

emociones que se agitaban en su interior.

—Ana, ¿qué ocurre? —preguntó Diego bajando los escalones de dos en dos, mientras se abrochaba el cinturón de los vaqueros. Acababa de ducharse cuando oyó el alboroto y ni siquiera le había dado tiempo a ponerse la camiseta que llevaba colgada sobre el hombro.

—Tranquilo, chaval, siéntate aquí —uno de los agentes lo agarró del brazo y lo llevó en dirección a la banqueta del recibidor. Diego se revolvió tratando de liberarse, pero el hombre era mucho más fuerte que él y le dijo amenazador —: Estate quieto, chico, o será peor para ti.

—Vosotros dos, subid a la segunda habitación a la derecha y registradla de arriba abajo. Tú, quédate aquí y vigila al muchacho —ordenó Macnamara a sus hombres, al tiempo que agarraba el brazo de Ana y la arrastraba hasta el salón. La metió dentro y cerró la puerta a sus espaldas y luego se volvió hacia la joven, que lo miraba entre asustada y desafiante.

—Dime de una vez qué está pasando. ¿Por qué has dicho a tus hombres que registren la habitación de los chicos? —Macnamara admiró el control que Ana ejercía sobre sí misma. Notó cómo temblaban sus manos, sin embargo, ella lo miraba a los ojos y se dirigía a él en un tono firme y seguro que le impresionó.

—Siéntate, ¿quieres? —le dijo el policía tratando de suavizar su tono autoritario.

—No quiero sentarme. Dime qué demonios estáis buscando y luego podéis largaros todos de mi casa con viento fresco —a pesar de sus intentos de mantener la calma, la rabia que sentía ante lo que consideraba un atropello estaba ganando terreno.

El hombre se dirigió hacia la chimenea en la que solo quedaban restos de ceniza y, sin poder evitarlo, evocó aquella noche fatídica en que las llamas ardían en el hogar, mientras que otras llamaradas aún más abrasadoras se desataban también fuera de él. Nuño sacudió la cabeza para liberarse de esos inoportunos recuerdos, apoyó el brazo a lo largo de la repisa de piedra y se volvió hacia ella con toda la frialdad que consiguió aparentar.

—Ayer me llamaron del laboratorio, tenían los resultados de unas muestras que mandé analizar. Un polvillo pardo que apareció junto al cadáver de Dionisio Fuentes y también junto a la nota que dejaron sobre tu cama... —Ana

no desviaba la vista de su rostro, como si quisiera asegurarse de que le estaba diciendo toda la verdad. Irritado por la desconfianza que adivinaba en sus ojos grises, Macnamara le soltó la noticia en un tono áspero que la hizo ponerse aún más a la defensiva—. Es serrín. La misma clase de serrín que encontramos en el taller de carpintería donde trabaja Diego.

A Macnamara no le pasó desapercibida la súbita rigidez del cuerpo de Ana y la manera en que se mordió el labio inferior hasta casi hacerlo sangrar para evitar que temblara, a pesar de lo cual alzó la cabeza retadora y declaró:

—¿Y qué? Eso no prueba nada. Cualquiera puede haber entrado allí para coger un poco y dejarlo al lado del cadáver y sobre mi cama para incriminar a Diego. No me parece una prueba concluyente, Sherlock —contestó Ana, despectiva.

—Tal vez no, tal vez sí —contestó el policía con la misma expresión impasible, a pesar de que por dentro luchaba entre las ganas de sacudirla por su desdén y el deseo de abrazarla con todas sus fuerzas—. Recapitulemos: uno, la persona que buscamos tiene fácil acceso a la casa; dos, esa mañana en que sentiste la presencia de alguien en tu cuarto al despertar, luego encontraste en el suelo un punzón de carpintero; tres, Diego está loco por ti y las personas obsesionadas reaccionan a menudo de forma extraña.

—¡Eso es pura especulación, no son más que pruebas circunstanciales! —exclamó Ana llena de rabia.

—Pruebas circunstanciales. Hay que ver cuánto daño han hecho las películas americanas. Cualquiera ve un par de ellas y ya se cree detective o juez —su sarcasmo en esos momentos era más de lo que Ana podía resistir.

—¡Márchate de aquí! No tienes ningún derecho a hacer lo que estás haciendo —gritó Ana echando chispas por los ojos. Con rapidez, se acercó a él y lo empujó con ambas manos, pero a pesar de que lo tomó por sorpresa, el inmenso cuerpo de Macnamara no se desplazó ni un milímetro.

El inspector reaccionó al instante, la agarró de los brazos y la sacudió un par de veces con violencia.

—¡Estate quieta!

Ana obedeció, jadeante, y se quedó inmóvil intentando recuperar el control. En ese momento, uno de los agentes que había subido al piso de arriba entró en el salón con una bolsa de plástico en la mano.

—Mire lo que hemos encontrado, jefe.

Macnamara tomó la bolsa, la examinó y, despacio, se la tendió a Ana para que viera su contenido. Durante unos segundos Ana observó con estupor el extraño cuchillo que había en el interior. Era un arma de buen tamaño; la hoja, de unos tres centímetros de ancho, lucía un complicado grabado y acababa en una curva no muy cerrada. El mango, en cambio, era muy sencillo; una simple empuñadura de madera con numerosas muescas, causadas sin duda por el paso del tiempo. Ana no necesitaba ninguna explicación del inspector para darse cuenta de que aquel era el famoso corvo chileno del que le hablara el policía. El mismo cuchillo que acabó con la vida de Natalia. Incredula, la joven desvió la mirada del contenido de la bolsa, para clavarla en las pupilas masculinas y sacudió la cabeza.

—Tiene que haber un error. Sé que ha habido un error —afirmó mirándolo suplicante. Al ver el insoportable dolor que expresaban sus ojos, el inspector notó que algo dentro de él se desgarraba—. Diego nunca haría eso. Lo conozco bien. Lleva casi año y medio en terapia conmigo y es uno de los muchachos más nobles con los que me he tropezado desde que me dedico a la psicología.

—Lo siento, señorita —declaró el agente que había encontrado el arma como si estuviera algo avergonzado de sí mismo—. Estaba en el cuarto del fondo del pasillo. Metido dentro de un libro de carpintería en el que alguien se ha molestado en recortar un rectángulo en cada una de las páginas. Un buen escondite, la verdad, nos ha costado encontrarlo.

—Está bien, Rivera, ve a guardarlo en el coche —el agente volvió a lanzar una mirada de disculpa a Ana y salió del salón con rapidez.

—¡Nuño, tienes que creerme! —rogó Ana con los ojos anegados, mientras se abrazaba a sí misma como si estuviera helada.

Macnamara no podía soportar verla en ese estado. En esos momentos, le hubiera gustado lanzar el condenado cuchillo lo más lejos posible y olvidarse del asunto. Cualquier cosa con tal de que Ana no siguiera mirándolo de esa manera que le partía el alma, pero asustado por el poder que aquella mujer ejercía sobre él, se refugió bajo su mejor disfraz profesional y se limitó a contestar:

—Ana sé que esto es muy duro para ti, pero el serrín y el cuchillo

escondido en el cuarto de Diego son demasiadas coincidencias —se detuvo en seco al notar que Ana recibía sus palabras como un par de puñetazos en pleno rostro. Incapaz de soportar su dolor ni un segundo más, Macnamara le sujetó el rostro entre sus manos, se inclinó sobre ella y, con los labios pegados a los suyos, susurró—: Ana, lo siento, pero debo hacerlo. Por favor, entiéndelo...

Ana se revolvió con violencia hasta que consiguió liberarse de sus manos, se apartó y lo miró con aborrecimiento, mientras le escupía su respuesta.

—No vuelvas a tocarme nunca más. Ricardo tiene razón. Eres un poli y a mí nunca me han gustado los polis.

Macnamara se pasó una mano por el pelo, aturdido por la repulsión que expresaban los ojos grises. Ana supo que lo había herido en lo más hondo, pero no le importó. En ese instante, odiaba al hombre que tenía enfrente como jamás había odiado a nadie en su vida. Con brusquedad, dio media vuelta y salió de la habitación. Diego seguía sentado en la banqueta, custodiado por dos policías. En cuanto vio a Ana, se levantó y trató de acercarse a ella, pero dos fuertes manos sobre sus hombros se lo impidieron.

—¡Ana, te juro que es la primera vez que veo ese cuchillo! ¡Yo no maté a Natalia, por favor, créeme! —gritó con expresión acosada.

—Por supuesto que te creo, Diego —Ana ignoró a los policías y abrazó al muchacho con todas sus fuerzas—. Sé perfectamente que eres inocente. Haré todo lo que esté en mi mano para arreglar este malentendido. Mañana visitaré a un abogado. No dejaré que entres en la cárcel.

Mientras hablaba, las lágrimas resbalaban por las mejillas femeninas y los ojos de Diego relucían también con una sospechosa humedad. Macnamara observaba la escena con los largos brazos cruzados sobre su pecho poderoso, como si nada de eso fuera con él. Sin embargo, presentía que no iba a ser capaz de soportarlo mucho más, así que hizo una seña con las cejas a sus hombres para que sacaran de allí al muchacho. Los policías esposaron a Diego y lo obligaron a meterse en medio del asiento trasero de uno de los vehículos, mientras los agentes se colocaban uno a cada lado y el tercero se ponía al volante. Ana se aferró a la puerta, al tiempo que le gritaba a Diego a través de la ventanilla:

—¡Aguanta, Diego! ¡Te juro que te sacaré enseguida!

De repente, unos brazos la agarraron por la cintura y la apartaron del

coche, mientras ella pataleaba en el aire tratando de librarse de esas férreas ataduras.

—¡Suéltame, maldito bastardo!

—No lo haré hasta que no te tranquilices —la voz fría y calmada del inspector Macnamara la enfureció aún más, y se revolvió con fiereza tratando de golpearlo hasta que ya no le quedaron fuerzas. Al notar que el cuerpo de Ana colgaba laxo entre sus brazos, el policía aflojó el abrazo hasta que los pies de ella tocaron el suelo una vez más.

Si en ese momento el inspector la hubiera soltado, Ana se habría desplomado sobre la tierra fría del jardín. De pronto, se sentía tan agotada que ni siquiera le quedaban fuerzas suficientes para mantenerse en pie. Lágrimas, esta vez silenciosas, brotaron sin tregua de sus ojos, al tiempo que unos violentos sollozos sacudían su cuerpo. Nuño le dio la vuelta, apretó la cabeza femenina contra su pecho y hundió su rostro en el suave pelo rubio, aspirando el ya familiar aroma que tanto había echado de menos durante los últimos días. La amaba. La quería como nunca pensó que pudiera querer a una mujer y no estaba dispuesto a renunciar a ella, aunque todo el universo se pusiera en su contra.

Ana lloraba con desesperación apoyada en él, mientras murmuraba débilmente una y otra vez:

—Te odio, te odio.

—Shh, calla... —susurró sin dejar de apretarla contra sí.

Después de un largo rato, los sollozos se fueron espaciando y Macnamara sintió que las palmas femeninas empujaban contra su pecho en un vano intento de alejarlo, así que se separó con desgana, sin soltarla del todo, y la miró. Las pálidas mejillas estaban empapadas y en sus ojos percibió una angustia desgarradora.

—Suéltame —su tono era monocorde e inexpresivo, como si ya no le quedara ánimo suficiente para enfrentarse a él.

Al oírla, las manos del inspector cayeron a lo largo de su cuerpo y dio un paso atrás, en silencio. Ya libre, Ana dio media vuelta y se alejó en dirección a la casa, arrastrando los pies, pero Macnamara se negó a permitir que se alejara de él de esa manera y en dos zancadas se puso de nuevo a su lado y la tomó de la muñeca. Ana se detuvo, pero no volvió la vista hacia él. A pesar de

ello, Nuño intentó explicarle sus sentimientos.

—Ana, no quiero que nos separemos así. Yo... Ana, yo... nosotros... — por primera vez en su vida Nuño Macnamara tartamudeaba, incapaz de expresar lo que sentía.

Ana lo miró por fin, con sus ojos grises vacíos de toda expresión, y con voz firme declaró, tajante:

—No existe ningún nosotros.

Se liberó de su mano, abrió la puerta de la vivienda y la cerró de golpe antes de que el policía pudiera reaccionar. Impotente, Macnamara se quedó inmóvil, con la mirada fija en el lugar por donde ella había desaparecido. Necesitó unos minutos para regularizar su respiración. Cuando lo logró se dirigió al coche, abrió la puerta con violencia y se sentó en el asiento del conductor; lleno de rabia, golpeó el volante con ambas manos y, a voz en grito, prometió:

—¡Te juro que haré que me ames!

Entonces arrancó el motor y se alejó de allí.

Macnamara le hizo una seña al agente uniformado para que le trajera al detenido. Diego había pasado la noche en los calabozos de la comisaría y en breve se lo llevarían a un centro de menores, pues aún le faltaban cuatro meses para cumplir la mayoría de edad. Cuando el muchacho entró en la sala de interrogatorios tenía un aspecto lastimoso, con el oscuro cabello despeinado y el rostro muy pálido. Bajo sus ojos lucía unas profundas ojeras y la camiseta, la misma del día anterior, estaba arrugada y manchada.

—Siéntate —ordenó Macnamara y señaló una silla frente a la mesa. Diego obedeció al instante, estaba esposado y, de nuevo, el inspector le hizo una seña al agente que esperaba en pie junto a la puerta para que lo liberase de las esposas. Luego el policía salió y se quedaron solos—. Y ahora, Diego, cuéntame qué hacía ese cuchillo en tu cuarto, escondido entre tus libros.

—Le juro que yo no lo puse allí —contestó sin rastro de la hostilidad que le caracterizaba. Sus ojos castaños tenían la misma expresión que un ciervo acorralado por los cazadores y Macnamara, muy a su pesar, sintió un ramalazo de lástima.

—No es la única evidencia que tenemos contra ti —declaró el inspector en un tono suave y amenazador a la vez, mientras clavaba sus pupilas en las del muchacho. Diego le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos y para Nuño fue evidente que estaba muerto de miedo—. También aparecieron restos de serrín con la misma composición que el que encontramos en tu taller. ¿Sabes dónde?

El chico negó con la cabeza y se limitó a decir:

—No.

—¿No? Está bien, jugaremos a este juego. ¿Seguro que no sabes dónde? — En silencio, Diego volvió a negar con la cabeza. Al verlo, el inspector chasqueó la lengua contra el paladar, como si la actitud del chico le resultara exasperante y contestó él mismo a su pregunta—: Un poquito junto al cadáver de Dionisio Fuentes y el resto sobre la cama de Ana, al lado de la mano que le cortaste al pobre diablo.

—¡Una mano en la cama de Ana! ¡Eso es mentira, Ana no me ha contado nada de eso! ¡Yo no le he cortado la mano a nadie, joder! —hablaba tan atropelladamente, que su voz juvenil se descontroló y emitió un par de gallos; entonces, el rostro del muchacho se puso como la grana y sus ojos se humedecieron ante esa nueva humillación.

Al percatarse de su profunda sorpresa, que no parecía fingida, y notar esa reacción que de repente le asemejó más a un niño que a un hombre, Macnamara volvió a sentir una extraña compasión por el chico y, por primera vez desde que lo detuvo, se preguntó si en verdad sería ese muchacho el culpable de los asesinatos.

—A ver, Diego, dime por qué mataste a Natalia. ¿Te gustaba y no te hacía ni caso? ¿Un ataque agudo de celos? —Diego lo miró, horrorizado, incapaz de articular una palabra, pero Macnamara hizo un gesto impaciente con la mano y exigió—: Venga, habla, no tenemos todo el día.

Medio tartamudeando, el chico consiguió al fin responder:

—Yo... yo nunca estuve enamorado de Natalia, ni siquiera me caía bien. Se creía que estaba muy buena y le gustaba calentar a todos los tíos, pero yo no le hacía ni caso. Sé que a ella le molestaba pero yo... yo... en realidad, estoy enamorado de otra persona. Una persona que es todo lo contrario a Natalia; es bella, por dentro y por fuera.

La nuez del muchacho subía y bajaba de forma compulsiva. Su mano temblaba al pasársela por sus revueltos cabellos y Macnamara se apiadó de él. No necesitaba que le confiara su secreto, tan celosamente guardado; él sabía muy bien de quién estaba enamorado.

El inspector estaba desconcertado. A lo largo de los años que había pasado en la policía había tratado a un montón de asesinos y, en esta ocasión, si no hubiera habido unas pruebas que incriminaran de forma tan contundente a Diego, Nuño Macnamara habría descartado de plano la culpabilidad del muchacho.

El hombre frunció el ceño hasta que sus espesas cejas rojizas casi se juntaron sobre el puente de su nariz, lo que le dio a su rostro un aspecto de *highlander* sanguinario que a Diego le pareció aterrador, luego se inclinó por encima de la mesa que los separaba a ambos, clavó los ojos en él y afirmó en un tono peligroso:

—Mira, chaval, no sé por qué me da la sensación de que hay algo raro en todo esto. Si hoy fuera el día de los inocentes, pensaría que llevo un enorme muñecajo de esos colgado en la espalda, pero en fin, supongamos que te creo. Supongamos que me trago que tú no mataste a Natalia, ni a Dionisio Fuentes, ni colocaste la mano de ese cabrón en la cama de Ana para asustarla...

—¡Yo nunca le haría daño a Ana! ¡Nunca! —le interrumpió Diego con vehemencia.

—¡Déjame terminar! Bien, supongamos que eres inocente, que alguien colocó el cuchillo en tu cuarto para incriminarte. ¿Quién crees tú que lo hizo?

Impaciente, Macnamara esperó la respuesta sin apartar ni por un segundo la mirada del rostro del detenido. Observó como Diego se quedaba un rato pensativo, mientras, en un gesto inconsciente, repasaba una y otra vez con la yema del pulgar un arañazo que alguien había hecho en el sobre de madera de la mesa. Por fin, el chico abrió la boca para responder:

—No lo sé. De verdad. Durante los últimos tiempos he pensado mucho en lo ocurrido, pero solo he llegado a una conclusión y no tengo ni idea de si es acertada o no —se encogió de hombros, inseguro.

—¿Y esa conclusión es? —le apremió Macnamara.

—Creo que, de alguna manera, todo está relacionado con Ana... no sé si me entiendes. Lo que quiero decir es que pienso que a Natalia y al jardinero

no los mataron porque alguien los odiara, o porque haya un asesino en serie rondando por la zona sino para, de alguna manera, dañar a Ana y asustarla.

Cuando Diego terminó de hablar se hizo un pesado silencio en la habitación. Macnamara no había despegado su mirada del chico, pero lo único que había captado en su expresión había sido una profunda sinceridad. Inquieto, el inspector tamborileó con los dedos en la mesa durante unos minutos que a Diego le parecieron horas y, finalmente, abrió la boca para decir:

—Está bien, no sé por qué pero te creo. Aquí hay algo que no cuadra. A pesar de que todos los indicios apuntan hacia ti, te prometo que no daré el caso por cerrado y seguiré investigando.

Avergonzado, Diego no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al escuchar las palabras del inspector y, al verlo, Macnamara miró hacia otro lado, incómodo y conmovido al mismo tiempo, al ver los valerosos esfuerzos que hacía el muchacho para recuperar su dignidad. Justo en ese instante, se abrió la puerta de la sala de interrogatorios y la tensión que se respiraba en el interior se rompió. El agente que había traído al muchacho desde el calabozo se disculpó por la interrupción y añadió:

—Inspector, aquí fuera están el abogado y la tutora del chaval, y dicen que usted no puede interrogarlo sin estar ellos presentes.

—Está bien, Martínez, que pasen.

El policía se hizo a un lado para que pasaran Ana Alcázar y un hombre bajito, de unos cincuenta años y bien trajeado, que llevaba un maletín de cuero en la mano.

—Inspector Macnamara, es un atropello que interrogue a un menor sin estar su tutora y su abogado presentes —afirmó el recién llegado a modo de saludo.

Macnamara se encogió de hombros, se levantó de la silla y se irguió junto a él en toda su estatura —lo que provocó que el letrado se sintiera más que ligeramente intimidado—, antes de comentar con displicencia:

—No lo estaba interrogando, ¿no es cierto, Diego? Simplemente charlaba con él.

Aunque sus palabras iban dirigidas al chico, el policía no podía apartar la vista de la mujer que permanecía en silencio al lado del abogado. Por primera

vez, Macnamara veía a Ana haciendo uso de todas sus armas de mujer y le costó un inmenso esfuerzo no quedarse mirándola con la boca abierta. La psicóloga lucía un entallado traje de chaqueta gris que, a pesar de su corte masculino, destacaba de forma espectacular su femineidad. La estrecha falda de tubo moldeaba sus caderas a la perfección y debajo de ella surgían un par de piernas espectaculares, enfundadas en unas finas medias que hacían que su piel luciera impecable y apetitosa. Para rematarlo, calzaba unos elegantes zapatos con un tacón vertiginoso. Después de recorrer con una mirada hambrienta ese cuerpo de infarto, el inspector se sentía al borde del colapso, pero, además, la belleza de su rostro, maquillado con discreción, le cortó el aliento. Macnamara hubiera vendido su alma al diablo a cambio de poder enredar una vez más sus dedos en ese sedoso cabello rubio, atraerla hacia sí y devorar sus labios sensuales como si no hubiera un mañana.

—Pues la próxima vez que le encuentre *charlando* con él sin que yo esté presente, me encargaré de denunciar su conducta ante el juez —las palabras del abogado sacaron a Macnamara del atontamiento integral en el que lo había sumido la presencia de Ana. Sus ojos abandonaron de mala gana la seductora figura de la joven y se detuvieron, desdeñosos, sobre el abogado que de nuevo se sintió vagamente incómodo al sentir el peso de ese ceño borrascoso sobre su persona. Sin embargo, se repuso enseguida y agregó—: Si no le importa, inspector Macnamara la tutora de mi cliente y yo deseamos hablar con Diego.

Al notar que aquel policía, gigantesco y desabrido, no parecía dispuesto a prestarle atención y no hacía el más mínimo amago de salir de la estancia, el pobre hombre añadió, furioso:

—¡A solas!

De mala gana, Macnamara se vio obligado a abandonar la habitación pero, antes de salir, rozó con su hombro el hombro de Ana, que no había abierto la boca desde que había entrado, y le susurró en el oído:

—Luego hablamos —ella ni lo miró.

Al inspector, que esperaba afuera, impaciente, le pareció que llevaban horas hablando con el chico. Él, entretanto, paseaba arriba y abajo del pasillo como una fiera cautiva. El agente que custodiaba la puerta de la sala de interrogatorios seguía sus evoluciones con extrañeza, hasta que Macnamara le gritó de malos modos:

—¡Deja de mirarme, joder!

El policía obedeció en el acto y, a partir de ese instante, no despegó los ojos de la aburrida mancha de humedad de la pared que tenía enfrente. Por fin, la puerta de la sala se abrió y Ana salió seguida del abogado. Macnamara se acercó a ella con rapidez y la agarró de la muñeca.

—Ven, tenemos que hablar —ordenó el policía tratando de arrastrarla hacia otra pequeña habitación que quedaba a pocos metros.

—No tengo nada que hablar con usted, inspector Macnamara —respondió Ana con indiferencia, tratándolo de usted para mantener aún más las distancias. Luego dirigió una significativa mirada hacia su muñeca cautiva y agregó—: Le ruego que me suelte, por favor.

—¡Ya ha oído a mi clienta, suéltela ahora mismo o le denunciaremos por abuso de autoridad!

La voz, algo chillona del abogado, se enroscó alrededor del inspector, que ya estaba bastante irritable, como un moscardón molesto. Así que se inclinó hacia el hombrecillo de forma intimidatoria y, en un tono sedoso que encerraba una evidente amenaza, le respondió:

—No se meta en lo que no le llaman, amigo —el labio superior del letrado se cubrió de sudor al instante y, con manos algo temblorosas, el tipo sacó un pañuelo del bolsillo para secárselo.

Ana se percató de que bajo su aspecto tranquilo el inspector Macnamara estaba a punto de estallar, así que juzgó que sería mejor acceder a sus requerimientos y acabar de una vez con aquel desagradable asunto.

—Está bien, inspector, hablaré con usted. Adiós, señor Nogales, le telefonaré más tarde para darle tiempo a pensar en una estrategia para probar la inocencia de Diego.

—¿Está segura? —El abogado lanzó una mirada dubitativa al imponente gigante que lo miraba con ferocidad.

—Por supuesto que estoy segura. ¿Dónde voy a estar más protegida que en una comisaría rodeada de tanto policía intachable?

El sarcasmo de sus palabras divirtió a Nuño, pero el hombrecillo, a pesar de sus recelos, se quedó algo más tranquilo al escucharla, así que se despidió de ella y se marchó, no sin antes dirigirle una mirada amenazadora al policía. En cuanto el abogado desapareció de su vista, el inspector le hizo un gesto a

Ana para que pasara delante.

—La tercera puerta a la derecha —se limitó a decir.

La joven alzó la barbilla con altivez y avanzó taconeando con firmeza por el pasillo, mientras el policía marchaba detrás de ella, sin quitar ojo a esas seductoras caderas que se contoneaban con un ritmo hipnótico. Ana se detuvo donde le había indicado, y Macnamara abrió la puerta, la sostuvo para que pasara y después la cerró a sus espaldas.

—¿Y bien? —preguntó, desafiante.

—Estás... estás muy guapa —Nuño se hubiera dado de bofetadas al escuchar salir de su boca esas palabras balbucientes que no había podido reprimir.

Ana lo miró con desdén y contestó, serena:

—Supongo que no es eso de lo que querías hablarme —ahora que estaban a solas, ella volvía a tutearlo.

El policía apretó los puños sintiéndose ridículo, sobre todo al ver que Ana no solo controlaba por completo la situación, sino que se dirigía a él con una indiferencia rayana en el desprecio que le hacía hervir la sangre. Furioso consigo mismo, se dijo que no era el momento de perder los estribos, así que respiró hondo tratando de tranquilizarse; sin embargo, la presión que notaba en la entrepierna desde que la había visto entrar en la sala de interrogatorios no se lo estaba poniendo fácil. Macnamara se pasó la mano varias veces por sus cabellos y contestó con voz más firme:

—No, no es de eso de lo que quería hablarte. Quería decirte que entiendo que te sientas dolida por lo de Diego, pero quiero que comprendas que no podía hacer otra cosa. Las pruebas en su contra son indiscutibles y yo me he limitado a cumplir con mi deber —la explicación le salió de un tirón y, aliviado, soltó el aire que había estado conteniendo hasta entonces.

—Lo sé. —Su escueta respuesta lo desconcertó.

Macnamara miró el precioso rostro de Ana, que lo miraba con una frialdad que le congelaba las entrañas, tratando de adivinar qué era lo que pasaba por su cabeza.

—Entonces, ¿a qué viene tu actitud? —El policía dio un par de zancadas y se acercó a ella hasta que sus cuerpos quedaron a menos de veinte centímetros, sin embargo, Ana permaneció firme, sin retroceder ni un ápice ante su

abrumadora presencia.

—¿Actitud? No comprendo lo que quieres decirme, inspector Macnamara. Yo soy una mujer involucrada, muy a su pesar, en un caso de asesinato y tú eres el perspicaz policía que, en apariencia, lo ha resuelto —su ironía, su serenidad, su desinterés; todo en su lenguaje corporal despertaba en él unas intensas ganas de aferrarla por los brazos y sacudirla con fuerza. Prefería mil veces que le gritara a que lo tratara con semejante desapego. Sin embargo, procuró controlarse; a esas alturas, sabía bien que con aquella hermosa mujer, delicada y resistente a la vez, no era posible conseguir las cosas por medio de la violencia.

Macnamara alargó una mano y, despacio, rozó con el dorso de sus dedos la tersa mejilla femenina en una suave caricia.

—Sabes que tú y yo somos mucho más que todo eso... —musitó con voz ronca.

Ana volvió un poco la cara para evitar su contacto, pero no apartó su cuerpo y, sin perder la calma, contestó:

—Ah, ¿sí? Me pregunto qué te hace pensar eso.

Irritado por ese sutil desprecio con el que se dirigía a él, pero decidido a no demostrarlo, Nuño colocó la palma abierta de su mano sobre el pecho femenino y rozó el pezón con el pulgar, por encima de la fina tela de la chaqueta. Enseguida notó cómo la ansiosa punta se erguía bajo su contacto y sus labios esbozaron una sonrisa de complacencia.

—¡Esto! —contestó sin dejar de trazar círculos con su dedo, al tiempo que clavaba sus pupilas en las pupilas femeninas.

Ana no apartó la mirada y, sin dar muestras del caos que esos dedos hábiles desataban en sus entrañas, respondió sin que su voz traicionara el temblor de su cuerpo:

—Eso, inspector, se llama atracción sexual. No resulta extraño que un área tan sensible del cuerpo femenino reaccione de cierta manera al ser estimulada y provoque sensaciones placenteras. Es algo muy corriente.

—Ah, ¿sí? —respondió él con tanta calma como si estuvieran hablando de la previsión del tiempo en los próximos días, mientras su pulgar seguía jugueteando con su pezón—. Y dime, ¿te ocurre con todos los hombres o solo conmigo?

—Me imagino que me ocurriría con cualquier hombre medianamente atractivo que me tocara en una zona tan erógena —respondió Ana, impertérrita, sin darle la satisfacción de demostrarle lo mucho que la perturbaban sus caricias.

—¿Te ocurrió también con Dionisio Fuentes o no era lo suficientemente atractivo? —Macnamara tuvo la satisfacción de percibir cómo se dilataban las pupilas femeninas al captar la malvada intención de su comentario. Sin embargo, la expresión gélida del precioso rostro alzado hacia él no cambió y, en el mismo tono sosegado que había empleado antes, respondió:

—Creo que esta conversación no nos lleva a ninguna parte, inspector, si no tienes nada más interesante que decirme, será mejor que me marche.

Las grandes manos del inspector se posaron ahora a ambos lados de sus caderas, pero sin ejercer excesiva presión. Si Ana hubiera deseado apartarse podría haberlo hecho, pero no quería volver a ver su sonrisa engreída si trataba de huir de él como si su contacto la afectara. Y no es que no la afectase; ese hombre despreciable sabía bien cómo volverla loca, pero estaba decidida a no demostrarlo.

—Más que una conversación es una demostración. La comprobación empírica de que entre nosotros hay mucho más que una mera atracción sexual. De que lo que ocurrió en tu casa el otro día cambió algo en nuestra relación hasta tal punto que ahora, incluso, podríamos hablar de un antes y un después de aquella noche —la voz, grave y acariciadora, del policía hacía tambalear peligrosamente sus defensas, así que Ana recurrió a la ironía para escapar de su arrollador poder de seducción.

—¡Caramba, inspector, no sabía que eras un romántico! Sorprendente. En especial, porque tu amigo, el inspector Morales, no ha dudado en ponerme al tanto de que en esta comisaría tienes merecida fama de ser un mujeriego empedernido.

«¡Maldito, Morales!», pensó el inspector. «En cuanto lo encuentre le voy a arrancar la piel a tiras».

—Eso es el pasado y es lo que quiero demostrarte si me das la oportunidad. Te demostraré que lo que siento por ti va más allá de la satisfacción fugaz que produce un buen polvo; que no se reduce al simple deseo físico. Te haré saber, de manera irrefutable, que ningún otro hombre, ni

antes ni después, será capaz de provocar en ti las emociones que sentiste conmigo... —Mientras susurraba esas palabras, casi pegado a sus labios, su mano derecha se apartó de su cadera y se posó sobre las delicadas medias que cubrían la parte del muslo que no tapaba la falda.

Observó cómo Ana se mordía el labio inferior en su gesto habitual cuando se ponía nerviosa, y ese ligero tic delató que, a pesar de los esfuerzos que hacía por disimularlo, sus caricias la estaban afectando tanto como a él. Eufórico al comprobar su poder sobre ella, Macnamara deslizó la mano más arriba, arrastrando con ella la falda, hasta que su cadera quedó al descubierto. Los dedos masculinos resbalaron por la sedosa textura de sus medias hasta posarse en su nalga, firme y redondeada, y el policía dejó escapar un sonoro jadeo.

Ana permaneció inmóvil, atrapada en el descarnado deseo que sus embrujadoras palabras y esa mano, cálida y atrevida, le hacían sentir. Él tenía razón, se dijo. Aquel hombre podía hacerla arder con solo proponérselo, sin que importara lo más mínimo si ella lo detestaba o no. Sin embargo, ella no era una mujer que se dejara gobernar por sus instintos más bajos; no era un juguete que Nuño Macnamara pudiera poner en marcha cada vez que se le antojase. Así que aspiró profundamente y, con toda la fuerza de voluntad de la que pudo echar mano, dio un paso atrás y se alejó de él; luego se bajó la falda y declaró con voz suave:

—Lo único que has probado es que el sexo entre nosotros funciona. Como ya te dije esa misma noche, fue un viaje increíble. Pero no deseo repetirlo. No me gustan los polis y no estoy dispuesta a tener una relación con uno de ellos. Cuando me acosté contigo, un hombre con fama de utilizar a las mujeres mientras estas tuvieran algo que ofrecerle, pensé que sería algo placentero y sin complicaciones. Así que, por favor, no lo estropees.

Fingiéndose una serenidad que estaba lejos de sentir, se ajustó bien la chaqueta, se dio media vuelta y, sin despedirse, abrió la puerta y con piernas temblorosas se alejó por el pasillo. Macnamara permaneció en pie, muy quieto, intentando recuperarse del daño que aquellas palabras, tan hirientes como una lluvia de puñetazos en la nariz, le habían causado. El tono de Ana, frío e indiferente, retumbaba aún en su cerebro. De repente, le invadió una oleada de rabia y, sin pararse a pensar, golpeó la pared con el puño. El agudo

dolor que sintió le hizo recuperar la cordura en el acto y, maldiciendo entre dientes, se frotó los nudillos magullados contra sus desgastados vaqueros.

A la mañana siguiente, los tres esperaban en el jardín la furgoneta que llevaría a Pablo y a Miriam al colegio. La tarde en que se llevaron a Diego habían preguntado por él, extrañados de que no hubiera llegado todavía, pero Ana tan solo les dijo que había tenido que ir a Madrid a hacer un curso de ebanistería y que pasaría allí unas semanas, viviendo en una residencia. A ellos no les sorprendió en absoluto, ambos estaban acostumbrados a tomar las cosas como venían. La joven detestaba engañar a los pequeños, pero creía que era mejor eso que contarles la verdad y cargarles con una preocupación sobre la que no tenían ningún control y que solo serviría para agobiarlos.

Ella había pasado los últimos días intentando disimular su decaído estado de ánimo y por la noche era aún peor. La angustia y el desasosiego, una vez más, poblaban sus sueños, convertidos en una sucesión de aterradoras pesadillas que no le permitían descansar. Esa mañana, incluso Miriam le había preguntado por la palidez de su rostro y, bajo sus ojos, dos semicírculos grises hablaban a gritos de la agitación de su espíritu.

Ana seguía sin parar de darle vueltas al asunto de Diego, en un vano intento de encontrar una solución. El abogado no le había dado muchas esperanzas; las pruebas contra Diego eran abrumadoras y lo señalaban de manera ineludible. En momentos como aquel era cuando Ana más echaba de menos a Antonio. El psicólogo del centro de menores había sido lo más parecido a una figura paterna que nunca tuvo y lo añoraba terriblemente.

Deseaba poder hacer algo más, pero no sabía qué. Se sentía sola, perdida;

tenía la sensación de que cargaba un inmenso peso sobre sus hombros que amenazaba con aplastarla, pero no había nadie con quien compartirlo. Aunque su vida no había sido un camino de rosas, precisamente, tras los últimos acontecimientos Ana notaba que estaba a punto de derrumbarse. Mientras miraba sin ver el vigoroso pino que crecía cerca del columpio, ahora inmóvil, sus pensamientos se volvían cada vez más negros. Sin embargo, como un inesperado ángel de la guarda, Pablo eligió ese preciso instante para aferrarse a su cintura en un espontáneo abrazo, y ese simple gesto la sacó del marasmo de angustia y autocompasión que amenazaba con ahogarla.

Justo entonces, llegó la vieja camioneta y, a pesar de que Ana tuvo que hacer un esfuerzo para despedir a los niños con una sonrisa, en cuanto el vehículo desapareció de su vista la joven sacudió su rubia melena; con decisión, arrumbó los pensamientos negativos en un rincón oscuro de su cerebro y se dijo que superaría esa nueva prueba como había superado tantas otras a lo largo de su vida. Después se sintió más animada y empezó a discurrir nuevas formas de sacar a Diego del aprieto en el que se encontraba. No tenía ninguna duda de la inocencia del chico y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para demostrarla; así, de paso, le enseñaría a ese policía cerril lo equivocado que estaba.

Al pensar en el inspector, una inesperada embestida de deseo la atravesó. ¡Dios, era increíble cómo la hacía sentir ese hombre! Todavía no sabía cómo había logrado resistirse a esas caricias enloquecedoras. Y no solo a sus caricias. Sus palabras, pronunciadas con esa voz áspera y viril, habían penetrado en sus oídos y se habían enredado en su cerebro como el sortilegio de un malvado hechicero. Aquello era lo último que había esperado de él. Desde que lo conoció, consideraba a Macnamara un hombre brutalmente sincero y, de alguna manera, no encajaba en el perfil que había elaborado de él el que fuera capaz de recurrir a un discurso semejante para acostarse con una mujer.

Por un segundo se planteó que él pudiera hablar en serio, que sus sentimientos fueran más allá del mero deseo físico. ¿Podía ser que el arisco inspector Macnamara, el impenitente seductor que trataba a las mujeres como simples pedazos de carne, se hubiera enamorado de ella? La sola idea le dio vértigo. Pero ¿y si fuera así? ¿Qué era lo que ella sentía por él en realidad?

El día que detuvo a Diego, lo había odiado. Su forma de actuar, con esa fría indiferencia de la que hacía gala tan a menudo, había hecho que sintiera ganas de matarlo. La ponzoña de ese sentimiento había estado a punto de sofocarla. Ahora, con la cabeza más fría, reconocía que el policía solo había cumplido con su deber, pero sabía que los prejuicios que ella había albergado toda su vida contra los tipos como él seguían ahí, escondidos bajo esa fina capa de barniz social bajo la que había ocultado ese «yo» algo salvaje de su adolescencia.

No podía negar que el inspector Macnamara, a pesar de sus salidas de tono, le gustaba. Si era sincera consigo misma debía admitir que la palabra «gustar» se quedaba muy corta en ese contexto. Nunca se había acostado con un hombre por el mero hecho de que le gustase. Su amigo Ricardo también le gustaba y jamás se le había pasado por la cabeza irse a la cama con él. Físicamente, Macnamara resultaba un hombre perturbador, con ese porte de guerrero celta que la atraía como un imán a una limadura de hierro, pero también era hombre rudo, insensible, que no se cortaba lo más mínimo a la hora de emplear esa lengua hiriente que era otra de sus señas de identidad.

Por otro lado, había sido capaz de mostrarle una reticente ternura en varios momentos difíciles. Tuvo la suficiente empatía para comprender que, cuando ella se le había ofrecido entre las ruinas de la casa de su madre, no era dueña de sus actos. Sabía —y lo admitía sin falsa modestia— que, si bien el inspector la había rechazado, no había sido por falta de deseo; sin embargo, él no se había aprovechado de ese momento de debilidad, como hubiera hecho casi cualquier otro hombre. Ternura y empatía eran rasgos que, a primera vista, nadie asociaría con el hosco gigante pelirrojo, pero ahí estaban; escondidos, pero muy presentes.

Y cuando hicieron el amor lo había notado de nuevo. Nuño Macnamara se había entregado a ella por completo y le había dado un placer que nunca antes había imaginado siquiera. Sus manos, generosas y tiernas, al recorrer su cuerpo con una sensibilidad prodigiosa, la habían hecho gozar hasta el límite. A pesar de su escasa experiencia en esos asuntos, Ana sabía que esa increíble sensación de estar fuera de la realidad no había sido originada por una simple cuestión de técnica amatoria.

Y de nuevo la pregunta ¿qué era lo que ella sentía por ese hombre?

Pero antes de que Ana pudiera dar una respuesta a su propio interrogante, una voz sonó a su espalda y cortó en seco sus elucubraciones.

—Hola, Ana, ¿cómo estás?

—¡Ricardo! No te he oído llegar —Ana le dirigió una dulce sonrisa al hombre que la miraba con un rastro de desazón en sus bonitos ojos verdes.

Al ver que era bien recibido, Ricardo le devolvió la sonrisa y la enlazó por la cintura antes de depositar un beso en cada una de sus mejillas.

—Temía que siguieras enfadada conmigo.

—No seas tonto, me imagino que te pudo tu instinto protector. Al fin y al cabo, los amigos están para intentar salvarnos de nosotros mismos, ¿no? Anda, ayúdame a llevar estas garrafas de aceite a la despensa —la sonrisa de Ana se hizo más amplia y le guiñó un ojo. Acto seguido, empezó a sacar la compra que había olvidado la tarde anterior en el maletero del coche, así que no se dio cuenta de la expresión irritada que apareció en los ojos de Ricardo al oírla descartarlo como a un simple amigo.

Entre risas, descargaron el coche y el ambiente amistoso que habitualmente reinaba entre ellos volvió a la normalidad. Cuando terminaron Ricardo le propuso dar un paseo. Ana aceptó, encantada, corrió a coger su abrigo y unos guantes, y salió con él a caminar por la sierra. A pesar de que el sol brillaba en lo alto del cielo, el día era gélido y tenues espirales de vapor salían de sus bocas al hablar.

Durante más de una hora anduvieron por los abruptos caminos de tierra, en los que la lluvia caída el día anterior había excavado grandes grietas. La fragancia de los pinos abría sus pulmones y los limpiaba de las toxinas acumuladas tras su paso por la gran ciudad. Se alejaron bastante de la casa, caminando despacio, enfrascados en una amigable conversación. De repente, Ricardo se detuvo en un claro del espeso bosque en el que las zarzas, ahora limpias de moras, crecían salvajes y la tomó de la mano.

—Ana, quería preguntarte algo... —su amigo se detuvo titubeando, de pronto parecía un muchacho tímido que no supiera muy bien qué decir. A Ana le sorprendió su vacilación pues Ricardo era el hombre más seguro de sí mismo que había conocido en su vida, así que se apiadó de él, lo miró a los ojos con cariño y dijo:

—Venga, pregunta. Nos conocemos desde siempre y puedes decirme lo

que sea, ya lo sabes.

—Verás, quería preguntarte si tienes... si entre tú y el inspector Macnamara hay algo más que una relación digamos... profesional —sus ojos verdes la examinaban con fijeza y no le pasó desapercibido el leve rubor que apareció en las mejillas femeninas, ya de por sí coloreadas por el aire frío y cortante. Ana se mordió el labio inferior, turbada, y al notar su azoramiento, Ricardo se apresuró a añadir—: Ya sé que piensas que no es asunto mío, pero estoy preocupado por ti. No me fío de ese hombre y tú, mejor que nadie, sabes que fue la policía la que no dudó en disparar contra Manu a pesar de que iba desarmado.

El hombre percibió la tristeza en los ojos grises al recordar el dolor desgarrador que sintió aquel día, hacía ya casi quince años. Sin embargo, ella le contestó en un tono sereno:

—Lo sé muy bien, Ricardo. Pero quizá no debemos juzgar a todos por lo que hizo uno de ellos. Creo que ya va siendo hora de perdonar y dejar salir el veneno de esa herida que todavía supura dentro de nosotros.

A pesar del tono sosegado que Ana había empleado, sus palabras parecieron sacarlo de quicio. Con su pelo negro en un insólito desorden y los ojos chispeando de rabia, Ricardo la agarró por los hombros y replicó, furioso:

—Yo no olvidaré jamás y tú traicionarías la memoria de Manu si te enredaras con ese tipo.

Ana se revolvió, molesta, y trató de liberarse de esos dedos que ahora se clavaban de un modo doloroso en su piel.

—Suéltame, me haces daño —ordenó con firmeza, pero él no solo no la obedeció, sino que la sujetó más fuerte.

—¿Te has acostado con él? —A Ana le resultaba difícil reconocer en ese rostro colérico, al fiel amigo que conocía desde hacía tanto tiempo, pero sin acobardarse ante su actitud agresiva contestó, desafiante:

—Eso no es asunto tuyo. Ya te dije que no le debo ninguna explicación sobre mi conducta, ni a ti ni a nadie.

—¡Por supuesto que me la debes! ¡Eres mía y no permitiré que otro te toque! —exclamó antes de abalanzarse sobre su boca y besarla con dolorosa pasión.

La forma de actuar de Ricardo estaba tan alejada de su comportamiento habitual, que Ana, atónita, tardó un rato en reaccionar y se quedó inmóvil, recibiendo el doloroso impacto de esos labios violentos. Entretanto, una parte de su cerebro analizaba con frialdad la falta de respuesta de su cuerpo ante esa caricia, en contraposición con las arrebatadoras emociones que había experimentado al recibir los besos del inspector Macnamara. Finalmente, Ana reaccionó y empujó el pecho masculino con todas sus fuerzas hasta que consiguió escapar de ese contacto indeseado.

—¿Qué haces, Ricardo? ¿Has perdido el juicio?

—Hace tiempo que... quería decírtelo, Ana. Estoy enamorado de ti... Desde siempre —declaró entre jadeos; su frente estaba perlada de sudor y su expresión era turbulenta y suplicante a la vez.

—No sigas, Ricardo, por favor. Sabes bien que siempre te he considerado un buen amigo, pero nada más —respondió Ana en cuanto logró sobreponerse a la sorpresa que le había causado su declaración. Le apenaba causarle dolor a su amigo, pero pensaba que era mejor arrancar de cuajo cualquier esperanza que él pudiera albergar respecto a ella.

Al escuchar sus palabras, Ricardo la miró casi con odio y Ana no pudo evitar retroceder un paso, asustada. En nada se parecía ese hombre de coléricos ojos verdes, frente sudorosa y mejillas y labios cenicientos a su amigo de toda la vida, elegante, alegre y encantador. Era como estar frente a un extraño. Ana miró a su alrededor, alarmada. Salvo por el alegre piar de los pájaros y el rumor distante de un riachuelo, parecía que estuvieran solos en el mundo.

—Cálmate, Ricardo, por favor —rogó intentando tranquilizarlo.

Al percibir el miedo que latía bajo esa súplica, la actitud del hombre cambió por completo. Una mueca irónica deformó los finos labios de Ricardo, que ahora la miraba divertido y con un ligero aire de suficiencia. Segundos después, empezó a hablar en un susurro amenazador que a Ana le puso la carne de gallina:

—En fin, no era así exactamente como lo había planeado, pero quizá ha llegado el momento de que hablemos con sinceridad. Creo que ya va siendo hora de poner las cartas sobre la mesa, así que alabaré un poco tu ego y te confesaré algo: desde el primer momento en que te vi, tan bella, tan

inteligente, tan valiente supe que tú eras la única mujer digna de mí, *Anita querida*.

Al escuchar la forma en que pronunciaba su nombre, entre socarrona y despectiva, un violento estremecimiento sacudió el cuerpo de la chica.

—No entiendo lo que pasa, Ricardo... tú... no pareces tú —tartamudeó Ana, que retrocedió una vez más. El frondoso paisaje que unos minutos antes le había parecido tan bello, ahora se le antojaba siniestro. Detrás de cada uno de los gigantescos pinos parecía esconderse una amenaza. Incluso el sol se había ocultado de repente; ahora unas espesas nubes grises ocupaban su lugar y el aire se había tornado sofocante.

—Querida Anita, eso es porque al cabo de tantos años todavía no sabes nada de mí. Tú, la brillante psicóloga, no has sido capaz de desentrañar la compleja personalidad de la persona que tenías más cerca —sus ojos se entornaron hasta convertirse en estrechas rendijas tras las que centelleaban inquietantes destellos esmeralda—. Claro que nunca te has tomado la más mínima molestia en conocerme. Al principio estaba Manu y no tenías ojos más que para él. Bien, lo acepté, permanecí durante años alejado de ti para darte tiempo para superarlo, pero ahora que he vuelto a tu lado a reclamar, por fin, lo que me pertenece, ¿qué es lo que encuentro? —Esa forma de hablar, imparable y acelerada, y la cólera que rezumaban todos y cada uno de sus gestos le hizo comprender que Ricardo no estaba en sus cabales y, de nuevo, Ana dio un paso atrás—. Me encuentro que has estado revolcándote a mis espaldas con ese fantasmón pelirrojo. Un maldito poli ni más ni menos. No eres mejor que la puta de Natalia...

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, el hombre se calló de golpe, pero ya era demasiado tarde; Ana lo miraba, paralizada, y con las pupilas muy dilatadas. Como si alguien le hubiera dado al *pause*, el tiempo se congeló en un fotograma y Ricardo y ella permanecieron mirándose con fijeza durante un instante que a Ana se le hizo eterno, aunque no debió durar más de unos pocos segundos. En seguida, el hombre frente a ella se recobró y, aprovechando que Ana no se había alejado mucho de él, alargó el brazo y la agarró de la gruesa chaqueta que llevaba. Por fortuna, el instinto de supervivencia que la había servido bien durante aquellos meses que pasó en las calles vino en su ayuda y Ana, sobreponiéndose al horror que sentía, reaccionó con presteza. Con un

ligero movimiento, sacó los brazos de las mangas y abandonó su abrigo entre las manos masculinas antes de echar a correr a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Ricardo blasfemó con violencia, al tiempo que arrojaba a un lado la prenda y salía en su persecución.

La realidad y las pesadillas se mezclaban en su mente, sin que Ana fuera capaz de distinguir cuál era cuál. Corría con toda la rapidez de la que era capaz, tratando de no pensar en el ruido de los pesados pasos de Ricardo que resonaban a su espalda. En un momento dado, le pareció que el hombre empezaba a rezagarse y dio gracias a Dios por su afición a correr por las tardes pero, justo en el instante en que empezaba a pensar que lograría escapar de él, pisó sobre una piedra suelta y notó que su pie se desplazaba hacia adentro. El agudo dolor le provocó un gemido. Maldijo varias veces entre dientes y, con lágrimas en los ojos, siguió con su loca carrera, pero su velocidad había bajado bastante y cada vez cojeaba más. Sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse, así que apretó los dientes, decidida a huir aunque se desmayara de dolor.

A pesar de que había corrido sin rumbo, en un momento dado, le pareció reconocer la zona en la que se encontraba. Sin detenerse, Ana miró a su alrededor y al ver un pino, seco y retorcido, junto a una enorme roca, estuvo segura de que había estado en ese lugar con anterioridad. De pronto, recordó unas antiguas galerías que había cerca de allí, excavadas en la montaña por uno de los bandos combatientes durante la Guerra Civil. Hacía varios meses, los chicos y ella habían hecho una excursión con pícnic incluido, y al descubrir la entrada a los túneles decidieron explorarlos con sus linternas. Ella los esperó afuera —la idea de meterse en un sitio estrecho y oscuro no la atraía lo más mínimo—, pero le hizo jurar a Diego que cuidaría bien de los pequeños y que no irían mucho más allá de la entrada. Si no recordaba mal, según le contaron después, el lugar era un pequeño laberinto, así que quizá podría esconderse allí antes de que Ricardo lograra atraparla.

Ana jadeaba y el tobillo le latía como un segundo corazón. A pesar del frío reinante, la fina camisa que llevaba bajo el jersey de lana se le pegaba a la espalda con el sudor. Consciente de que no aguantaría ese ritmo mucho más tiempo, se dirigió renqueando hasta donde creía que se encontraba el acceso a la galería. Al principio no la vio y el pánico casi le cerró la garganta

impidiéndole respirar, pero al fin, casi oculta tras unas zarzas, apareció la entrada. Apartó la maleza con la mano, sin importarle que las espinas le desgarrasen la suave piel, hasta que consiguió llegar a la gruesa puerta de metal que estaba atascada por los restos de hojas y tierra que se habían acumulado en el umbral. Frenética, Ana forcejeó con ella hasta que por fin consiguió desplazarla un poco. Entonces, aprovechó la estrecha apertura para colarse por ahí y la volvió a cerrar a su espalda. Al instante, una espesa negrura la envolvió. A tientas, temblando y sin dejar de cojear, se adentró en el lóbrego túnel hasta que se perdió en la oscuridad.

19

—¡Maldita sea! —exclamó Macnamara después de la última serie de estornudos. Esta vez había batido su propio récord, había contado más de doce.

—Qué raro, Mac, tú maldiciendo. Llevo un rato buscándote, no se me había ocurrido que estuvieras aquí escondido. Por fortuna, Teresa, que siempre está informada de todo, me ha dado una pista sobre tu paradero —dijo su amigo Morales nada más entrar en la habitación.

El archivo de la comisaría era un cuarto de buen tamaño y sin ventanas, dividido por filas y filas de estanterías metálicas que llegaban hasta el techo, atestadas de polvorientas cajas y carpetas de cartón, que a su vez estaban llenas a reventar de papeles amarillentos.

El inspector, que llevaba un buen rato en cuclillas revisando las cajas de una de las baldas inferiores, se alzó con dificultad y el chasquido de sus rodillas resonó en la estancia.

—Joder, qué mayor estoy. Me crujen todos los huesos.

Bajo la luz mortecina de los fluorescentes su rostro tenía un aspecto macilento y en su mejilla derecha lucía dos negros tiznones de polvo. La camiseta blanca que enfatizaba sus anchos hombros reflejaba también su paso entre esos amenazadores desfiladeros de sucios legajos.

—Sí, viejo, no quería decírtelo, pero creo que estás para sopitas y buen vino. No me extraña que ya no te llame la hermosa señorita Alcázar.

Al oír las guasonas palabras de su compañero, Macnamara no pudo evitar

un gruñido. Podía reírse casi de cualquier cosa, pero en lo que se refería a su complicada relación con Ana, no había nada en el asunto que le hiciera maldita la gracia.

Como si fuera consciente de ello, Pedro Morales decidió cambiar de tema.

—¿Se puede saber qué demonios buscas? Lo único que vas a encontrar por aquí serán los huesos roídos por las ratas del último incauto que se atrevió a bajar al archivo.

—Desde luego, la capa de polvo que hay indica que nadie ha limpiado en este agujero al menos desde que Tejero dejó un par de boquetes en el techo del Congreso —otra sucesión de estornudos siguió a sus palabras. Exasperado, Macnamara se retiró el pelo del ojo con los dedos y un nuevo trazo polvoriento apareció sobre su frente.

Al verlo, Morales lanzó una carcajada. Luego levantó la palma de la mano y dijo:

—¡Yo ser Morales, tú Cabeza de Fuego, jau!

—Ja, ja —respondió Macnamara, sarcástico, al tiempo que dirigía una mirada de disgusto a sus manos ennegrecidas, que no tenían nada que envidiar a las de un mecánico al final de una jornada en el taller.

—Venga, en serio. ¿Qué estás buscando? Creía que ya habíais detenido al culpable —Morales le tendió uno de esos pañuelos no muy limpios que siempre llevaba en el bolsillo. El inspector lo aceptó sin remilgos y se limpió las manos con él lo mejor que pudo.

—Sí, tenemos un sospechoso y todas las pruebas están en su contra.

—¿Entonces? —las cejas de su orondo compañero se alzaron, interrogantes.

—No sé, hay algo que no encaja. Sí, puede que el chaval estuviera obsesionado con su psicóloga y perdiera la cabeza. Yo mismo, nada más verlo, me di cuenta de que Ana le gusta más de lo debido, pero... creo que algo no cuadra —Macnamara se encogió de hombros, incapaz de explicar lo que para él tampoco tenía mucho sentido.

—¿Qué es lo que te ronda por la cabeza? —Pedro lo conocía demasiado bien y tenía pruebas más que suficientes de que las corazonadas de ese hombre, que había resuelto más casos que nadie en la brigada, solían ser acertadas.

—Siempre he pensado que los asesinatos están relacionados de alguna manera con el pasado de Ana —Macnamara tamborileó los dedos con impaciencia sobre una de las cajas de cartón más cercanas.

—Bueno, es una posibilidad —respondió Morales, dubitativo, atusándose el bigote—. Además, según me contaste hay un amigo suyo que la conoce desde hace tiempo, ¿no?

Al pensar en el atractivo y siempre impecable Ricardo Daroca, Nuño apretó los dientes con fuerza. Detestaba a ese hombre.

—Sí, Ricardo Daroca. Por supuesto que lo he investigado, tiene una coartada bastante sólida. Al parecer, estuvo en Valencia el fin de semana que desapareció Natalia. He hablado con testigos que afirman haber estado con él el viernes, el sábado y el domingo. Otra cosa es que ese mismo viernes pudiera haber cogido un coche para venir a Madrid, asesinase a Natalia y regresara a Valencia de madrugada. La hora de la muerte de la chica queda tan abierta, que resulta algo enrevesado, aunque no imposible. Además, hay varias furgonetas blancas a nombre de su empresa de construcción, podría haber camuflado el rótulo de alguna manera.

—Joder, Mac, ¿se puede saber a qué esperas para ponerle unas esposas? —lo interrumpió su compañero, perplejo.

—No tengo una sola prueba de todo esto. Ni siquiera logré una orden para inspeccionar las furgonetas. El tipo está completamente limpio; no tiene antecedentes. Por no tener, no tiene ni una simple multa de tráfico. Algo bastante sorprendente si piensas que formaba parte de la pandilla de Ana, un grupo de muchachos cuyo único modo de subsistencia era pegar un palo pequeño y no tan pequeño de vez en cuando. Quería ver el informe de la operación en la que murió el novio de Ana Alcázar. Como bien sabes, en nuestra base de datos no están registrados la mitad de los expedientes con una antigüedad superior a quince años, así que pensé que lo encontraría aquí. Llevo dos horas en esta ratonera, he buscado en todas las cajas con fecha de ese año y no he encontrado nada. Debe haberse traspapelado.

Furioso, Macnamara le dio una patada a la estantería más próxima que osciló peligrosamente.

—¡Cuidado, chaval! —exclamó su compañero—. Como derribes una de estas te veo recogiendo papeles hasta Semana Santa. ¿Y qué crees que tiene

que ver esa operación con los asesinatos actuales?

—Estoy convencido de que hay alguna relación. Es un presentimiento.

—Tío, das miedo, no me digas que se te está pegando lo de tu novia — soltó Morales, burlón.

—¡No empieces con ese tema otra vez! Sabes perfectamente que Ana Alcázar no es mi novia —respondió el inspector, malhumorado, aunque pensó para sí que la idea no le desagradaba en absoluto. Sentía que había encontrado una mujer con la que le gustaría pasar una buena temporada y, por primera vez desde que habían hecho el amor aquella noche memorable, la idea no lo asustaba lo más mínimo—. Así que no vuelvas a nombrarla.

Su compañero se pasó el índice y el pulgar unidos por los labios, como si cerrara una cremallera. Luego repitió el gesto en sentido contrario y abrió la boca para sugerir:

—Oye, Mac, vámonos de este antro tétrico de una vez y nos tomamos una caña en algún lado, necesito comer algo.

A Macnamara la idea le pareció de perlas, él tampoco había comido, pero lo peor era la espantosa sed que tenía. El polvo de ese lugar se había pegado a su garganta y la sentía rasposa al tragar. Además, su búsqueda parecía destinada al fracaso. Si después de más de dos horas no había logrado nada, no creía que ese maldito informe estuviera dispuesto a aparecer ahora por arte de birli birloque. Con un suspiro, sacudió sus pantalones con energía —lo que levantó una polvareda importante— y siguió a su amigo escaleras arriba.

Minutos después, tras haber despachado una jarra de cerveza cada uno casi sin respirar, Macnamara y Morales devoraban ansiosos una ración de pulpo y otra de huevos estrellados con jamón sentados en una de las mesas de madera del restaurante que hacía la competencia al bar de Pintxo, sin que la delirante decoración del local, que se debatía con ferocidad entre una mezcla de estilos muy distintos —Pub inglés, *loft* minimalista y bar cutre de toda la vida—, les quitara el apetito.

Morales hizo una seña al camarero y le pidió una nueva ración, esta vez de morcilla. Mientras se la traían rompió su muda promesa de no hablar de ciertos asuntos y le preguntó al hombre que devoraba tentáculos de pulpo frente a él:

—Venga, tío, te conozco desde hace casi veinte años y estás raro, muy

raro. Hace siglos que no miras a una mujer que no sea esa preciosidad rubia y no parece que ella te haga mucho caso. ¿Quieres decirme de una vez qué es lo que hay entre la psicóloga y tú?

El pelirrojo alzó la vista de la comida y le miró con uno de sus ceños de las grandes ocasiones. Otro cualquiera se hubiera levantado de la incómoda silla blanca con asiento de plástico fucsia en el acto y habría salido corriendo, despavorido, pero Morales permaneció sentado, sin inmutarse, con los ojos fijos en el rostro de su amigo.

—¡Te he dicho que no quiero hablar de ese tema! —exclamó Nuño de malos modos.

—Sí, me lo has dicho —respondió el otro con paciencia.

Macnamara lanzó un bufido y dejó su tenedor sobre el plato. De repente había perdido el apetito. Contempló a su amigo durante un minuto. Pocas veces le había ocultado nada. Morales y él se habían sacado mutuamente de apuros tantas veces, que habían perdido la cuenta y ya no sabían quién estaba en deuda con quién. El inspector se llevó su segunda jarra cerveza a la boca y bebió hasta que solo quedó un rastro de espuma en el fondo, la alzó para indicarle al camarero que le trajera otra y volvió de nuevo la mirada hacia su amigo.

—No sé qué me ocurre con ella, Pedro. A su lado no soy el mismo —con dedos nerviosos se retiró el pelo de la cara. Hablar de lo que rondaba su cabeza a todas horas fue una liberación y, una vez que empezó, Macnamara no pudo parar—. Escucho su voz y ya estoy perdido. Me pone de los nervios y a la vez me encanta cómo es; su dulzura, su entrega a unos muchachos que no son nada suyo, el valor con que se ha enfrentado y, aún lo hace, a la vida. Es una fiera leona y, al mismo tiempo, a veces parece más frágil que las alas de una mariposa; me embruja y me saca de quicio a partes iguales. En tres palabras: me vuelve loco.

—Nunca hubiera imaginado que fueras un poeta... —el estupor de Morales ante la confesión de su amigo, que desde que lo conocía había jurado, una y otra vez, que jamás se dejaría atrapar por una mujer, era genuino.

—Ya te lo he dicho, esa mujer me vuelve loco —el policía clavó los codos en la mesa y hundió la cabeza en sus manos, alborotando aún más sus cabellos.

—¿Y tú crees que es mutuo?

Nuño se limitó a sacudir la cabeza en una silenciosa negativa. Morales aprovechó que su amigo no lo veía y le dirigió una mirada de conmiseración. Siempre había sospechado —aunque jamás se lo dijo, por supuesto—, que el día en que Nuño Macnamara conociera a la mujer que le hiciera sentir algo más que un mero deseo sexual, su amigo se enamoraría con la misma intensidad con que lo había hecho su padre. Era algo que estaba escrito en su ADN. Morales desconocía por qué estaba tan seguro, pero lo sabía con certeza y también estaba convencido de que, si esos sentimientos de ternura que habían permanecido encapsulados durante tanto tiempo no eran correspondidos, su amigo lo pasaría tan mal como lo pasó su padre cuando su esposa les abandonó.

Finalmente, el inspector alzó la cabeza y, con una expresión salvaje y decidida que a Morales le puso los pelos de punta, declaró:

—No, no me ama, pero me desea y ese es su punto débil. Lo utilizaré hasta que caiga rendida a mis pies. No le daré tregua. No habrá compasión.

—Eres un capullo —fue todo lo que pudo decir su compañero de fatigas.

—Lo sé —afirmó Macnamara y su atractiva sonrisa brilló con intensidad, eclipsando la rebuscada iluminación del local.

Unas horas después, el policía cenaba sus habituales bocadillos repanchingado en el sofá del salón. La tele estaba encendida y, como de costumbre, los pensamientos de Macnamara estaban muy lejos de lo que emitía en ese momento. Acababa de empezar «Pasa palabra», un programa que la mayoría de las veces le entretenía, pero esta vez lo miraba, indiferente, hasta que aparecieron los paneles de la primera prueba sobreimpresionados en la pantalla. Esa prueba se llamaba «Letra a letra»; el concursante debía adivinar la primera palabra de un panel de cinco, y las demás tenía que acertarlas cambiando una de las letras de la palabra anterior y, a veces, incluso el orden del resto. De repente, el inspector se quedó tan quieto que hasta se olvidó de masticar el último trozo de bocadillo que tenía en la boca y su atención se centró por completo en el concurso televisivo.

—¡Pues claro, joder! —exclamó en voz alta.

De un salto se levantó del sofá y corrió a su dormitorio en busca del portátil. Sus dedos volaron por el teclado mientras consultaba en Google. Descargó varias aplicaciones en su disco duro y empezó a probar, pero el resultado distaba de ser satisfactorio. Desencantado, chasqueó la lengua mientras miraba las numerosas páginas de Internet que permanecían abiertas en la pantalla del ordenador. Sin embargo, en ese instante se encendió una bombilla en su cerebro, sacó su móvil del bolsillo trasero y llamó a un colaborador habitual que era un crack de la informática. No estaba en la nómina de la policía, pero su ayuda había sido inestimable en muchos casos relacionados con la pederastia en la Red.

—Ricky, soy Macnamara. Necesito un trabajito para ya.

—¡Joder, tío, te he dicho mil veces que ya no soy Ricky! Me he rebautizado con mi nuevo *nick*, ahora debes llamarme «motherhacker» —la voz, masculina pero muy aguda, resonó al otro lado del teléfono.

—Vamos, Ricky, ni siquiera es original. Además, ya sabes que a los viejos como yo nos cuesta mucho cambiar de costumbres.

—Eres un cabrón, Macnamara —respondió el tipo, enfadado. El inspector recogió velas; no le convenía cabrearlo, se dijo, esos genios de la informática tenían alma de diva.

—Venga, Ricky, no te enfades. Necesito la impagable ayuda de una mente brillante como la tuya.

Halagado, Ricky respondió en un tono más calmado:

—No puedo ayudarte, tronco, iba a salir —Macnamara tapó el emisor del teléfono y lanzó un juramento. Esa bola de sebo tenía que elegir, precisamente, esa noche para salir de su guarida.

—En serio Ricky, esto te va a gustar, es un desafío a tu inteligencia. Además, no sé qué demonios puede llamarte ahí fuera, hace un día de perros; estarás más calentito frente a tu ordenador que rondando por esas calles llenas de gentuza.

—Había quedado... con... con una chica que he conocido por Internet —su titubeo delató que las palabras del inspector le habían llegado a lo más hondo.

—Mala idea, créeme, no hay nada peor que romper el misterio —Macnamara esperó un momento para que su nueva andanada surtiera efecto y

luego añadió—: Está bien, si lo que te apetece es helarte las pelotas ahí fuera para ver a una tía que seguro que luego no merece nada la pena, se lo pediré a ese colega tuyo, ¿cómo se llamaba?

—¿A «Gollum2.0»? ¡¿Estás de coña?! Ese no encontraría *tu tesoro* ni en un millar de años. Está bien, ¿qué es lo que quieres?

—Necesito que me digas todas las posibles combinaciones de las letras de un nombre: Kusanagi.

—Kusa... ¿qué? —preguntó Ricky, extrañado.

—Kusanagi, coge algo para escribir —ordenó Macnamara y se lo deletreó despacio.

—Esto es un problema combinatorio en toda regla. No creo que sea difícil encontrar un algoritmo adecuado pero, te lo advierto, para una palabra de ocho letras existen unas 40 320 permutaciones...

—Bueno, ese es mi problema no el tuyo —lo interrumpió Macnamara que no podía soportar a los «cerebritos» cuando empezaban a parlotear en esa jergonza ininteligible—: Tú encárgate de encontrar cuales son esas palabras lo antes posible, genio. Es urgente.

—Está bien. Te demostraré que «Gollum2.0» es un *friki* patético a mi lado.

Macnamara colgó y se paseó nervioso por el salón de su apartamento. Miró el móvil a ver si tenía algún mensaje nuevo, pero no había nada. Una vez más, marcó el número de Ana y, como siempre, una educada voz femenina le indicó que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Era la quinta vez que la llamaba, pero ella no se había dignado a contestar. El policía masculló una sarta de imprecaciones y se tumbó de nuevo en el sillón; estaba agotado, y la tensión de los últimos días le estaba pasando factura. Sin dejar de pensar en Ana, sus ojos se cerraron despacio y, a pesar de que la luz y el televisor seguían encendidos, se quedó profundamente dormido.

Le pareció que solo habían pasado unos segundos cuando sonó el escandaloso tono que había elegido para su móvil y lo despertó de golpe. Miró el reloj, eran las nueve y media, apenas habían pasado cuarenta minutos desde que cerró los ojos, pero al ver en la pantalla el nombre de Ricky se espabiló en el acto y descolgó. Sin perder el tiempo en preámbulos de ningún tipo el *hacker* le ordenó:

—Dame tu *email* y te paso la lista con todas las combinaciones posibles

—Macnamara se lo dijo y, pocos segundos después, un ruido de campanillas le indicó que había recibido un nuevo correo.

—Gracias, tío, te debo una.

—Si se lo hubieras pedido a «Gollum2.0», no te habría llegado la respuesta hasta mañana. Soy el mejor —afirmó con esa voz aguda que sonaba satisfecha y cargada de vanidad. Macnamara le dio la razón y colgó con rapidez.

Decidió imprimir la lista, que ocupó un alarmante montón de hojas y, con la ayuda de una regla y un lápiz, fue punteando todas las posibles combinaciones de la palabra kusanagi que aparecían en las columnas.

ksanagiu ksanagui ksanaugi ksanuagi

ksaunagi ksuanagi uksanagi usanagik

usanagki usanakgi usankagi usaknagi

Después de casi una hora, cuando las palabras empezaban a bailotear frente a sus ojos y bizqueaba por culpa de esa letra tan pequeña, Macnamara leyó uno de los nombres y su corazón empezó a latir con violencia.

auskagin auskagni auskangi ausknagi

ausnkagi aunskagi anuskagi Nauskagi

Allí estaba lo que había estado buscando sin saberlo: «ANUSKAGI». Por fin tenía la respuesta; si le quitaba la g y la i, la palabra se convertía en ANUSKA. Anuska, el nombre cariñoso que Manu utilizaba para llamar a su novia. Ana Alcázar no iba contándole a todo el mundo ese detalle tan íntimo. El tal Kusanagi que se había liado con Natalia no podía ser otro que Ricardo Daroca. Él era el único que estaba al tanto del apodo de Ana; Macnamara se había enterado por pura casualidad al leer la dedicatoria en esa tira de fotos de fotomatón.

Nuño estaba eufórico. Tenía la clave de la verdadera identidad del asesino y algo dentro de él le decía que no se equivocaba. A pesar de la antipatía que sentía por ese tipo, Macnamara no se dejaba llevar por sus sentimientos personales en estos casos. Tenía ganas de gritar, de saltar, de bailar pero, de pronto, un pensamiento cruzó su mente y su entusiasmo se apagó de golpe.

Ese «juego de palabras» no le serviría para que ningún juez le diera una orden de registro; se limitarían a decirle que no era un indicio suficiente y se lo sacudirían de encima con una palmadita en la espalda. Soltó una ristra de

maldiciones mientras se tiraba de los pelos. ¡Maldición, estaba como al principio! Sabía quién era el asesino, sí, pero no podía probarlo de manera fehaciente.

En ese instante, su móvil sonó de nuevo. Disgustado por la interrupción de sus negros pensamientos, miró el número que salía en pantalla; era un teléfono fijo y no lo reconoció.

—¡Macnamara! —contestó con brusquedad.

—Señor Macnamara, soy Julia ¿se acuerda de mí? —Al escuchar la respuesta afirmativa del policía, la buena mujer siguió hablando con voz temblorosa—: Es la señorita Alcázar... ¡Ha desaparecido!

En el interior de las galerías la oscuridad era total y el frío intenso traspasaba el jersey y la fina camisa de Ana. La joven avanzaba con lentitud, palpando las frías paredes de los estrechos pasillos que se bifurcaban a menudo. Trataba de memorizar en su mente la dirección que tomaba cada vez que torcía, pero no sabía si algún día sería capaz de encontrar de nuevo la salida. Sin embargo, la cuestión ahora era alejarse lo más posible de su perseguidor. Cada vez cojeaba más y el dolor en su tobillo empezaba a ser insoportable pero, a pesar de todo, siguió andando. Después de un tiempo que se le antojó interminable, Ana se apoyó contra una de las húmedas paredes y, agotada, se deslizó hasta el suelo y envolvió sus piernas con los brazos. Estaba helada y muy asustada, le aterrorizaba la oscuridad, pero aún le daba más miedo el hombre que la buscaba ahí fuera.

Sus dientes castañeteaban sin que ella pudiera evitarlo, así que apretó aún más los brazos alrededor de sus piernas y rogó a Dios que su perseguidor no la descubriera. Sin saber por qué, se encontró pensando en Nuño Macnamara, en su último encuentro, en la forma en que la había amado aquella noche en la pequeña cama del cuarto de Miriam. De pronto, una idea chocante se abrió paso en su cerebro: si Ricardo la encontraba, ya no podría decirle nunca que lo amaba.

Ese pensamiento la dejó tan estupefacta, que hasta el temblor de su cuerpo cesó de golpe. ¿Lo amaba?, se preguntó. ¿A ese hombre que disfrutaba cuando la hacía perder los estribos? ¿Que a menudo era rudo con ella y la hería con su

lengua viperina? ¿A ese hombre que, en cuanto bajaba la guardia, la trataba con una delicadeza y una ternura inmensas? La situación límite en la que se encontraba atrapada no le permitió seguir engañándose y, por segunda vez en menos de un minuto, lo reconoció.

Estaba perdidamente enamorada del arisco policía.

Y al lado de lo que sentía por él, se vio obligada a admitir que su amor por Manu había sido un sentimiento romántico y puro entre dos adolescentes que, si no hubiera sido por la violenta muerte del muchacho, se habría desvanecido suavemente con el paso del tiempo. En cambio, lo que sentía por el inspector estaba muy lejos del idílico amor de los cuentos de hadas; era un amor adulto por completo, entre dos personas que sabían bien lo dura que podía llegar a ser la vida. A pesar de que hacía pocos meses que se conocían, Ana tenía una idea muy clara de los numerosos defectos y de las virtudes —no tan numerosas y, a menudo, bien escondidas en lo más profundo de ese poderoso pecho— de ese pelirrojo cascarrabias, y estaba convencida de que cualquier relación entre ellos no sería una historia plácida y edulcorada al estilo de «fueron felices y comieron perdices». Sin embargo, había una cosa de la que también estaba segura; lo que fuera que hubiera entre ellos no sería algo rutinario y convencional, sino una especie de gigantesca montaña rusa con esas bajadas y subidas vertiginosas y trepidantes, que te ponían la carne de gallina y te hacían gritar de gozo.

—¡Anita! —La voz de su perseguidor, deformada por la reverberación que se producía en los túneles, la sacó de sus ensoñaciones con violencia. Por un instante, había logrado olvidar el peligro en que se encontraba, pero ese grito la devolvió a la espantosa realidad y el terror le atenazó la garganta, impidiéndole respirar—. ¡Anita!

El eco fantasmal repitió su nombre una y otra vez. Asustada de que el castañeteo de sus dientes pudiera delatarla, Ana apretó las mandíbulas con fuerza y se arrimó aún más contra la húmeda pared, deseando poder fundirse en ella y desaparecer.

—Sé que te escondes aquí y, créeme, es imposible que escapes —Ricardo continuó hablando en ese tono persuasivo y razonable que la aterrizzaba aún más, si es que eso era posible—. Venga, Anita, no debes tener miedo de mí. Ya te he dicho que te quiero. Estoy enamorado de ti desde aquella noche

memorable en que apareciste bajo el puente de la nacional IV, donde teníamos nuestro cuartel general, empapada por la lluvia y con una bolsa de plástico en cada mano. Recuerdo cómo nos miraste a Manu y a mí, entre asustada y desafiante, y en ese instante supe, sin lugar a dudas, que tú serías para mí.

La voz parecía aproximarse y alejarse indistintamente, y Ana no era capaz de distinguir si el hombre estaba más cerca de ella o no, así que se limitó a permanecer inmóvil y en completo silencio rogando, desesperada, que no la descubriera.

—Pero tú no solo no te fijaste en mí, sino que te liaste con Manu. ¡Manu! —Escupió su nombre con odio—. Aún no sé qué demonios viste en él. Me imagino que te deslumbró su bello rostro y no te paraste a pensar en lo que había debajo. Manu no era más que un niño inconsciente, que confundía insensatez con valentía y que no tenía dos dedos de frente. Pensé que tú, que eres tan inteligente, te darías cuenta enseguida de cómo era en realidad y lo olvidarías, pero cuando vi que seguías loca por él tuve que tomar cartas en el asunto.

Al escuchar sus palabras, Ana tuvo una corazonada de lo que seguiría después y se estremeció con tanta violencia que le dolió todo el cuerpo.

—Sí, fui yo el que lo delató a la policía. Su mejor amigo, ja, ja, ja —su risa siniestra rebotó por las paredes de piedra, amenazadora—. Y algo más... ¿no lo adivinas? No, claro que no, eres demasiado ingenua, Anita, demasiado confiada. Pero esa es una de las cosas que más me gustan de ti.

El tono aterciopelado y acariciador de su voz, hizo que Ana sintiera ganas de taparse los oídos para no seguir escuchando. Sin embargo, abrazó sus piernas con más fuerza aún y metió sus manos —que no paraban de temblar— bajo sus rodillas para no caer en la tentación; estaba decidida a saber de una vez por todas la verdad.

—A Manu no lo mató la policía. No fue víctima de una bala perdida en mitad de la refriega como dijeron. Lo mató su propia estupidez, ¿sabes? Ni siquiera iba armado aquel día. Idiota, ¿a quién se le ocurre ir a dar un golpe con las manos vacías? —Sus palabras rebotaban un desprecio casi palpable al relatar los acontecimientos de aquella noche.

A pesar de que no veía nada, Ana percibió que se estaba acercando. Nerviosa, consideró la posibilidad de abandonar la relativa protección de ese

pequeño hueco en la pared de piedra en el que se había refugiado, pero lo pensó mejor y decidió que no sería una buena idea deambular a oscuras y desorientada por esos tortuosos pasadizos.

Entretanto, Ricardo seguía con su confesión, convencido de que en la delicada situación en la que Ana se encontraba podía hacer y decir lo que le diera la gana. Y esa firme seguridad, fue lo que terminó de aterrorizarla.

—Parece que lo estoy viendo, la policía había rodeado la nave y Manu, en vez de mostrar temor, afirmaba que conseguiríamos salir de allí sanos y salvos. Los otros le creyeron como los fanáticos que siguen a un iluminado, pero yo disparé a los agentes y empezó el tiroteo hasta que, en un momento de confusión, me acerqué a él, lo llamé por su nombre y, cuando se volvió hacia mí, descargué la última bala que me quedaba en mitad de su pecho —Ana se mordió la rodilla con saña para no gritar, mientras el dolor de aquel día la bañaba de nuevo y las lágrimas, ardientes y silenciosas, brotaban incontenibles empapando sus mejillas—. Recuerdo bien cómo esos bellos ojos azules que te sorbieron el seso me miraron con un asombro vacío. Seguro que te preguntas si he sentido remordimientos alguna vez, ¿a que sí? Pues ahí va mi respuesta: jamás. Manu recibió lo que se merecía.

A Ana le pareció detectar el levísimo resplandor de un mechero y, temblorosa, hundió la cara por completo entre sus rodillas. La angustia empapó su frente con un sudor frío que la hizo tiritar aún más.

—Como yo era el soplón de la madera y ellos mismos me habían proporcionado el arma, al final escribieron en su informe que a Manu le alcanzó una bala rebotada. Estuve una semana en el calabozo y, más tarde, el policía con el que colaboraba me dijo que sería mejor que desapareciera durante unos años hasta que el asunto se enfriase. Muy a mi pesar, tuve que irme sin ti. Como bien sabes, pasé varios años viajando por distintos países de Sudamérica, fue una época muy instructiva y aproveché para hacer lucrativos negocios. Conocí a otras mujeres, pero ninguna te llegaba a la suela del zapato, así que las usé hasta que me cansé de ellas y luego las olvidé —frenética, Ana oía el rumor de sus pasos cada vez más cerca. Su corazón palpitaba a tal velocidad que pensó que estallaría. El temblor de su cuerpo se había transformado en una tiritona constante y, si en ese momento hubiera tenido que salir huyendo, sus piernas no la habrían sostenido—. No puedes

imaginar cuánto pensé en ti durante ese tiempo. Por fin, cuando pensé que ya era seguro regresar, no paré hasta encontrarte. Después, no me resultó difícil convencerte de que aceptaras mi ayuda en la reforma de la casa; fue entonces cuando encontré la trampilla de la leñera que me resultó tan útil, como bien sabes, para acceder al interior. Te ofrecí mi ayuda porque deseaba estar cerca de ti, hacerme imprescindible, pero tú me tratabas como a un amigo y nada más, y ahí es cuando apareció Natalia.

»Ella sí vio en mí lo que tú pareces incapaz de percibir. Se enamoró con locura, la pequeña estúpida. Para mí no fue más que un pasatiempo, pero, sobre todo, un instrumento para llegar hasta ti. Natalia me introducía a escondidas en tu casa, en tu dormitorio... Una vez incluso me la follé en tu propia cama, con la almohada impregnada con esa fragancia tuya que me enloquece, pensando que eras tú. Como trofeo me llevé ese absurdo león que te regaló Manu y por el que estuvieron a punto de atraparlo. Cuando comprendí que, a pesar de mis esfuerzos para cautivarte, seguías mirándome con indiferencia, barajé la idea de envenenar a esos mocosos que habías recogido en la calle a los que parecías querer más que a mí. Al final lo descarté aunque, a cambio, convencí a tu protegida para que pusiera veneno en la comida de ese viejo perro. Después, no sé por qué, Natalia adivinó que era de ti de quien en realidad estaba enamorado. Se puso hecha una hiena, me amenazó con contártelo todo y, bueno, ya sabes lo que ocurrió.

La voz masculina pareció alejarse de nuevo y Ana suspiró con alivio. Sin embargo, el entresijo de pasadizos parecía funcionar como una caja de resonancia, porque seguía escuchando sus palabras con claridad. Se arrebujó más en su jersey como si ese gesto, más que resguardarla de la gélida atmósfera, la protegiera de la maldad de ese discurso enloquecido.

»Luego tuve que dar un escarmiento a ese hombre repugnante que osó manosear lo que era mío. Te confesaré una cosa; no me gusta perderte de vista durante mucho tiempo, así que a menudo te vigilo con mis prismáticos mientras haces ejercicio, me encanta observar la agilidad de tu delicioso cuerpo. Ese día lo vi todo. Y más tarde... —de pronto, la voz de Ricardo se elevó con repentina violencia—. ¡¿Qué parte de “solo yo puedo tocarte” no entendiste, joder?! Desoíste mi advertencia. He visto como miras a ese poli. No sé si esa mañana en que lo sorprendí en tu casa tan temprano había pasado

la noche contigo, pero lo averiguaré y, si descubro que te ha puesto la mano encima..., ¡te juro que él también recibirá su merecido!

Esa amenaza tan poco sutil multiplicó por tres el terror de Ana. Estaba claro que Ricardo era capaz de cualquier cosa y ni siquiera un policía estaba a salvo de él. El pensamiento de Macnamara herido o muerto a manos de ese loco le revolvió el estómago y le entraron ganas de vomitar.

—Vaya, parece que mi mechero se está quedando sin gas. Sal ahora mismo, Ana, o te dejaré aquí encerrada hasta que vuelva mañana a buscarte. Sé que te aterroriza la oscuridad, Natalia me enseñó la lamparita que enciendes todas las noches en tu habitación y me pareció enternecedor. Anita, querida, el desenlace será el mismo si te entregas ahora o si te encuentro mañana cuando vuelva con una linterna y, créeme, te ahorrarás un montón de horas de sufrimiento. ¡Ana, sal de tu escondite o será peor para ti! —El hombre esperó un rato en silencio, pero al ver que ella no respondía se encogió de hombros y a la, cada vez más débil, luz del encendedor se dirigió hacia la salida. Sin embargo, antes de traspasar el umbral se volvió por última vez y gritó en dirección a la oscuridad—: ¡Tú lo has querido! Este será tu pequeño castigo por dejarte deslumbrar por un tipo como Macnamara. Disfruta de tus últimas horas de libertad. Mañana serás mía. Para siempre.

Horrorizada, Ana escuchó el ruido de la pesada puerta de hierro al cerrarse.

Macnamara giró el acelerador hasta el límite; si en vez de una moto hubiera llevado un caballo entre sus piernas, lo habría espoleado hasta reventarlo. Casi pegado al depósito de gasolina para oponer menos resistencia al viento, Nuño volaba esquivando el escaso tráfico nocturno. Miriam había llamado a Julia a eso de las ocho de la tarde, preocupada porque Ana no hubiera llegado aún. En cuanto se enteró, la fiel cocinera condujo hasta la casa para ocuparse de ellos. La mujer descartó en el acto la idea de Miriam de que Ana hubiera sufrido una avería con el coche. Si hubiera sido así, se dijo, lo primero que habría hecho Ana habría sido avisarla a ella o Pilar. Además su móvil estaba apagado, cosa rarísima tratándose de la joven; la conocía desde hacía años y sabía cómo se preocupaba por los pequeños. Así que buscó en la consola del recibidor hasta que dio con la tarjeta del inspector. En cuanto la mujer le dijo que Ana había desaparecido, Macnamara supo lo que tenía que

hacer. Con resolución, empujó la angustiada preocupación que sentía hasta el último rincón de su cerebro; iba a necesitar toda su concentración si quería rescatarla sana y salva, así que en esos momentos no podía darse el lujo de distraerse con sus propias emociones.

Si algún agente de tráfico se hubiera tomado la molestia de cronometrar el tiempo que tardó en llegar a la casa de Ricardo Daroca, Macnamara hubiera necesitado un par de generaciones para recuperar los puntos del carné. El chalé estaba apenas quince kilómetros de la casa de Ana y al apagar la llave de contacto, el inspector permaneció examinando el alto muro de hormigón, rematado con puntiagudos trozos de vidrio, que rodeaba la enorme parcela. La casa del amigo Daroca parecía una auténtica fortaleza.

Con decisión, se quitó el casco y lo dejó sobre el asiento de la moto, se bajó la cremallera de la cazadora y palpó la empuñadura de su pistola, que llevaba en una funda sobaquera en el lado derecho —Macnamara era diestro para todo, salvo a la hora de disparar—; se ajustó la prenda para que no se notara el bulto del arma y, en dos zancadas, llegó hasta la cancela y pulsó el timbre del portero automático con insistencia. Al cabo de un buen rato, una voz metálica preguntó:

—¿Quién es? —A pesar de que al inspector no se le había escapado la cámara de seguridad que le apuntaba directamente contestó con serenidad.

—Soy el inspector Nuño Macnamara. Me gustaría hacerle unas preguntas, señor Daroca.

—¿A estas horas? ¿Ocurre algo, inspector?

—Si no le importa, me gustaría hablarlo dentro con usted.

Al instante, el sonido chirriante de la verja de hierro al abrirse interrumpió la quietud nocturna y dio paso a un camino empedrado con adoquines rústicos que conducía a la entrada principal. Macnamara observó la sólida construcción de hormigón y cristal que se levantaba ante él y calculó que no tendría menos de mil metros contruidos. Era evidente que, a pesar de la crisis, las cosas no le iban mal a Pepe Gotera, se dijo, sarcástico. En cuanto subió los tres peldaños de la entrada, la inmensa puerta de bronce se deslizó hacia uno de los lados con suavidad.

—Buenas noches, inspector, me disponía a cenar. No esperaba una visita suya a estas horas.

El hombre lo recibió vestido con un elegante batín de seda que cubría sus pantalones oscuros y la camisa blanca, y unas zapatillas negras de terciopelo con un elaborado monograma bordado en hilo de oro. A Macnamara se le antojó un atuendo excesivo para un hombre de sus oscuros orígenes; estaba claro que Ricardo Daroca se esforzaba mucho por ocultar a los ojos de los demás su humilde procedencia.

—Verá, ha surgido un asunto urgente...

El amigo de Ana lo interrumpió con un gesto y comentó con amabilidad:

—Venga conmigo al comedor, inspector, así hablaremos con más tranquilidad. ¿Quiere tomar algo? Puedo ofrecerle una tabla de quesos con una copa de Ribera de Duero.

—Se lo agradezco, señor Daroca, pero no deseo tomar nada.

Ricardo lo condujo por una serie de amplios salones, de suelos de mármol y mullidas alfombras persas, que comunicaban unos con otros. Saltaba a la vista que no se había reparado en gastos a la hora de decorar la vivienda, en la que abundaba el lujo hasta resultar un poco agobiante. Macnamara no pudo evitar compararla con la casa de Ana, mucho más pequeña y sencilla, pero que, sin embargo, a él se le antojaba un auténtico hogar. Por fin llegaron a un comedor de grandes dimensiones, cuyo punto focal era una enorme mesa inglesa de caoba del siglo XIX con sillas a juego.

Daroca se sentó en la cabecera en la que, sobre el mantel de hilo con la servilleta a juego, había dispuesto un servicio de porcelana y cubiertos de plata que resplandecían bajo la luz de la enorme araña de cristal. El hombre se sirvió de una bandeja que había a su lado, luego cogió con delicadeza una altísima copa de cristal de Bohemia llena de vino y dio un trago.

—¿Seguro que no quiere nada? —le preguntó al policía, mirándolo con amabilidad.

—No gracias —a Nuño no le agradaba semejante derroche de suntuosidad, había algo que no encajaba en todo aquello; tenía la sensación de que Ricardo Daroca estaba representando un papel. Pues bien, si creía que iba a distraerlo con todas esas estupideces iba listo, se dijo el inspector—. Mire, señor Daroca, iré al grano. Ana Alcázar ha desaparecido.

—¿Ana?! ¡No puede ser! ¿Cómo que ha desaparecido? —La preocupación que expresaba su rostro parecía genuina y hubiera engañado a

cualquier otro que no hubiera estado tan pendiente de cada uno de sus gestos como el policía. A Macnamara, sin embargo, no se le escapó la falta de reacción en sus pupilas al conocer la noticia. La dilatación o contracción de las pupilas era un reflejo involuntario que, como la mayoría de ellos, indicaba a menudo que un sospechoso decía la verdad. Daroca hizo amago de levantarse de la mesa, como si estuviera dispuesto a salir a buscarla adonde fuera necesario.

—Tranquilo, siga comiendo —las palabras de Macnamara, pronunciadas con un leve toque de hastío le desconcertaron y, con lentitud, Ricardo tomó asiento de nuevo y se llevó el tenedor a la boca. Después de unos cuantos bocados, lo dejó en el centro del plato, como si de pronto se le hubiera quitado el apetito.

El contraste entre ambos hombres no podía ser más agudo. Ricardo sentado muy erguido en la silla sin que su espalda rozara el respaldo; con su elegante atuendo; su refinada forma de comer, con los codos bien pegados a ambos costados de su cuerpo, y ni un pelo de sus engominados cabellos fuera de su sitio. El inspector, en cambio, se había retrepado cómodamente sobre una de las sillas que parecía demasiado pequeña para abarcar su poderoso cuerpo con las largas piernas bien estiradas frente a él y los tobillos cruzados, mostrando sus desgastadas botas cubanas que no parecía quitarse ni para dormir. Su brazo izquierdo, apoyado sobre la mesa, servía de apoyo a esa cabeza coronada por una espesa mata de pelo revuelto a la que la intensa luz de la lámpara arrancaba destellos cobrizos. Su cazadora, entreabierta con descuido, mostraba una descolorida camiseta de color oscuro.

Al ver la expresión relajada y ligeramente divertida del rostro del policía, como si estuvieran hablando de asuntos triviales y él estuviera allí solo para entretenerlo, Ricardo Daroca apretó las mandíbulas con fuerza.

—Verá, tengo una idea clara de dónde puede encontrarse la señorita Alcázar, aunque quizá esté equivocado —a pesar de la gravedad de sus palabras, el policía parecía indiferente por completo a la urgencia del asunto; una actitud que parecía sacar a su anfitrión de sus casillas.

—Entonces, ¿por qué no va a buscarla? ¡Quizá esté en peligro! Yo le acompañaré. —Una vez más, Daroca se levantó con tanta brusquedad que estuvo a punto de derribar la silla.

Al ver sus aspavientos, la mirada de Macnamara se tornó burlona.

—Igual no es necesario que nos alejemos mucho de aquí —sugirió Macnamara, que daba la sensación de estar jugando con él. En vista de su actitud desenfadada, Ricardo recobró su sangre fría y respondió con serenidad:

—No sé lo que está insinuando, inspector Macnamara, le ruego que hable con claridad.

—Muy bien, si es claridad lo que desea, eso es lo que le daré.

Esta vez Macnamara se levantó con lentitud, irguió su cuerpo vigoroso en toda su estatura, como una sutil amenaza, y en un tono muy suave, declaró:

—Creo que es usted la persona que retiene a la señorita Alcázar.

Ricardo Daroca, no hizo ningún intento de negar esa afirmación. Esta vez eran sus ojos verdes los que brillaban, burlones, y en el mismo tono, amable y pedagógico, que utilizaría un profesor para explicar un sencillo problema de matemáticas a un niño pequeño y un poco tonto se dirigió al inspector:

—Mi querido inspector Macnamara. Ahora es usted el que desvaría. Ana es amiga mía y jamás haría nada que pudiera hacerle daño. ¡De ninguna manera! Además, ¿dónde cree que la escondo? ¿Aquí en mi casa? —Hizo un gesto con los brazos que abarcó lo que había a su alrededor.

—No es un mal lugar, aquí hay sitio de sobra para esconder a varias personas —Macnamara le devolvió la mirada, impertérrito.

—Supongo que si hubiera traído con usted una orden de registro ya me la habría mostrado —Ricardo le miraba con aires de gato que está dispuesto a jugar con el ratón, pero solo hasta que este empiece a aburrirle.

—En efecto, no tengo ninguna orden —Macnamara extendió las palmas vacías hacia arriba y continuó hablando con calma—: Pero imagino que, tratándose de un buen amigo de la señorita Alcázar, a la que conoce desde hace tanto tiempo, no tendría ningún inconveniente en enseñarme su casa.

El hombre frente a él lo miró de arriba abajo con expresión pensativa y, finalmente, asintió sin tratar de reprimir la mueca maliciosa que asomó a sus labios.

—Muy bien, por mí no hay inconveniente. Usted primero, inspector —dijo Daroca, con una elegante inclinación de cabeza.

Tardaron bastante en recorrer la casa en la que el único rastro de la presencia de Ana que encontró el inspector fue un pequeño retrato suyo al carboncillo en el fastuoso dormitorio principal. Tres de las paredes de la habitación eran de cristal, de forma que el cuidado jardín pasaba a convertirse en un espectacular cuadro viviente. La enorme cama en el centro de la habitación, cuyo cabecero hacía las veces de mesillas de noche, era el único mueble visible. Los armarios estaban integrados en la única pared que no era de vidrio de un modo tan perfecto que resultaban casi invisibles. Era como si Ricardo Daroca se acostara todas las noches en mitad de la naturaleza.

Macnamara cogió el pequeño marco y lo examinó con curiosidad. A pesar de los trazos monocromos y sencillos, una Ana de sublime belleza lo miraba desde el papel, con esa luz tierna que a veces aparecía en sus enormes ojos grises, que tenía el poder de derretirlo en menos de dos segundos. Le costó arrancar los ojos del retrato y dirigirlos hacia el hombre que permanecía en silencio a su lado.

—Parece que le gusta la señorita Alcázar, ¿no? Es una mujer muy bella.

Por primera vez, Ricardo pareció perder un poco de su sangre fría y, con un movimiento algo brusco, le arrebató el marco y lo volvió a dejar en su sitio, como si no pudiera resistir que lo tocara alguien que no fuera él. El inspector tomó nota de su comportamiento, trazando planes en su mente sobre la manera de utilizarlo más adelante.

—Verá, conozco a Ana desde hace años. Hemos pasado por muchas cosas juntos y la aprecio, sí. —Era obvio que Ricardo había recuperado el control de sus emociones. Su apariencia volvía a tener ese velo de encanto y amabilidad que parecía la marca de la casa. Le dirigió una agradable sonrisa a Macnamara y agregó—: Bueno. Ya hemos visto todo lo que hay que ver, ahora usted debería empezar a buscar a Ana en serio, me preocupa mucho.

—No me ha enseñado el sótano y los trasteros —lo interrumpió Macnamara con rudeza.

El hombre soltó un suspiro de cansancio, alzó los ojos al cielo y le dijo sin perder ni un ápice de su amabilidad:

—Sígueme.

La planta subterránea era enorme a su vez y contenía una piscina cubierta, el garaje, el cuarto de calderas, los trasteros y numerosas habitaciones vacías.

Sin embargo, los agudos ojos de Macnamara detectaron algunos elementos que no cuadraban. A pesar de su tamaño, la planta le pareció algo más pequeña que el nivel superior. Se preguntó si eso significaría que había espacios ocultos en algún lado. Para comprobarlo necesitaría un georadar que tendría que pedir en comisaría y que no llegaría antes de un par de semanas, lo que le haría perder un tiempo precioso.

—Espero, inspector, que admita que ha... patinado, por decirlo suavemente. Dígame, ¿de dónde ha sacado la extraordinaria teoría de que yo soy la persona que retiene a Ana? —La mirada entre arrogante y despectiva que le lanzó, reafirmó al policía en sus sospechas. Ricardo Daroca estaba demasiado tranquilo, demasiado seguro de sí mismo. Olía a culpabilidad por los cuatro costados.

Sin embargo, Macnamara era consciente de que estaba a punto de perder la oportunidad de averiguar lo que necesitaba, así que decidió poner en práctica el plan que había trazado sobre la marcha. Con decisión, irguió sus anchos hombros, cruzó los brazos sobre su pecho y se enfrentó a él con una expresión severa en el rostro.

—Sé que usted la oculta en algún lugar. Sé que está enamorado de Ana desde hace años y que ella no le corresponde. Sé que fue usted el que envenenó al mastín, apuñaló a Natalia hasta la muerte y acabó también con la vida de Dionisio Fuentes.

—Ja, ja, inspector. Perdone que me ría a pesar de que las acusaciones que está formulando son muy serias, pero es que en la vida había oído nada tan peregrino —el hombre lo observaba sin inmutarse con las cejas, negras y espesas, alzadas ligeramente, como si estuviera haciendo acopio de paciencia para escuchar sin enfadarse todas las sandeces que decía el policía.

—Usted es Kusanagi —lo acusó Macnamara.

Por unos segundos, la sorpresa brilló en sus pupilas pero, al instante, Daroca recuperó su expresión serena.

—Se equivoca, inspector, soy Ricardo Daroca, constructor. Jamás he oído ese nombre.

—¿No? ¿De verdad no lo ha oído? —preguntó Macnamara. Despacio, se acercó hasta que sus cuerpos estuvieron a menos de medio metro, empujándose con su tamaño la figura del otro hombre. Incómodo, Daroca

se vio obligado a echar la cabeza para atrás para mirar el rostro implacable del inspector—. Qué raro. Kusanagi es un ingenioso juego de palabras que oculta algo, algo importante.

—No sé de qué me habla —Ricardo dio un paso atrás para alejarse de la agobiante cercanía de aquel cuerpo inmenso.

—Natalia dejó escrito un diario —de nuevo Daroca fue incapaz de ocultar su sorpresa, pero nada en su actitud traicionó el más mínimo matiz de temor ni ninguna otra emoción delatora—. En él hablaba de su idolatrado Kusanagi, del que estaba locamente enamorada. Sin embargo, ese amante infiel la traicionó con otra mujer. Pero aquí viene lo más cómico, la mujer a la que Kusanagi ama con toda su alma, lo desprecia. Nunca le ha mirado como a un posible amante y nunca lo hará.

Esta vez, Ricardo Daroca se quedó rígido y sus párpados se entornaron tratando de ocultar el brillo helado de sus ojos verdes, muy alejado del encanto que derrochaban de manera habitual. Macnamara tomó nota mental de aquellos sutiles signos y prosiguió:

—Anuska, la mujer que se esconde tras el nombre de Kusanagi, nunca será suya porque ya ha encontrado a otro hombre que la satisface más.

—¿Ah, sí? Parece saber mucho del tema, inspector. Me gustaría que me dijera por qué está usted tan bien informado —a pesar de que Ricardo Daroca no había movido ni una pestaña y sonaba perfectamente calmado, el frío fulgor de sus pupilas se había transformado en un destello homicida.

—Mi fuente de información soy yo mismo, señor Daroca, alias Kusanagi. Me he acostado con ella. Un polvo de los que no se olvidan, créame —se jactó Macnamara, al tiempo que le guiñaba un ojo. Su vulgaridad y la sonrisa petulante posada sobre su boca hubieran bastado para que cualquiera se sintiera tentado a borrársela a golpes.

—No me creo que alguien como Ana se haya acostado con un patán como usted. Un policía zafio y palurdo que, ni en mil años, sería capaz de darle a una mujer como ella lo que necesita —Daroca lo miraba, desdeñoso, con las manos metidas en los bolsillos de su batín.

—Ah, ¿no? —respondió el policía al tiempo que sacudía su cabello rojizo, desafiante, y pasaba una mano por su entrepierna en un gesto provocativo—. Pues a juzgar por sus gemidos de placer, parece que a ella le gustó bastante

que le tocara esos maravillosos pechos, blancos y erguidos. Jamás he visto una piel tan pálida, tan suave y perfecta como la suya. La cara interna de sus muslos es como el terciopelo y, cuando subes un poco más, te das cuenta de que es una zorrita bien enseñada, tan húmeda y dispuesta que...

No pudo acabar la frase. A pesar de que estaba atento al más mínimo movimiento de Ricardo Daroca, el hombre que tenía enfrente consiguió sorprenderlo. Con un gesto fluido que los ojos de Macnamara fueron incapaces de registrar, sacó la mano del batín y trató de clavarle al policía el pequeño pero afilado cuchillo que empuñaba. Por fortuna, Nuño consiguió reaccionar en el último segundo y alzó el brazo izquierdo para cubrirse, así que el tajo que iba destinado a su garganta, acabó desgarrándole el antebrazo. Al instante, sintió un dolor lacerante y empezó a sangrar con abundancia pero, a pesar todo, no se distrajo y siguió esquivando el ataque de Daroca como pudo. El hombre tenía una espectacular habilidad en la lucha con cuchillos y sus movimientos, rápidos y certeros, obligaban a Macnamara a esquivar una puñalada tras otra. El policía maldijo en silencio. La afilada hoja debía haberle seccionado algún músculo o tendón; los dedos no le respondían y no podía echar mano de su pistola.

Herido y desarmado, estaba en clara desventaja frente a su oponente, así que Nuño recurrió a la única defensa que en una situación como aquella le quedaba a un tipo de su envergadura. Con un valor rayano en la temeridad, se abalanzó sobre su atacante, lo agarró como pudo de la muñeca, tratando de detener las cuchilladas que le lanzaba sin pausa, y con su cuerpo lo arrinconó contra la pared de hormigón del sótano. Sin embargo, no consiguió desarmarlo pues, a pesar de que Ricardo era bastante más bajo y menos pesado que Macnamara tenía una fuerza sorprendente, incrementada por el odio enloquecido que brillaba en sus pupilas.

Mientras forcejeaban por la posesión del cuchillo, cuya afilada hoja quedaba en ese momento a menos de dos centímetros del rostro de Macnamara, Ricardo jadeo:

—Ana es mía... La has tocado y vas a morir...

Macnamara no perdió el tiempo con chácharas inútiles. Como tenía la mayor parte del brazo izquierdo inutilizado, aplastó a Ricardo con su hombro contra la pared hasta que consiguió inmovilizarlo, mientras que con la otra

mano seguía apretando la muñeca de su atacante con todas sus fuerzas. Milímetro a milímetro, logró alejar el punzante acero de su cara y siguió retorciéndole la muñeca hasta que los dedos de su enemigo se abrieron y soltó el cuchillo. Sin embargo, Daroca, entrenado en infinidad de peleas callejeras, no se dio por vencido.

Con un rápido movimiento, metió la mano que tenía libre bajo la chaqueta del inspector y le arrebató la pistola de su funda. Apuntó con ella hacia el estómago del policía, pero, antes de que pudiera apretar el gatillo, Nuño consiguió volver el cañón hacia él y cuando el disparo retumbó de forma ensordecedora en el inmenso sótano, el policía no habría sido capaz de decir si estaba herido o no. Fue al notar que el peso de su agresor sobre su hombro aumentaba, cuando Macnamara comprendió que era a Daroca al que le había alcanzado la bala.

Con cuidado, lo ayudó a deslizarse hasta que quedó tendido sobre el frío suelo de cemento, apartó el batín de seda, cuyos colores se iban apagando a medida que la mancha de sangre aumentaba sin pausa, y vio que la cosa no pintaba nada bien. A toda prisa, Macnamara se deshizo de su cazadora, se quitó la camiseta, hizo con ella un revoltijo y presionó con fuerza sobre la herida. Con la otra mano sacó su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y llamó al 112 para pedir una ambulancia y refuerzos policiales.

—No... te molestes. Estoy... jodido.

Ricardo Daroca lo miraba con el rostro muy pálido pero, a pesar de la situación, lucía una mueca retorcida en su boca. El policía no sintió ninguna lástima de él y con brusquedad preguntó:

—¿Dónde está Ana?

—Ja, ja... —la inoportuna risa le provocó un ataque de tos y un esputo sanguinolento le salpicó la barbilla. Sin embargo, le dirigió una mirada llena de odio y, aunque le faltaba el aire, añadió—: Nunca la encontrarás... si no es... mía, no... lo será de... nadie.

El inspector le agarró por las solapas y lo sacudió sin importarle que estuviera herido.

—¡Dímelo, hijo de puta! —gritó. Macnamara tenía miedo; si ese bastardo moría sin hablar quizá no volvería a ver a Ana—. La tienes escondida en esta casa, ¿no es así? Seguro que tienes una habitación del pánico o como

demonios se llame.

—Frío, frío... —los iris verdes no dejaban de observarlo, burlones—. Está bien... has acertado... aunque se trata... más bien... de un pequeño apartamento. Lo prepararé... para Anita... en el caso... de que no quisiera... al principio... estar conmigo.

—¿Dónde está?! ¿Dime cómo llego hasta él?! —El inspector tenía la frente perlada de sudor.

—¿Ves... esa... palanca...?

Nuño giró la cabeza y vio una pequeña palanca roja, muy parecida a las llaves del gas de las calderas. Con rapidez, se levantó y la giró primero en una dirección y, al ver que no ocurría nada, en la otra. De repente, un pesado mueble de acero que contenía un montón de herramientas y que parecía que llevaba siglos anclado en ese mismo lugar, empezó a deslizarse con suavidad hacia un lado dejando a la vista una puerta oculta. Con el corazón latiéndole alocadamente en los oídos, Macnamara se abalanzó sobre el pomo y lo giró impaciente, pero estaba cerrada con llave. Sin perder ni un segundo, el policía se echó hacia atrás, cogió impulso y aterrizó con el hombro sobre la madera. La puerta se abrió de golpe y Nuño accedió a un apartamento. Una habitación, un baño y una cocina, todo en tamaño diminuto y sin ventanas. Por supuesto, estaba vacío. Angustiado, el inspector salió, se arrodilló junto al herido y apretó la camiseta contra su estómago una vez más.

—¿Dónde está? —Esta vez, las palabras del policía sonaron como una súplica.

Las pupilas cada vez más turbias de Ricardo Daroca bebieron extasiadas la desesperación del, hasta hace pocos minutos, arrogante inspector Macnamara.

—Así... que... la amas... —el esfuerzo por pronunciar esas palabras hizo que Daroca tosiera más y un hilillo de sangre se deslizó por la comisura de su boca.

—Sí, amo a Ana. La quiero como jamás pensé que podría querer a una mujer —confesó el inspector. Al escucharse pronunciar esas palabras en voz alta, Nuño se sintió extrañamente reconfortado y, por una milésima de segundo, olvidó las difíciles circunstancias que lo rodeaban.

—Me... alegre... así... sabrás... lo que... es... quererla... sin...

esperanza —al terminar la frase, Ricardo Daroca sufrió una violenta convulsión y murió.

—¡Hijo de puta! —gritó Macnamara, al tiempo que acercaba los dedos índice y corazón a su cuello, pero fue inútil, no encontró el pulso de la arteria carótida. Desesperado, se tiró de los pelos; tenía que encontrar a Ana antes de que fuera demasiado tarde.

Nuño bajó la vista una vez más hacia el hombre que yacía en el suelo con los ojos muy abiertos y tuvo que contener el fuerte impulso de soltarle una patada. Sin parar de maldecir, recogió su cazadora del suelo y se la fue poniendo mientras subía por la escalera. Necesitaba aire fresco para poder pensar. Al salir al exterior notó que había empezado a caer una fría llovizna. Justo entonces, escuchó el ruido de un motor y vio las luces de las sirenas en el camino que conducía hasta a la casa. Además de la ambulancia, dos todoterrenos de la Guardia Civil se detuvieron a su lado.

—Inspector —saludó el agente nada más bajarse del coche y Macnamara lo reconoció al instante, era el mismo que lo había llevado hasta el depósito de agua en el que apareció el cadáver de Fuentes.

—Me temo que es demasiado tarde, el hombre está muerto.

El guardia civil, acostumbrado a las malas noticias, se encogió de hombros y comentó como si pensara en alto:

—Por qué será que todo lo malo ocurre en las noches oscuras y húmedas —y, sin esperar respuesta, se alejó en dirección a la casa en pos de sus compañeros.

Las palabras de aquel hombre trajeron a la memoria de Macnamara otras palabras:

... Me encuentro en un lugar húmedo en el que la oscuridad es absoluta. Estoy hecha un ovillo y trato de fundirme con esa oscuridad porque, a pocos metros de donde yo estoy, alguien me busca. La sensación es opresiva, casi asfixiante, y la maldad que percibo en ese «alguien» que me acecha, me llena de terror...

Macnamara salió corriendo detrás del agente Vázquez.

—¡Agente! —gritó.

El guardia civil que acababa de subir los tres escalones de la entrada se volvió en el acto.

—¿Sí, inspector?

—Usted es de la zona ¿verdad?

—Sí, yo nací en el pueblo de al lado y desde crío...

Macnamara lo interrumpió, impaciente.

—Necesito saber si existe una cueva por los alrededores o algo parecido.

—¿Una cueva? —El joven agente pareció sorprendido por la pregunta, pero enseguida contestó—: Bueno, está la mina de plata cerca de Bustarviejo, pero queda lejos de aquí. A unos cincuenta kilómetros más o...

El inspector lo interrumpió de nuevo con brusquedad.

—No, demasiado lejos no puede ser.

—A ver, déjeme pensar —el guardia civil se rascó la cabellera por debajo de la gorra verde—. Está también la cueva del monje.

—¿Es grande? ¿Muy oscura y húmeda? —preguntó el policía a toda velocidad con los ojos chispeando de esperanza.

—Para nada, como mucho sirve de refugio a unas cuantas personas si cae una buena tormenta, hay gente que piensa que es un dolmen, aunque... —al percibir la mirada de desesperación de Macnamara, el joven se detuvo, pensó a toda prisa y añadió—: Puede que se refiera usted a unas viejas galerías excavadas durante la guerra civil. Las usaban los combatientes para refugiarse de los ataques aéreos. Son un pequeño laberinto y la última vez que estuve con mis sobrinos, alguno de ellos se llevó un buen susto a pesar de que íbamos con linternas.

Como si hubiera tenido uno de esos presagios de los que tanto se burlaba antaño, Macnamara supo sin ninguna duda que ese era el lugar que buscaba.

—Necesito que me lleve hasta allí, agente, la vida de una mujer está en juego.

El médico de la UVI móvil, que llevaba un rato curándole la herida del antebrazo comentó:

—Ya no sangra y le he inmovilizado el brazo, pero necesita cirugía. Debería venir conmigo al hospital.

—Gracias, ahora no puedo. Vamos, agente Vázquez, que sus compañeros vayan haciendo el atestado. ¿Tiene una linterna?

—Sí, siempre llevo un foco en el coche —respondió el joven, contento de poder ser útil; desde que conocía al inspector Macnamara su vida se había vuelto mucho más emocionante.

—Perfecto. Pise fuerte.

El guardia civil condujo a toda velocidad por los caminos sin asfaltar. Sin embargo, la impaciencia del inspector por llegar hacía que no le pareciera que iban lo suficientemente rápido. En silencio, hizo algo que no recordaba haber hecho desde que era niño: rogó a Dios que Ana se encontrara sana y salva.

El agente Vázquez detuvo el coche en un claro apenas iluminado por la luz de la luna y rebuscó en la guantera.

—¡Aquí está! —Sacó un foco de buen tamaño y lo encendió—. Desde aquí tendremos que ir andando, inspector Macnamara, las galerías están como a un kilómetro y medio.

Avanzaron con rapidez por el bosque, solo el bullicio de las criaturas nocturnas y el sonido de sus pasos apresurados interrumpían el silencio nocturno. La temperatura era gélida, pero Macnamara no lo notaba, tampoco se daba cuenta del dolor que sentía en el brazo a pesar del analgésico que se había tomado. Tan solo se concentraba en seguir la luz del foco con atención para no tropezar con una raíz o una piedra. En su mente solo tenía cabida una idea: llegar hasta Ana cuanto antes.

Después de lo que le pareció un siglo el agente Vázquez anunció por fin:

—Casi hemos llegado. La entrada está detrás de ese montículo —el hombre se detuvo frente a lo que a Macnamara tan solo le pareció un amasijo de zarzas y exclamó—: ¡Alguien ha bloqueado la puerta con unas piedras!

El agente dejó el foco a un lado y empezó a quitarlas. Al momento, el inspector estuvo a su lado ayudándolo a mover las pesadas rocas que obstruían el acceso a las galerías, sin pensar en su brazo herido. Cuando consiguieron despejar la entrada, Macnamara cogió el farol y empujó la puerta. A la luz del potente foco, las tinieblas retrocedieron.

—¡Ana! ¡Ana! —Su voz profunda resonó con fuerza y el eco retumbó por los diferentes pasadizos, pero no hubo respuesta—. ¡Ana, soy yo, Macnamara, contesta por favor!

Nada.

Si no hubiera sido por los gritos del inspector el lugar habría sido una

tumba. Fuera de sí, el policía recorrió los túneles uno a uno, dejando marcas con una piedra afilada para reconocer las galerías por las que ya había pasado. Empezaba a desesperar cuando la luz del foco alumbró algo de un color más claro que las paredes. Con el corazón a cien latidos por segundo, Macnamara se acercó y reconoció la figura de Ana hecha un ovillo contra la pared. El inspector calló de rodillas a su lado y sus ojos se llenaron con una insólita humedad.

—¡Ana! ¡Ana! —La agarró con el brazo sano, pero la joven, atarida y medio inconsciente, luchó contra él.

—¡No! —Su grito de angustia le heló la sangre.

—¡Ana, tranquila, soy yo, Macnamara! —La estrechó más fuerte contra su pecho y hundió la cara en sus cabellos.

Por fin, sus palabras parecieron penetrar en su cerebro febril y, con un sollozo, Ana alzó los brazos, los enredó alrededor de su cuello y hundió la cara en su garganta.

—Nuño, Nuño, no... puedo creer... que estés aquí...

Al inspector le pareció sentir el roce de unos labios helados en su garganta y eso, y el que ella lo llamara por su nombre, hizo que su pecho se hinchara de puro amor hasta que pensó que estallaría. Con un rápido movimiento, Nuño se desembarazó del cabestrillo que le había colocado el médico y, sin prestarle la menor atención al dolor agudo que lo asaltó, pasó el brazo bajo las piernas de Ana y la alzó como si no pesara nada. El agente Vázquez protestó y dijo que él podía llevarla, pero Macnamara no le hizo el menor caso y siguió avanzando con ella en brazos en dirección a la salida, mientras que el guardia civil iluminaba el camino.

—Te llevaré al hospital —dijo Nuño sin notar el dolor, ni el frío, ni nada que no fuera la emoción de haberla encontrado sana y salva.

—No por favor, Nuño... Quiero ir a casa..., quiero ver a mis... niños. Estarán preocupados. Por favor... —a Macnamara le costó resistirse a sus

ruegos, pero estaba muy preocupado por su salud. Su frágil cuerpo no paraba de temblar y, al rozarle la frente con su mejilla, le pareció que tenía algo de fiebre.

—Iremos primero al hospital para que te echen un vistazo y luego te llevaré a casa —respondió con severidad, sin revelar ninguna emoción.

—¿Pro... metido...? —Los dientes de Ana castañeteaban con fuerza.

—Tienes mi palabra.

Ana se limitó a asentir sin despegarse de ese cuello fuerte y cálido que le parecía el único refugio posible en el universo. Por fin llegaron al todo terreno y el agente Vázquez se puso en marcha a toda la velocidad que le permitían los agrestes caminos de tierra. El policía se sentó detrás y sostuvo a Ana sobre su regazo. A pesar de que la había cubierto con una manta que el previsor guardia civil también llevaba en el coche, la joven seguía tiritando y parecía medio inconsciente. Macnamara la abrazaba con todas sus fuerzas, pero se sentía impotente y, cada vez más preocupado, acució al agente para que fuera más rápido.

Una vez en urgencias, el inspector enseñó su placa y los pasaron a ambos en el acto. A pesar de sus protestas insistieron en enviar a Macnamara al cirujano, mientras a Ana la metían en otro box. Aunque reacio a perderla de vista ni un segundo, el policía se vio obligado a acceder ante la insistencia del médico.

Durante todo el tiempo —para él interminable— que el cirujano tardó en coserle las heridas, Macnamara no paró de gruñir, hasta tal punto que, en un momento dado, el médico amenazó con ponerle anestesia general si no se callaba de una vez. Nuño obedeció de mala gana, aunque cada cinco minutos le pedía a la enfermera que fuera a enterarse de cómo estaba Ana.

—Ya está. Inspector Macnamara, tiene usted el dudoso honor de ser el peor paciente que he tenido en mucho tiempo —declaró el cirujano tras terminar de atenderlo, mientras se despojaba de la mascarilla y los guantes—. A pesar de todo, he hecho un buen trabajo, así que si no surgen imprevistos recuperará por completo la movilidad de sus dedos y...

—Gracias —farfulló Macnamara que, apresuradamente, se puso la cazadora y salió a toda prisa del quirófano, dejando al médico con la palabra en la boca. Enfadado, el doctor no paró de quejarse a la enfermera que lo

había ayudado durante la operación de lo desagradecida que era la gente.

Cuando Macnamara entró en el box en el que atendían a Ana, la encontró tumbada en la camilla con los ojos cerrados. Alguien la había desnudado y la había tapado con una manta, pero estaba muy pálida y tenía los labios amoratados. En su mano había una vía conectada a un gotero. Asustado, el policía llamó a gritos al doctor que la atendía.

—¿Qué demonios tiene? —preguntó a bocajarro en cuanto apareció el médico. Su rostro tenía una expresión tan tormentosa, que el doctor no se atrevió a quejarse por su rudeza y le contestó con amabilidad.

—Padece una hipotermia moderada, le hemos administrado suero previamente calentado y, poco a poco, se va recuperando. También tiene un esguince de tobillo. Debería quedarse esta noche en el hospital, en observación.

—No... —a pesar de su debilidad, la voz de Ana se escuchó con nitidez—. Me lo... prometiste...

—Tranquila —ordenó Macnamara apretando entre sus cálidos dedos su mano helada. Luego se volvió hacia el doctor y añadió—: Me la llevo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Una vez más, al observar la expresión decidida de aquel colérico gigante, el médico no se atrevió a protestar.

—Debería darle un baño a unos 37 grados como máximo, a mayor temperatura podría provocarle convulsiones. También sería conveniente que bebiera algún líquido caliente; lo más importante en este momento es conseguir que entre en calor. Y para el esguince ya se sabe; mucho reposo, mantener el miembro elevado y que el pie no toque el suelo; vendas de compresión para inmovilizar la lesión y hielo para la inflamación.

—Entendido —Macnamara se volvió de nuevo hacia Ana que lo miraba agradecida y anunció—: Prepárate, señorita Alcázar, nos vamos de aquí.

Con mucho cuidado, el policía la envolvió bien en la manta y la alzó en sus brazos.

—¡Le acaban de operar, no debe cargar con pesos! —le regañó el médico frunciendo el ceño con desaprobación.

—Esta señorita pesa menos que un bebé —afirmó el policía caminando sin detenerse hacia la salida.

El agente Vázquez estaba afuera esperándolos, y sin que Macnamara tuviera que decirle nada, los llevó a toda velocidad a casa de Ana. En cuanto llegaron, un comité de bienvenida salió a recibirlos con entusiasmo. Los niños, en pijama, se aferraron a la mano de Ana, que esbozaba una débil sonrisa, mientras Julia se santiguaba una y otra vez y daba gracias a Dios.

—A ver, chicos, dejadme pasar —ordenó el inspector tras despedirse del guardia civil y agradecerle su ayuda. Rápidamente, subió las escaleras y depositó a Ana sobre la cama con delicadeza.

—Señor Macnamara, no me queda más remedio que volver a casa. Mi marido se cayó el otro día en la calle y tiene una pierna escayolada —la pobre mujer estaba muy agobiada, pero el policía la tranquilizó al instante.

—No se preocupe, Julia. Yo me quedaré aquí esta noche. No sé por qué te sorprendes tanto —le dijo Macnamara al notar como Ana alzaba las cejas, asombrada, y le lanzó una mirada significativa acompañada de su ceño más amenazador. Luego se volvió otra vez hacia Julia y añadió—: Quería pedirle un último favor, Julia, ¿puede prepararle a Ana algo caliente antes de irse y subir una bolsa con hielo?

—Por supuesto, ha sobrado un poco de caldo de la cena, ahora mismo lo caliente en el microondas. —La mujer se puso en marcha con toda la rapidez que le permitía su cuerpo voluminoso.

Entretanto, los niños se habían subido a la cama, uno a cada lado de la joven, y le hablaban a toda velocidad. Aunque Ana estaba demasiado débil para contestarles, el amor que brillaba en sus ojos al mirarlos conmovió al rudo policía hasta lo más profundo y tuvo que aclararse la garganta un par de veces, hasta que estuvo seguro de que su voz sonaría natural.

—Venga chicos, hora de acostarse. Ana tiene que descansar.

Miriam la besó una vez y Pablo cuatro antes de encaminarse hacia la puerta de la habitación donde se cruzaron con Julia que regresaba llevando una bandeja con el hielo y un gran tazón de caldo caliente.

—Muchas gracias, Julia, ya puede marcharse.

—Es que me da apuro dejarlos así.

—No se preocupe, Ana está en buenas manos —le aseguró el policía.

La mujer pareció tranquilizarse al notar la seguridad del inspector, así que se despidió de Ana y salió rezongando sobre lo inoportunos que eran los

maridos, que siempre tenían que romperse la pierna en el peor momento.

Cuando se fue, Nuño se quitó la cazadora y se quedó con su magnífico torso al aire. Le lanzó a Ana una mirada de disculpa y comentó:

—No es que pretenda provocarte, pero perdí mi camiseta y sé por experiencia que no me sirven las de Diego.

—No... me molesta... al contrario... —Ana le guiñó un ojo con picardía y Macnamara, notó que, por segunda vez en su vida, se ponía como un tomate.

Se pasó una mano por el pelo, tratando de disimular su agitación y se acercó a la cama. Con cuidado, la incorporó y la apoyó contra el cabecero. Ana ya no tiritaba, pero estaba tan débil, que era incapaz de moverse por sí misma. El policía se sentó a su lado sobre el colchón y, tras probar el caldo y comprobar que no quemaba, le dijo:

—Abre la boca.

Obediente, Ana entreabrió los labios y, despacio, el inspector empezó a darle cucharada tras cucharada de caldo.

—Ya —susurró la joven a pesar de que llevaba menos de la mitad.

—Me gustaría que te lo tomaras todo —protestó Macnamara. Trató de darle una más, pero Ana mantuvo los labios apretados y volvió ligeramente la cara. El policía la miró contrariado y declaró—: Eres muy testaruda.

—Tú... también.

—Hmm. Está bien —cedió al fin—. Te prepararé el baño.

Desde la cama Ana lo oía afanarse en el cuarto de baño, abriendo y cerrando grifos, rebuscando en el botiquín, maldiciendo porque no encontraba un termómetro para comprobar la temperatura del agua,... y no sabía por qué, pero saber que aquel malhumorado pelirrojo se quedaría a su lado esa noche le hacía sentir una extraña sensación de felicidad.

Macnamara regresó por fin a la habitación, se acercó a ella y empezó a desenrollar la venda del tobillo. Cuando terminó le dijo un tanto azorado:

—Ahora voy a quitarte la manta.

Ana se limitó a mirarlo con fijeza, sin decir nada. Nuño le quitó la manta despacio, la levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño con su cuerpo desnudo entre los brazos. Con delicadeza, la sumergió en el agua tibia, hasta que la delgada capa de espuma tapó sus bonitos senos. Trató de recoger su cabello en un moño alto pero, entre que los dedos de la mano izquierda no le

obedecían y su falta de habilidad, al final había más mechones sueltos que sujetos por la goma. De todas formas, al policía le pareció que Ana estaba preciosa.

—Voy a frotarte con la esponja para estimular la circulación —anunció con voz ronca. Una vez más, los ojos grises se clavaron en él y Macnamara, turbado por su misteriosa expresión, se vio obligado a tragar saliva.

Echó un poco de gel sobre la esponja y, muy despacio, la deslizó con suavidad por sus brazos, su cuello, luego bajó por sus pechos, su abdomen. La incorporó ligeramente para frotarle la espalda, pasó con rapidez por sus nalgas y se concentró en los muslos, sus pálidas pantorrillas y los pequeños pies. En el cuarto del baño solo se oía el chapoteo del agua y la acelerada respiración del policía. En un momento dado, Nuño alzó la mirada de su tarea y percibió un leve rubor en las mejillas femeninas; cerró los ojos un segundo y aspiró con fuerza. Estaba excitado, sí. Ahí estaba la mujer que amaba; contemplar su maravilloso cuerpo desnudo y tocar la tersa piel, cremosa y perfecta, era más de lo que podía resistir. Le daban ganas de abrazarse a ella y hacerle el amor hasta no poder más. Sin embargo, bajo ese deseo enloquecedor latía una emoción aún más intensa, si es que eso era posible, que había tardado un rato en reconocer.

Una honda ternura.

Ver a una mujer valiente y luchadora como Ana, indefensa y por completo a su merced, le revolvía algo en las entrañas. De repente, solo quería protegerla de cualquiera que pudiera hacerle daño, incluido él mismo. Por primera vez en su vida, estaba dispuesto a anteponer el bienestar de una persona —una mujer, para más señas— al suyo propio y la idea le deslumbraba.

Macnamara terminó de enjuagarla, la sacó de la bañera con cuidado, asegurándose de que el pie de Ana no tocaba el suelo, y la envolvió en una enorme toalla. Por unos segundos, sus ojos chocaron y se enredaron, y entre ellos se estableció una comunicación que iba mucho más allá de las palabras. Solo la preocupación porque Ana pudiera enfriarse, logró despertar al policía de su ensueño. Sin aparente esfuerzo, la alzó en brazos una vez más y la depositó de nuevo sobre la cama.

—No deberías cargar conmigo, se te pueden saltar los puntos —susurró

Ana, sin que le temblara la voz.

Satisfecho al comprobar que el baño y el caldo caliente habían surtido efecto, Nuño frotó la pálida piel con la toalla hasta secarla por completo. Después volvió a vendarle el tobillo con cuidado de no apretar en exceso.

—¿Dónde guardas los pijamas?

—En el segundo cajón de la cómoda —contestó Ana recostada en el cabecero, sin quitarle la vista de encima.

—¿No tienes nada más abrigado? —Macnamara se volvió hacia ella con el ceño fruncido; en el cajón no había más que sugerentes camisones de raso y encaje con finos tirantes. Solo de imaginarla vestida con uno de ellos, su autodomínio amenazaba con saltar por los aires.

—Como no quieras que me ponga un chándal —respondió con malicia. Sí, se dijo Macnamara, definitivamente, se estaba recobrando a toda prisa.

—Un chándal, buena idea, ¿dónde los guardas?

La joven se lo dijo de mala gana. El policía eligió un grueso chándal gris y una sudadera a juego pensando que así Ana estaría más abrigada y él correría menos peligro.

—A ver, sube los brazos —obediente, Ana los alzó por encima de su cabeza y la toalla se deslizó hacia abajo.

Procurando no mirar, Macnamara le introdujo la sudadera por los brazos y la cabeza y la fue bajando con cuidado, pero, sin querer, el dorso de sus manos rozó los pechos femeninos y su cuerpo se incendió con la misma rapidez que una antorcha sumergida en aceite. El policía reprimió un gemido y, sin levantar la vista, se apresuró a coger los pantalones de algodón con manos algo temblorosas, le introdujo las perneras por los tobillos y tiró de la cinturilla hacia arriba. De nuevo trató de no mirar, pero no pudo evitar que sus dedos, como si tuvieran vida propia, acariciaran con disimulo la satinada piel de sus caderas. Cuando terminó de vestirla, resollaba igual que un paciente con disnea.

—Ahora descansa —su voz sonó tan áspera que incluso a él le costó reconocerla. Envolveró la bolsa de hielo con una toalla y la puso junto a su tobillo.

Ana apoyó la cabeza en la almohada. Estaba agotada y esa intensa sesión de baño con el inspector Macnamara había absorbido la poca energía que le

quedaba. Sin embargo, hizo un esfuerzo para mantener los párpados abiertos y le preguntó en un susurro:

—¿Te quedarás?

—Me quedaré —prometió el policía mirándola con dulzura.

—¿Aquí, conmigo? —insistió Ana.

Macnamara no contestó; simplemente, se quitó las botas y el cinturón, se tumbó junto a la joven, pasó su brazo sano por debajo de sus hombros de forma que la rubia cabeza, ahora libre de la goma que sujetaba sus cabellos, descansó en el hueco de su brazo y apagó la luz. El policía oyó el suspiro de satisfacción que lanzó Ana y, girando un poco la cabeza, la besó en la frente.

—Duérmete —ordenó.

Y en el refugio seguro de aquellos brazos vigorosos, Ana cerró los ojos y se quedó dormida en el acto.

La luz inundaba la habitación cuando Ana se despertó, con todo el jaleo, habían olvidado cerrar las contraventanas. Contempló al hombre que aún dormía tumbado a su lado; su semblante estaba mucho más relajado que de costumbre y parecía más joven. Un mechón de su espeso cabello rojizo caía sobre su frente y los dedos de Ana cosquillearon por las ganas de retirárselo de la cara. Su mirada curiosa se deslizó por el musculoso pecho desnudo, cuya piel era mucho más pálida que la de su rostro.

«Cualquiera que lo viera así», se dijo Ana, «pensaría que hemos pasado una noche de loca pasión, si no fuera por el espantoso chándal gris que llevo puesto, claro está».

Sus ojos volvieron a escudriñar el rostro del policía, encantada de tener la oportunidad de observarlo sin que él se diera cuenta. Ana aprovechó para examinar a placer esos rasgos firmes y masculinos que la volvían loca, diciéndose que quizá no tuviera otra ocasión para hacerlo. Lo amaba, se dijo. Y aún más después de la ternura que mostró la noche anterior. Se preguntó qué sentiría él por ella. Sabía que la deseaba, eso sí; pudo verlo en sus ojos durante cada segundo que duró ese baño tan especial. Pero ¿era eso suficiente?

En ese instante, los párpados de espesas pestañas castañas se agitaron y el policía abrió los ojos. Al ver las pupilas femeninas clavadas en él, una

devastadora sonrisa que mostraba sus dientes perfectos apuntó en sus labios y Ana sintió que todos los huesos de su cuerpo se derretían.

—Buenos días, preciosa —susurró con su acariciadora voz de bajo.

—¿Preciosa? No pareces tú, inspector. Además de la herida del brazo, no te habrás dado un golpe en la cabeza, ¿verdad? —Al ver las chispas traviesas en sus pupilas, Macnamara dobló el codo y apoyó la cabeza en su mano.

—Veo que estás mucho mejor, preciosa, y no, no he recibido ningún golpe en la cabeza. Así que hazte a la idea, porque no retiro una sola letra: eres preciosa... —Macnamara extendió su brazo vendado y sus dedos rozaron con suavidad la mejilla femenina y bajaron hasta posarse en los sensuales labios de la joven.

Ana dio gracias al cielo por estar tumbada en la cama, estaba segura que si hubiera estado de pie sus articulaciones hubieran cedido y habría acabado en el suelo, en especial, cuando el índice del policía empezó a trazar el contorno de su boca. Sin querer, sus labios se entreabrieron en una súplica inconsciente que el inspector fue incapaz de resistir. Con un rápido movimiento, se incorporó un poco más y besó con ardor esa boca jugosa que parecía diseñada para recibir sus caricias. El contacto provocó un chispazo de tal envergadura, que las mentes de ambos se quedaron en blanco.

Sin embargo, en ese preciso instante, la puerta de la habitación se abrió de golpe. De milagro, Ana consiguió recuperar una mínima parte del dominio de sí misma y, con rapidez, se apartó todo lo que pudo de Macnamara, sin que a este se le escapara el furioso tono rojo que coloreó sus mejillas.

—Buenos días, Ana —Pablo saltó sobre el colchón y besó a Ana, cariñoso, mientras que Miriam se quedó parada al pie de la cama, mirando a Macnamara con desconfianza.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó la niña señalándolo con el dedo.

Antes de que Ana —con el cerebro embotado aún por el beso que acababa de recibir—, pudiera pensar en una respuesta, el inspector contestó:

—Ana tuvo ayer una mala experiencia y no se encontraba bien. Así que me quedé con ella para vigilar que no surgiera ningún problema —Nuño parecía tan seguro de lo que decía, que Miriam aceptó la explicación sin cuestionarla.

—¿La salvaste tú? —preguntó Pablo mirándolo con admiración con sus vivos ojos color caramelo.

—Pues claro que la salvé, soy un tipo muy valiente —lo dijo tan serio, que Ana fue incapaz de reprimir una carcajada.

—En fin, será mejor que deje de vagar y me levante de una vez, tengo muchas cosas pendientes —Macnamara se puso en pie y, al verlo vestido tan solo con sus desgastados pantalones vaqueros, Ana suspiró pensando que era el hombre más atractivo del mundo. Mientras se calzaba las botas y se ponía la cazadora continuó dirigiéndose a los niños—: Ana tiene que descansar, no puede levantarse de la cama. Si lo intenta, vuestro deber es hacerla desistir, aunque para ello tengáis que emplear la violencia, ¿entendido? —El policía clavó sus pupilas severas en el pequeño Pablo, que, instintivamente, se cuadró y contestó:

—Sí, señor.

—Tendréis que prepararle el desayuno y traérselo a la cama, lo mismo ocurrirá con la comida, ¿podrás hacerlo? —En esta ocasión su mirada se dirigió a Miriam, quien se la devolvió con desdén antes de responder:

—Pues claro que puedo hacerlo, poli marimandón.

Sin hacer caso de las protestas de Ana, Macnamara prosiguió:

—Perfecto, en ese caso me voy tranquilo sabiendo que vosotros dos estáis al mando —Ana contempló divertida como los dos pequeños se esponjaban, orgullosos, al escuchar sus palabras—. Ahora iré a mi casa a ducharme y cogeré algo de ropa. Luego tengo que hacer unas gestiones. Por la tarde regresaré y me quedaré aquí durante unos días.

El inspector no le dio opción a Ana a replicar pues, en cuanto terminó de hablar, se acercó a la cama, depositó un beso ansioso en los labios de la joven y se marchó a toda prisa.

Al salir de la habitación aún pudo escuchar a una irritada Miriam preguntar:

—¿Por qué te ha besado?

Macnamara sonrió con malicia; ahora le tocaba a Ana dar las explicaciones.

Esa misma tarde Macnamara regresó en su Jeep *Wrangler* con una bolsa de deporte llena de ropa y útiles de aseo y con una sorpresa mucho más importante.

—¡Diego! —A Ana se le saltaron las lágrimas cuando el muchacho se arrojó sobre ella para abrazarla. La joven estrechó con fuerza su cuerpo delgado, mientras por encima de su hombro vocalizaba en silencio su agradecimiento en dirección a Macnamara.

Cuando se separaron, en los ojos de Diego también había un brillo sospechoso, así que, para ayudarle a reponerse de su emoción sin avergonzarlo, el policía palmeó su espalda y le dijo:

—Vamos muchacho, te toca aguantarme en tu cuarto unos cuantos días, así que hazme un hueco en el armario.

Miriam protestó con ganas al enterarse de que Pablo dormiría en su habitación, pero unos días después, parecía que el policía había vivido con ellos toda la vida y no prestaron más atención a los nuevos arreglos. Ni siquiera a Diego parecía importarles la presencia del inspector —de baja hasta que se le curase el brazo—, entre los dos se ocuparon de los pequeños mientras Ana se recuperaba. Asombrados, descubrieron que tenían varias cosas en común; a ambos les gustaba hacer las chapuzas de la casa; los dos eran fanáticos del fútbol —Macnamara del Real Madrid y Diego del Atlético, incluso habían conseguido ver un partido en el que jugaban ambos equipos sin pelearse— y les encantaba recorrer los pedregosos caminos de la sierra en

bicicleta a toda velocidad. Para el muchacho no fue fácil hacerse a la idea de que no tenía nada que hacer con Ana pero, al ver cómo miraba ella al inspector cuando este no se daba cuenta y observar como él la devoraba con los ojos a todas horas, finalmente, se resignó.

Macnamara era el primer sorprendido al ver cómo se había adaptado a la agitada vida en el hogar de Ana y sus protegidos, tan distinta de la tranquilidad monacal de su apartamento. Por un lado, le fascinaba poder ver y conversar con Ana todos los días. Cuanto más la conocía, más adorable le parecía y notaba que su relación empezaba a hacerse más profunda, a pesar de que, durante esos días, no habían intercambiado más que algún que otro beso que el policía le robaba cuando ya no podía más.

Por otro lado, y para él era algo aún más extraordinario, notaba que empezaba a apreciar al resto de los habitantes de la casa. Con Diego aún mantenía cierta distancia pero, a pesar de ello, se respetaban mutuamente y cada día se llevaba mejor; pero con los pequeños había nacido una confianza mutua que había crecido de una forma inesperada y natural. Miriam, inteligente y reservada, le buscaba a menudo para preguntarle esas pequeñas cosas sobre los chicos que le preocupaban a las niñas de su edad, y Pablo era un crío alegre y sociable que enseguida se hacía querer.

Ana se recuperaba con rapidez y el doctor, que acudía de vez en cuando a visitarla, estaba muy satisfecho con sus progresos. En cuanto se sintió un poco más fuerte, insistió en comer con ellos en la cocina, así que Nuño la cogía en brazos para ayudarla a bajar. Esa parte era la que más echaría de menos cuando tuviera que marcharse, se dijo el inspector. Sus solitarias cenas a base de bocadillos frente al televisor le parecían muy lejanas. Disfrutaba de esas comidas «en familia», siempre animadas, llenas de discusiones sobre lo divino y lo humano, mientras observaba fascinado la manera en que Ana echaba la cabeza hacia atrás al reírse de algún comentario; sus manos hábiles cortando el filete de Pablo; cómo se colocaba un suave mechón de pelo rubio detrás de la oreja; sus brillantes ojos grises y su forma de agitar los cubiertos en el aire cuando trataba de explicar alguna cosa...

¡Dios, estaba loco por esa mujer!

La deseaba, sí, pero sobretodo quería dormir con ella cada noche y abrazarla. Anhelaba ayudarle a llevar alguna de las pesadas cargas que

soportaba sobre sus hombros, necesitaba compartir con ella sus pensamientos más íntimos. En definitiva, quería pasar con ella el resto de su vida. Sin embargo, no se atrevía a decirle nada. A pesar de que ardía en deseos de tocarla, besarla, hacerle el amor... le daba miedo que Ana lo rechazara. Le aterraba que la frágil relación que parecía haberse establecido entre ellos se rompiera para siempre.

Ana y Nuño salieron una tarde a dar un largo paseo. El aire era gélido y vivificante; había nevado dos días atrás y el camino estaba cubierto por una espesa capa blanca. Ana se había recuperado casi por completo de los duros momentos que había pasado en los oscuros pasadizos, aunque ya no se libraría jamás del pánico que le provocaba la oscuridad. Durante aquellos días, ambos habían hablado, largo y tendido, de lo ocurrido en las galerías y de la muerte de Ricardo en su lujosa mansión. Ana también le había contado lo que Daroca le confesó sobre sus horribles crímenes. En breve, los dos tendrían que ir a declarar ante el juez y el policía trataba de prepararla lo mejor posible para afrontar esa dura prueba.

Era la primera vez desde que el inspector se instaló en su casa que se encontraban a solas. Macnamara estaba nervioso y no cesaba de pasarse la mano por su despeinado cabello. Ana tampoco estaba tan tranquila como aparentaba, el gigante que caminaba a su lado le hacía sentirse tan insegura y temblorosa como una adolescente sin experiencia.

Hablaban de temas intrascendentes cuando, de repente, el inspector se detuvo en mitad del camino, la agarró del brazo y la obligó a volverse hacia él. Observó su precioso rostro, enmarcado por unos cuantos mechones de pelo rubio que escapaban de su gorro de lana, sus mejillas enrojecidas por el aire frío, y su boca tentadora en la que se dibujaba una dulce sonrisa, mientras lo miraba con las cejas alzadas en una muda pregunta.

—Ana...

—Dime, inspector Macnamara.

—Dilo —la miró con el ceño fruncido y acompañó la orden con una suave sacudida.

—¿El qué? Inspector Macnamara, no entiendo a qué te refieres —traviesa,

Ana bajó la mirada con fingida timidez y su sonrisa se transformó en una mueca remilgada.

—Claro que lo sabes, pequeña bruja, quiero oír de nuevo mi nombre en tus labios —sus cálidas manos se enroscaron alrededor de la garganta femenina y sus pulgares se deslizaron bajo la barbilla, obligándola a alzar la cabeza y a mirarlo. Con amenazadora suavidad, añadió—: Ahora.

—O si no, ¿qué? ¿Me vas a estrangular?

—Puede —respondió muy serio, mientras sus dedos acariciaban su mandíbula. Ambos seguían inmóviles en mitad del camino nevado, con las pupilas entrelazadas, ajenos por completo a la temperatura bajo cero y a todo lo que no fueran ellos dos. Macnamara inclinó su cabeza hasta que su cálido aliento rozó los labios de Ana y, en un susurró, repitió con voz ronca—: Dilo.

—Ya sabes que no me gusta que me den órdenes —Ana apoyó su frente contra la frente masculina, en un gesto que desmentía sus palabras desafiantes. Así, tan cerca que sus bocas se encontraban a pocos centímetros la una de la otra y sus alientos se fundían en una única y vaporosa nube, permanecieron un buen rato, mientras sus respectivas respiraciones traicionaban una agitación cada vez mayor.

—Ana... —las grandes manos del policía abandonaron su cuello y enmarcaron su rostro. Sus labios helados se posaron con la suavidad de una pluma sobre la boca de Ana, ligeramente entreabierta, y fueron trazando su contorno con leves besos, hasta que un gemido de rendición brotó de la garganta de la joven.

—Nuño... —jadeó su nombre al fin, avivando aún más la llamarada de pasión del hombre que la mantenía cautiva.

—Ana, te quiero.

—Te quiero, Nuño.

Y siguieron así, repitiendo sus nombres una y otra vez, sin darse cuenta de que la cúpula gris que esa mañana había tomado el lugar del cielo se abría y dejaba caer sobre ellos una miríada de suaves copos de nieve.

Epílogo

Cuatro años y medio más tarde, la mañana era cálida y primaveral, y la ligera brisa que susurraba entre los pinos arrastraba consigo una agradable fragancia. Tras la abundante barbacoa que había preparado —con la carne en su punto justo, se dijo Macnamara, satisfecho—, todos permanecían apoltronados en las viejas sillas de plástico, demasiado atiborrados para levantarse. La única que mostraba algo de vitalidad era una preciosa niña pelirroja de unos tres años que, en cuanto pudo, se subió a las rodillas del policía.

—¿Qué quieres diablillo? —preguntó Nuño frunciendo el ceño, un gesto que no engañaba a su hija lo más mínimo pues, a pesar de su corta edad, sabía bien que su padre era incapaz de negarle nada.

La pequeña clavó en él sus grandes ojos grises y respondió con firmeza:

—Jugar.

Macnamara miró su traviesa cara pecosa. A pesar del tiempo transcurrido, aún sentía un cierto asombro cuando pensaba que esa diminuta y maravillosa criatura era parte de él. Recordaba el temor de Ana cuando se enteró de que esperaba una niña; le horrorizaba pensar que pudiera heredar su capacidad de ver cosas que al resto de la humanidad le estaban vedadas. Nuño expuso todo tipo de sesudos razonamientos para tranquilizarla, sin embargo, fue un simple comentario que hizo en una ocasión: «Estaré encantado de tener dos brujas en casa», lo que pareció apaciguar las dudas de ella para siempre. Hacía dos semanas, la niña le había dicho a Pablo que tuviera cuidado con el columpio.

Dos días después, uno de los tornillos que lo sujetaban cedió y al pobre chaval tuvieron que darle tres puntos de sutura en la frente. Que fuera lo que Dios quisiera, se dijo Nuño, él no cambiaría a su pequeña brujilla por nada del mundo.

Como hacía siempre que la tenía cerca, la abrazó con fuerza, hundió la nariz en su pelo rojizo, que olía a ese aroma tan especial que desprenden los niños a champú y a sudor y a vida, y lanzó un gruñido capaz de ponerle los pelos del punta al monstruo más monstruoso. La niña se retorció de risa entre sus brazos, tratando de soltarse. Entonces Miriam, una espigada adolescente de dieciséis años, se levantó de la mesa y rescató a la pequeña del abrazo paterno.

—Ahora me toca a mí tenerla un rato.

—Esta niña está siempre en brazos, se va a quedar canija —protestó Macnamara como un orco gruñón.

Luego se volvió hacia Diego, que estaba sentado a su lado sin parar de hacer manitas con su novia —el chico se había emancipado hacía un año, pero iba a menudo a visitarlos— y le propinó un ligero puñetazo en el hombro.

—Deja de babear, tío, que ya llevas casi un año saliendo con María. Por Dios, resulta patético.

Los dos jóvenes se sonrojaron ligeramente, y soltaron una risita avergonzada. El policía esbozó una mueca burlona y luego dirigió los maliciosos ojos oscuros hacia su mujer que asistía, divertida, a la escena.

—Por cierto, hablando de brazos, es la primera vez en el día que no estoy como un esclavo, sudando la gota gorda en la barbacoa, y los tengo libres...

—dijo, al tiempo que le lanzaba a Ana una significativa mirada.

—Pobrecito, la verdad es que eres el rey de las barbacoas y te mereces un premio —Ana se levantó de su silla, se sentó en su regazo y, enredando los dedos en la nuca masculina, lo atrajo hacia sí y lo besó. Y entonces ocurrió lo que ocurría siempre; en vez de una rápida caricia, que era lo que ella pretendía, en cuanto sus bocas se juntaron, ambos parecieron olvidarse del resto del mundo y siguieron besándose con pasión.

—¡Eh, que hay menores! —exclamó Diego sin soltar la mano de su novia.

—Qué te crees. Todos los días es lo mismo. Estoy más que acostumbrado —replicó Pablo sin inmutarse y se sirvió otra ración de fresón con nata.

Al oírlo, Ana apoyó las palmas en el pecho de Macnamara y se separó de él, sonrojada.

—Qué bochorno Nuño, nuestros propios hijos se avergüenzan de nosotros.

Muy a su pesar, él dejó que se apartara, pero sin mostrar el menor signo de arrepentimiento respondió:

—Pura envidia, mi amor.

Ana se levantó con agilidad de su regazo y se dirigió hacia donde jugaban Miriam y su hija. Con un rápido movimiento, sujetó a la pequeña de la cintura y la alzó todo lo que pudo de forma que la niña quedó boca abajo, con las blancas piernecillas pataleando alegremente en el aire. Sus narices se tocaron y, entre risas, intercambiaron un beso de esquimal.

Macnamara las miraba embobado, hasta que un fuerte codazo en las costillas lo sacó con brusquedad de su arrobamiento, mientras la voz sarcástica de Diego resonaba en su oído:

—Joder tío, después de más de cuatro años casados babeas como un caracol. Eres patético.

Y, por tercera vez en su vida, Nuño Macnamara enrojeció como una amapola.

Esa noche, en su habitación, tras hacer el amor como habían hecho casi cada noche desde que se declararon sus sentimientos, Ana notó que Nuño estaba un poco raro. Después de mucho insistir, y ayudada por un potente armamento de besos y caricias, consiguió que, poco a poco, el duro y poco aficionado a mostrar sus sentimientos inspector Nuño Macnamara empezara a desembuchar lo que rondaba por su cabeza. Al fin, con la cara hundida entre sus senos desnudos, su marido confesó:

—Ahora comprendo a mi padre.

A partir de esa críptica declaración, ella le fue sacando el resto.

—¿Ya no le desprecias?

—No, he descubierto que soy igual que él —su voz ronca tenía un matiz de desamparo.

—Y eso te asusta —afirmó Ana acariciando sus espesos cabellos. Más que oír su respuesta lo notó asentir contra su pecho—. Te asusta quererme —insistió sin dejar de acariciarlo.

—Es que no te quiero de una manera normal —su respuesta hizo que Ana

sonriera con ternura, mientras sentía que su corazón se henchía en su caja torácica hasta que casi no le quedó espacio para seguir latiendo, pero continuó preguntando con seriedad.

—¿No?

—Si me dejaras, creo que no podría seguir viviendo —escuchar aquella sencilla confesión de labios de su hermético marido, la llenó de una cálida dicha. Sin embargo, siguió con el interrogatorio, como si se encontrara en la consulta y él fuera su paciente.

—Y eso te da miedo.

—Miedo no, terror —contestó el policía. Un segundo después, elevó un poco la cabeza para besar uno de sus pechos, pasó la lengua por su sensible pezón y lo lamió hasta que Ana casi perdió el hilo de la conversación.

—Creo que en todo este asunto has perdido de vista dos factores muy importantes... —a pesar de que estaba sin aliento, trató de mantener su tono de psicóloga profesional.

Él se vio obligado a levantar la cabeza para preguntarle qué era lo que quería decir, pero, entonces, la mano masculina tomó el relevo de su boca y empezó a subir despacio por su muslo, así que Ana trató de contestar antes de que de su mente se borrara todo lo que no el tacto de aquellos dedos acariciadores. Con delicadeza, tomó el rostro de Macnamara entre sus manos, y mirándolo con todo el amor que albergaba en su pecho, declaró:

—Primero, que yo no soy tu madre y, segundo, que te amo tanto que me duele.

Durante unos largos segundos, Nuño clavó sus pupilas en esos iris de color gris que rebosaban adoración, luego emitió un profundo gemido, se abalanzó sobre su boca y la besó con una pasión irresistible, sin parar de repetir:

—Te quiero, te quiero, te quiero...



ISABEL KEATS. Ganadora del premio HQÑ Digital con *Empezar de nuevo* (2013), finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* (2011) y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR por su novela *Abraza mi oscuridad* (2013), decidió autopublicar su novela *Algo más que vecinos* (2012) en las principales plataformas digitales con un gran éxito.

Isabel siempre ha disfrutado leyendo novelas de todo tipo. Hace pocos años empezó a escribir sus propias historias y varios de sus relatos han sido publicados, tanto en papel como en digital. Escribir, hoy por hoy, es lo que más le divierte y espera poder seguir haciéndolo durante mucho tiempo.